

REYES
CALDERÓN

EL
JURADO
NÚMERO



PREMIO
ABOGADOS
DE SEVILLA
2013

L≡LIBROS

Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis, Libros PDF, Libros Online](#)

Los integrantes de un modesto despacho de abogados de provincias se verán envueltos, sin quererlo ni desearlo, en un caso que les supera totalmente: drogas de diseño, blanqueo de capitales y corrupción a gran escala...

Efrén Porcina —un tipo encantador que ronda los ciento treinta y ocho kilos, sigue una dieta por internet y lleva una vida tranquila— y su única socia, Salomé —una secretaria cuando menos particular que cambia de novio cada dos por tres— ayudados por un expolicía borrachín, serán los encargados de arrojar luz y buscar la verdad en un intrincado caso con ramificaciones internacionales.

Las vidas de unos y otros estarán pendientes del acierto de un juez, la cordura de un jurado popular y el misterioso jurado número diez...

L≡LIBROS

Reyes Calderón

El jurado número 10

A Carla, Javier, Luis Arturo y la pequeña Raquel, que se nos fueron demasiado pronto.

A Maloles, que inspiró esta historia.

A mis queridas amigas de mi muy querida Playa América, que han prestado sus nombres a los personajes de esta novela.

La ley deja en manos de un jurado de nueve miembros el veredicto en la causa por asesinato, pero, a veces, nueve no son suficientes.
Mira hacia otro lado si la justicia necesita al número diez.

PRÓLOGO

Son las siete de la tarde. Estoy en la segunda planta del edificio de la Audiencia Provincial, en un pasillo estrecho, sentado en un incómodo banco, próximo a la sala del jurado. Me duelen todos los huesos. Llevo seis horas —seis horas y siete minutos para ser exactos— aquí plantado, las mismas que los jurados llevan encerrados deliberando. Estoy solo. Los de la prensa (esto está lleno de periodistas) se han ido a cenar. Yo no. Mi vida está en juego: no osaría moverme. Además, dudo de que mi estómago admitiera siquiera un vaso de agua.

Tengo el cuaderno abierto sobre las rodillas, pero solo he conseguido escribir un par de párrafos. Ninguno expresa lo que quiero decir... En momentos como este, echo de menos saber escribir; me refiero a escoger las palabras precisas, a ser capaz de traducir en frases los pensamientos. Como pequeño abogado de provincias, nado con soltura en la jerga de los contratos y los testamentos, de las alegaciones y las declaraciones de impuestos. Pero fuera de esas cuestiones, soy lego. Por no hablar de que estoy empleando un bolígrafo de plástico que, de cuando en cuando, se queda mudo y me toca alentarlo. Siempre me había parecido un gasto innecesario, pero hoy desearía contar con una de esas estilográficas aparentosas, de trazo grueso y contundente: estoy seguro de que me facilitaría desaguar mi alma. Pero así están las cosas: carezco de oficio y de pluma. Y estoy muerto de miedo...

Debe saber que no escribo por afición, prurito literario o ínfulas de cualquier tipo. Tampoco porque me aburra. Lo hago porque no me queda otro remedio: en este momento, aunque usted ni siquiera lo sospeche, las nueve personas que están en esa sala cerrada se están jugando mi vida. ¡Dios, qué angustia: es como si me estuvieran desmembrando! ¡Cuánto me gustaría poder describir la zozobra que siento, de modo que usted pudiera palparla! Pero, como le he dicho, carezco de esa habilidad. La ansiedad no ayuda; y el fino y discontinuo trazo de este bolígrafo de propaganda, tampoco.

No puedo enmendar lo dicho, pero sí rogarle que pase por alto los errores de mi torpe puño y se quede con el fondo del asunto: un millón de euros y dos vidas (la mía y la de mi secretaria) en juego, pendientes del acierto de su señoría y de la cordura del jurado. Desgraciadamente, tras vivir esta intensa semana de juicio

sin perder detalle, he llegado al convencimiento de que no podía dar por supuesto ni el acierto ni la cordura. Y por eso me he visto forzado a apelar al jurado número diez...

Sé que usted no lo aprobará. Yo tampoco lo haría, pero, de estar en mi pellejo, de sufrir el dolor y el miedo que padezco en este momento, es posible que me juzgara de modo más benigno. O quizás no. Parece usted un hombre íntegro, amante de la ley. Antes de que ese chino entrara en mi vida, yo también creía en el derecho como justicia... *Ius quia iustum, non ius quia iussum*, como aprendimos en la facultad. Lo creí hasta el momento en que vi mis barbas a remojo... En fin, no es hora de filosofar: este caso está afectando seriamente a mis neuronas. Volvamos a lo nuestro.

Supongo que, al verme mencionar al jurado número diez, me habrá tomado por un iletrado. Le ruego que no se precipite al juzgar. Sé bien que la ley cifra en nueve el número de miembros del jurado popular. Pero créame cuando le digo que estamos ante un caso único, del que usted casi no sabe nada, aunque esté representando al ministerio público. Todo en este sumario es peculiar. Fijese si resulta diferente que, siendo un proceso por asesinato, yo soy la víctima. Sé cuán extraño le sonará lo que digo, pero puedo asegurarle que, de examinarme un psiquiatra forense, certificaría que estoy enteramente en mis cabales: lo que escribo, todo lo que escribo, responde pura y simplemente a la verdad.

¿La víctima? ¿Acaso no es Qiu Liu, el ciudadano de origen chino cuyas fotografías ha enseñado a la sala, la víctima de este asesinato? ¿Acaso no es suyo el cadáver que descansa en el frigorífico de la morgue, con dos heridas de bala en el pecho y otra entre ceja y ceja? ¿Acaso el inspector jefe Rafael Torino, más conocido como Lupo, no está siendo procesado por ser el causante de dichos agujeros?

La respuesta debe ser afirmativa: ese es el juicio que usted ve. Pero, bajo la superficie, hay otro juicio que ha quedado oculto a sus ojos, y que nos señalan a mí y a mi secretaria como próximas víctimas. Me parece que me estoy haciendo un lío y le estoy confundiendo. Veamos, los hechos, libres de pluma y paja, son estos: si el jurado popular considera culpable al inspector y el magistrado lo condena, Lupo irá a la cárcel una buena temporada y nosotros podremos continuar con nuestras rítmicas y anodinas vidas. Si el veredicto es otro..., entonces, Salomé y yo daremos trabajo al forense porque, no me cabe duda, necesitaremos autopsia. Sí, ha leído bien: autopsia. Comprenderá que esté como un flan...

Porque deseo vivir y no las tengo todas conmigo, llamé al jurado número diez. Aun así, siempre hay que contar con un plan alternativo. Por si el número diez no hace su trabajo, estoy poniendo los detalles de esta historia por escrito. Son para usted. No omitir nada, aun a sabiendas de que puede costarme licencia y cárcel. Si el veredicto no es el esperado, haré que le entreguen este cuaderno,

con la esperanza de que pueda hacer algo al respecto, bien en la presente causa, bien en el proceso por mi asesinato.

¡Dios, qué distintas suenan las palabras al añadir un posesivo! Asesinato, mi asesinato... Yo en la morgue, agujerado, con frío de muerto, en silencio forzoso... ¡Cielos, qué desastre, qué estúpido he sido! Ahora que esta historia está a punto de concluir y veo los sucesos en perspectiva, tomo conciencia de lo equivocado que estaba. El guion parecía perfecto, y casi lo era. Casi: ese es el problema.

Tiene usted pinta de avisado pero es novato y está a por uvas. De su señoría poco puedo esperar... No quisiera que me interpretara mal. Mayormente, los de su gremio son buena gente. Quiero decir que no son venales ni corruptos ni desvergonzados. Pero no siempre son conscientes de lo que tienen entre manos. Es como si, con dinero o drogas de por medio, se les fundiera la lámpara del flexo y, tras tragarse el camello, intentarían colar el mosquito. Vamos, que algunos mudan la piel demasiado pronto y otros no saben que el demonio raramente te deja ver sus cuernos. No voy a criticarlos, finalmente el juez aceptó el testimonio y dio cabida al número diez. Pero quizás haya sido tarde.

Las nueve y cuarto.

Los jurados deben de estar cansados. Me preocupa que, por recuperar sus vidas, quieran acabar de una vez y dejen de lado las nuevas pruebas. Si les dan paso, se quedan sin fin de semana: sin cervecitas o parienta, sin paseo por la avenida o sin cine. ¿Verdaderamente les importará la justicia? Confío que les brote la vena patriótica y hagan lo que tienen que hacer. Porque, si no, estaré muerto y una cicatriz en forma de Y cruzará mi pecho.

No las tengo todas conmigo. No lo digo por el lapsus temporal. En realidad, no sé juzgar si seis horas y siete minutos es poco o mucho, si es bueno o malo. Lo digo por lo que he leído en los libros y he visto en las sentencias. Lo digo por las caras de los jurados y la del magistrado. Lo digo porque lo siento.

Los norteamericanos, que elaboran estadísticas para casi todo, aseguran que los veredictos emitidos por tribunales de jurado son más benevolentes que los procedentes de jueces profesionales. Y si nos atenemos a las evidencias es posible que tengan razón. En la Audiencia de Castellón hubo un caso en el que el jurado solo consideró a la pareja juzgada culpable de robo, entendiendo que la muerte de la víctima se produjo casualmente, aunque le habían encerrado con vida en su coche y le habían prendido fuego.

No pretendo ponerme trágico. Es obvio que las pruebas son contundentes y que en casa del inspector Torino se hallaron evidencias suficientes de que no es trigo limpio. Contando con la suficiente dosis de suerte, en cuanto salgan y comuniquen su veredicto recuperaremos nuestra vida. El problema es que no creo en la suerte. Y, de existir, no tengo claro que estuviera de nuestra parte: cuando han escuchado el alegato final, los jurados han bajado la vista. Y eso no

es bueno. No, señor.

En fin, lo dicho: que estoy angustiado. Tengo un dolor en el corazón que no me deja respirar y no sé cómo sacudírmelo de encima.

¡Por todos los santos, ¿qué hago yo aquí?! Soy un simple abogado que, de pronto, se ha encontrado pastoreando en medio de la noche un rebaño de lobos. ¡Y pensar que todo esto empezó por un estúpido accidente!

Yo estaba dormido aquella mañana. Me había levantado, pero no había abierto los ojos. Es decir, que esperaba a que el café se decidiera a bajar por el filtro para empezar el día. Entonces sonó el teléfono. Y lo jodió todo. Me jodió la vida. Más bien, se la jodió a Salomé e, indirectamente, a mí.

Déjeme que le ponga en antecedentes.

PRIMERA PARTE

Salvo porque las estrellas estaban demasiado cerca esa semana, lo que tengo por un mal presagio, lo primero que hay que decir es que su muerte no era previsible.

La carretera, aunque comarcal, cortaba limpiamente los extensos campos de olivos. Había amanecido claro y, a aquellas tempranas horas, las tierras reseca estaban vacías. Ni coches ni braceros; por no haber, ni viento había. No se durmió al volante. Ningún animal se cruzó en su camino. No obstante, a ciento setenta y dos kilómetros por hora (esa es la cifra que figura en el informe del atestado, al que logré echar un vistazo), ni un coche de lujo y gran cilindrada es capaz de evitar las secuelas de un pinchazo inopinado. El vehículo derrapó y fue a estrellarse contra un bruñido espécimen centenario. El árbol permaneció erguido. El conductor murió en el acto; un airbag blanco, último modelo, hizo las veces de sudario.

Luego, el polvo y el silencio retornaron.

Un tiempo más tarde, a eso de las siete, cuando todavía el motor del coche accidentado humeaba, otro automóvil, un Seat Toledo tuneado hasta la náusea, se detuvo en las proximidades. Tras unos instantes vomitando música gótica, unas botas camperas, con punteras de aluminio, embutidas en unos vaqueros ajustados y sucios, salieron del interior y se acercaron con recelo al vehículo siniestrado. Había sido una mala noche. Estaba pelado y no había podido pillar nada bueno, ni siquiera a la zángana de la Pepi, que, pese a ser barata, cobra por adelantado. Quizás aquel fuera su golpe de suerte. Avanzó. Después de comprobar que el ocupante había pasado a mejor vida, las ágiles manos tatuadas aprovecharon la favorable coyuntura.

La cosecha parecía de año de prodigios: amén de móvil, ordenador, pequeña maleta y cartera con quinientos euros en metálico, se hizo con cuatro bafles, una pareja de *subwoofers* Pioneer TS y un retrovisor guapísimo. Me confesó después que estuvo a punto de cerrarle los ojos, pero que se lo pensó mejor porque la pasma maneja aparatos capaces de pescar huellas en las superficies más insospechadas.

Miró en la guantera. Revisó los distintos habitáculos repartidos por el vehículo,

pero no encontró nada de música. Ni un mísero CD con sonido ambiental. Subrayó ese detalle cuando hablé con él. Me resultó curioso que no se hiciera eco de la cara desfigurada o de la abundancia de sangre (el pobre Igor había repartido sus sesos por el techo, el salpicadero y la tapicería). Pero cada uno piensa como vive y este solo se preguntaba cómo alguien que posee un equipo de tamaño calidad no lleva ni un puñetero disco. Gracias a la diosa fortuna, él tenía miles. Arrancó, subió el volumen y, escuchando *Here Waits Thy Doom*, continuó el viaje. Unos kilómetros después, suficientemente lejos del lugar de los hechos, abandonó la carretera y se adentró en un camino lateral, sin asfaltar, donde se detuvo. Mientras el polvo levantado se asentaba, valoró la recaudación. El móvil carecía de clave. « ¡Gracias, tronco, un detalle, ya que tú no vas a usarlo! » Con el ordenador no hubo tanta suerte; lo dejó a un lado. Lo vendería. Volcó el contenido de la cartera en el asiento del copiloto y echó un vistazo. Amén del dinero, cuatro billetes verdes y cinco azules, no encontró tarjetas de crédito. Pensó en lo extraño del caso. La gente que conduce *bugas* como el que acababa de limpiar lleva sobre todo plástico, dorado y en abundancia. Siguió con el examen. Había dos documentos de identidad españoles. Los carnés compartían fotografía pero disintían en todo lo demás: distinto nombre, direcciones diferentes, diversas fechas de nacimiento y lugares de expedición. Eran de primera calidad. Aunque le chocó, el detalle le hizo gracia. Pero, cuando se paró a pensar, la sorpresa se transformó en pánico. Le invadió una desagradable sensación de peligró y notó que la camisa no le llegaba al cuerpo.

Documentación falsa, nada de dinero de plástico... Aquel tío debía de ser un gánster.

« No. Un gánster no », concluyó con resolución. No lo había cacheado a fondo, porque el cuerpo estaba asqueroso, con fluidos por todas partes, pero estaba casi seguro de que en el coche no había ningún arma. Y los gánsteres van armados hasta los dientes.

« De la mafia », afinó. Solo de pensarlo, le entró tal tembleque que sacó la cabeza por la ventana y excretó hasta el último gramo de alcohol de garrafa que había ingerido.

No temía a la pasma. Lo más que podían lograr era envolverle en papel de rejas o, lo que era peor, requisarle las papelinas. Pero la mafia es otra cosa. Ellos no entienden de derechos, reinserción o beneficios penitenciarios. Ellos no solicitan partes de lesiones. Bajó del vehículo y se fumó convulsivamente un porro. Tenía que tranquilizarse y pensar qué hacer. Podía regresar, dejar las cosas exactamente donde las había encontrado y salir por piernas. Pero ¿y si al llegar estaban allí? Los de la mafia no preguntan. Si le veían asomar la nariz, primero le chamuscarían los cojones; luego, se los comerían y, solo después del café, le preguntarían quién era y qué hacía por las inmediateces.

Encendió un segundo canuto. La droga le supo a poco pero le ayudó a aclarar

las ideas. Que lo mejor era destruir las pruebas y desaparecer una temporada lo tenía claro. Pero ¿y si daba la casualidad de que había alguna cámara oculta en algún puto escondrijo y se enteraban de que no había prestado atención a su compañero? Quizás hasta pensarán que lo había matado él. Eso le puso muy nervioso. Esa gente, que te arranca el alma sin siquiera pestañear, apoya a los suyos como si fueran hermanos de sangre. Él tenía un hermano pequeño al que adoraba. Hacía un año que no lo veía (a diferencia de él, había tomado el camino recto), pero si alguien osaba ponerle la mano encima iría a buscarlo al mismísimo infierno, aunque tuviera que pasar media vida en la cárcel.

En ese instante, con todas aquellas ideas rebullendo en su cabeza, el móvil del fiambre sonó. En un impulso, introdujo la cabeza por la ventanilla abierta del Seat y lo cogió. Miró la pantalla. La persona que llamaba estaba fichada con el nombre de «Salomé».

«La parienta», se dijo. Eran las siete y veinte de la mañana. Apretó la clavija verde.

—¡Cariño, qué alegría que contestes al teléfono! Siento haberme enfadado, ha sido todo culpa mía. No debería haberme metido en tus cosas. Dime, ¿dónde estás? ¿Vas a volver?

Se quedó cortado. No sabía qué decir.

—Cariño, ¿me oyes?

Por fin, se decidió. Lo soltó todo de un tirón.

—Tía, si tu chico es el dueño de este móvil, tienes que saber que la ha palmado. Se comió un árbol. Yo solo pasaba por aquí. Te juro por mis muertos que no he tenido nada que ver.

Sin más explicaciones, le facilitó la dirección aproximada del sitio donde había tenido lugar el accidente y colgó. Regresó a la carretera, dio la vuelta y se dirigió a un vertedero ilegal de desechos de construcción que conocía. Estaba apenas a diez kilómetros. Se detuvo en él y provocó un pequeño incendio con el que destruyó las evidencias. No obstante, le pudo la codicia: se guardó los quinientos euros y retuvo el móvil. Por este último lo localicé.

Salomé, atónita, descompuesta y bañada en lágrimas, no sabiendo qué hacer, telefoneó a su jefe, es decir, a mí.

—Un hombre muy extraño acaba de decirme por teléfono que mi novio, Igor, ha tenido un accidente de tráfico. Al parecer, ha muerto. Todavía no he avisado a la policía. ¿Puedes acompañarme?

Naturalmente, fui.

El chorizo había dicho la verdad.

Igor no lo había hecho nunca.

Ninguno de ustedes sabe quién es Salomé. Tampoco conocen a Igor, ni tan siquiera al que suscribe.

Quizás debiera haber empezado por donde los informes deben empezar: por el principio. Ese es el tipo de cosas de las que advertía hace un momento, que lo mío no son las palabras ni la narrativa.

A ver si soy capaz de subsanar este error.

Me llamo Efrén Porcina, abogado en ejercicio, con bufete propio en una capital de provincia cuyo nombre omito por motivos de seguridad. Teniendo en cuenta que mi peso ronda los ciento treinta y ocho kilos y que mi estatura no supera el metro ochenta, más que apellido lo mío parece una maldad del destino. Si le añadimos ese pedazo de nombre con el que mi madre pretendió honrar a su bisabuelo (el que emigró a Cuba y regresó más pobre que una rata, con los pies por delante) no es menester justificar que, a la hora de bautizar mi despacho, me haya permitido alguna licencia.

Romaní y asociados: así es como llamé a mi casa profesional y, desde ahora mismo, la de todos ustedes si requieren de los servicios de un letrado. Ciertamente, con relación laboral, asociados no tengo. A lo sumo, si es que fuera posible incluir a Salomé en esa categoría, debería hablar en singular. Pero lo de « asociados » es un apéndice necesario, yo diría que fundamental, en la tortuosa carrera de ser elegido por un desconocido que busque un abogado en las Páginas Amarillas. Esa admirable palabra de nueve letras es nuestra principal defensa contra las grandes firmas multinacionales, que entregan tarjetas con nombres en relieve y logos de diseño. Me refiero a esas que últimamente se expanden en España como hacen los gases, ocupando el espacio hasta no dejar ni un mísero hueco.

No me quejo, en absoluto. Si bien es cierto que no dispongo de asociados al uso, ni tampoco de eso que antaño llamábanse pasantes, becarios o cualquier otra variante del subgénero « en prácticas », poseo propiedades valiosas a las que aprecio como a los buenos amigos que nunca traicionan. Hablo de un precioso Mac de última generación, que jamás me ha levantado la voz; una impresora a color (un lujo, esto de ver tu logo teñido de magenta); un fax multifunción y una

suscripción *online* a la actualidad jurídica de Thomson-Aranzadi. ¿Quién necesita más y mejores asociados?

Lo de « Romani » se le ocurrió a Salomé la noche de mi despido.

« Suena culto, aristocrático y cuenta con la correcta dosis de altivez italiana », aseguró, con esa contundencia con la que ella suele decir las cosas. Yo, que a aquellas alturas de jornada había trasegado bastante alcohol y la veía borrosa, me abstuve de apuntar que a mí Romani me sonaba a idioma gitano, y aseguré, mientras rebañaba el vaso, que me parecía una denominación cojonuda para un hipotético negocio.

Después, todo fue rodado.

Perdónenme ustedes el inciso, para no dar lugar a equívocos: yo, habitualmente, no bebo. Sé que esa afirmación es propia de un borracho redomado pero, en mi caso, es cierto: bebo poco y, amén de la cervecita, que es tan sana como el agua, lo hago muy de cuando en cuando y, por supuesto, no le doy al vodka, que fue lo que hice aquel aciago día.

En una ocasión, en un diario de tirada nacional, leí una entrevista a Stephen Vizinczey, el escritor húngaro. En ella, regalaba consejos a los escritores noveles. No eran el tipo de exhortaciones que suelen ofrecer las madres, el maestro de la escuela o ese pelmazo que hay en todas las familias y que nadie sabe de dónde ha salido. Eran recomendaciones experimentadas y peculiares. Entre ellas, la de no beber, no fumar y no drogarse, porque, reflexionaba el húngaro, « para ser escritor necesitas todo el cerebro que tienes ». Pues bien, también para ejercer como abogado precisas de tu cerebro y el de los asociados que hayas podido reunir. Como yo solo cuento con Salomé, me veo obligado a mantener todas y cada una de mis neuronas en estado de revista, por eso no pruebo el alcohol, las drogas (lo del día de autos fue accidental y, como explicaré, lo hice porque concurría fuerza mayor y creyendo siempre que ingería viagra), el tabaco o la guindilla, que es veneno para mis hemorro..., bueno, esa es otra historia.

Pero hay días especiales en la vida. Me estoy refiriendo a esas jornadas en las que el destino, hábil avasallador, se te echa encima sin previo aviso. Para que se me entienda, es como si, al despertarte una mañana, te enteraras por la radio de que han adelantado un mes el plazo para la liquidación trimestral de IVA. En esos casos, llorar o beber.

El 18 de marzo escogí beber.

A la salud de mi padre.

El pobre murió como siempre, sin dar la lata, casi pidiendo disculpas por las molestias causadas. Había contratado un seguro completo de deceso, que llevaba décadas pagando. Como había que rellenar todas las cláusulas, él mismo había seleccionado el modelo de ataúd (tapa de cristal incluida), elegido la lápida de mármol y redactado la esquela del periódico. Todo preparado, a la espera de cincelar la fecha definitiva, que finalmente fue el dieciocho del tres, víspera de

San José, de quien, por cierto, era muy devoto.

Dejó los papeles del citado seguro en su mesilla de roble, pero no dentro de uno de los cajoncitos, sino a la vista, junto a la lámpara, como si presintiera que la muerte venía a buscarle y que su torpe hijo, es decir, yo, no los encontraría. La verdad es que fue dinero bien empleado. El servicio resultó impecable. Lo primero que decían aquellos papeles era que existía un teléfono de «Asistencia 24h», algo que, teniendo en cuenta el producto, suena a tomadura de pelo. Sin embargo, llamé. Lo hice porque, amén de llorar y avisar al doctor Gervasio, el amable vecino del número seis, no sabía qué debía hacer. Los de la compañía se personaron en casa, con caja, sudario, papeles, coche fúnebre y corona de flores, y lo organizaron todo, con correcta (que no sincera) delicadeza.

Me pareció que ese tipo de noticias era preferible comunicarlas en persona y, dejando a mi padre y a su caja moldurada en el tanatorio, me dirigí al bufete donde trabajaba desde hacía dos largos años, a razón de diez horas al día, seis días por semana, sin ver un solo duro ni más luz que la del flexo que yo mismo me llevé de casa.

Era martes.

Cuando atravesé el vestíbulo, el reloj de la sala de juntas marcaba las nueve y cuarto. Me dirigí al despacho que me habían asignado: una angosta y claustrofóbica habitación interior, sin ventanas. Dejé la americana colgada en la percha y, sin más preámbulos, acudí al enorme y bien aventado despacho del socio director: dos balcones volcados a la avenida principal, paredes vestidas de madera oscura, un exquisito icono antiguo y un cuadro tan moderno que parecía de consulta de psiquiatra (me hago una idea del precio). Pensaba informarle de la hora y lugar del funeral por el alma de mi padre, por si él o alguna otra persona del bufete querían o podían sumarse a los actos del sepelio.

Su secretaria, que me dio el pésame en su nombre (uno tan *light* como la Coca-Cola zero), me informó de que su jefe aún no había llegado.

Dirigí entonces mis pasos al departamento de Recursos Humanos (los llaman así). Tenía la intención de solicitar unos días de permiso, con el fin de arreglar los pocos asuntos que mi padre había dejado pendientes y estar libre para atender a sus amistades, recoger sus objetos personales y cerrar su cuenta en la Caja de Ahorros y la farmacia. Recuerdo que, con los nervios y el dolor, me había cortado al afeitarme. Dos veces, para ser exactos. La incisión de la mejilla era liviana, apenas un rasguño, pero la del mentón, más aparatosa, me obligó a utilizar una tirita. Todo el mundo reparó en ella, todos hicieron algún comentario al respecto, pero nadie se preocupó por mi dolor: ese es el tipo de cosas que ocurren en los despachos con asociados de verdad. Ellos tenían aquella mañana otros temas más atrayentes de los que hablar. Curiosamente, me involucraban a mí, pero no a mi difunto padre.

Resumo los hechos para no agotar su paciencia: la señora de Recursos

Humanos (pelo cardado, uñas largas y alma tan inmortal como inexistente) me aseguró que, en efecto, el Estatuto de los Trabajadores contemplaba dos días reglamentarios de permiso retribuido, pero que yo no podía solicitarlos porque no era más que un asociado-pasante-sin sueldo y a los asociados-pasantes-sin sueldo no les afecta la biblia del trabajador. Además, añadió con tono tan neutro que me pareció socarrón, esa misma mañana, a primera hora, el socio más veterano del bufete había ordenado que se me informara puntualmente de que nuestra relación laboral (también lo llaman así) quedaba rescindida. Por ello, me agradecerían que, ya que estaba allí, aprovechara para recoger mis bártulos y dejar el despacho limpio. La razón que adujeron es que andaban muy justos de espacio y el nuevo fichaje —una chica lista y mona como la que más, con calificaciones inmejorables (creo que se refería al expediente académico)— era mejor candidata que yo a ocupar ese despacho. La susodicha, por cierto, y en este momento me estoy refiriendo a la plaza, se transformó en remunerada el mismo día en que mi gordo culo cedió el puesto a su homólogo respingón, un prodigio de la madre naturaleza (ahora me refiero a la chica, claro).

Sin mentar palabra, pero con los ojos húmedos por la decepción, recogí los códigos; el marco barato con la fotografía de mi graduación, en la que sonreía del brazo de mi progenitor; el pisapapeles con forma de caballo y los muchos libros que, sobre contratos mercantiles y protocolos familiares, había comprado en aquellos veinticinco meses, y regresé a casa. No hubo cena de despedida ni cartera de documentos fabricada en polipiel (un habitual regalo en estos casos). De hecho, ni siquiera me dieron las gracias por los servicios prestados. Yo estaba ya amortizado y ellos seguían vivos, de modo que se dedicaban a hablar del culo de la nueva asociada mientras internamente especulaban sobre si estaba liada con el socio director o con alguno de sus hijos.

Con la caja conteniendo mis pertenencias en brazos, desanduve el camino a casa y, cuando me topé con un negocio de ultramarinos, entré. Estaba regentado por un chino, de cara ancha y aplastada y evidente mal genio, que hablaba pasablemente español. Le pedí alguna bebida fuerte. El tipo me vendió dos botellas de vodka. «Tres-con-tleinta», dijo. Y yo le entendí perfectamente.

Puse las botellas en la caja, junto a los códigos, y regresé a casa, donde, mezclado con Coca-Cola y delante de una fotografía de mi padre (una que le sacaron en la última excursión organizada por la parroquia, y donde se apreciaba con claridad su deterioro físico), me tragué íntegro su contenido. Después, acudí al tanatorio. Pasadas unas horas, me entró el sueño y regresé a casa. Pero, antes, me detuve en el mismo establecimiento de ultramarinos.

Cuando, por fin, llegó el momento del funeral, no me encontraba en buena forma.

Antes de continuar, me gustaría hacer un par de comentarios sobre mi despido.

Puede que ustedes piensen que no merece la pena; que, tratándose de cosas desagradables, es preferible dejarlas correr y olvidarlas cuanto antes. Pero en este caso no puede ser. Porque todo empezó ese día... Bueno, admito que eso es una exageración. Pero no lo es que, si existe un jurado número diez, es precisamente porque fui despedido. Por eso, además de que me apetece, voy a dedicarle unos minutos.

Se supone que, al ser despedido, debes montar en cólera y preocuparte por cómo la noticia va a afectar a tu familia, a tu autoestima o a tus relaciones más íntimas, es decir, a tu banco. Sin embargo, yo no pensé en nada de eso; al menos en los momentos iniciales.

Lo primero que me vino a la cabeza fue la imagen de mi padre. Me alegré de que hubiera ocurrido con él en obligada posición de decúbito supino. De haberle puesto al día al llegar a casa, la noticia lo habría matado. Hacía meses que andaba cargado de espaldas, con los ojos vidriosos y el pensamiento extraviado. Tenía los pulmones en las últimas de tanto que había fumado, pero eso era lo de menos. Lo más llamativo era que muchas veces no me reconocía. Me tomaba por una visita y si me veía encorbatado me tildaba de «señor». El último medio año pasé las horas muertas tratando de ganarme nuevamente su amistad y disimulando el dolor de verlo en ese estado. Su presencia me producía, a partes iguales, una intensa ternura y la conciencia de ser afortunado por haber disfrutado inmerecidamente de su compañía tantos años. Aguantaba las lágrimas y acoplaba mis pasos a los suyos en la medida que el despacho me lo permitía, que, a mi entender, no era suficiente.

No obstante lo dicho, mi padre retenía algunos instantes de cordura, casi siempre referidos a momentos muy distantes en el tiempo. Y así, cuando despertaba de su letargo, me preguntaba inexcusablemente por mi trabajo.

«¿Qué tal en el despacho? ¿Te trata bien Fulano?»

Fulano, llamémoslo así, es el socio director, el dueño del despacho con vistas del que hablaba anteriormente. Me veo forzado a omitir datos básicos acerca de su persona, su identidad y algunas otras evidencias. Quede claro que no lo hago

obligado por la santa Ley de Protección de Datos, que, en mi profesión, es homóloga a la confesión para los sacerdotes católicos. Se trata, más bien, de un ramalazo de prudencia.

A ver cómo explico esto.

Durante años, y hasta su jubilación, mi padre trabajó como conserje-portero-encargado en un teatro llamado, como casi todos los primeros de las ciudades pequeñas, Teatro Real, ubicado, como el despacho, en la avenida principal. En él se ofrecían representaciones teatrales, conciertos, mítines políticos, recitales de poesía y alguna que otra obra más frívola capaz de llenar las huecas vidas de quienes, a pesar de tenerlo todo, o quizás por eso, siempre andan a la caza de nuevas experiencias.

Mi padre no reprochaba nunca nada a nadie. Se limitaba a sonreír. Es posible que, en algunos casos, se le marcara un rictus de desagrado en los labios, pero siempre lo hacía en silencio, incluso cuando don X o don Y, cargados de copas, se empeñaban en invadir el espacio reservado a los camarinos para ver las piernas (o lo que se terciara) de las coristas. Y aquí llega lo curioso del caso: pese a sus hazañas, cada vez que mi padre se refería a uno de aquellos caballeros adjuntaba el tratamiento de respeto, es decir, un *don* en la cabecera de sus nombres. Lo hacía con todos menos con mi jefe, que invariablemente fue Fulano a secas.

Cuando terminé mis estudios, mi padre lo llamó. Y, para mi sorpresa, ya que era el mayor y más afamado despacho de la provincia, esa misma tarde me hallaba allí trabajando. Cuando regresé a casa, después de mi primer día, rogué a mi padre que me explicara cómo lo había conseguido. En su tónica habitual, sonrió y se reservó los porqués. Sin embargo, el aire de victoria o de rabia oculto tras su tono jovial me hizo sospechar que se guardaba una baza, y no sabía cuál.

Fulano tiene dos hijos, ya socios del bufete; cincuenta asociados; seis secretarías y un contable. Y maneja dinero como si, en su mano, estuviera la máquina de fabricarlo. Pero, como suele ocurrir, cuanto más tienes, peor: paga salarios de miseria y, si puede retenerte el sueldo un par de días, lo hace. Supongo que esa sensación de poder produce un orgasmo mayúsculo.

Quizás ponerme de patitas en la calle pueda incluirse entre esos succulentos placeres, pero el modo y el momento en que lo hizo me dieron que pensar. Naturalmente, no había forma de cerciorarse; sin embargo, había demasiadas preguntas suspendidas en el aire. Lo que quiero decir, de nuevo con bastante torpeza, es que no me pareció casualidad que prescindiera de mi justo el día en el que mi padre pasó a mejor vida. Y con la tripa llena de vodka ruso *Tles-con-tleinta*, la sospecha dormida despertó con toda su fuerza. Algún indicio había, porque la secretaria de Fulano me dio el pésame en el mismo instante en que entré en su despacho, de modo que tenía noticia de lo ocurrido, y nada hace suponer que no se lo comunicase de inmediato a su jefe. ¿Es, por tanto, descabellado pensar que, al enterarse del fallecimiento de mi padre, se vio libre

de aquel pacto entre caballeros y decidió cortar por lo sano y propinarme una sonora patada en el culo? Yo consideré que no. De ahí que saber qué posible pacto tenía Fulano con mi padre se convirtió en una de las metas de mi nueva vida.

Pero ese aspecto, de momento, carece de importancia. Lo que en aquellos momentos me afectó fue quedarme sin padre y sin trabajo en el mismo día. El dolor alcanzó tal intensidad que ni siquiera supe cómo debía sentirme.

Siempre (incluso cuando trabajaba diez horas al día sin cobrar un duro) he pensado que el trabajo es una bendición, un modo de situarte en el mundo, de ser útil. Por eso, cuando me vi obligado a abandonar la silla y llevarme el flexo y regresé a la casa de mi padre, que se había quedado sin morador, lo que sentí fue desubicación. No tenía sitio. Estaba en tierra de nadie.

Hasta los que no se sienten ni de derechas ni de izquierdas pueden situarse en el centro, un concepto tan amplio que caben todos. Entre el blanco y el negro, hay una amplia variedad de grises y siempre hallas uno que te defina. Pero yo aquella noche no encontraba dónde colocarme. Las peripecias vividas en aquel desagradecido ambiente —cada asunto, un mundo en sí mismo; una nueva batalla por la que cabalgar— no solo me divertían, también me atornillaban al espacio y al tiempo, me definían. Por eso, la nueva situación de desempleado me tenía como flotando.

Mi madre había fallecido tres años antes. Y padre y yo nos hacíamos compañía mutua. Uno para todos y todos para uno. Hubo una chica, bastante mona, abogada también, pero se largó con un tío de setenta kilos que, dicho sea de paso, era un sinvergüenza. Cuando volvió, llorosa, yo ya no la quería.

En dos platos: estaba con las manos en los bolsillos y el alma rota.

Gracias a que apareció Salomé, que fue para mí mejor que cualquier indemnización. Los cuarenta y cinco días por año trabajado se quedan cortos a su lado. Y, pese a todo lo que diré de ella, sé que para Romaní y asociados fue una quiniela de catorce.

Parece que un funeral con gente de pie en los pasillos, las señoras aprisionadas en los bancos del templo, a modo de sardinas en lata, el hedor acre de los sudores compartidos y los caballeros saliendo a fumar durante la homilía cuenta con un muerto de postín. Bueno, no fue el caso. Aunque la culpa no la tenía el muerto.

Soy hijo único. Mi padre también lo era, y mi madre, fallecida como decía, contaba con una cortísima e infartadísima familia. Esto explica por qué mi progenitor no tuvo un funeral multitudinario. Acudieron, eso sí, todos sus amigos (me sorprendió gratamente que tuviera tantos); una señora enjuta y muy elegante, con modales de naftalina, que nunca antes había visto y que no se acercó siquiera a estrecharme la mano (todos tenemos secretos, los padres también); el sacerdote que habitualmente le confesaba y yo. Del despacho, nadie. Supongo que la nota que venía prendida del lazo del ramillete de flores secas que enviaron (barato, sin duda) y que rezaba: «Te acompañamos en el sentimiento» les pareció suficiente.

Salomé no acudió al funeral porque, según dice, esas cosas la deprimen. Pero, tras el entierro, me aguardaba en el portal de mi domicilio, apoyada en el muro de piedra.

—A mí, lo de la muerte no me va, Efrén, pero los vivos sí, por eso quiero que sepas que estoy contigo. Como desconocía tus comidas preferidas, he preparado pasta y pechugas de pollo empanadas, que gustan a todo el mundo —aseguró. En efecto, llevaba en la mano dos envases de plástico, uno sobre otro, ambos con tapa azul añil—. Hay suficiente para los dos. Si quieres, entro y almorzamos juntos. Así no te sentirás tan solo. ¿Tienes microondas?

Por aquel entonces, Salomé era secretaria suplente en el despacho de Fulano. Había empalmado tres contratos de seis meses, con despido durante los periodos estivales y navideños. El que estaba vigente concluía en junio. No era un lince y su inglés merecía un suspenso bajo, pero tenía muy buena mano con la gente. Se hacía querer, vamos. Se ponía con facilidad en el sitio de los demás: de las viudas, de los autónomos, de los ancianos preocupados, de los pasantes despedidos que entierran a su padre... Parecía una mezcla de algodón dulce y justiciero de cómic, en versión Teruel, de donde es natural.

Al menos en el carácter, porque en el físico... En fin, podría decirse que esta treintañera turodense, rubia galáctica gracias a la química de la farmacia, es algo así como una mujer común pegada a un busto de diosa mitológica. A ver cómo lo explico, que yo, en esto de describir a las mujeres, soy un negado... Mi socia Salomé tiene la medida estándar de las mujeres de su generación, cosa de metro sesenta o sesenta y tantos, y un armazón óseo bastante típico: anchas caderas, culo generoso, tobillos finos... Hasta ahí todo normal. Lo peculiar es que, en la delantera, Salomé tiene, estratégicamente situadas, dos enormes bolsas de silicona. Y cuando digo enormes, quiero decir que su tórax lleva adosado un par de tetas de plástico tres tallas más de lo prudente.

«Costaban lo mismo. Era una cuestión de rendimiento», me confesó uno de esos días de confidencias mutuas en el que me atreví a preguntarle. Se refería, naturalmente, al tamaño: a igualdad de precio, grande, ande o no ande. Yo no me lo creí del todo, e insistí en que, si le fastidiaba mucho y quería poner una demanda a la clínica de cirugía estética, me encargaba, pero no me lo permitió.

Antes de trabajar conmigo, Salomé se había batido el cobre en una empresa constructora hasta que un desfalco se la llevó por delante. Luego, en el despacho de un contable, que se la llevó a ella, tras un extraño *affaire*. Pero nunca se había resignado. Hacía cursos y más cursos, proyectos, se apuntaba a todo lo que el Ayuntamiento ofertara, siempre y cuando fuera gratuito, y, en cada tarde de lunes, recuperaba el CD de *Home English* y volvía a empezar.

Ese día, tras el funeral, mientras nos comíamos las pechugas empanadas, con tono de *coacher* profesional me explicó convencida:

—Verás, Efrén, según lo veo yo, con tu vida puedes hacer dos cosas: hundirte en el lodo o nadar. Buscar otro despacho donde sigan explotándote hasta que te den la patada del chivo equivale a hundirte. No vas a aprender gran cosa ya: la abogacía básica no tiene secretos para ti; no lo sabes todo, pero sí lo suficiente para nadar por tu cuenta. La segunda opción es espabilar. Dime, ¿esta casa era de tu padre?

Eso es muy propio de Salomé, cambiar de registro sin previo aviso, dar bandazos en la conversación como si ella fuera el viento y los demás las velas. Siempre me desconcierta con ellos.

—Sí, claro, era suya.

—¿Hipoteca?

—No, ya está pagada. Mi madre poseía algunas tierras. Las vendimos cuando murió.

—De modo que ahora esta vivienda es de tu propiedad. ¿Puedo verla? Con un vistazo será suficiente.

Con un gesto de la mano, accedí. Permanecí sentado; estaba un poco mareado. La lámpara de araña del salón empezaba a dar vueltas y más vueltas. Ella paseó por el piso, curioseándolo todo, y finalmente regresó a mi lado.

—¿Sabes, Efrén? Es perfecta. Un bajo luminoso, con patio de entrada, en el casco antiguo: no podría haber algo mejor. Además, el sitio es tan pequeño que se limpia en un santiamén. —Se detuvo unos instantes a sopesar lo que veía. Y yo a sopesarla a ella. Finalmente, puso esa sonrisa. La de los domingos, la de las peticiones, la intencionalmente expresiva, y me dijo—: A ver qué te parece lo que voy a proponerte. Creo que es una buena oferta para ti y un buen trato para ambos: yo me encargaré de responder al teléfono, prepararé café, ordenaré expedientes, transcribiré lo que me digas y pasaré el aspirador dos veces por semana. Cobraré un diez por ciento de lo que tú ganes, con el salario interprofesional como mínimo cuando ya estemos establecidos y operativos. Y, en los ratos libres, seguiré con mis estudios de Criminalística. —Había olvidado mencionar sus estudios—. Me gusta cocinar, de modo que puedo hacer la comida, pero tú te comprometes a comprar los ingredientes. Y dejemos clara una cosa desde el principio: nada de sexo. Lo siento, no eres mi tipo. —Como debí de poner cara de estupefacción, aclaró—: No te ofendas, pero los gorditos no me van. Además, no se debe flirtear con el jefe. Ya conoces el refrán: « No cagues donde comas » .

Hubo una cierta ternura en el tono en que pronunció esta última frase. Y un cierto embrujo en su propuesta. Fue como si, viviendo en un gallinero, me comunicaran que contaba con alas de águila. Podría decir que pasé horas debatiéndome en la duda, sopesando mis opciones y su propuesta. Podría decir que estaba tan borracho que, envuelto en los vapores del alcohol, vodka de *tes-con-tleinta*, no supe lo que hacía. Podría asegurar que las circunstancias me obligaron. Pero mentiría. Acepté porque a veces las cosas ocurren con enorme simpleza. Acepté porque a la vida, en ocasiones, hay que mirarla directamente a los ojos.

Y así, en el corto espacio de unas horas, sin planificación previa, enterré a mi padre, fui despedido, abrí mi propio despacho y contraté a mi primer colaborador: un récord propio de un bróker de Wall Street.

Por cierto, Salomé y yo nunca hemos firmado un contrato. No ha hecho falta. Nuestro acuerdo está cerrado, sellado y blindado como el del banquero que ve peligrar su silla. Ambos nos dimos de alta como autónomos y Romani y asociados empezó a funcionar. Eso sí, previamente, cada uno de nosotros puso una condición. La mía (soy un hombre y, como tal, solo alcanzo a ver lo cercano y lo práctico) fue que en nuestro despacho, generalista y multidisciplinar, no se aceptarían casos penales o divorcios: odio la sangre en todas sus vertientes, la de las puñaladas traperas y las discusiones con hijos de por medio.

Salomé actuó como lo que es: me pregunto cómo habría discurrido su vida de haber vivido en París en el sesenta y ocho.

—Efrén, yo tengo una condición y es inapelable —dijo. Y mirándome fijamente con esos ojos grandes y descentrados con que Dios adornó su cara, se

explicó—: Quiero ser feliz.

Me eché a reír y le respondí con ironía.

—¿Has cambiado de opinión respecto al sexo?

Se enfadó y, muy seria y malhumorada, dijo:

—No me preguntes cómo vamos a conseguirlo, pero no quiero ver caras tristes a mi alrededor. No estoy dispuesta a trabajar en un sitio serio y viejo maniatada. Me saldrían arrugas. Quiero ser feliz.

—¿Y cómo vamos a hacer eso, Salomé?

—Déjalo de mi cuenta, es sencillísimo.

Debo confesar que, en mi ignorancia, tomé su condición como otra de tantas tonterías femeninas, fruto de alguna hormona desquiciada. Con el tiempo, sin embargo, me he dado cuenta de cuánta razón tenía. Aceptar como base de partida que el conflicto y no la armonía; la amargura y no la alegría; el cinismo y no la simplicidad son los constitutivos de la vida social y crean organizaciones grises, feas y tristes.

Aunque haya tantas excepciones que ya no haya causa, lo propio de la gente es quererse y respetarse, reír, buscar la felicidad. Los líos, los enfados, los problemas personales, que son los verdaderamente importantes, deben ser la excepción, el contrapunto de la paz. Y, como bien decía Salomé, lo que hace que la alegría sea la auténtica meta relevante es empeñarse en ella.

Romaní y asociados, al que concebimos con tan poca previsión, podía haber salido rana, lagarto o, incluso, cangrejo, pero mira por dónde nació andando y con dientes.

Todo el mérito lo tuvo, sin duda, Salomé.

Después de firmar nuestro acuerdo verbal, mi socia acudió al bufete de Fulano con ánimo de presentar su renuncia y retirar sus efectos personales. Y hete aquí que, en los escasos minutos que duró la operación recogida, y como por arte de magia, una lista con las direcciones de los clientes del bufete con los que yo había tratado personalmente se coló en su bolso.

—¡Ah, no, eso sí que no! Digas lo que digas no se les puede enviar una carta. No es ético ni legal. No puede ser —exclamé al día siguiente, cuando se presentó en el domicilio de mi padre con la información distraída. Llevaba en la mano tarjetas de visita del despacho que había mandado imprimir y que incluían dirección, nombre y teléfono (el de mi casa).

Yo todavía sufría los efectos del trasiego del vodka (de las peores resacas que recuerdo, la verdad) y solo de escucharme a mí mismo ya me retumbaba la cabeza. Aun así, mi negativa fue firme. Con cara de boba, me soltó la respuesta que traía, seguro, preparada.

—Pero ¿qué dices, Efrén? ¿Estás loco? ¡Por quién me has tomado! Me estás malinterpretando. Enviar una carta a tus antiguos clientes ofreciendo tus servicios sería lo menos inmoral, pero invitarles a un funeral por el alma de tu padre es un acto de caridad cristiana, de humildad y de un montón de cosas buenas que en este momento no se me ocurren. Debes saber que ya he hablado con el cura: será el viernes, en vuestra parroquia. Irá quien quiera, y quien no quiera no irá. La libertad siempre en primera fila. Y hablando del funeral, no quiero que te precipites al juzgarme pero has de saber que yo no asistiré. Me quedaré en la puerta, con las tarjetas: ya te he dicho que no soy partidaria de la muerte ni de los muertos.

Por más que protesté, y expuse con toda suerte de argumentos la inconveniencia de meter a mi santo padre en esto, no se dejó amedrentar.

—¡Válgame Dios, Efrén! ¿Acaso sospechas que no tengo corazón? No vamos

a utilizar el nombre de tu difunto padre, que en paz descansa, para hacer negocio sino para invitarles a rezar por su reposo eterno. En suma, que vamos a llorar juntos, ya sabes: solidaridad, afecto, esas cosas... Si introduzco tu tarjeta en el mismo sobre es por si da la casualidad de que alguno no puede asistir y quiere acercarse a darte personalmente el pésame.

Seguí renegando unos minutos. Como si oyera llover. Naturalmente, se salió con la suya. ¿Cómo argumentar con quien se dice «contraria a la muerte y los muertos»?

La primavera ya había tomado la plaza. Y aquel luctuoso viernes lució un sol radiante. No hubo lluvia que desanimara ni viento que distrajera. No había partido de la Champions League ni del equipo local, que ya miraba el descenso. Era un día perfecto, tanto que acudieron todos y cada uno de los que habíamos invitado, para horror de mi antiguo jefe. Atraído por los rumores de mi contraataque, también él se personó en la iglesia parroquial, con la nueva y rutilante asociada a su derecha vestida con un minúsculo vestido negro (dudas despejadas).

Cuando Fulano se acercó a mí, supuse que sus bonitas palabras borrarían de un plumazo sus previas indelicadezas e incluso el dolor de mi despido. Pero no mostró ni la humanidad de darme su pésame, aunque con un par de frases rutinarias hubiera bastado. En vez de eso, aseguró con cara de bulldog que el funeral tenía motivos «oscuros» y me advirtió con la severidad de un juez del Supremo que no obrara «a la ligera» porque «me vigilaba estrechamente». Se me revolviéron las entrañas. De haber sido brujo, habría hecho caer fuego del cielo para que lo achicharrara, junto a su corbata roja de doscientos euros, allí mismo. Pero hice algo muchísimo más siniestro, algo de lo que siempre tendré que arrepentirme. Con voz sosegada y modales palaciegos, le agradecí que hubiera aparcado por un ratito sus múltiples ocupaciones para venir a despedirse de mi adorado y estimado padre. Inmediatamente después de la pátina, le mostré el brillo de mi cuchillo: aseveré que también mi progenitor le apreciaba mucho. Tanto que se había acordado de él antes de morir, dejando una carta manuscrita a su nombre. Yo debía entregársela, después de leerla, por si ocurría *algo especial*.

A mis palabras siguió un largo silencio, en el que se puso lívido. Desvió enseguida la mirada, pero logré captar lo que me pareció un destello de pánico. Eso fue lo que confirmó mi primigenia sospecha de que un asunto turbio y serio, que involucraba conjuntamente a Fulano y a mi padre, permanecía latente, y me dije que movería Roma con Santiago hasta averiguarlo.

—¿Has traído esa carta, Efrén? —inquirió. Tras el lance, trató de aparentar serenidad, pero lo suyo no es el teatro.

—No, Fulano. No es el momento. De hecho, creo que retendré la misiva un tiempo. Al menos, hasta ver cómo van las cosas. No puedo prometer nada.

En ese instante, llegó Salomé y la conversación cesó.

Ahora, al echar la vista atrás, me doy cuenta de que buscarse enemigos innecesariamente es un error que, más tarde o más temprano, se paga. Y caro. Aunque de eso hablaré después. Es mejor que no me precipite.

Anécdotas aparte, muchos de los que recibieron la carta de Salomé y asistieron al funeral (una homilía muy bonita, por cierto) poco a poco fueron abandonando a Fulano y viniéndose conmigo. No ocurrió inmediatamente. Fue más bien una fuga controlada; un goteo constante, aunque lento. Empezando por los más pequeños y siguiendo por los medianos y los grandes.

Alguno de ustedes puede preguntarse, y con razón, por qué, en un mercado sobresaturado de oferta, alguien desprecia los servicios de un reputado bufete de renombre con sede en la avenida principal y opta por anidar en otro del tamaño de un dedal pequeño, con un neófito como yo y una secretaria como Salomé a la cabeza. A mí me parece obvio. Para empezar, yo cobro menos. A veces, ni siquiera cobro. Si el cliente anda pillado, espero pacientemente a que se recupere. O reduzco mis honorarios hasta donde él o ella alcanzan, sin mediar ningún tipo de humillación (algo que, se lo aseguro, es todo un arte). A veces, cobro en especie. Sin ir más lejos, hace tiempo que dispongo de un suministro estable de huevos de corral: llega una docena los sábados por la mañana, acompañados de una enorme sonrisa.

Pero hay una razón de más peso que el dinero: yo presto atención a mis clientes. Toda mi atención. No me guardo nada. Puede que no lleve trajes de mil euros, pero el de doscientos es enteramente suyo. Y cuando entra algún asunto sobre un tema que desconozco, lo estudio hasta sus últimas consecuencias y entonces pasa a formar parte de la esfera de mis dominios.

Eso es, me parece, caer de pie.

La casa que heredé de mi difunto padre, hoy sede de Romani y asociados, está situada en el número cuatro, duplicado, de una calle empedrada, tan estrecha que carece de aceras. Que mi domicilio se halla en territorio nacional no puede ponerse en duda, teniendo en cuenta que, dos pasos a la derecha, se alza la hospedería Carmen y, dos a la izquierda, el restaurante Lola. Por no hablar de la plaza anexa, que recuerda a un torero con una planta aromática por apellido.

No es gran cosa: un bajo de poco más de setenta metros en un edificio de dos alturas. Además, la serpenteante rúa, con nombre de filósofo árabe escrito en azulejos blancos (uno por letra, como debe ser), está en pleno casco histórico, en zona peatonal. Mirar este dato con lentes de la capital hace pensar que los coches no pueden ni asomar el guardabarros. Para un provinciano, indica que queda a un tiro de piedra de cualquier sitio. Además, tiene su encanto, el propio de la tierra.

He decidido no mencionar el nombre de la localidad. Pero no por eso puedo dejar de cantar sus loas. Aquí, ustedes no encontrarán arrogantes construcciones de cristal, vestíbulos que crean sensación de dominio o ascensores que cortan la respiración. Aquí vivimos en calles retorcidas y casas aplastadas por el puño del sol; esquinas blancas de oscuros techos, donde remojar el gaznate con aguardiente es más fácil que regarlo con agua. Aquí hace mucho tiempo que nos comimos a los moros, y aún no hemos podido hacer la digestión. Ya no hay graneros, ni espadas, ni feriantes, pero aún la ciudad es nuestra, de los pequeños hombres como yo, y sigue tan emperejilada y arrogante como cuando todos los califas del mundo querían seducirla. Mi casa, sin ir más lejos, posee rejas de hierro fundido y contras de madera en las ventanas. Sus puertas rebosan tachuelas, y en el azulejado patio central del edificio, lleno de macetas diversas, curiosamente huele a jazmín.

Cocina pequeña y estrecha; aseo con media bañera, dos dormitorios y salón. Eso había cuando comenzaron a llegar los clientes. A toda prisa nos pusimos con las reformas. En el dormitorio de mi padre, el mayor de la casa, dispusimos mi despacho: compré un cubilete de piel para los lápices y una escribanía a juego, y me sentí más abogado que nunca; en el salón, dispusimos la sala de espera y la mesa de Salomé. En mi cuarto, todo lo que no cabía, de modo que casi el que no

cabe soy yo.

—¡Qué acogedora ha quedado esta sala! ¿Verdad? —exclamó Salomé cuando terminamos.

No repliqué. Para qué. Aunque no me gustara, y ese era precisamente el caso, no iba a poder hacer nada. Y no es que hubiera quedado mal, no. Es que no era eso lo que yo había pensado.

A ver si me explico.

En el despacho de Fulano, el único que conozco, las paredes de la sala de espera están teñidas de verde manzana, color que contrasta a la perfección con los muebles de madera oscura, el jarrón de flores frescas (se cambian dos veces por semana) y la estatua de bronce (mujer con sombrilla) situada en la mesa baja de cristal, junto a una nutrida colección de revistas jurídicas. Esa era la imagen que yo tenía en mente cuando decidimos transformar mi casa en nuestro domicilio social. Hechos los cambios que comentaba anteriormente, debo admitir que la sala quedó acogedora. Pero también que, aun reconvertida, mi sala de estar seguía pareciendo una sala de estar. Habíamos retirado la televisión y el DVD, las fotografías y la colección de películas y música. Pero seguíamos teniendo el tresillo de rayas, la lámpara de araña y la mesa de comedor. Y, para colmo, Salomé se empeñaba en comprar cada semana un ejemplar de *¡Hola!* y otro de *Semana* y ponerlos sobre las revistas jurídicas que yo recibo.

Soy, por lo general, conformista, pero me vi obligado a protestar.

—Esto no es una peluquería, Salomé. Esas revistas sobran. ¡Llévatelas!

Puso los brazos en jarras antes de negarse en rotundo. Cuando se pone así, es como para echarse a temblar. Sin embargo, era una cuestión de principios, y no estaba dispuesto a cejar.

—¡Pues naturalmente que las vas a quitar!

Viéndome tan decidido, cambió de actitud.

—Lo que dices es cierto, jefe, aquí no hay laca y este es un despacho serio. Sin embargo, debes tener en cuenta que la mitad de nuestros clientes serán mujeres que no entienden de leyes y en algo tendrán que entretenerse mientras esperan. Si lo prefieres, dejo de comprar *Semana* y lo cambio por una revista de coches. Creo que hay una que cuesta un euro, no me acuerdo cómo se llama.

Decidí entrar en la negociación.

—De acuerdo, compra las revistas si crees que es necesario. Pero, al menos, pintemos la sala de otro color: el rosa pálido no es adecuado —supliqué.

—¡Pero qué dices! Es un color muy cálido: incita a la confianza y a la confidencia, no como el verde con que el hortera de Fulano ha pintado su bufete: ¡parece el gabinete de un dentista!

Naturalmente, no dije nada más. En temas de colores, por decirlo de alguna manera, las mujeres nos superan. Además, traté de ser práctico: lo importante era empezar a funcionar, no el tono que lucieran los muros.

Aunque maldita la gracia que me hizo.

Empezar un negocio, sea el que sea y con el objeto que sea, conlleva siempre algunos desajustes: problemas inesperados, muchos, materiales; otros, personales. La luz no funciona, el contrato del agua está a nombre de un tipo que se fue a no se sabe dónde y nadie lo encuentra, las puertas no cierran, el radiador pierde, nadie se ocupa de cambiar el rollo de papel del baño, el fax no envía faxes...

Romaní y asociados no tuvo ninguno de los problemas citados: yo vivía allí. Pero sí padeció otros, y de lo más variopintos. El primero: el ajo. En nuestro acuerdo verbal, yo me comprometía a pagar los alimentos que consumíamos y Salomé a cocinarlos. Fue algo imprudente por mi parte, ya que, a excepción de aquellas pechugas empanadas que probé el día del funeral de mi padre, no contaba con evidencias sobre las dotes culinarias de mi socia. Ahora que dispongo de esos datos, no diría que es un dechado de virtudes, pero tampoco que cocina mal. El problema es su costumbre de añadir ajo a todos los guisos, especialmente al salmorejo, plato que me gusta a rabiar y que tomamos bastante a menudo para combatir el calor. Le pedí que no lo hiciera porque luego me olía el aliento durante horas y no podía hablar con nadie sin ponerme la mano delante de la boca. Su respuesta fue, cómo decirlo, muy *Salomé*.

—Mira, Efrén, un salmorejo es un salmorejo, y lleva ajo: no hay más que añadir.

Como se mantuvo en sus trece, me vi obligado a suprimir el plato de mi dieta.

Nuestro segundo problema fue el entorno. El Ayuntamiento abrió una zanja en la entrada de mi calle que obligaba a las visitas a dar un largo rodeo. Nada pudimos hacer. Malgastamos saliva, tiempo y dinero en vano, porque tratar con la Administración es como ser un disidente que intenta cruzar el muro de Berlín el día en que Leonid Brézhnev acude de visita.

Con los que tuvimos algo más de éxito fue con los vecinos. Unilateralmente, decidieron subirme los gastos de comunidad, alegando que muchos de mis clientes tomaban el patio como sala de espera. Les dije que me parecía justo, siempre y cuando me permitieran poner allí unas sillitas decentes (las que había eran de plástico, viejas y bastante feas), pero ellos, bravíos como miuras, se

ofendieron como si la mía fuera una proposición cuanto menos blasfema.

—En esta silla se sentó García Baena, el poeta, y nadie la va a cambiar por otra, aunque sea de teca —sentenció el presidente de la comunidad.

Salomé logró arreglarlo con su sonrisa femenina (cuando quiere, es dulce como la miel) y un bizcocho con nueces, con el que sobornó al goloso jerifalte. Confeccionó unas fundas de rayas azul marino y blancas, y las colocó sobre las sillas de plástico, atadas con grandes lazadas. Quedaban la mar de monas junto a los azulejos de colores con formas geométricas. Luego, pidió a doña Emilia, la anciana del primero, que cosiera a punto de cruz un paño que rezara: «Aquí dejó Pablo García Baena, el poeta, su sonrisa apagada y el jardín en la sombra», que después colgó en la pared, junto a los pendientes de la reina, para mayor gloria del poeta y de la hacendosa costurera.

Todo esto es de administración ordinaria. Problemas pesados, pero más o menos ajenos. Lo más desagradable ocurrió cuando mi socia potenció su *look* y ella y yo nos las tuvimos que ver.

Intentar entender a las mujeres es como tratar de acabar con las hormigas de un bosque. Pero hay bosques y bosques, y hormigas y hormigas. Y luego está Salome...

Creo que debo dedicar algunas palabras a mi socia. No me apetece, la verdad, pero se me antoja necesario. Intentaré ser objetivo.

Fea, lo que se dice fea, no es. Pero, objetivamente, Salomé tampoco es guapa. No la estoy comparando con esas mujeres que lucen las portadas de las revistas o los anuncios de perfumes. De ellas está a años luz o, siendo compasivos, a bastante distancia. Me refiero a esas chicas a las que miras a la cara y dices «Vaya, pues no está mal» o «Tiene unos ojos preciosos» o «Unos labios que apetece comérselos». No. Cuando miras a Salomé a la cara lo que ves es una nariz aguileña de buen tamaño; unos ojos marrones demasiado separados y unos labios en tono rosa pálido, tan finos y rectos que parecen una carretera en el desierto.

Ella, que se da cuenta de esos detalles, toma sus medidas. Por ejemplo, suele cubrirse los ojos con grandes gafas de pasta. Tiene varios pares, la mayoría procedentes de los regalos de los números de verano de las revistas femeninas. Respecto a los labios, cada pocos minutos los tiñe de rojo pasión con un pintalabios que debe llevar encolado a la mano. Y se tiñe de rubio, a lo Marilyn Monroe. Pero eso es *peccata minuta* respecto a su verdadera estrategia: evitar que los hombres dirijan la vista a su cara. Y para eso, ¿qué mejor que las curvas?

Dispone de algunas poderosas (naturales, además de las artificiales, ya citadas) que potencia envolviéndolas en faldas ceñidas, camisetas de la talla treinta y cuatro, escotes astronómicos, cinturones de avispa y tacones de vértigo. Y con esos apaños, la verdad, consigue dar el pego, y hasta tener un no sé qué que le hace resultar atractiva y que los hombres se den la vuelta al pasar a su

lado.

Ya en el despacho de Fulano me había fijado en ella. Ciertamente, fueron sus conjuntos llamativos, su *plástico* y sus inmensos tacones los que llamaron mi atención pero, una vez captada, me fui fijando más y más en ella. Siendo la última eventual, se hubiera esperado de Salomé una cierta moderación en la ropa y en el carácter, pero, al parecer, nadie se lo dijo. Se comportaba como si todas las mujeres de la zona (abogadas incluso) envidiaran sus huesos y todos los hombres de la oficina la miraran con deseo. No obstante, yo que soy curioso y la observé con detenimiento, llegué a la conclusión de que lo suyo era una huida hacia delante, que era su propia indecisión la que le hacía ser tan decidida y estar permanentemente en actitud de retar al mundo.

Tardé en darme cuenta porque durante un tiempo esa mujer me sorbió el seso. Debo reconocer que por unos meses pensé que estaba enamorado de ella. Solía llevar a mi garita las gruesas carpetas que contenían la documentación de los asuntos que debía estudiar y me transmitía las órdenes del socio para el que trabajaba (uno de los hijos de Fulano), tarea que aquel no se dignaba hacer en persona. Eso nos produjo algún quebradero de cabeza porque Salomé confundía los términos con facilidad: demanda, denuncia, querrela, procedimiento, para ella eran más o menos lo mismo: papeles. Pero nos daba pie para charlar. Siempre me sonreía, me dirigía algunas frases amables y encontraba un tema de conversación, algo pequeño en lo que ocupar no más de cinco minutos. Curiosamente, jamás hablaba del tiempo, tema socorrido donde los haya. En resumen: que se abría paso hasta ti por entre tus rutinas poniendo un punto de alegría a tu alrededor.

Poco después, me di cuenta de que yo no tenía la exclusiva. Es así con todo el mundo: no deja a nadie sin su cuota de palabras. De hecho, con el transcurso de los meses en Romaní y asociados, he descubierto que la gran pasión de Salomé, además de buscar a su príncipe azul, es hablar. Reconozco que me cautiva ser testigo de ese arte suyo de convertir cada historia, incluso la más minúscula, en el argumento de una novela o en el guion de una película. Les aseguro que lo domina. Continúa hablando, incluso cuando no tiene de qué, sin aburrirte nunca. Opina de política, de economía, de sociedad, de fútbol... y de derecho sin pudor alguno.

Y a su manera. A ver si con algún ejemplo logro explicarme.

Hemos visto juntos varios partidos de la Eurocopa. Yo soy de los que se encienden con « la Roja ». Sufro los pases fallidos, como si me golpearan en los riñones; aúllo las paradas de Casillas y disfruto de las jugadas ensayadas y, sobre todo, de los goles. Ella los celebra conmigo pero, inmediatamente, comienza con su extraño análisis:

—¿Has oído el nombre de Piqué, a que no? No ha aparecido y llevamos ya quince minutos de partido.

Era cierto, pero, con aquellas dos torres que le marcaban sin piedad, el pobre no tenía muchas posibilidades. Ella tenía otra visión.

—Es por esa chica, Efrén, te lo digo yo. Desde que está con ella, no da una. No le conviene lo más mínimo. Le distrae, le descentra... Lo tiene *apalominao* y, ¿sabes lo peor?, que no les doy más de un año... ¿Y Xavi, has visto a Xavi?

—Por supuesto, ha estado soberbio.

—Sí, claro. Pero yo me refiero a esa cara de tristeza que se le pone...

—Vamos, que tampoco te gusta su novia.

—¡Ah, sí!, le va mucho. Lo que creo es que tiene hemorroides o algo de estómago. A los que padecen del aparato digestivo se les pone esa cara... ¿No tendrá un cáncer de próstata, verdad? Espero que no, porque es muy joven. Es indispensable para el equipo. Como Casillas. ¡Ay, si hubiera nacido antes! Porque Casillas es, sin duda, el mejor. Aunque su chica se pinta demasiado los ojos. Se los estropea poniéndose tanto negro. He leído en una revista que las mujeres que hacen eso desconocen qué les hace felices.

—Y a ti, ¿qué te hace feliz? —le pregunté para cambiar de tema. Acababa de perderme un espectacular paradón del Santo.

—¿A mí? Pues no sé: vivir, disfrutar, conocer gente. Me gustaría vivir en Vietnam. Creo que allí encajaría bien.

—¿Pero no decías que vivirías en Nueva York?

—Eso después. Primero Vietnam.

—¿Y por qué Vietnam?

—No lo sé. Vi una fotografía. Las playas tenían una arena blanca como nunca había visto antes y la gente parecía muy amable. ¿En qué idioma hablarán?

—Pues en castellano, no, seguro.

—No importa, aprenderé. Como hice con el inglés.

Definitivamente, en ese concreto aspecto, las habilidades y las ambiciones de Salomé no coinciden. Su inglés, pronunciado con la boca abierta y con acento sevillano, suena cuanto menos a vietnamita. Amén de que, cuando no encuentra en su cabeza la expresión que busca, la dice en castellano y santas pascuas.

—Oye, Salomé —le pregunté en aquella ocasión—, ¿por qué te asociaste conmigo? Dejaste un trabajo más o menos estable con el hijo de Fulano para venirte aquí sin casi conocerme.

—En la vida hay que arriesgar, Efrén. Coger el pájaro según pasa. Me pareciste buena gente y lo que te hicieron fue una putada. Y tú, ¿por qué me aceptaste?

No supe qué responder. Quizás eso me dejó en evidencia. Pero, fuera por lo que fuera, una buena casa necesitaba unos buenos cimientos. Y poner a Salomé en su sitio era completamente indispensable. Eso fue lo que pensé al ver cómo se había vestido el cuarto día de trabajo...

Hasta ese momento, había ido vestida de Salomé, es decir, tan exagerada como la secretaria del jefe en *Mortadelo y Filemón*. Pero aquel día... En fin, voy a decirlo como es: aquel día parecía una prostituta de las de saldo.

—Mira, Salomé, si queremos tener un despacho serio, debemos vestir seriamente. Sin ir más lejos, yo uso corbata todos los días, aunque la temperatura pase de los cuarenta grados.

Una voz fría y seca me respondió:

—Eso es una tontería, Efrén. Hasta Torquemada sabía que el hábito no hace al monje.

Compararme con el famoso inquisidor me supo a cuerno quemado, pero no me ablandó.

—No pretendo que lo comprendas, pero así lo quiero. Fuera del despacho, ponte lo que te venga en gana, pero aquí debes comportarte. Me pones nerviosos a los clientes, a los vecinos y también a mí.

—Tus clientes y tus vecinos son unos salidos; tú, también...

—Cualquiera lo sería si les enseñas la tripa, las piernas, los... ¡Mirate, llevas un *short* vaquero deshilachado, y una camiseta de tirantes que tapa mucho menos de lo que enseña!

Me cortó en seco. Continuaba parada delante de mí, con los brazos caídos y las manos metidas en los bolsillos del minúsculo pantalón.

—A ver, Efrén, ¿tú crees que me he operado los pechos porque me sobran dos mil euros y una semana de vacaciones? Pues no. Me he gastado una fortuna para poder exhibir estas dos maravillas. Son como las flores: deben colocarse en el ojal, para que luzcan.

Imperturbable, repliqué:

—Las flores de tu ojal me importan un pito. Esto no es negociable. Si vas a venir así vestida, será mejor que recojas tus cosas y busques un empleador más solícito y más complaciente.

—¿Hablas en serio? ¿Prescindirías de mí por unos centímetros de tela?

Elevó los ojos para mirarme fijamente. No desvié la vista.

—¿Unos centímetros? Ya lo has oído. Prueba y verás.

Levantó los brazos en señal de rendición.

—Vale, jefe, como quieras. A ver, dime cómo puedo venir.

—Decente. Discreta. Digna. Eso significa nada de escotes, minifaldas exageradas o camisetas ajustadas de tirantes. Tampoco quiero ver el pirsin de tu ombligo, ni, por supuesto, las... domingas, ¿de acuerdo? Mira, hagamos una cosa: te voy a dar dinero. Vas a Zara, te compras un par de trajes de chaqueta de ejecutiva y unas camisas que combinen, y así no tienes que pensar por las mañanas qué ponerte.

A regañadientes, accedió. Y yo, feliz por el inesperado triunfo, aproveché la sensación de autoridad, que estaba seguro que no iba a durar mucho, para añadir:

—Y quiero pintar la casa, al menos mi despacho: el color rosa pastel puede resultar acogedor, como tú dices, pero no es serio.

Sonrió con picardía.

—Como quieras. ¡Será divertido, y voy vestida para la ocasión! Vete cambiando de ropa. Yo iré a comprar lo necesario.

—No hace falta: ya lo he hecho yo. Está todo en el dormitorio. Tú vete colocando la cinta que yo me pongo ropa vieja.

Mientras, como unas castañuelas, me quitaba el traje, no podía adivinar que nuestro primer cliente estaba a punto de llegar y que suscitaría la primera discusión seria con mi socia.

El motivo: el derecho de admisión.

Cerca de las doce, habíamos concluido la fastidiosa tarea de tapar con cinta el rodapié y los marcos de puertas y ventanas. Con la ayuda de una espátula, cubrimos con pasta blanca arañazos y grietas, y alisamos con lija fina el resultado. Mientras Salomé preparaba la pintura y los rodillos, la parte divertida del proceso, yo terminaba de embalar el crucifijo que presidía la habitación de mi padre y que acababa de descolgar. No me hubiera importado dejarlo, pero era muy oscuro, tétrico, y a mí me pasa un poco como a Machado, que ese tipo de talla me quita la paz. La idea, además, era llenar esa pared con los diplomas acumulados. Como no eran muchos (para ser preciso, eran poquísimos) había decidido añadir la orla de mi promoción y los títulos obtenidos en el colegio (esos eran bastantes: los jesuitas daban tres por año y yo me llevaba al menos un par).

En estas, sonó el timbre. Salomé, con sus vaqueros cortos y su camiseta de tirantes blanco desvaído, salió a abrir. Y yo corrí a ocultarme tras la puerta entreabierta de mi despacho. Presentaba un aspecto innoble: vestía el chándal viejo del Barça, el que me pongo cuando veo los partidos en casa, y una camiseta raída.

Cuando la puerta se abrió, nuestros ojos se toparon con una señora rubia, alta y peripuesta, con ademanes de barrio rico, que llevaba una enorme cartera en la mano. Mi secretaria iba a decirle que se había equivocado de domicilio, cuando escuchamos de una voz aguamentosa la siguiente frase:

—¿Es esta la sede de Romani y asociados, señorita?

A decir verdad, pronunciado, el nombre de nuestro bufete suena como la lluvia en Sevilla. Salomé dio un brinco, se limpió las manos en el trapo deshilachado, manchado de pasta tapagrietas, y se hizo a un lado. Sin saber qué decir, asintió, sentó a la señora en el sofá de rayas y vino corriendo a buscarme. Estaba nerviosa como un flan.

—Una cliente, Efrén. ¡Nuestra primera cliente!

—Eso está muy bien. Esperemos que no sea la última. Pero no es un buen momento: es obvio que no la podemos atender. Y, a lo mejor, tampoco queremos. Hemos de ser selectivos —mascullé.

—¿Qué significa eso de ser selectivo? ¡Tenemos que comer, Efrén, y esta tía

es una *loewe*! ¿Te has fijado en la cartera? ¡Es de Louis Vuitton: podemos cobrarle una pasta! —Se detuvo un instante, y añadió—: ¿Es porque piensas que se trata de un divorcio? Porque, a lo mejor, te equivocas. Seguro que es algo sencillito, algo financiero, de Hacienda o algo así, que nos soluciona el mes. Será mejor que la escuchemos antes de decidir, ¿no crees?

Le sonreí con cariño y repliqué, reconozco que con acritud:

—Yo diría que su cartera es cuanto menos del mercadillo del polígono: imitación de las más baratas. En todo caso, parece muy pesada y está llena. Eso me da mala espina: no me gustan las de su calaña.

—¡Qué manías tienes: divorcios, penal, ahora las *loewes*! ¿De qué vamos a comer? Yo, al menos, tengo que trabajar si no quiero que el casero me ponga de patitas en la calle.

En eso tenía razón. Había calculado que, si administraba bien mis ahorros y la herencia de mi padre, podía sobrevivir un periodo cercano a los dos años. Ella, por lo visto, no tenía la misma suerte. Imagino que empezaba a arrepentirse de no recibir mensualmente una nómina, mísera pero estable.

—Siéntate un segundo, y deja que te lo explique, Salomé.

—Ahora, no. La señora está esperando —me reprochó.

—Pero es que estás equivocada. Verás, no siempre los empresarios o el Estado son los malos de la película. Hay clientes listillos, mentirosos patológicos, aprovechados y morosos, y los hay capaces de matar a su madre para cobrar de la compañía de seguros. Debemos instaurar el derecho de admisión desde el primer momento...

—Pero esta es una señora...

—No confundas la velocidad con el tocino, Salomé. Hay asesinos bien trajeados y con título universitario...

Me interrumpió.

—Creo que te equivocas. Y te repito que yo tengo que comer.

—Como quieras. Lo pensaré para la próxima vez. Pero, mírame, es obvio que este no es buen momento.

—Podrías ir a tu cuarto y cambiarte. Tardas un minuto. Al fin y al cabo, estas cosas no se pueden planificar...

Suspiré.

—De acuerdo, hagamos una cosa: pídele que regrese mañana. Verás como no vuelves a verle el pelo.

A regañadientes, salió y me dejó con el rodillo, la pintura y la palabra en la boca.

Lo que hubiera querido explicar a mi socia, y no tuve ocasión, es mi propia visión de la profesión. Me parecía importante que comprendiera por qué no acepto determinados casos, sin dejar por ello de creer en la justicia.

Al menos eso me digo a mí mismo.

Durante mis dos años de pasante en el bufete de Fulano, estuve inscrito en el turno de oficio y en la asistencia al detenido. Puede parecer poco tiempo, pero les aseguro que fue suficiente. Hay gente que se acostumbra, yo acabé empachado de bilis. Aquellas actuaciones me daban mucho que pensar, y hasta me quitaban el sueño. Cuando estaba de guardia y me tocaba acudir a toda prisa al centro de detención (el plazo máximo es de ocho horas, contadas desde el momento de la comunicación al Colegio, pero yo iba de inmediato) o cuando me presentaba por la mañana a las nueve en el juzgado para negociar con el magistrado el orden de los detenidos de la *parrilla* y leía el listado (robo con violencia, agresión, quebrantamiento de condena, conducción sin carné, violación de la orden de alejamiento...) mis dudas existenciales me martilleaban el cerebro. Porque la probabilidad de que aquellos hombres (la mayoría eran hombres) fueran culpables resultaba altísima. Naturalmente, ellos no iban a confesármelo. Se excusarían, se justificarían, dirían que tal o cual tenía la culpa, pero yo sabría que mentían. Debía defenderlos porque así lo marca la ley, pero ¿cómo hacerlo sin dejar que mis reticencias y convicciones morales me influyeran?

Uno de mis colegas del turno solía decirme que a él le espantan los inocentes. Que si condenaran a uno de ellos por su culpa se abriría las venas. Por eso, aseguraba que cuanto más culpables resultaban mejor hacía su trabajo, y más tranquilo se quedaba. A mí me ocurría todo lo contrario.

Un ejemplo. El chico aquel violó a la niña. Lo admite (no podía ser de otra forma: le pillaron con el pito tieso y la niña debajo) pero jura y perjura que estaba colgado y que no se acuerda de nada. De lo que sí que se acuerda, y no deja de decírtelo, es de que es menor de edad. Le faltan seis meses para los dieciocho. El informe dice que vive malamente, entre pobreza y desestructuración. La niña tenía trece (tras aquello y a no sabe ni cuántos tiene, le

ha arruinado la vida). Iba con el uniforme del colegio y una mochila llena de libros. El fiscal acepta un año y tú, que deberías estar contento por el triunfo, se lo comunicas cabizbajo. Ves cómo le brillan los ojos. «A ese precio, mañana reincido», parece decir. «Gracias, tío. Eres un hermano.» Y tú sudas, en vez de contestarle: «No, no soy tu hermano. Si fuera por mí, colgaría al fiscal por donde más le doliera. Porque lo mío es lograr una condena justa, y esta no lo es».

Perdón por el exabrupto. Lo que quería decir es que entiendo que el artículo 17.3 confiera rango constitucional al derecho de defensa. Es condición *sine qua non* para el proceso. Acepto que un juicio es más una puja aséptica entre pruebas que un debate sobre la culpabilidad o inculpabilidad previa del defendido. Pero mi estómago no es lo suficientemente fuerte. En la especial relación letrado-cliente no puedo representar cualquier papel, hay algunos que no haría bien.

Como bien decía Salomé, la señora *loewe* no tenía pinta de haber violado a nadie ni de haber sido violada. A lo que olía era a denunciante profesional. Y con ese ganado, mi estómago es también selectivo...

La voz de la mujer me rompió los pensamientos.

—Mañana no puedo venir, señorita. Diga al señor Porcina que a mí no me preocupa su aspecto. Es obvio que están ustedes pintando y no puedo esperar que luzca corbata y cuellos almidonados, pero me gustaría que supiera que le quedaría eternamente agradecida si me concediese unos minutos, aquí mismo.

Salomé regresó con una sonrisa de triunfo y yo decidí demostrarle que la razón estaba de mi parte. Me puse un chino y una camisa, y me senté al lado de la clienta en el cuarto de estar-sala de espera. Sabía que mi socia escuchaba detrás de la puerta.

La señora *loewe* olía bien. Algún perfume a base de cítricos. Calculé que andaría por los cincuenta si no los había pasado ya. No era guapa en modo alguno, pero estoy seguro de que veinte o treinta años atrás había sido bastante resultona. No obstante, en aquel momento, pese a los evidentes retoques, parecía lo que era: una mujer que envejecía sin reconocerlo. Llevaba una capa excesiva de maquillaje, pantalones blancos demasiado ajustados y una camisa exageradamente abierta. Parecía relajada, como si aquello formara parte de su rutina habitual. Un punto a mi favor. Aunque estén habituados al ambiente e incluso tengan un cierto conocimiento del mundo que pisan, estar ante un abogado, lo mismo que ante un médico, suele aturullar a los clientes, o, al menos, ponerles un poco nerviosos. Pero aquella señora dominaba por completo la escena.

—Señor Porcina, me llamo Elisabeth X. Gracias por recibirme sin previo aviso.

—Un placer. Usted dirá...

De su enorme cartera de imitación extrajo una carpeta abultada. Quitó las gomas y dejó a la vista una docena de carpetillas de colores, algunas más

gruesas, otras más ligeras. Se lo pensó unos instantes y finalmente se decidió por la amarilla. Me la tendió mientras me explicaba:

—Quisiera poner una demanda contra mi peluquera. Se equivocó con el tinte. Este que usted ve es mucho más claro que el tono que suelo llevar. La imagen es para mí indispensable, me gana la vida con ella, y el desaguisado me perjudica, de modo que quiero ser compensada por el error cometido.

No salía de mi asombro.

—Dígame una cosa, señora X, ¿ha hablado ya con su peluquera, le ha contado lo ocurrido?

—Por supuesto, fui al establecimiento y protesté. Naturalmente, lo de la demanda no se lo he comunicado.

—No entiendo mucho de estas cosas, pero supongo que será posible volver a teñirle el pelo, arreglarlo de la manera en que estas cosas se hagan, sin que tenga que haber una intervención judicial. Una demanda es un paso muy serio del que no siempre se saca algo en claro. Estos detalles son difíciles de fundamentar y probar y, además, las peluqueras no suelen ser millonarias. Si lo que busca es una indemnización...

Me interrumpió.

—Esta sí lo es, abogado: sé de buena tinta que le han tocado seiscientos mil euros en la lotería. Es el momento idóneo para demandarla. Quiero cien mil.

Sonreí. Veía por dónde iba.

—Bueno, señora X, esos seiscientos mil euros tienen otra lectura posible: con ellos, su peluquera puede permitirse contratar a un buen abogado y a un estupendo perito que logren convertir nuestros argumentos en papel mojado. Mi consejo es que hable con ella, que negocie y lo solucione por la vía ordinaria. Creo que las palabras clave son esas: hablar y negociar.

Le devolví la carpeta amarilla. Como respuesta, recibí otra, esta vez azul.

—Mi dentista. Tuve que hacerme varias extracciones. Todo se desarrolló como estaba previsto, pero el doctor me aseguró que sangraría solo durante un par de días. Sin embargo, mis encías gotearon más de cuatro. Le aseguro que en ellos estuve verdaderamente desazonada y no pude trabajar. Quisiera demandarle porque su actitud perjudicó mi actividad.

No había duda: aquella mujer era una profesional que rozaba lo patológico. Había conocido una persona de ese gremio, también una mujer, en el despacho de Fulano. Allí le atendían dos de cada tres casos, pero yo no soy así. Esos asuntos no me gustan. Procedí con cautela, más pensando en Salomé que en la señora X.

—Confírmeme una cosa: esas otras carpetas de colores ¿contienen casos similares?

Asintió satisfecha. Había acertado en el juicio. Este tipo de clientes van buscando siempre un novato al que exprimir.

—Salomé, ¿puedes venir un momento, por favor? Trae tu cuaderno. Vamos a dar de alta a esta nueva clienta. —Mi secretaria, que, como dije, estaba escuchando oculta tras la puerta de mi dormitorio, acudió con la rapidez de una bala—. Señora X, ¿es tan amable de proporcionarnos sus datos básicos? Necesitaremos nombre completo, dirección fiscal con código postal, teléfono, NIF... Por cierto, ¿a qué actividad se dedica concretamente? Ese dato es importante para calcular las indemnizaciones pertinentes.

—Soy acompañante.

Se estiró al decirlo, como si esperara que yo pusiera alguna pega. Naturalmente, no lo hice. A mí me importaba un bledo a quién acompañaba y en qué consistía su acompañamiento.

—Acompañante, entendido. Y dígame, ¿entrega usted facturas a sus clientes?

Se removió en el asiento algo incómoda.

—No. Habitualmente, cobro en efectivo. No acepto tarjetas. En mi negocio, la gente prefiere la confidencialidad.

—Es cierto, la gente es muy discreta, pero supongo que declarará usted sus rentas, y el IVA...

—En realidad, soy viuda y cobro una pensión muy pequeña, por la que no debo...

—Comprendo. Muy bien. Dígame, ¿cuánto cobra por sus acompañamientos? Se echó el flequillo hacia atrás y se recolocó la camisa.

—Eso depende. Digamos que entre cien y quinientos euros la hora. Por adelantado.

Esa era precisamente la palabra que esperaba.

—Muy bien. Nosotros también necesitaremos un adelanto. Doscientos euros.

Se quedó cortada.

—Yo pensaba que ustedes trabajarían a comisión, como los demás..., como otros despachos, quiero decir. Un porcentaje de lo que sacáramos, vamos. Y debe saber que en casa tengo más carpetas como estas, muchas más.

—Eso vendrá luego, ahora necesito doscientos euros en efectivo para abrirle una ficha. Salomé le dará un recibo: nosotros sí que los emitimos.

Se levantó de un salto.

—Se me ha hecho tarde, señor Porcina, tengo que marcharme —dijo.

—Enviaremos la minuta de esta consulta a su domicilio, señora X.

Ella estaba ya con la mano en el pomo de la puerta.

—¿Minuta? ¡No ha hecho usted nada aún!

—Naturalmente que sí: le he ofrecido mi consejo profesional. La he acompañado en su problema con su peluquera. En mi mundo, ese acompañamiento se paga con doscientos euros la hora o fracción, sea cual sea la cantidad de ropa que vistamos.

Obviamente, no conseguimos cobrar. La dirección que había susurrado era

tan falsa como su inventora.

—Derecho de admisión, Salomé. ¿Me comprendes? Y ahora vete a Zara a comprarte esos trajes. Yo sigo con la pintura.

Debo decir que mi despacho quedó precioso, soberbio, casi señorial. Tanto nos gustó el color que aprovechamos para pintar el resto del piso, a excepción de la cocina, que está azulejada. Y, de paso, logré que Salomé cediera en algunos detalles más: por ejemplo, retiramos la lámpara de araña y colocamos un plafón de oficina.

Sin embargo, del proceso surgió un desagradable daño colateral: el olor. Resultaba tan insoportable que me vi obligado a dormir con la ventana abierta y a esperar cuatro largos días para empezar a recibir formalmente a los nuevos clientes. Mientras el tufo aminoraba, me sentaba en el patio, en las sillas con funda de rayas, a la sombra de la palmera, con el fresquito provocado por la fuente y las plantas recién regadas. El patio, blanco para que ilumine el espacio, no es muy grande. Como está lleno de macetas, la impresión óptica es aún más reducida. Pero verse rodeado del colorido de los geranios, rosales y petunias, y del potente olor de los pendientes de la reina, lo compensa. Ninguno de los días estuve solo. La señora Emilia aparecía invariablemente a las once, con su costura, el abanico en la mano y el moño alto en la cabeza. Ella cuenta con su propia silla de espadaña, colocada junto a la buganvilla. Me daba los buenos días y se ponía a bordar hasta la una, momento en el cual recogía sus bártulos y se despedía con una sonrisa lateral hasta la sesión de la tarde, sin haber pronunciado ni una sola palabra ociosa.

Recibí allí a dos clientes que necesitaban consultas urgentes, pero menores: un requerimiento de Hacienda por unos alquileres no incluidos en la declaración de la renta y un problema con una póliza de seguros. A ninguno de ellos le preocupó la presencia de doña Emilia. Quiero decir que, aunque le hubiéramos hecho firmar una cláusula de confidencialidad, hubiera sido lo mismo.

Me encanta este patio. El lugar es tan agradable que, de haber podido, habría puesto allí mi despacho. En las casas modernas, al cruzar el zaguán te topas con un ascensor de puertas metálicas. Aquí te espera la paz del tiempo muerto, del arte, del amor, hasta el aroma de lo sagrado. Pensé mucho en ello mientras estuve allí. Sobre todo porque echaba de menos a Salomé.

Le había dado cuatro larguísimos días de vacaciones. Y un fin de semana. Y

empezaba a sentirme solo, de modo que, aquel lunes, me levanté más animado de lo normal. Cuando Salomé entró por la puerta de la despampanante sede de Romani y asociados, el olor a pintura se había desvanecido casi por completo. Volvía con una sonrisa de oreja a oreja. Reconozco que tardé en darme cuenta del cambio. Estaba redactando un protocolo para unos clientes, empresarios de segunda generación, propietarios de una compañía familiar, que me habían llamado a primera hora de la mañana. Su hermana, la única mujer en la descendencia, poseedora de un buen porcentaje de acciones, se había casado con un indeseable y había forzado su entrada en la empresa como director de ventas. Vender no vendía nada, pero se estaba fundiendo el patrimonio sin ningún miramiento y a marchas forzadas.

Empezó a tamborilear los dedos sobre mi mesa, casi al lado de mis notas.

—Efrén, quiero hablar contigo un momento.

—¿No puedes esperar un poco, mujer? Debo acabar este documento. —Le expliqué el caso en cuestión. Salomé conocía a los clientes, eran del barrio. Luego, añadió—: Esta noche tienen el consejo de administración. Vienen todos los primos. Es un buen momento para que lo discutan.

Se desabrochó el botón de la americana, se cruzó de brazos y replicó con un desagradable tono lleno de ironía:

—¿Consejo de administración? ¡Por favor, esa gente se reúne en la cocina!

Me molestó su juicio gratuito y respondí con bastante rudeza:

—¿Y eso qué tiene que ver? ¿Acaso estar rodeados de puchereros, en vez de muebles caros, hace menos importante la reunión? Ahora eres tú la que te dejas llevar por las apariencias. Esa gente, como tú la llamas, es de pueblo, cierto. No visten Loewe. Son agricultores, no criminólogos, pero facturan treinta millones de euros al año y dan empleo a un montón de familias. ¿Es lo suficientemente importante para ti?

No pareció convencerle mi planteamiento, pero aguardó hasta que concluí la redacción del protocolo en el que, a propósito, me demoré algo más de lo habitual, para contarme por qué una chispa de júbilo llenaba su mirada.

—Efrén, quiero que sepas que el día que acabamos de pintar el piso me fui de copas con unas amigas. Y en el pub conocí a un tipo estupendo, un hombre.

Tragué saliva. Saqué el pañuelo y me sequé las pequeñas gotas de sudor que de pronto habían inundado mi frente. Había un punto amargo en mi voz que no pude disimular cuando respondí:

—¡Ah, me alegro por ti! ¿Es médico?

No sé por qué dije aquello. Supongo que pensé que, con su afán por la criminalística, acabaría casándose con alguien que vistiera ropa de quirófano. Negó insistentemente con la cabeza.

—No, es comercial. Se dedica a la aeronáutica. Ya sabes: piezas para molinos de viento y aviones. Cosas muy técnicas que tú no comprenderías. Bueno, ni yo

tampoco.

—¡Vaya, aeronáutica! Eso está muy bien. Cuéntame algo sobre él.

—De momento, no tengo muchos datos. Sé que no es español porque se le nota en el acento, pero no me he atrevido a preguntarle por su procedencia no fuera a ser que se tomara a mal mi indiscreción. De apostar, diría que es sueco, holandés o algo así. Y guapo. ¡Ah, si pudieras verlo, guapo a rabiarse! Rubio, alto, cachas, con unos ojos verdes que quitan el hipo —añadió, provocándome una segunda punzada de envidia.

—De acuerdo, el tío tiene un físico, pero eso no es suficiente: necesitas saber cosas, muchas más cosas sobre él. Cómo piensa, si es de fiar, si tiene antecedentes. Si es afable, bueno, bebedor, discreto o ladrón...

Se encogió de hombros, con despreocupación.

—Ya iré averiguando esas cosas poco a poco. Hay tiempo de sobra. Se traslada esta noche a mi casa.

Me quedé atónito. Volví a secarme la frente, mientras mentalmente trataba de procesar aquella locura.

—¿Que se traslada? ¡Pero si no sabes siquiera dónde ha nacido!

—¿Y qué importancia tiene eso? Lo sustancial es que es bueno y muy cariñoso.

—Deberías reflexionar un poco más antes de hacerlo, porque ¿cómo puedes saber que es bueno y cariñoso si lo acabas de conocer?

—¡Intuición, jefe, intuición! Estas cosas son así, por eso lo llaman flechazo. Verás, cuando fui con mis amigas el otro día al pub, había muy pocas personas, casi todas mujeres. La música era un asco y hacía calor. Pensé que sería uno de esos días aciagos que prefieres borrar de tu memoria. Pero, entonces, entré él. Fue directo a la barra. Pidió un cubata; se giró, apoyó los codos en el mostrador y se quedó mirando hacia la pista de baile, con cierta chulería. Había chicas muy guapas meneándose en la pista, pero solo se fijó en mí. Hubo algo en su mirada que me dejó temblando. Cuando se acercó y se puso a bailar a mi lado, creí morir. Luego, me invitó a una copa y se interesó por mi vida: cómo me llamaba, si vivía sola, dónde trabajaba. Fue muy amable, ¡y tiene un cuerpo!

La interrumpí. En otro caso, terminaría contándome los detalles de su vello púbico.

—¿Me estás diciendo que le conociste hace tres o cuatro días y que hoy se traslada a tu casa?

—Bueno, anteayer quedamos para comer y ayer para cenar. Es una ricura. ¡Y qué ojos! El pobre acaba de mudarse a la ciudad y, como aún no ha encontrado piso, vive en un hotel, y todas las comidas le sientan fatal al estómago. Me da mucho coraje...

—¿Y porque tenga malas digestiones te lo vas a llevar a casa? ¡Por todos los santos, Salomé, no es un gato desvalido! Puede ser un asesino en serie, un

atracador, un tipo que se ha fugado de la cárcel y necesite un sitio donde esconderse. ¿No se te ha ocurrido que puede haberte escogido porque vives sola?

Me montó un numerito que prefiero no recordar. Le quedó abofetearme.

Meter en razón a una mula, satisfecha de su condición, es misión imposible. Aun así, lo intenté. No dejé nada en el tintero: argumentos sentimentales; de prudencia; fiscales incluso. Le hablé de mujeres como ella que aparecían con el gaznate seccionado, que eran desvalijadas en cuerpo y alma, que resultaban maltratadas. Nada.

—¡Pareces un predicador encelado con el fin del mundo, ni que te hubiera anunciado que Igor es el anticristo! —me replicó y siguió en sus trece.

—¿Y además se llama Igor? ¿No se apellidará Petrov o Ivanov o algo por el estilo?

—No digas tonterías.

Perdí la paciencia y, sin quererlo, levanté la voz. Palabras calientes en tono inadecuado y con aire de sentencia firme. Se enfadó. Mucho. Me dijo, estas fueron sus palabras exactas: «Puedes obligarme a llevar faldas y escotes de monja, pero no tienes autoridad para meterte en mi vida privada. Además, no sabes una palabra del amor, de modo que chitón». En ambas cosas tenía razón. Y todo terminó ahí. No pude hacer otra cosa que verla marchar, canturreando, y quedarme lleno de preocupación y tristeza, porque metiendo en tu cama a un desconocido puedes estar cabalgando hacia el infierno sin saberlo.

Con el tiempo, me contó que el tal Igor (no Ígor) decía haber nacido en Austria, aunque sus padres eran españoles. Había estudiado Empresariales y era comercial en una empresa que fabricaba complicados instrumentos de precisión. Viajaba constantemente.

Lo de ser hijo de emigrantes aminoró mi disgusto. Al fin y al cabo, eran compatriotas y estaban acostumbrados al trabajo duro. Además, a Salomé se la veía feliz. Bueno, tanto como feliz no. Contenta, a lo sumo. La chispa que adornaba su mirada duró apenas una semana y enseguida se desvaneció. Pero el tiempo pasaba y el tal Igor no daba los problemas que yo esperaba, algo que, aunque me sentara mal, me tranquilizaba. Y llegué a borrarlo de mi lista de preocupaciones.

La vida discurría como siempre. Hasta el día que Salomé me llamó anunciándome la muerte de su novio.

Recuerdo que nos hallábamos al comienzo de un largo puente. La operación salida ocupaba la cabecera de todos los noticieros, y también la agenda de la policía de carreteras, que no daba abasto con tantos desplazamientos en tan poco tiempo. El teléfono sonó muy temprano. Contesté desganado.

—Un hombre muy extraño acaba de decirme por teléfono que mi novio, Igor, ha tenido un accidente de tráfico. Al parecer, ha muerto. Todavía no he avisado a la policía. ¿Puedes acompañarme?...

Disculpeme. Reincido en el error que cometí al principio de este relato: he vuelto a anticiparme. Esto de extraer en orden temporal las cosas que tengo en la cabeza me está resultando complicado. Para mí, todo está mezclado. Como en una coctelera, ¿me comprenden? Por supuesto que tuvimos casos interesantes antes de que Igor se muriera: el de Trini y el capullo de su jefe; el del pobre accidentado profesional, que demandaba por enésima vez a una compañía de seguros; el lío de Rosa y su despido disciplinario...

Lo que quiero decir es que sería más correcto respetar el orden de los acontecimientos. Así ustedes se harían cargo de cómo Romaní y asociados fue creciendo y madurando, a la par que lo hacíamos Salomé y yo. La normalidad, las dulces rutinas y los claroscuros diarios extendieron su manto sobre nuestra firma comercial como la nieve cubre en invierno los picos de las montañas. Los árboles se llenaron de brotes; los pájaros criaron; el tiempo se hundió de golpe en el calor de la estación y el negocio arrancó sin pedir permiso. Todo discurrió como estaba previsto, como siempre.

Sin embargo, cuando tengo algo entre ceja y ceja, soy incapaz de razonar como debiera. Así pues, si a ustedes no les molesta, les voy a contar lo que ocurrió el día de autos, y luego vuelvo a la historia de mi bufete.

Prometo que lo narraré con pelos y señales.

De haber sido su abogado, me hubiera esforzado en persuadirla de que llamara de inmediato a la policía. Sin embargo, no lo era, de modo que me salté mis propios consejos y dejé que mi intuición tomara las riendas. No sabía quién era ese tío ni si, asociándole con su nombre, podría poner a mi socia en un brete. De modo que le dije que no hiciera nada y esperara a que yo llegara.

Caminé todo lo rápido que pude hasta el garaje, cogí el coche (arrancó a la primera, aunque lo utilizo de ciento en viento) y pasé a recoger por su casa a una Salomé bañada en lágrimas. Me esperaba en el portal. La encontré demacrada. Con la cara lavada, me pareció más vieja de lo habitual. Tenía los ojos hundidos en la cara, como si se los hubieran insertado a la fuerza, y, en su mejilla izquierda, destacaba una marca intensamente roja. Pasé la mano por su pelo teñido y rogué a Dios que pusiera en mi boca las palabras oportunas. Puedo asegurar que lo intenté con todas mis fuerzas, pero no me salió ninguna. En silencio, puse rumbo norte.

Tres cuartos de hora después, minuto arriba, minuto abajo, nos encontrábamos delante del olivo centenario en cuyo tronco el coche de Igor se había empotrado. Aparqué mi añoso Volvo en el arcén, peligrosamente escorado a la derecha. Dejé las ventanas abiertas para que el aire corriera y a Salomé dentro, tras persuadirla de que era preferible que no me acompañara: carecía de sentido que pasara por ese mal trago si, como había dicho el tipo de la llamada, su novio estaba muerto. Ni rezongó. Se recostó en el asiento, se limpió las lágrimas con un pañuelo de papel y cerró los ojos.

El asfalto apuntaba maneras, pero era temprano y todavía el calor resultaba soportable. Sin embargo, cuando, jadeante, logré sacar mi cuerpo del estrecho coche y avancé hacia el vehículo accidentado, ya tenía la camisa pegada a la espalda. La culpa la tiene el sobrepeso, que, ante el mínimo ejercicio físico, me hace transpirar abundantemente. No niego que pensar en lo que me esperaba acrecentó mi hipoxia, pero no quiero que se me entienda mal: *a priori*, la visión de un cadáver no debe provocarme mareos o náuseas. El único hermano de mi madre era forense. Murió joven, de un infarto, pero mientras vivía me llevó muchas veces a sus dominios. Me movía por ellos con total naturalidad. Por eso,

cuando me acerqué a la puerta del copiloto, que estaba abierta, en mi ánimo pesaba más la curiosidad que el miedo, y, aunque reconozco que las piernas me temblaban un poco, me sorprendí de lo tranquilo que estaba.

Hundi las manos en los bolsillos para no caer en la tentación de tocar nada y observé detenidamente el interior del vehículo. Mis ojos se detuvieron primero en el cuerpo. No pude evitar dar un respingo al ver que el rostro del occiso (la parte que el airbag permitía ver) estaba plagado de esos minúsculos bichos negros que proceden de las cosechas recién segadas.

—De modo que tú eres Igor —le dije. Sus manos velludas permanecían férreamente asidas al volante. Llevaba un enorme sello de oro en la derecha.

Salomé no había llegado a presentármelo. Alegando que era tímido, y poco hablador, no había consentido que cenáramos juntos los tres. Ni siquiera cuando, por mi cumpleaños, los invité a almorzar a casa y le pedí que lo trajera. Visto lo visto, decidí no insistir.

Igor vestía un traje corriente en tonos beis, complementado con camisa blanca, sin corbata, y un cinturón de rejilla morado y negro; bastante hortera, a mi entender. Tenía la cara destrozada, pero se notaba que había sido un hombre bien plantado, rubio y de cierta envergadura. Respecto a la edad, esas cosas son difíciles de calcular, pero me pareció mayor que yo. En la parte no dañada de la cabeza, se percibía un pelo cortado milimétricamente al cepillo y un cuello de toro.

Lo que tuve por cierto nada más verle es que no tenía pinta de representante de alta tecnología aeronáutica. Aun así, y por cariño a Salomé, decidí comprobarlo rastreando la escena. A simple vista, en el coche no había nada. Quien fuera que lo hubiera encontrado antes de hablar con Salomé, lo había limpiado. Ayudado del pañuelo que siempre llevo en el bolsillo (una manía heredada de mi padre), apreté el botón y abrí el maletero. Encontré cinco mapas de distintas ciudades españolas y portuguesas. Por lo demás, impoluto. Después, revisé el contenido de la guantera, que estaba abierta. Solo hallé la documentación del coche y el duplicado del impreso de alquiler. Con sumo cuidado, lo desdoblé y leí su contenido. El contrato del Audi A6, matrícula 2375-FDT, estaba a nombre de un tal Hermenegildo Hernández Diego, natural de Estepona, con DNI español y domicilio en Málaga. Regresé a toda prisa al Volvo e interrogué a la pobre Salomé, que lloraba a mares, mientras se daba nerviosos masajes en la sien.

—¿Conoces a un tal Hermenegildo Hernández?

Levantó la vista y reflexionó unos instantes antes de contestar.

—No me suena, ¿por qué?

—El contrato de alquiler del vehículo figura a ese nombre. Vence esta tarde. Según el documento, debe ser devuelto en el aeropuerto de Barajas antes de las siete.

Abrió la boca como para decir algo y la cerró sin pronunciar palabra. Su cara mostraba un total desconcierto. Un segundo después estalló:

—¿Alquiler? No, estás equivocado. No es posible: me aseguré que el coche era de su propiedad. Y no me contó que pensara tomar un avión. ¿Estás seguro de que es él?

—Le han birlado la cartera, no hay más documentación. ¿Tienes alguna fotografía suya?

—No. Le disgustaban las fotografías. ¡Por el amor de Dios, qué horror!

Volví a la escena y haciendo de tripas corazón me dispuse a registrar el cuerpo. Entrecerré los ojos y tanteé los bolsillos de la americana y los pantalones. En estos últimos encontré una pequeña bolsa de plástico con cierre que contenía unas pastillas de color azul con tintes brillantes. En la chaqueta solo llevaba un paquete de cigarrillos de rubio americano, un mechero corriente y dos llaveros de plástico. El primero, de color rojo, solo tenía una llave y un identificador donde, en caligrafía deficiente, habían escrito: «Salomé». De color verde césped, el segundo contaba con dos llaves: una abría una cerradura de seguridad, probablemente de un piso; otra parecía de un buzón de correos o de un cajón de despacho. También contaba con identificador. En él, con bolígrafo, habían apuntado una dirección: ZZZ 3, 3D. No figuraba la ciudad.

De nuevo regresé junto a Salomé. Le entregué el llavero rojo de su casa.

—Sería mucha casualidad que hubiera dos Salomé, ¿no crees?

Asintió.

Le mostré el llavero de color verde.

—Dime, ¿te suena esta dirección?

Se quedó callada. Su silencio culpable me puso muy nervioso y me incitó a interrogarla de nuevo.

—¿Hay algo que yo deba saber? Lo digo porque la policía se personará aquí antes o después y sería interesante que no te guardaras información importante. Includa la razón por la que tienes la mejilla como un cangrejo recién cocido.

Asintió varias veces, mientras cogía otro pañuelo de papel.

—De acuerdo, te lo contaré. Se me estropeó el aspirador, ¿sabes? Es uno muy bueno, pero de una marca extranjera, rarísima. Me dijeron que debía llevarlo a reparar al taller oficial, que está en la otra punta de la ciudad, en un suburbio cercano a un polígono... Bueno, es igual. No creo que eso importe ahora. El caso es que cogí un taxi y fui allí con el aspirador. ¿Y sabes lo que encontré junto al taller de reparaciones? —Se detuvo. Pero como estaba seguro de que no esperaba respuesta, me quedé callado—. ¡Pues el coche de Igor! Estaba allí aparcado, en esa calle..., precisamente en esa que acabas de leer.

A medida que mi socia desgranaba la historia, más me ponía en su piel.

—Imagino que, en cuanto entró por la puerta de tu casa, se lo echaste en cara y...

Dejó escapar un suspiro.

—Así es. Me aseguré que era imposible que le hubiera visto porque había estado fuera de la ciudad todo el día. «Habrás leído mal la matrícula», pontificó, como si yo fuera idiota. Pero no lo soy: lo comprobé varias veces y puedo asegurarte que era el suyo. Esta mañana, cuando me he despertado, se había ido.

—¿Y el bofetón?

Se mantuvo en silencio. Conozco ese silencio. En el despacho de Fulano, dos clientas me narraron entre susurros e hipos su historia, aunque ninguna de ellas estaba dispuesta a hacer nada para remediarla. Es casi una liturgia. Los militares tienen la suya, y también los curas. Los que maltratan a las mujeres poseen una muy especial. Consiste en convencerlas de que son ellas las que tienen la culpa de lo que sea que ocurra y que, por su bien, para que aprendan y mejoren, se ven en la obligación de golpearlas. Claro que ellos no quieren hacerlo, pero es su deber, porque las aman intensamente.

Repetí la pregunta.

—Me puse muy pesada, Efrén. Ya sabes lo tozuda que puedo llegar a ser, y, en fin...

El dichoso síndrome.

—¿Había pasado antes?

Otro silencio.

—¿Ocurrió antes?—insistí.

—Le gustaba el sexo duro, pero yo...

Se echó a llorar. No merecía la pena hacerla sufrir más: si seguía así, se deshidrataría. El cabrón había recibido su merecido.

—Bueno, no te preocupes. Ya pasó. Mira, tal y como yo lo veo, el tipo no parece trigo limpio. Ha muerto de un accidente, eso resulta evidente; aun así, lo investigarán. Creo que deberíamos salir de aquí cuanto antes y cruzar los dedos para que nadie te encuentre y te relacione con él. Yo seguiré de lejos las pesquisas de la policía; tengo algunos amigos que pueden ayudarme en eso...

—Me contestaron al móvil...

—Lo sé. Pero el chorizo que limpió el coche no querrá que su nombre salga a la luz. Además..., dejemos eso por ahora y...

No me dejó terminar de pergeñar el plan.

—¿Crees que podría tener su guarida en ese piso? Quizás necesitara un sitio donde guardar las cosas que vende.

—Es posible. Sí, es muy posible...

Durante otro puñado de segundos, todo fue silencio. Pero a aquellas horas, con el día crecido, el calor empezaba a resultar insoportable. El sol me pegaba en la espalda, que me ardía. Me metí en el coche, cerré las ventanas y encendí el aire acondicionado. ¡Bendito el que lo inventó!

—Volvemos a casa —sentenció.

—¿Te parezco inhumana si, antes de que lo encuentre la policía, vamos a echar un vistazo a esa dirección? Lo digo por si queda algo mío allí, algo que...

Su voz sonó acogedora, melosa. Eso es lo que suele hacer cuando quiere convencerme de algo que no está claro. Pero, en aquel caso, lo que decía no carecía de sentido.

—Como quieras, pero antes dime una cosa: ¿habéis hecho algo juntos? — atiné a decir, con cierta preocupación.

Su sonrisa, ligeramente ácida, me hizo darme cuenta de que no pensábamos en lo mismo.

—¡Hombre, Efrén, vivía en mi casa!

Grana es poco para definir de qué color se me tiñó el rostro.

—Me refiero a algún papel. Contratos, cuentas bancarias, matrimonio civil...

—No, nada. Nunca lo hubiera hecho sin consultarte.

Con esa miel en los labios, dejando al olivo con su cáncer en la barriga, dimos media vuelta y regresamos a la ciudad.

La calle ZZZ no era exactamente una calle sino más bien una agrupación forzada de tres bloques de cemento de protección oficial, construidos junto a un polígono.

El número tres contaba con seis alturas. En las dos primeras, se ubicaban oficinas de todo tipo y pelaje, incluida una de detectives privados y dos de abogados laboristas. Entraba y salía mucha gente, de modo que el primer asunto que me preocupaba (cómo acceder a la vivienda sin llave del portal) se solucionó por sí solo. Había escaleras y un ascensor. Cogimos este último. Salomé había dejado de llorar, pero su mejilla daba cada vez muestras más evidentes de haber sido golpeada. Recuerdo que fui yo el que le pregunté si tenía maquillaje que camuflara las evidencias y también que lo empleó sin protestar.

En el ascensor subieron dos personas más, un hombre y una mujer, pero solo nosotros descendimos en la tercera planta. El descansillo estaba vacío. No se escuchaban ruidos de fondo ni olía a comida, primer síntoma de habitabilidad humana (y no lo digo porque esté gordo). Nos detuvimos a observar las cuatro puertas, que carecían de letra. En dos de ellas faltaba el timbre. En su lugar todavía colgaban algunos cables de colores. Probamos con las otras dos. Acertamos con la segunda.

Salomé estaba muy nerviosa, pero, cuando escuchó el sonido de la puerta al girar sobre sus goznes, se descompuso de tal manera que hube de sujetarla para que no perdiera el equilibrio. En cuanto recuperó la compostura, entramos.

El piso, pequeño y luminoso, amueblado íntegramente con muebles baratos, era tan neutro como un catálogo. Contaba con un dormitorio con cama de matrimonio, sin colcha; un baño con ducha y una cocina blanca, equipada con lo esencial, unida al salón. Lo primero que hice (¡dichosa manía!) fue abrir el frigorífico. En su interior encontré una lata de caviar beluga; dos botellas de Moët & Chandon (una abierta, sin tapón, con una cucharilla dentro, y otra sin abrir); un trozo de pizza y cuatro yogures con fibra. Curiosas provisiones. Seguí por los estantes y cajones de la cocina: platos, vasos, algunos cubiertos...

Continué por los armarios del dormitorio: de perchas de plástico blanco colgaban trajes y camisas similares a los que Igor llevaba puestos; había ropa

interior oscura, unos zapatos, un chándal gris y unas zapatillas deportivas marca Adidas... Nada fuera de lo común. Lo inusual lo encontré en la mesilla, cuyo cajón estaba sembrado de llaves. Había siete. Los llaveros, exactos a los que había encontrado en su bolsillo, eran de distintos colores, pero coincidían en algo: en cada etiqueta figuraba el nombre de una mujer. Cerré enseguida el cajón y empujé hacia el fondo las evidencias para que Salomé, que seguía en la cocina, no las viera.

Regresé a la sala.

Amén del sofá, de una televisión mediana y de una mesa lacada en blanco, en el salón solo había una estantería enorme, tan llena de libros que las baldas se habían combado. Me llamó la atención que tan ferviente lector no tuviera una novela en la mesilla, y me acerqué a ver los títulos. Eran muy variados, marcadamente voluminosos. Cogí uno: *Historia del cine*, de Pierre Leprohon. Pesaba mucho. Lo abrí y hube de sentarme.

Habían vaciado el interior. El espacio dejado por Fellini, Berlanga o Polanski había sido ocupado por fajos de billetes de cincuenta y veinte euros, con evidencias de uso. Parecían de curso legal. Vamos, que no se me antojaron falsos.

—¡Salomé! —chillé.

Llegó enseguida, el color de la cara como la cera: acababa de encontrar el manojo de llaves y darse cuenta del papel que había ocupado en la vida del tal Igor.

—¡Fíjate en esto!

Como no me contestó, y parecía a punto de un ataque, la puse a trabajar. Entretenerse es siempre un buen remedio para sacar a alguien de un *shock*. Mientras ella comprobaba los libros de la estantería, todos de similar contenido, yo me fui al frigorífico e hice una larga visita a la botella de champán. Cuando regresé, Salomé seguía sacando billetes y más billetes. El proceso nos ocupó varias horas. A las dos de la tarde, habíamos recolectado un millón trescientos doce mil euros y dos bolsas medianas llenas de pastillas azules, similares a las que llevaba el muerto en el pantalón. Las dos botellas de champán estaban vacías.

A Salomé le dio llorona.

—Me pavoneé delante de él, Efrén, como si fuera una... ¡Me dejé seducir por un canalla, por un delincuente!

Su rostro reflejaba bien las huellas de su dolor y parecían tan profundas que no le permití hablar más.

—No sigas torturándote. Igor pertenece ya al pasado. Hay que pasar página. Al menos, el bofetón no le ha salido gratis. Lo ha pagado con la vida y con la hacienda. ¿Qué vas a hacer con tanto dinero?

A aquellas alturas de la película, y sin hablarlo expresamente, habíamos

decidido que se lo quedaría. Estaba claro que ese tal Igor no se llamaba Igor ni pensaba pedir matrimonio a mi secretaria. Toda su vida parecía un montaje, tan aislado de la realidad que nadie nos encontraría. Habíamos vuelto a colocar los libros, ya vacíos, en su sitio. El dinero lo metimos en dos bolsas de deporte que bajé a comprar (otra vez en un chino) y con mi pañuelo limpiamos todas las huellas que habíamos ido dejando por el piso.

—Es de los dos, ¿no? De no ser por ti, no estaríamos aquí. Yo jamás habría registrado el cadáver, ni, una vez aquí, hubiera mirado los libros. De modo que la mitad es tuyo.

—¡Ni hablar! Yo vivo de lo que gano y de nada más. ¡A saber de dónde procede ese dinero! ¿Nunca te contó nada?

Negó con la cabeza, con un rictus de dolor. Luego, rompió de nuevo a llorar.

—¡No puedes dejarme sola con esto! No sabría qué hacer.

—No hay nada que hacer. Olvídate de todo y piensa en las carísimas minifaldas que vas a comprarte con ese montón de dinero. —Me detuve un instante—. ¡Vaya, me estoy dando cuenta de que necesitaré otra secretaria-cocinera-criminóloga-amiga!

—¡Por supuesto que no, jamás abandonaré Romani y asociados! Esa es mi vida. Pero te pediré una semana de vacaciones. Quiero volver a ser normal.

—¿Normal?

—¡Mírame, Efrén! ¿Te parecen normales? —me preguntó mientras se señalaba el busto—. ¡No contestes, sé la respuesta! Pero arreglar el desaguisado costaba otros dos mil, y no los tenía. Bueno, ahora ya los tengo. Estoy pensando que, de paso, me arreglaré los labios...

Me cogió desprevenido y tardé unos segundos en reaccionar, pero finalmente lo hice.

—¡De modo que no era por eficiencia!

—Obviamente, no. ¡Mira que eres tonto, jefe! Aunque, claro, más tonta soy yo, que me he liado con un delincuente.

De nuevo el llanto. Estábamos ya en el coche, de regreso a la ciudad. Supongo que ella lloraba por el engaño del tal Igor. Yo pensaba en el dinero. Mi primer impulso había sido equivocado: no deberíamos haberlo cogido. Nadie pierde un millón y pico y se queda tan pancho. Lo único que me consolaba era que nadie nos había visto, al menos eso me había parecido.

—Deberíamos pensar qué hacer con el dinero. No puedes dejarlo en casa, ni llevarlo contigo, ni ingresarlo en una cuenta corriente, porque te investigarían —le comuniqué. Giré la cabeza hacia ella. La falda apenas le cubría las piernas. Las tiene gordezuelas, pero bien torneadas. Tomé conciencia de que la estaba mirando de esa manera e inmediatamente volví a poner los ojos en la carretera y la mente en la conversación.

—Podríamos alquilar una caja de seguridad. Eso es lo que hacen en las

películas —sugirió Salomé.

Lo de la caja de seguridad no era mala idea. Por otro lado, era la única con la que contábamos. De modo que, con las bolsas de deporte en la mano, fuimos a las oficinas centrales de los dos principales bancos de la capital, alquilamos sendas cajas y guardamos la mitad del dinero y una bolsa de pastillas en cada una. Retuvimos cinco mil euros para la operación de Salomé y regresamos al despacho.

¡Vaya! Acabo de darme cuenta de que he olvidado contar lo de la llave. La otra llave. Me parece haber dicho que en el llavero verde de Igor había dos, la de su casa y otra más pequeña. Como imaginaba, resultó la del buzón. Lo abrí y me llevé su contenido: dos sobres blancos.

Sin destinatario ni remitente.

Mi profesión consiste en defender los derechos de unos frente a los desmanes y abusos de sus semejantes o de la propia Administración. No poseo más arma que la ley, loables letras cargadas de magia de siglos que llenan papeles contundentes que se encuadernan. Como ideas, son estimables. Como arma, en fin: un código lanzado a la cabeza, a lo sumo, provoca un chichón. Otra vez la dificultad con las palabras: lo que quiero decir es que defenderse de un invisible, intangible y desconocido enemigo resulta mucho más complicado que incoar un expediente o presentar una demanda. El decoro del juzgado, el crujido de las togas o los modos ancestrales de nada iban a servirme si el dueño del millón de euros y las pastillas azules decidía venir a por nosotros.

«Quizás nunca nos encuentren: hemos cubierto bien las huellas. Quizás tengan tantos millones que ni se den cuenta», me dije, mientras veía la lenta procesión de llaves en las manos de Salomé, aún en estado de *shock*. Cogía una, leía el nombre de la mujer en voz alta y dejaba el llavero sobre la mesa. Luego, agarraba otro, y otro, y, cuando acababa, volvía a empezar: «Elvira», «Susana», «Rosa», «Jennifer gorda», «Lupe», «Jennifer», «Carmen». Y «Salomé».

Había entornado las persianas y el flexo iluminaba solo parcialmente su rostro. Me fijé en ella detenidamente. Me pareció desvalida, más frágil de lo habitual.

«Estoy seguro de que superará esta experiencia: Salomé es una superviviente», me dije a mí mismo para tranquilizarme. Pero en ese mismo instante mi mente añadió una de esas frases que los que saben escribir encierran entre comas: «Si no la encuentran».

Siempre he pensado que, con lo que come, si Salomé no engorda más es porque se le van las calorías por la boca, de lo que habla, y por los ojos, de lo que llora. Como esta era ocasión de hablar y llorar y ella seguía en silencio, me preocupé e intenté que me contara qué pasaba por su mente.

—Salomé...

No me permitió continuar.

—Has demostrado mucha entereza, Efrén. Te admiro. No sabía que fueras

tan valiente —me espetó, dejando por fin de jugar con las malditas llaves.

Su cumplido me resultó halagador, pero no eran momentos para detenerse en tonterías sentimentales.

—No hay nada que admirar. Tenemos que pensar. Venga, ¿por qué no vamos a tomar un poco el aire? Hoy hay una barbaridad de polen que aprovechar.

—No me apetece pensar, la verdad. Pero si me permites echarme un rato en el sofá, te lo agradecería mucho. Necesito dormir, desconectar.

—Por supuesto, como quieras. Traeré unas sábanas. Pero antes dime cómo te sientes: no has mentado palabra.

Habló lo justo y no dijo nada de lo que yo esperaba. No mencionó la palabra «miedo», aunque estaba seguro de que sudores fríos recorrían su espalda; no habló del bofetón ni de su novio, fiambre. Solo admitió que había estado ciega, que se sentía estúpida y que estaba muy sola.

—¡Fíjate si soy tonta que pensé que el amor se podía comprar con tetas de plástico!

Claro, a eso no podía responder. Pero, mirándola de frente, le dije, con todo el cariño del que fui capaz:

—Lo que dices no es cierto, nunca has estado sola. Yo he estado siempre a tu lado y, con lo gordo que estoy, eso es como tener a dos amigos en uno.

Me miró de soslayo. La fatiga enturbiaba sus ojos. Me levanté y busqué una sábana. La dejé acostada y fui a darme una ducha y a afeitarme. Aquella mañana había salido tan rápido de casa que no me había dado tiempo.

Cuando la navaja devolvió la suavidad a mi barbilla, me sentí mucho mejor.

Salomé estaba despierta cuando salí del cuarto de baño. Sentada en el sofá, con la espalda muy recta y las piernas juntas, miraba al infinito.

—¿No has podido descansar?

—No. Tenía que llamar a la peluquería.

A mí no se me había ocurrido, pero, desde luego, cambiar de aspecto era una gran idea. Se lo hice saber, pero ella no tenía en la cabeza lo mismo que yo.

—Me lo dijiste aquel día, el del *short* vaquero. Entonces no te creí, pero tenías razón. Ya no quiero parecerme a Marilyn. No quiero parecerme a nadie. Quiero ser invisible.

—Mujer, no te lo tomes así. Las cosas volverán pronto a ser lo que eran.

—No, esa Salomé ha muerto. Voy a enviar un mensaje...

Cuando la vi coger el móvil, caí en la cuenta.

—¡No lo hagas! Tenemos que darlo de baja. Anota los números que necesites. Compraremos otro y nos desharemos de ese. Por si acaso.

Asintió. Y se fue a la peluquería.

Cuando Salomé abandonó Romani y asociados camino del salón de belleza y me quedé solo, sentado en el sofá de rayas, con el sonido del ventilador como telón de fondo y el cansancio haciendo mella en mí, comenzó mi calvario.

Tenía los tobillos hinchados como morcillas y la cabeza me palpitaba como si alguien la estuviera arando. Me tomé una pastilla, me descalcé, coloqué las piernas en alto y escondí el rostro entre las manos. Los resabios de la borrachera del dulce Moët (insisto en que habitualmente no bebo, es que no había desayunado) me brindaron una preclara lucidez que me hizo darme cuenta del lío en que estaba metido.

Pronto, acaso esa misma noche, acaso la semana en curso o el mes próximo, un hombre desconocido llamaría a mi puerta y, sin dejarme reaccionar, me agarraría por el cuello y me exigiría lo suyo con intereses. Me lo imaginaba musculoso, con ojos centelleantes y rostro moreno de árabe. Lo vislumbraba con manos de labrador y brazo de boxeador experto, acostumbrado a partir miembros a morosos o listillos como nosotros. Seguro que era terrible y llevaba algún arma de fuego.

Pese a que el ventilador funcionaba a plena potencia, empecé a sudar. A los sudores siguieron escalofríos y luego nuevos sudores. Pero, en medio de aquel pánico, emergió una extraña emoción que, sin pretenderlo, me hizo sentir bien.

De acuerdo, no hay quien me entienda. Al menos los que, de entre ustedes, sean hombres de éxito no me entenderán. Pero yo no soy más que un pasante perpetuo, un abogaducho de viejas y pobres que ni siquiera cobra. Lo que se me venía encima me quedaba grande. ¡Qué digo grande, enorme! Hubiera sido preferible que el destino les hubiera escogido a uno de ustedes, pero no: me había elegido a mí.

Como si la historia dijera: «Efrén Porcina, el gordo del cuatro duplicado, no ha engendrado un hijo y el texto que escribe para ustedes no puede considerarse un libro. Todo lo que ha plantado en su vida han sido algunos geranios rojos en las macetas del patio de su casa, y encima son los que menos flores dan. En suma, es un don nadie con título de abogado. Sin embargo, aunque no deje huella visible en la historia, la vida le ha confiado una misión. Por una vez en su vida, tiene algo

serio entre las manos: mantener a salvo a Salomé. Puede ser simple, tonta y un tanto ligera de cascos, pero es su secretaria y, por tanto, su obligación» .

Porque así reflexionó mi mente, en la soledad de mi domicilio, aún con regusto de pintura al agua en el aire, sonreí. Y sentí incluso cierta gratitud al fiambre de nombre Igor por volver a situarme en el mundo y proporcionarme una razón, un motivo para seguir en el tajo. Salvar a Salomé no solo iba a hacerme feliz, también me permitía reconstruir mi vida. Poner el contador a cero y estrenar una ilusión recién salida del horno.

Fue precisamente en aquel momento, sudando y todavía con la resaca acechándome, cuando tomé dos de las decisiones que más han cambiado el rumbo de mi vida. Sé que cuando las enumere muchos se echarán a reír, pero claro, ustedes no han vivido lo que yo he vivido y desconocen qué significa sentirse patético. Mi primera decisión fue adelgazar; la segunda, anticiparme al golpe. Y, tras aceptar con pleno convencimiento mi destino, los temblores cesaron.

Si ustedes están delgados, en este momento estarán sonriendo. Porque lo del sobrepeso hay que vivirlo para entenderlo. Estar gordo, al menos tan gordo como yo, no solo conlleva los engorrosos costes de buscar ropa adecuada; sortear los espejos y las fotografías y evitar los autobuses, aviones o las cafeterías donde las sillas tengan brazos y te imposibiliten sentarte. Esta lacra, que lo es en toda la extensión de la palabra, te impide casi moverte. A los cincuenta pasos, ¡qué digo a los cincuenta, al más leve ejercicio!, jadeas como si acabaras de correr una maratón. No puedo usar zapatos con cordones. No llego a abrochármelos. Es más, necesito una horma de ancho especial porque mis tobillos parecen los de un elefante. Mis calzoncillos se asemejan a plazas de toros y la piel se me escuece por el roce en los sitios más insospechados. A muchos de ellos no tengo acceso, porque no llego. De las mujeres, ni hablo. Y como no hablo, cambio la frustración por las visitas al frigorífico, que son casi una obsesión. Y cuando me he zampado todo lo que hay, me maldigo a mí mismo y, encima, sigo con hambre.

Desde crío padezco ese complejo, aunque entonces mi sobrepeso era mucho más liviano. Cuando me encuentro con alguien que no he visto desde hace tiempo y veo su gesto, mezcla de lástima y repulsión, me siento fatal. Sin embargo, nunca había tenido la fuerza de voluntad suficiente para ponerle freno. Cuando te sobran treinta o cuarenta o cincuenta kilos, ni siquiera sabes por dónde empezar. No obstante, en aquel momento me vino a la cabeza mi torpe y lenta imagen intentando avisar a Salomé del peligro, para llegar a ver cómo moría. Era rigurosamente cierto: si unos sicarios vinieran a secuestrarla, solo podría insultarlos.

Cogí el móvil y me despeloté en Twitter.

«Debo perder cuarenta kilos en medio día. ¿Alguien tiene alguna idea?» ,

escribí.

No pasó un minuto y ya había recibido la respuesta de un tal «Llanero solitario», cuyo mensaje rezaba así:

«Es posible, amigo. Yo lo logré. Te cuento cómo lo hice: de lo que digo, come cuanto quieras y cuando quieras, pero no comas ninguna otra cosa. Tómatelo en serio y verás los resultados. Esta es la lista permitida: carnes y pescados a la plancha, todos menos cerdo o vísceras; yogur y quesos desnatados; leche: solo un cuarto de litro, sin excepción; té y café; Coca-Cola zero; gambas y mariscos sí puedes permitirte; fiambres de pavo y york, salmón y trucha ahumados y huevos duros o revueltos. Estos son los alimentos prohibidos de momento: fruta, verdura, pasta, legumbres, arroz, pan, dulces, patatas, frutos secos, alcohol y todo lo que no esté arriba. Escríbeme en quince días, y verás como pesas diez kilos menos».

«¿Por qué no?», me dije.

Bajé trabajosamente los pies de la mesa. Descalzo fui a la cocina, me bebí un litro de Coca-Cola y tiré a la basura todos los alimentos que no estaban en la lista (lo que más me dolió fue el chocolate negro, que además era de los caros). Llamé al supermercado de la esquina y encargué una buena cantidad de todas las proteínas de la lista del tuitero. Tras aquello me sentí mejor. Y me puse a pensar en mi segundo problema: anticiparme al golpe.

Tenía en mi mano tres herramientas posibles. Debía pensar bien qué hacer.

Amén de los cinco mil euros (que revisé y di, definitivamente, por auténticos) y la bolsita con las pastillas azules que le había cogido al cadáver, del piso del tal Igor (sigámosle llamando así, aunque ese no sea su nombre) me había traído el manojito de llaves y las dos cartas sacadas del buzón. Coloqué todo sobre la mesa y estuve observándolo unos minutos. Finalmente, opté por los sobres. No tenían destinatario ni remitente. Eran corrientes, blancos, baratos. Respiré hondo un par de veces y abrí el primero.

—¡Bendito sea Dios! —exclamé. No era más que propaganda.

Abrí el segundo. Desgraciadamente, no informaba sobre ofertas de impresoras o faxes. Había una lista con dos columnas y seis líneas. En la primera columna, figuraban direcciones; en la segunda, cantidades, en cientos.

—¡Vaya, vaya, Igor, parece que no vendes aspas para molinos de viento! —volví a exclamar en voz alta.

Mis manos se dirigieron de inmediato a la bolsita de plástico. Era, como dije, un modelo con autocierre. La abrí y volqué su contenido sobre la mesa. Se trataba de pastillas pequeñas y panzudas, de color azul claro. Me recordaron a los caramelitos que tomaba mi abuela cuando le daba la tos. Aunque aquellas píldoras parecían mucho más lucrativas. Cogí una y levanté el brazo para enfrentarla a la luz y verla mejor. Llevaba grabada una V en el centro.

—¿Viagra? —aventuré extrañado. No suponía que con la comercialización

ilegal de ese producto pudiera acumularse tanto dinero. Al fin y al cabo, los médicos lo dispensan con receta.

Permanecí un rato pensativo. Pero el tiempo pasaba y mi secretaria no tardaría en regresar de la peluquería. Decidí arriesgarme. Cogí el teléfono de Salomé, que había quedado sobre la mesa, y marqué el número de Igor.

Con quien Salomé había hablado era un ladrón que le había birlado el móvil. Los ladrones no son demasiado inteligentes, pero tampoco son tontos. Lo más probable es que no contestase, pero había que intentarlo. Este resultó más tonto que la media y me respondió a la primera.

—Oye, tía, yo no quiero saber nada, ¿vale?

—No soy ninguna tía, solo un amigo. Y quiero hablar contigo. No me cuelgues, tengo dinero que ofrecerte.

Durante unos instantes, no dijo nada. Se escuchaba música estridente cerca.

—Vale, tronco —contestó al fin.

—Verás, el novio de mi amiga, el fiambre, para que me entiendas, era..., en fin, que no era buena gente. Era... peligroso.

—Pues entonces a mí no me metas.

—Ya estás metido. Te metiste tú solito cuando le robaste. Y estás usando su móvil. Igual que yo te he encontrado, ellos te encontrarán. Lleva un localizador GPS.

—¡Me cago en la puta! Voy a...

—Tranquilo. Yo estoy aquí para arreglarlo. Escúchame: hay dos maneras de solucionar este embrollo. La primera es destruir ese teléfono cuanto antes. Saca la tarjeta, machácala y tira el resto a una basura, lo más lejos que puedas.

—¿Y qué saco yo con eso?

—Bueno, supongo que conservar la vida es un buen botín. Ahora que, si te parece poco, tengo otra opción. Te lo compro.

—Vale, tío. Quiero ochocientos euros.

—Voy a colgar.

—¡No, espera! Trescientos y es tuyo.

—¿Tienes algo más del muerto?

—Lo destruí todo. Lo quemé en un vertedero.

—¿Todo, el dinero también? —especulé. Resultaba lógico que el tipo llevara efectivo.

—Todo —mintió.

—Yo que tú lo cambiaría cuanto antes, no sea falso.

—¡Joder, me cago en la puta, vaya mala suerte! ¡Vale, te lo vendo por doscientos! ¿Sabes qué? Ese capullo no tenía siquiera un putito CD. ¡Un equipo de la leche y nada que escuchar, ¿lo comprendes?! Por cierto, tío, dile a su chica que le hubiera cerrado los ojos pero que no me atreví. Por la pasma, y a sabes...

—No te preocupes, lo comprendo. ¿Dónde quedamos?

—¿Qué tal en el cementerio? Quiero el dinero en billetes de verdad, ¿vale?

—¿En el cementerio? ¡Ni de coña! Soy abogado, no idiota. Voy a colgar...

—¡No, no cuelgues! Quedemos donde tú quieras.

Le di la dirección de una terraza en un sitio turístico y añadí:

—Ponte un pañuelo rojo, un trapo o lo que sea al cuello para que pueda distinguirte. Yo te localizaré... Por cierto, ¿tú sabes algo de drogas?

—¡Claro, tío, estás ante un experto!

—¿Te suenan unas pastillas pequeñas, azules, que tienen una V en el centro, y que brillan?

Se entretuvo unos segundos.

—Algo me suena, tío, pero no sé, cada día te chocas con cosas nuevas. Dicen que las traen de China. Allí las fabrican a cientos, porque los chungos de los chinos trabajan por la comida, y los productos químicos están tirados y al alcance...

Se quedó callado, colgado más bien. Pero yo estaba como un flan. Tenía delante una pequeña pista y no podía desaprovecharla.

—Si me cuentas algo más sobre esas pastillas, te doy doscientos veinte por el móvil.

—Dos cincuenta.

—Dos treinta y ni un duro más. Venga, suelta...

—Vale, te diré lo que sé... Yo nunca las he probado, tío, prefiero lo mío, pero he oído que andan por ahí unas lentejas azules por las que se pirran los jovencitos de corbata. Son casi puras, pero por una te pillan veinte euros... En quince minutos estoy allí: lleva mis doscientos cincuenta.

—Dos treinta, eso es en lo que hemos quedado —dije, enfadado.

—Vale, tío, tenía que intentarlo.

El sopor se desvanecía con la brisa de la tarde cuando Salomé regresó de la peluquería. Yo acababa de llegar. Ya me había hecho con el móvil. Como mi físico es difícil de olvidar, para hacer el trueque sin que me viera recluté la ayuda de un camarero, quien por una propina de diez euros hizo cuanto le pedí sin formular una sola pregunta. Está tan mal la cosa que si le hubiera pedido un baile de claqué se hubiera arrancado.

En el taxi de vuelta, comprobé los contactos del móvil de Igor. Los nombres de todas las chicas que aparecían en las llaves estaban en la lista. Me entretuve preguntándome cómo de gorda sería la «Jennifer gorda» para recibir ese apodo. Pero enseguida me centré porque había muchas más entradas, la mayoría hombres con sobrenombre: Pipe, Loro, Pacho, Peris, Giba, Picha, Cachas, Testa, Calvo... Sí, aquello cuadraba con lo que el ladrón me había explicado por teléfono y también con el traje de Igor, poco propio para un camello de poca monta.

Iba a copiar la SIM y destripar el teléfono cuando la llegada de Salomé me interrumpió. Entró con su propia llave, sin meter ruido. Me sorprendió su presencia y mucho más su aspecto.

—¡Salomé, estás estupenda, pareces otra! —exclamé.

Se había teñido el pelo en un tono castaño claro. Su peinado, discreto (una simple melena lisa con un pequeño flequillo), distaba mucho del cardado habitual y le otorgaba un aspecto juvenil, casi aniñado. Llevaba la cara lavada. Se había cambiado de ropa y vestido con uno de aquellos trajes que le pedí que comprara, liso y en tonos marrones. Para mi sorpresa, calzaba zapatos planos. De no haberle mirado a los ojos, hundidos en su cara como el sol en el horizonte, y apreciado la marca de la bofetada en la mejilla (el rojo iba dando paso al morado), hubiera parecido una universitaria en prácticas.

Se sentó en el sofá, las manos descansando sobre su regazo, y amagó una sonrisa. Parecía no quedarle más energía que la indispensable para respirar. Y lo más alarmante era que se percibía en ella esa huella. Me refiero a la de la soledad absoluta y total. Conozco esa conmoción; te sientes como basura espacial orbitando por un cosmos que ni siquiera sabe de tu existencia.

Me dolía la cabeza, tenía la boca seca y sentía la punzada del hambre en el estómago, pero me olvidé de todo eso y me concentré en ella.

—Puedo ir al chino más cercano, buscar un par de botellas de vodka y terminar lo que hemos empezado o invitarte a cenar por ahí. Con lo guapa que te has puesto, y el hambre que tengo, preferiría lo segundo. ¿Qué tal si buscamos algún lugar donde nadie nos conozca? Al otro extremo de la ciudad, por ejemplo, un sitio caro en honor al bueno de Igor...

—No tengo hambre. De verdad, te lo agradezco, pero...

—Respuesta equivocada. Estoy seguro de que hoy no has probado bocado. Con el calor que hace, te me vas a desmayar de un momento a otro. Y eso me causaría un montón de inconvenientes. Vamos. Cogeremos el coche. Y te contaré mis planes. Pero, antes, déjame que recoja el libro que he olvidado en el patio...

Obviamente, era una excusa. Me llevé el móvil, saqué la tarjeta y la escondí bajo una de mis macetas de geranios, envuelta en papel de celofán. Me guardé la carcasa en el bolsillo; en la zona del restaurante, lo tiraría.

—Bueno, listo. ¿Nos vamos?

Ni siquiera se dio cuenta de que no traía libro alguno. Desganada, abandonó el sofá. Mantenía los hombros caídos, como si soportara un fardo muy pesado. Yo también sentía mi propia carga, la de no poder permitirme el lujo de fallar. Aquello no era una demanda civil o un expediente disciplinario. Lo que estaba en juego era su vida; nuestra vida, quizás.

Conduje en silencio. Considerando las circunstancias, era lo mejor. Cruzamos la ciudad en dirección a la sierra. Un rato después, vi un cartel que anunciaba la apertura de un restaurante. Me detuve. La luz iba de retirada y no me gusta conducir.

El lugar, además de nuevo, era caro. Tenía buena pinta, pero la entrada me hizo dudar. Recé para que no se tratara de una de esas cocinas de autor en las que solo se comen miniaturas: me moría de hambre. Por la hora (era temprano) el local estaba vacío. No se oían más ruidos que los del camarero moviendo la loza y los del encargado que añadía las sugerencias del chef al menú.

Como Salomé llevaba ya a tiempo suficiente con los ojos en la carta, sin leerla, elegí yo por los dos.

—Cazón a la plancha, con espárragos trigueros, para la señora. Yo tomaré el chuletón más grande que tenga. Sin patatas, ni ensalada, ni pimientos, ni ningún otro tipo de guarnición. Una copita de rioja para ella; y yo, una Coca-Cola light —ordené, siguiendo al dictado los consejos de mi nutricionista anónimo.

No hacía falta ser un observador perspicaz para ver el estado en el que se encontraba mi pobre secretaria. Con solo rascar en la superficie, se percibía el olor del fracaso, el enésimo. Bebió un traguito de vino. Suspiró y, sin decir nada más, vació por completo la copa. Hizo señas al camarero para que se la rellenara. Era una de esas piezas altas y panzudas que tan de moda se han puesto

últimamente. Permiten respirar al caldo, pero son capaces de albergar media botella. Con el estómago vacío, no iba a sentarle muy bien, pero me abstuve de hacer comentarios. El mal ya estaba hecho. « Espero que no le dé llorona », fue lo último que pensé porque enseguida olí mi comida. ¡Ah, comer: qué maravillosa necesidad! Abrigarse, dormir, respirar..., no hay nada comparado al hambre.

Mi chuletón de buey era verdaderamente hermoso. Tostado como una castaña, espolvoreado con sal gorda, soltaba un juguillo de olor seductor. Se me fueron los ojos tras él, en cuanto lo vi acercarse. Pero justamente entonces Salomé se me quedó mirando fijamente. Tenía ganas de hablar. « ¡Qué inoportunas son las mujeres! », rumié antes de formular la pregunta obligada:

—¿Cómo te encuentras?

—¿Te imaginas un pañuelo de usar y tirar, lleno de mocos? Pues así. No me recuerdes que me lo advertiste. Si hubiera escuchado tus consejos, no estaría así. En esto y en todo. Porque en lo de la silicona también tenías razón: debería haberles puesto un pleito. Para parecer una vaca solo me falta dar leche... Debería haber tomado medidas, como sugeriste. ¡Pero no, tenía que hacer lo de siempre! Y he acabado comportándome como una puta barata. ¡Mírame: aquí está el resultado!

Mientras la escuchaba, muy despacio y sin dejar de mirarla, había cortado una esquinita del apetecible chuletón. En ese momento estaba a punto de metérmelo en la boca, pero ella me sujetó la mano. Su rostro se contrajo en una extraña mueca, y lo solté.

—¡Dime que no soy una puta, Efrén, por favor, dímelo! ¡Necesito oírlo!

Solté el tenedor. Un aroma a pimienta negra se desprendió del pescado y llenó el aire. Expuse con suavidad:

—Mira, no soy quién para juzgarte. Pero puedo asegurarte que la pata la metemos todos. Tú pensaste que ese hombre te quería y no era así. Miles de mujeres a lo largo de la historia han sido engañadas por tipos enigmáticos como tu Igor. Cualquiera en tu caso hubiera cometido el mismo error. Aprende para la próxima y tira para adelante.

—No habrá próxima, te lo aseguro. Eso se acabó. Vestiré como una monja, me meteré en la cama a las nueve y nunca más miraré a otro hombre. Perdona, tengo que ir al aseo.

No supe qué conclusión sacar de su rápida fuga, pero me dio pie para zamparme a marchas forzadas tres cuartos de chuletón. Mi nutricionista había asegurado que era importantísimo comer despacio, masticando varias veces cada trozo, pero yo no sabía si tendría más ocasión.

Se había enfriado, pero seguía estando sabrosísimo: como mantequilla.

Cuando regresó del cuarto de baño, Salomé llevaba los labios pintados de rojo sangre.

Y aunque dedicó un rato largo a hablar de cómo iba a arrinconar su antigua forma de vestir, sus exageradas maneras y su enfermiza espontaneidad, supe que el propósito de enmienda le iba a durar dos telediaros y medio, o menos, si antes se presentaba por allí algún Igor dispuesto a utilizarla de felpudo.

Terminé mi ración de proteínas, y luego tomé las riendas de la conversación, que empezaba a ser tan lacrimógena como inútil.

—Salomé, déjalo ya —atiné a decir—. Está muerto, nunca más volverá a forzarte ni a ponerte la mano encima. Sin embargo, tenemos otro problema: uno que he creado yo...

—¿Tú? ¡Pero si te has portado como un ángel!

—Como un ángel estúpido e infantil. Cuando vi ese dinero, me pareció que el destino te compensaba por todos los malos tratos recibidos. Pero ahora ya no lo veo tan claro. Es más, creo que me he equivocado por completo.

—No te entiendo. ¿Qué insinúas?

—Que es posible, mucho más que posible, que esa gente desee recuperar su fortuna. Cuando acudan al piso, revisen esos preciosos libros y los encuentren vacíos, no se cruzarán de brazos. Harán indagaciones. Puede que ellas no les conduzcan a ningún sitio ya que, como hemos podido comprobar, tu nombre es uno dentro de una larga lista, o puede que tengan algún dato sobre ti. Con la información de que disponemos no podemos saberlo.

Meditó durante breves instantes mis palabras. Parecía despertar de algún tipo de sueño. Algo así como si, vagando por los pasadizos de su mente, de pronto se hubiera encontrado con el miedo.

—No me había dado cuenta de que la amenaza era tan seria. ¿Qué podemos hacer?

Me encogí de hombros.

—Haremos un plan, y tomaremos precauciones.

—Es mucho dinero. Demasiado. No serán tres pringados. ¡Santo Dios, ni siquiera sabemos quiénes son!

—Eso ahora no importa, Salomé. Empecemos por el principio: cuéntame todo lo que sepas sobre Igor, si es que ese era su nombre.

—¿Lo que sepa? —Soltó una risita amarga—. ¡Qué sé yo de ese tipo! Puedo darte un montón de datos que te serán completamente inútiles. Por ejemplo, que le gustaba la carne casi cruda, como a ti; que siempre se ponía dos pares de calcetines y bebía un vaso de agua caliente al levantarse; que odiaba las verduras y a los gatos; que tomaba el café frío, sin leche ni azúcar; que ponía la televisión nada más llegar a casa, aunque no solía mirarla; que llevaba tangas negros y...

—¿Tangas negros?

Se puso roja como un tomate y no se esforzó en disimular lo que le había incomodado mi comentario. Hice un gesto con la mano para que continuara hablando y fijé la vista en el plato vacío. La dieta estaba muy bien. Pero podía haberme comido cuatro chuletones como el que había pedido.

—¿Qué es lo que quieres que te diga? Solo nos veíamos por la noche, apenas unas horas. Hablábamos poco. Solo un fin de semana, cuando me llevó a Marbella, charlamos un poco más. Gastaba mucho, bebía más y, bueno..., te puedo asegurar que le gustaban mucho las sábanas.

Tragué saliva. Aquello era allanamiento de corazón.

—¿Drogas?

—No que yo sepa. —Se detuvo unos instantes—. ¡Espera! Todos los días al llegar a casa se tomaba una pastilla. Decía que era para el dolor de cabeza. Debía de ser un paracetamol fortísimo, porque al cabo de un par de horas o un poco más se ponía como una moto y me hacía... trabajar.

—¿Todos los días? —pregunté con curiosidad.

—Sin excusa.

—¿Viagra?

Se quedó pensándolo unos instantes.

—Pues no lo sé. A Igor no parecía hacerle falta, quiero decir que era joven y fogoso, pero vaya usted a saber... Espera, no vas por ahí, ¿verdad? ¿Acaso sospechas que Igor vendía viagra?

—Todavía no sé qué pensar.

—Pues me extrañaría. Mi casera me ha contado que su marido compra viagra por Internet y se lo mandan directamente a casa por correo. A mí me llegan *e-mails* todos los días ofreciéndome una de esas pastillas. Valen muy poco dinero y son casi legales. Tendría que haber vendido toneladas para hacerse con un millón de euros...

—Opino lo mismo que tú, pero es la única pista que tenemos. —Le tendí el folio doblado—. Mira: esto lo saqué de su correo. Parecen listas de envíos: dirección de entrega y cantidades. Supongo que, cuando falte a la primera cita, sabrán que algo va mal. Dime, ¿viste alguna vez una de esas pastillas?

—Sí, alguna vez —respondió.

—¿Eran como las que encontramos en su casa?

—Lo siento, solo me fijé en el dinero.

El color había abandonado su rostro. Pero no podía andarme con melindres. Saqué la bolsita del bolsillo de la americana.

—¿Eran como estas?

Me arrancó el envase de las manos.

—¡Sí! ¿De dónde las has sacado?

—Las llevaba encima. Se las quité al registrarle, junto con las llaves.

Abrió la bolsa y sacó una. La levantó hasta situarla bajo la luz del foco que iluminaba nuestra mesa.

—Son estas, sin duda. Mira lo que lleva escrito. ¿Qué significa esa V?

—No tengo ni idea pero debemos averiguarlo. Si se trata de droga tendremos que hablar con la policía. Oye, Salomé, ¿alguna vez viste que se reuniera con alguien extraño, o trajera algún cargamento a tu casa?

—No, nunca.

—Mejor. Dime, ¿recibía llamadas que te parecieran sospechosas?

Meditó unos instantes.

—A veces llamaban, sí. Lo de si eran sospechosas no puedo asegurarlo: salía de la habitación para hablar. Lo más curioso es que no hubiera hecho falta porque nunca entendí lo que decía. El idioma era desconocido para mí.

—¿A qué sonaba: portugués, ruso, francés...?

—Hablabla varios. Uno era inglés, eso seguro. El otro..., yo diría que era chino. Al menos a mí me sonaba a chino, aunque podría ser coreano, japonés o algún otro lenguaje oriental.

Casi me da un patatús. El chorizo al que acababa de comprar el móvil también lo mencionó.

Si hay algo a lo que temo es a un asesino chino. Desde que leí aquel episodio del Capitán Trueno en que se enfrentaba a Wang Ho, el mandarín sin escrúpulos, para mí no hay nada más aterrador que un criminal chino. Además, los chinos son muchos. Quiero decir que son infatigables, inagotables. Y no tienen corazón. Matas uno y salen cien. Traté de aparentar tranquilidad y, con la mejor de mis sonrisas, le pregunté si le apetecía un postre. Aceptó una tarta. Y, con una sonrisa cómplice, yo pedí otro chuletón. Mientras nos lo servían, me contestó:

—¿Y si volvemos a ese piso y dejamos el dinero donde estaba?

—Ya lo había pensado, pero es demasiado tarde. Supongo que ya sabrán que Igor la ha palmado. Si conocen ese piso, rondarán por allí. Acercarnos es exponernos. Si nos pillan, nos quedamos sin dinero y sin cuello... Por cierto, ¿puedo hacerte una pregunta indiscreta?

—Ya sabes lo del tanga. Puedes preguntar lo que quieras.

—No es por curiosidad. Solo trato de saber si la policía puede encontrar algún rastro comprometedor en su cuerpo, algo que les conduzca hasta ti. Cartas no

había, pero quizás algún resto biológico: una crema o... En fin, tendría que saber si mantuvisteis relaciones ayer.

Esta vez no pudo contener las lágrimas.

—Yo creo en el amor, Efrén. ¡En el amor! Porque pensaba que me amaba hice algunas cosas que nunca hubiera hecho. Me refiero a cosas de esas que a ninguna mujer le gusta hacer. Pero aquello... aquello no. Hay veces en las que una debe decir no. Nunca antes me lo había pedido. Pero has dicho que debía devolver el coche en el aeropuerto de Barajas. Supongo que sería su última noche conmigo, y quiso chuparme la poca sangre que me quedaba.

No quería indagar en la esfera de su intimidad, pero debía saberlo.

—Y, a lo que fuera que te pidiera, le dijiste que no y te pegó. —Asintió. Casi no me atrevía a preguntar, pero lo hice—: ¿Consiguió lo que quería?

—No. Me encerré en el baño. No logró echar la puerta abajo. He dormido en la bañera.

—Eso está bien. Recapitulemos: no tienen tu llave, ni tu número de móvil, ni ningún otro resto que apunte en tu dirección. Quizás estemos de suerte. De todos modos, como te decía, tomaremos precauciones. Ese detective amigo tuyo del que me has hablado...

—¿Paco?

—El mismo. Quiero que lo contrates sine die. Que sea tu sombra. Que te siga discretamente. Que rodee tu apartamento. Que vea si alguien merodea por los alrededores del despacho... Mejor: dile que venga a verme. Y, de momento, creo que es preferible que aunemos esfuerzos. Dejarás tu casa y vendrás a vivir conmigo. Te tendremos mejor vigilada y te ahorrarás el alquiler. Sin embargo, dejemos esto claro desde el principio: nada de sexo, ¿vale? No cuentes con ello. Tú sí eres mi tipo, pero ¿cómo decía el refrán?

Sonrió por primera vez en el día. Yo también, pero la sonrisa se me borró de un plumazo al recibir la cuenta: ciento setenta y dos euros.

Menos mal que pagaba Igor.

El detective amigo de Salomé, de quien habré de hablar largo y tendido, nos confirmó que era hazaña imposible vigilar dos domicilios sin incrementar los costes, por lo que la solución pensada de urgencia se convirtió en definitiva. De común acuerdo, decidimos que mi secretaria dejara su piso alquilado y se mudara al número cuatro duplicado. Y como resultaba obvio que en mi casa no cabíamos los dos, amén de que uno necesita su dosis de independencia (sería incapaz de compartir el baño, por ejemplo), hablamos con mi vecina, doña Emilia. Tras quedarse viuda, vivía completamente sola en el piso más grande del edificio. Por un precio apañado, accedió a arrendarnos una habitación con baño y derecho a cocina.

Doña Emilia, sin embargo, tardó una semana completa en ver a su nueva inquilina. Salomé se marchó a Madrid en busca de un buen cirujano plástico que arreglara el desatino. Por cierto, que le cobró dos veces lo que ella había supuesto, y me tocó ir al banco y hacerle una transferencia.

Cuando regresó, su anatomía se había moderado ostensiblemente. A simple vista (de las cicatrices no puedo hablar, ya que no las he visto), el problema había sido corregido y esa parte de su cuerpo aparecía mejor proporcionada al tamaño de la percha. Lo de los labios..., en fin, eso es cuestión de gustos. Me dijo que había llevado la fotografía de Angelina Jolie y había pedido que se los pusieran tal cual. En la actriz quedaban bien. En Salomé..., desde luego, cuando sacaba orgullosa la barra de labios tenía donde emplearla, pero...

Bueno, a mí eso no me compete ni a ustedes probablemente les interese. Vuelvo a lo nuestro: sin pararnos a pensar más de lo que ya lo habíamos hecho, y convencidos de que era la mejor forma de recuperar la paz, nos pusimos a trabajar. Fiados del trabajo del detective, cuya presencia era constante pero intangible, casi llegamos a olvidarnos de Igor y de las dos cajas fuertes que guardaban sus pertenencias. Casi.

Por su parte, nuestra nueva firma, Romaní y asociados, se deslizaba por el mundo con la naturalidad y la quietud de los días de diario. Los casos fueron llegando poco a poco, suavemente, como un chirimirí. Y aunque no faltaron, y lo de trabajar para mí mismo me complacía sobremanera, comparado con la febril

actividad que desplegaba en el despacho de Fulano, tenía la sensación de que me sobraba una mano.

Los periodos baldíos, que los había, eran rápidamente aprovechados por Salomé para sumergirse en sus libros de Criminalística. Su grado de concentración resultaba notable. Cuando se ponía los tapones de colores, hechos a medida (verde el derecho; naranja el izquierdo), no escuchaba ni el teléfono.

En esos momentos, era cuando más solo me sentía. Tener a Salomé cerca daba un toque de color a mi vida, pero era plenamente consciente de que su presencia se silenciaba a las cinco o cuando se la comían los estudios. Entonces, yo me quedaba completamente vacío, sin otra posesión que el trabajo. Empleaba las horas muertas en leer doctrina, estudiar sentencias o repasar leyes, pero no era suficiente. Tenía hambre. O, más bien, *hambres*. Intelectualmente, necesitaba algo con que alimentar mi tiempo. Físicamente... En fin, en los momentos de soledad sentía el tirón de la tentación. Una llamada potente, casi lasciva, que me aporreaba el cerebro. En tres semanas había logrado perder ocho kilos. El régimen funcionaba. Por recomendación de mi amigo Llanero solitario, un día a la semana añadía dos piezas de fruta al desayuno y una ensalada aderezada con vinagre de Módena a la hora del almuerzo. El resto de los días, solo proteínas.

No es que pasara hambre. Comía mucho y bien. Sin embargo, echaba muchísimo de menos el sabor dulce y sobre todo el crujir del pan recién hecho al toparse con mis dientes. Soñaba con bocadillos de jamón serrano, con el queso curado y con el chocolate. ¡Estoy seguro de que, en el paraíso, onzas de chocolate *fondant* colgarán de los árboles! Salomé me animaba diciéndome lo guapísimo que me estaba poniendo y acompañándome a la tienda de la esquina, donde unas señoras ucranianas, bastante guapas, por cierto, habían abierto un negocio de arreglos de ropa. Cada vez que me reducían los pantalones, sentía algo parecido al éxtasis. Cuando Salomé veía que flaqueaba, ponía cara de perro y me aseguraba que, con mi flojera, no duraría ni una semana más. Es obvio que ella conoce bien el calibre de mi orgullo.

Antes de tirar la toalla e ir a visitar algún bar de tapas, que abundan por los alrededores, me preparaba una jarra de Coca-Cola light con hielos y rodajas de limón, salía al patio y me sentaba en la silla de rayas azules, que supuestamente había ocupado el poeta, a leer la prensa. La local. Tengo para mí que los diarios del mundo se dividen en dos tipos: los que admiten esquelas y los que no. Los segundos incluyen sesudos artículos de corresponsales extranjeros y noticias interesantes, pero no te enteras de lo que le pasa a tu vecino ni siquiera cuando se muere. Para mi negocio, los acontecimientos ocurridos en Afganistán no son interesantes, pero sí lo son las esquelas: de ellas puede derivarse algún nuevo cliente.

Una de aquellas tardes, doña Emilia, que seguía sentada en su silla de espadaña bajo la buganvilla, dejó la costura en el regazo y decidió hablar

conmigo. Era la primera vez que lo hacía, pese a que me conocía desde niño. Su marido, un sevillano muy simpático que solía regalarme mandarinas, hablaba por los codos. Ella, para compensar, no abría la boca.

—Has adelgazado —susurró.

—¡Se ha dado cuenta! Le agradezco que me lo diga: anima mucho. Me he puesto a régimen. Y he comprado una cinta para hacer ejercicio: todos los días ando al menos una hora.

—Eso está muy bien. ¿Te has puesto a régimen para casarte con esa chica, la que vive en mi casa?

Me quedé cortado y respondí a trompicones y con evasivas.

—Es incómodo estar tan gordo, doña Emilia.

—Me lo imagino. Respecto a ella, es buena gente; cariñosa y considerada. Pero no sé si te pega mucho. Es de esas mujeres que no sabe estar quieta, no sé si me entiendes... Trato de pensar si le gustaría a tu madre...

Sonreí.

—¿Y a qué conclusión llega?

—Pues creo que tienes que seguir adelgazando: aún te falta un poco. Y que debes mantener las cuentas en orden. ¿Ya no trabajas con don Fulano?

—No, ya no. Me despidió. Pero, gracias a eso, me animé a montar mi propio bufete y ahora estoy la mar de contento. El verano está siendo un poco flojo, pero, en cuanto pase agosto, nos recuperaremos.

No se anduvo por las ramas.

—Don Fulano es un sinvergüenza. Tu padre lo sabía bien.

Al escuchar sus palabras, todos los músculos de mi cuerpo se tensaron.

—¿Cómo sabe usted eso?

—Fui muy amiga de tu madre, que en paz descanse. Ella me lo contó.

—¿Qué le contó?

—Nada importante. Asuntos del pasado —dijo, como si tal cosa. Yo, que casi me moría de la curiosidad, me lancé en plancha.

—El pasado es una mercancía interesantísima. A mí, sin ir más lejos, me cautivaría conocer esa historia de Fulano y de mi padre. Puede contármela si quiere, escucharé encantado.

—Hoy no, tengo que arreglarme para ir a la iglesia. Se celebra un funeral por el párroco: es ley de vida, hasta los curas se mueren. Otro día será. Me ha encantado charlar contigo.

Me resultó evidente que no pensaba decírmelo, ni ese día ni nunca.

Desde su fallecimiento, muchas veces, entre sentencia y sentencia, me asaltan recuerdos de mi padre. Es curioso: nunca evoco los grandes acontecimientos inmortalizados en fotografías enmarcadas. Atadas a un olor, a veces a un gesto o un sabor, a mi mente acuden pequeñas minucias, detalles insignificantes que creía olvidados, instantes evaporados. Y el rostro de aquella señora tan elegante que acudió a su funeral. Y entonces me da por pensar que no le traté lo suficiente.

Por descontado, conocía sus liturgias: su taza de café a las ocho y veinte, tras una corta ducha; su paseo a las once; la misa de una, en los jesuitas (entrada lateral, tercer banco a la derecha); la partida de ajedrez de los martes; su tortilla francesa por la noche. Sabía de su maniática obsesión por el lustre del calzado y por la temperatura de la sopa. Pero conocer los hábitos no es conocer a la persona. Y, cuando pensaba esto, renacía el eterno repaso de las piezas de loza rota que nunca podrían restañarse: «Debería haberle llevado a...»; «¿Por qué no pensaría en...?»; «No tendría que haberle dicho aquello». Y, para librarme de ese influjo, me zambullía como un poseo en los anales de lo que fuera que estudiara en aquel momento.

No obstante, desde que hablé con la señora Emilia en el patio, el pensamiento de Fulano y de su relación con mi padre, de la que tan poco sabía, copó el espacio de todo lo demás. De hecho, aquella precisa tarde, tras regresar de la terraza, bajé las cajas que, conteniendo los papeles y recuerdos de mi padre, había colocado encima del armario de mi dormitorio, las volqué sobre la cama y me puse a examinar uno a uno cada detalle. Tenía que haber alguna pista que condujera hasta ese cabo suelto.

Encontré fotografías viejas, recuerdos de viajes, cartas de amor, entradas de teatro, autógrafos de actores y actrices famosos, libretos de óperas, cuentas de restaurantes foráneos, la partida de defunción de mi madre, un recordatorio de mi primera comunión y una copia de mi partida de bautismo, una poesía de Machado copiada por mí en el día del padre de 1992, una colección de posavasos... Había de todo, pero no había nada. Nada que explicara, ni siquiera que orientara, qué relacionaba a mi padre con Fulano. Frustrado, me fui a la

cocina y me comí, muy despacio, uno tras otro, intercalando vasos de agua (al menos dos litros, me advirtió Llanero solitario), los cuatro filetes de ternera y los dos yogures desnatados que me correspondían aquel día.

Averiguar lo ocurrido era una cuestión de orgullo, pero también una especie de pálpito. No había vuelto a verlo. Profesionalmente, Romani y asociados no colisionaba con mi anterior bufete. Meábamos en distintos tiestos, si es que se puede explicar así, aunque era obvio que más tarde o más temprano nos tendríamos que ver las caras y quería estar preparado. Mientras llegaba ese cliente, trabajaba en lo que podía y lo mejor que sabía. No lo hacía mal, la verdad, aunque en este tipo de asuntos lo ideal es no necesitar nunca un abogado.

Sepulté los recuerdos en respectivos ataúdes y, con el anuario 2010 de los mejores casos de los bufetes laboristas, me encerré en mi despacho. Encendí el ventilador, me quité los zapatos y me puse a leer aquellas páginas a la espera de que me atacara el sueño.

Lo cierto es que, si bien Romani y asociados se había constituido como un despacho generalista, durante el primer año la mayoría de los asuntos que llegaron pertenecían al ámbito laboral. Con cerca de seis millones de parados y dieciocho agarrándose a sus puestos como lapas a una roca, el Estatuto de los Trabajadores se había convertido en mi biblia. Modificación de las condiciones de trabajo, despidos improcedentes, riesgos laborales, sanciones, expedientes de regulación de empleo, convenios sectoriales..., esa era mi vida. Se intercalaba algún tema mercantil, algún contencioso y más a menudo alguna cuestión fiscal, pero yo nunca perdí la esperanza de ver entrar por la puerta del cuatro duplicado, bajo derecha, un caso de esos que hacen época, preferiblemente una opa hostil, tema con el que sueño desde la universidad.

Desconocía entonces que algo mucho más gordo que una opa me esperaba a la vuelta de la esquina.

Aquella tarde de septiembre, de nuevo, hacía calor. El sol golpeaba con furia la ventana de mi despacho. El ventilador renqueante daba vueltas emitiendo un rítmico y soporífero crujido. Acababa de almorzar y terminé echando una cabezadita.

No es algo nuevo. Me entra el sueño después de comer. No duermo mucho: quince o veinte minutos, pero esos no los perdono.

—Tienes mala cara —indicó Salomé, a modo de disculpa. No había llamado al entrar y me había pillado con los zapatos quitados, el cabello alborotado y el cuerpo volcado sobre la mesa. Hasta había restos de baba en mi cara. Se quedó de pie, observando cómo, con mi dificultad crónica, me recolocaba los zapatos, me arreglaba la corbata y me atusaba el pelo.

—¿Qué ocurre, Salomé?

—Ha venido Trini. Está ahí fuera, en la sala. No tiene cita, pero...

Todavía estaba medio dormido. No tenía ganas de jugar al ratón y al gato o de enzarzarme en una discusión, pero conociendo a Salomé pensé que lo mejor era coger el toro por los cuernos.

—¿Debería saber quién es Trini?

Se cruzó de brazos, en un gesto inconfundible.

—¡Naturalmente! Hablamos de Trini, nuestra vecina.

—No sabía que tuviéramos una vecina con ese nombre —confesé.

—¡Claro que lo sabías! Trini es la chica que vive encima de la hospedería Carmen, en el tercero. Ya sabes, la... cajera.

Nada, que no caía.

—¡Efrén, por Dios, la que tiene a la hija preñada!

Acaté sin mucha convicción.

—Vale, algo me suena. Pero refréscame la memoria si eres tan amable.

Se sentó enfrente y cruzó las piernas. Medio muslo quedó a la vista.

Creo que había olvidado hablar de esto.

Dice el refrán que la cabra siempre tira al monte. Y también que los zorros no pueden domesticarse. Desconozco el pasado de Salomé, del que nunca habla, pero es evidente que en ella se cumplen los dichos: uno retorna a sus viejas

costumbres, a lo que los genes o la educación le dictan. Tras la muerte de Igor, se moderó considerablemente, pero el pelo decente, las faldas discretas y los zapatos planos le duraron escasos diez días. Luego, paulatinamente, fue haciéndose de nuevo a su molde. En aquel momento, vestía uno de esos trajes que le obligo a llevar, pero con una camiseta medio indecente y unos tacones enormes. Y ni medio gramo de delicadeza, porque me enseñaba hasta la braga, a mí, para quien la siesta es, cómo lo expresaría... En fin, dejemos eso. Diré que intenté concentrarme con todas mis fuerzas en la historia que me contaba.

Al parecer, Trini era una madre soltera que trabajaba de cajera en un supermercado y vivía en nuestra calle. Su hija de dieciocho le había salido rana. Si mi padre estuviera aquí hubiera dicho que era una «chica movida». En realidad, llevaba ejerciendo de golfa desde los catorce: drogas, pequeño tráfico, chicos malos..., hasta que se quedó embarazada sin ser capaz de identificar al padre. Curiosamente, su maternidad le hizo sentar la cabeza y olvidarse de sus antiguos extravíos.

Salomé seguía hablando.

—Pues el caso es que el jefe de Trini es un tirano...

En cuanto aquella palabra salió de su boca, me eché a temblar. Aquel parecía uno de esos «casos Salomé». Me vería obligado a despertar al justiciero.

—Define tirano, querida mía.

—El tío tiene tres supermercados donde solo trabajan mujeres. Les paga salarios de miseria, hacen horas extraordinarias sin cobrar y no les da ni las gracias. ¡Figúrate que cuando van al baño las cronometra! Y si tardan más de lo que él calcula que se tarda en hacer pis, les pregunta si tienen la regla. ¡Qué tío más asqueroso! Después, toma nota y ¡les descuenta los minutos del sueldo! Además, corren rumores... Me refiero a que es un guarro. No me extraña que su mujer le dejase y se largara con otro. Por eso, el muy cabrón está amargado y se ha convertido en un misógino.

Estaba emborronando un papel para evitar mirarla y pensar en otra cosa. Levanté los ojos en cuanto la escuché.

—¿Tú sabes qué es un misógino?

—Naturalmente, todas lo sabemos. Lllaman así a los hombres que odian a las mujeres. Pero ahora lo importante es que los rumores son insistentes. Y ya sabes que cuando el río suena...

Corté por lo sano. Salomé había violado mi sagrado derecho a veinte minutos de siesta por algo que ni me iba ni me venía.

—¿Cómo dices, rumores?

—Como persona no vale lo que un higo chumbo. Su lista de excentricidades se alarga hasta el infinito y...

—Perdona un instante, Salomé. ¿Cómo es que sabes tanto del jefe de Trini?

Se quedó cortada, pero reaccionó enseguida. Cambió la posición de la pierna,

con tan poco cuidado que puedo contarles que su tanga era gris perla y de una tela brillante.

—Se comenta por todo el barrio, por no hablar de su espantoso peluquín. Es objeto de burla en toda la provincia.

—Mira, los comentarios de la gente no nos competen y su peinado tampoco. Es problema suyo. Vamos a ceñirnos al caso en cuestión, ¿de acuerdo? Dime por qué nuestra vecina Trini está en la sala de estar de mi despacho.

Se hizo el silencio unos instantes. Finalmente, se puso de pie.

—¿Sabes qué? Creo que te vendrá bien un café.

—Sí, me vendría bien. Pero antes respóndeme.

Empezó a frotarse las manos *de esa forma*. Siempre que ha metido la pata tiene el mismo gesto.

—De acuerdo; ese cerdo ha despedido a Trini y yo he tenido la culpa.

—¿Tú? ¿Por qué? No te habrás lanzado contra su jefe, ¿verdad?

—¡No, qué va! Es que le di un consejo y todo salió al revés.

—Un consejo...

—Sí, uno... jurídico.

Entonces, el que se puso en pie fui yo. Hablé muy despacio, porque estaba muy enfadado.

—¡De modo que ahora eres una virtuosa del derecho! Y manejas tan bien los resortes jurídicos que eres el juez de este despacho.

—¡No te pongas así, por lo que más quieras! He metido la pata, lo admito, pero es que era de libro. Solo hacía falta haberse leído el Estatuto de los...

Levanté la mano imponiendo silencio.

—Aquí, el único que maneja el Estatuto soy yo, ¿te ha quedado claro? Tú solo tecleas.

Me miró como si no me conociera.

—Me estás diciendo que soy prescindible...

—Te estoy diciendo que te has salido del tiesto y que han despedido a esa mujer por tu culpa. Y yo te despediré a ti si vuelves a hacerlo.

—¡No puedes despedirme, soy autónoma!

Me froté los ojos y traté de acomparar la respiración.

—De acuerdo. Dejaremos nuestras desavenencias para más tarde. Tenemos a esa pobre mujer fuera, esperando. Hazla pasar. Ya hablaremos luego.

Trini era una chica tan mona como descuidada. De unos treinta y cinco, delgada y morena, las ojeras le llegaban por la cintura. Vestía un pantalón marrón y un jersey beis liso. Se recogía el pelo en una coleta.

—Trini, adelante. Siéntate, por favor. Quiero que me cuentes lo ocurrido, empezando por el principio. Incluso antes de que hablaras con Salomé. Tomaré alguna nota, de modo que si no te miro no significa que no te escuche, ¿de acuerdo?

En diez minutos, logró resumirnos su pequeño dilema. Era un caso sencillo.

La hija de Trini salía de cuentas. La criatura estaba colocada del revés. Debido a esa circunstancia y a la edad de la madre, dieciocho años, el médico habría preferido no arriesgar y programar una cesárea. Trini tenía que estar con ella, no tenía a nadie más. Se encontró con Salomé una tarde y le pidió que me preguntara si tenía derecho a ausentarse de su trabajo. Salomé le aseguró que no hacía falta molestarme. Eso lo sabía «hasta ella». Lo decía el Estatuto: «Te tienen que dar dos días retribuidos por la hospitalización de un familiar hasta el segundo grado de consanguinidad. Pero has de pedirlo con anticipación». Ese fue su consejo. Trini lo siguió al pie de la letra. Su jefe se negó a concedérselo y ella se ausentó el día de la intervención. Cuando regresó a trabajar, pasados dos días, es decir, esa misma mañana, su jefe le entregó la carta de despido. Causa: absentismo laboral.

—¿Eso es todo?

—Sí.

—¿No ha pasado nada más, seguro? ¿Qué has hecho cuando te ha despedido? ¿Le has insultado, pegado, o algo similar?

—No. He venido aquí.

—De acuerdo, déjame ver esa carta de despido. —Era un modelo típico—. Dime, ¿tu jefe está por las tardes en ese supermercado?

Asintió.

—Dame la dirección. Le haré una visita e intentaré hacerle entrar en razón. Aunque Salomé se extralimitó, su consejo era el acertado.

Me lavé los dientes, me puse un poco de colonia, me peiné y fui en su busca.

El supermercado no quedaba a más de diez minutos de mi casa, pero, a causa del calor, llegué sudando y jadeante. El jefe de Trini, por el contrario, un hombre enjuto y repulsivo, tenía las manos frías. No llevaba peluquín. El pelo era suyo, aunque mal distribuido: para taparse la calvicie, se ponía una raya extremadamente baja y cruzaba con ese pelo la enormidad de su cráneo. Al verlo pensé que le pegaba el látigo y el cultivo del algodón. Pero, claro, estamos en otra época.

Le expliqué quién era. Puso cara de sorpresa y permaneció unos instantes quieto, sin saber cómo reaccionar. Después, comentó que sería mejor que fuéramos a su despacho, porque las mujeres eran muy cotillas, y me indicó que le siguiera. Atravesamos el supermercado, bajo la atenta mirada de las cajeras. No sé quién pensaron que era ni por qué estaba allí, ya que ninguna abrió la boca, pero la tensión se mascaba. No debía de ser una cuestión de Trini. Cruzamos el almacén posterior. Al fondo, el negrero tenía su despacho. No quito ni una letra: era un negrero y un salido. Lo digo por el enorme calendario (señora desnuda de cuerpo entero), pero sobre todo por el ambiente. Había instalado seis monitores desde donde vigilaba seis zonas del negocio: cuatro eran lógicas y habituales: cajas, salida, pasillo, pero las otras dos captaban las entradas de los baños y de los vestuarios. Me hizo sentar en una bajita y destartalada silla que parecía de interrogatorio. Él ocupó su sillón de cuero.

—Las chicas jóvenes son todas unas zorras —me dijo al comenzar la conversación—. Solo hace falta ver cómo visten. Van enseñando las pechugas y las piernas, como pidiendo que nos las beneficiemos.

—He venido a hablar de Trini, no de las mujeres jóvenes. El despido es improcedente, y usted lo sabe. Tenía derecho a esos dos días. Ningún juez admitirá sus alegatos.

Negó varias veces con sendos movimientos de cabeza.

—Se lo advertí, abogado: si no vienes a trabajar, pongo tu culo en la calle y en tu puesto a otra zorrilla como tú.

—Si vuelve a llamarla así, le meto un puro que se acuerda...

—Pero ¿tú de qué vas? ¿Te crees que por ser abogado me vas a amilanar? ¡Un cerdo representando a una zorra, me meo de la risa!

—Como quiera. Como abogado le recomiendo que se busque un buen asesor jurídico.

—¡Ya lo tengo, capullo! El mejor de la ciudad.

No hizo falta que dijera más para que un potente escalofrió me recorriera la espalda. Alcanzábamos los treinta y cinco grados.

Aceleré para llegar cuanto antes a casa. Trini y Salomé me esperaban, ambas con cara de angustia.

—¿Y bien?

—Te quedaste corta, Salomé. Además de un salido, es un capullo. Y tiene abogado: ha contratado al despacho de Fulano. Ese tendero es un pez demasiado pequeño para él. Lo dejará en manos de uno de sus asociados, pero esos tienen orden de ganar como sea. Tendremos que prepararnos a conciencia o nos machacarán.

—Pero tenemos razón, ¿no? —preguntó mi querida socia.

—Tener o no razón importa relativamente. Lo que importa es que el juez así lo crea. Y el juez, si es buen juez, tendrá que atenerse a lo que dice la ley y echar un vistazo a la jurisprudencia. La primera está indudablemente de nuestra parte. Lo demás tengo que estudiarlo.

Trini, que no me perdía un segundo de vista, se decidió a hablar.

—¿Cuánto va a costarme este pleito, Efrén? No tengo mucho dinero y el nacimiento de la niña lo complica todo un poco más.

—No va a costarte nada. Salomé y yo haremos esto con mucho gusto. Si algún día las cosas te van mejor, ya hablaremos.

—Te lo agradezco mucho, de verdad, pero debes saber que no puedo permitirme el lujo de perder ese trabajo y encima quedarme sin indemnización.

—Lo sé. No te preocupes.

—Perdona que insista. Verás, veo que para ti hay algo de personal en esto. Para mí las cosas son distintas. No se trata de un pulso, ni de un juego de azar. Es mi vida: si no trabajo, no cobro. Y si no cobro, me echarán de la casa y tres mujeres estúpidas (una de ellas, recién nacida) se quedarán sin comer.

—Lo entiendo, de verdad. Verás, en un caso como este, poco importa ser inteligente o novato. Tener docenas de asociados o ninguno. La ley es clara. Me refiero a que no hay que seguir ningún rastro y convencer al juez de nada: solo leerle el artículo 37.3b del Estatuto de los Trabajadores.

La mujer seguía sin convencerse. Finalmente, decidí hablar claro:

—Comprendo tus reticencias, Trini, pero debemos ser prácticos. Te han

despedido, peor no pueden estar las cosas. Yo soy tu única baza, de modo que no queda más remedio que confiar en mí y rezar para que lo hagamos bien.

Bajó la vista y no dijo una palabra. «Mal asunto», pensó.

—Trini, necesito que seas sincera. Que me cuentes eso que me estás ocultando.

Pasaron unos largos segundos antes de que lograra articular palabra.

—No hay nada que contar —aseveró.

—De acuerdo, como quieras. Déjame que lo intente. Creo poder ganar. ¿Quieres?

Asintió. Enormes lagrimones caían por su mejilla cuando se marchó.

—¡Tenemos que llamar a Paco! —dijo Salomé en cuanto hubo salido por la puerta.

Paco, por si no lo recuerdan, es nuestro detective de cabecera. He empezado a hablar de él en varias ocasiones, pero creo que nunca he llegado a concretar.

—¿A Paco, por qué?

—De esa clase de capullos debes esperarte cualquier cosa.

—¿Y quién va a pagarlo? Porque una cosa es que no pasemos a Trini una minuta y otra que encima nos cueste una pasta. La ONG que buscas está en la zona guay de la ciudad; tiene patronato y gentes guapas. Además, Paco está siguiéndote a ti.

—Yo estoy bien, ha pasado tiempo suficiente. Lo de Igor pasó a la historia. Pero lo de Trini es importante y te arrepentirás si no me haces caso. —Como no cambiaba de expresión, añadió—: Hagamos una cosa: quita el coste de mi parte, si hace falta.

—¿De tu parte? El diez por ciento de cero es cero.

Mi bendita secretaria-socia-amiga, como siempre, hizo lo que le dio la gana. Gracias a Dios.

Nunca es fácil sentarse con la parte contraria, depositar tus voluminosas carpetas sobre la mesa, sacar tu bolígrafo y empezar a negociar una solución extrajudicial con la frialdad profesional que se espera de un letrado. Pero cuando la mesa está en una de las salas del bufete que te ha despedido y las frases de apertura de la negociación son infulas absurdas, los acuerdos se tornan casi imposibles.

—Buenos días, Porcina —me dijo el joven asociado al llegar a la sala pintada de verde manzana—. Disculpa el retraso, un asunto de importancia: una opa.

Me sentó como una patada.

—Supongo que será hostil y especialmente enrevesada, porque llevo veinte minutos esperando —repliqué.

—Lo sé, colega, pero voy a compensarte de inmediato. Te voy a hacer tan fácil la negociación que en un par de minutos estás en casa. Quiero que aceptes mis argumentos, todos. Eso no es negociable. Lo demás, como quieras.

—¿Eso es todo?

—Breve, ¿verdad?

—Nos vemos en el juzgado.

No pegué ojo en toda la noche. Me preocupaba ponerme delante de un juez, no tengo experiencia suficiente, pero sobre todo me preocupaba que el bufete se empecinase en un caso tan claro. Porque una cosa es la soberbia y otra la eficiencia. Habiendo dinero y prestigio por medio, la primera cede el puesto a la segunda.

—Deberían haber negociado una solución factible —comenté con Salomé cuando esta llegó a casa por la mañana.

—Creerán que no eres capaz de llevarlo a buen puerto.

—No, tiene que haber algo más. Se guardan un as en la manga, seguro. Vuelve a llamar a Trini, quiero hablar con ella.

—La pobre está bastante afectada, y tiene que ayudar a su hija...

—¡He dicho que la llames! Te juro que cada día me recuerdas más a la madre Teresa de Calcuta. ¡Que venga, y que venga pronto! Si se tiene que venir con la familia, que lo haga.

El cochecito era enorme, y la niña llorona. A la media hora, la madre se

desabrochó la camisa y enchufó a la criatura, que como loca empezó a mamar. Emitía unos ruidos que daban grima. Salomé y Trini estaban tan panchas, y o, de lo más incómodo. Escena propia de película de Almodóvar. En fin, al menos logré sacarle la verdad.

—Trini, hay algo que no me cuadra. Vamos a ponernos delante de un juez y necesito ir prevenido. ¿Me comprendes?

Asintió.

—¿Y vas a contármelo?

Volvió a asentir. Aunque se tomó su tiempo.

—Me llamó ayer y me dijo que fuera al supermercado. Dijo que si me acuesto con él, al menos dos veces, me readmitirá y me ascenderá a encargada.

Salomé estalló.

—¿Te acostarías con ese cerdo por una mierda de trabajo? ¿Y por qué dos veces? ¡Qué mierda de tío!

—Mi hija y mi nieta recién nacida dependen ahora de mí. No sería la primera vez que tengo que tragarme un sapo, aunque nunca ha habido uno como este. Tengo que decidirlo antes del juicio —aclaró.

Me hervía la sangre. Pero todos manteníamos el silencio. Solo se escuchaban los lametazos de la criatura y el ruido del ventilador. La joven madre fue la primera en hablar. Lo hizo con voz calmada y con mucha sensatez.

—No lo harás, mamá, nos las arreglaremos. Además, el señor Porcina encontrará una solución, ¿no es así?

—Lo intentaré. Pero quiero que vosotras reunáis todas las pruebas posibles sobre ese aspecto de tu jefe: acosos previos testimoniados, por ejemplo. Quizás podamos utilizarlo en su contra.

—Al amparo del artículo 37.3b del Estatuto de los Trabajadores, en su versión modificada por el artículo primero de la ley 39/1999 sobre conciliación de la vida laboral y familiar, mi cliente tenía derecho a ausentarse del trabajo dos días, con remuneración, a causa de la hospitalización de su hija. La norma señala que esto es posible hasta el segundo grado de consanguinidad o afinidad. Por no mencionar que mi cliente es la única pariente de la parturienta, la única que podía ayudarla en ese trance. Lo pidió con suficiente antelación y, en vez de respetar su derecho, recibió como respuesta un despido. En nuestra opinión es inapropiado, discriminatorio y manifiestamente injusto.

El asociado no esperó ni a que me sentara.

—Señoría, si me permite rebatir a mi experimentado colega —así me llamó el muy desgraciado—, puedo adjuntarle una inmensidad de testimonios de los más reputados médicos del país en los que se atestigua que un embarazo no es una enfermedad y, por consiguiente, su finalización a término, es decir, un parto, no entraña ninguna patología. La norma apunta hacia la necesidad de cuidar a un enfermo, no a la naturalidad de un alumbramiento. No dejamos de ser animales: mamíferos, para más señas. Cada minuto pare un mamífero y no complicamos tanto las cosas. No se trata de una enfermedad.

El imbécil se rio de su propia gracia. Yo estaba muy serio y su señoría también. Era el juez Quintana. Si hubiera investigado un poco, se habría enterado de que acababa de ser abuelo. El día que nació su nieta llevó pastas al juzgado. Contraataqué.

—El ingreso de una parturienta no implica ninguna patología, señoría, en eso lleva razón, pero se trata de un ingreso. Es decir: existe un registro de entrada en el que se llama a la parturienta «paciente», se le coloca una pulsera identificativa en la muñeca y se le asigna una cama. En este caso, además, se emplearon recursos hospitalarios como un quirófano concreto y los servicios de un anestesista, una matrona y una enfermera, amén de celadores y un largo etcétera. De hecho, cualquier problema punible que ocurriera en ese periodo de ingreso pondría en un brete al hospital. En suma, entendemos que la norma no distingue entre una hospitalización u otra, entre una operación de amígdalas y un

parto. Así lo estima, también, la sentencia del Tribunal Supremo, sala cuarta, de 23 de abril de 2009, al resolver el recurso número 44/2007, que asevera que el empleador no debería discriminar en ese sentido. Por ello, entendemos que ese despido por ausencia y falta de puntualidad es improcedente y discriminatorio.

Mis argumentos eran contundentes. Por mucho que trabajara para el potentado y afamado Fulano no podía rebatirlos; sin embargo, mi contrincante (un asociado delgado y bien trajeado al que no conocía; un nuevo fichaje, supongo) continuaba sonriendo. Miré hacia atrás. Salomé estaba en el banco del fondo. Leyó en mi cara, como siempre, y levantó la carpeta que llevaba en la mano. Eran las fotografías que le había entregado el detective.

—Señoría, debe saber que este no es un hecho aislado: es la gota que colma el vaso. Mi cliente ha tenido mucha paciencia con esta empleada. El despido es procedente. Puedo demostrar con los cartones de fichajes que, en los catorce años en que esta mujer recibe salarios de la empresa de mi cliente, no ha llegado ni un solo día a tiempo. El contrato estipula que Trinidad López tendrá una jornada de ocho horas, prestadas entre las nueve y las dieciocho, con una hora para el almuerzo. Pues bien, consultadas las tarjetas de fichaje del último mes, como puede usted comprobar en la documentación que adjunto, nunca ha fichado antes de las nueve y cuarto de la mañana.

—Perdone, letrado, ¿figuran ahí las horas de salida? Me gustaría verlas.

—Las horas de salida no vienen al caso. Su contrato exige que empiece a las nueve, y acude tarde sistemáticamente. Eso se denomina faltas reiteradas e injustificadas de puntualidad.

—No es eso lo que figura en la carta de despido, señoría...

Las tosecillas que se escuchaban en la sala comenzaron a incrementarse, hasta que me di la vuelta. Salomé intentaba llamar mi atención. En cuanto lo logró, empezó a mover de nuevo la carpeta. Pedí excusas y se acercó hasta mi mesa con el sobre en la mano.

—Mira las fotografías, Efrén; en la esquina izquierda figura la hora en que fueron tomadas.

De no haber ido contra las normas de la decencia judicial, la habría besado allí mismo.

Volví a la contienda, sonriendo.

—Señoría, estas fotografías corresponden a la única entrada del supermercado donde trabaja mi cliente. Han sido tomadas a lo largo de la semana pasada. Como puede usted comprobar, por la hora que figura, ninguno de esos días el establecimiento abrió antes de las nueve quince. Únicamente el dueño tiene llave. Yo diría que a este empleador se le pegan las sábanas.

El tipo, que estaba sentado junto a su abogado, no pudo contenerse.

—¡Cerdo de mierda! ¿Por qué has fotografiado mi supermercado? ¿Es eso legal, señoría? ¡Ya sabía yo que esa zorra saldría rana, como su hija, otra zorra,

una puta con todas las letras!

Creo que no debo explicar por qué ganamos ese pleito. El siguiente, un mes después, fue un expediente de cierre de negocio que dejó a Trini en la calle. La indemnización le permitió tirar hasta que encontró otro puesto en una tienda de moda, propiedad de la señora Nieves, otra clienta, aunque Trini nunca supo cómo llegó allí su currículum.

Fui con Salomé y las tres mujeres a celebrarlo a un restaurante japonés, propiedad de otro cliente. Pero, antes, llamé a Paco. Y quedé con él para hablar despacio y a solas.

De pie, junto a la ventana de mi despacho, entreabierta para dejar correr la brisa de la tarde, observé al detective sin decir palabra. Le escuchaba como si me estuviera dando la receta de la mejor tarta de manzana de la historia, guardada celosamente durante siglos por su familia. (Veo que se me nota que sigo a régimen. En efecto, sueño con la comida, especialmente con el dulce, pero ya he bajado diecisiete kilos y medio y empiezo a verme los dedos de los pies: tengo cinco en cada pie, obviamente.)

Paco vestía camisa azul pálida, remangada, y pantalón marino. Calzaba zapatos oscuros de cordones, no demasiado limpios, y llevaba un palillo en la boca, que movía rítmicamente de uno a otro carrillo. De verme obligado a describir su aspecto, diría que es genuina carne de bar, uno de esos hombres invisibles y repetidos que parecen contratar esos establecimientos para instalarse durante horas en la barra junto a una copa de tinto peleón. Delgado, pero no mucho; moreno, pero no gitano. Ni bajo ni alto. Salvo la nariz aguileña y el brillo inteligente de sus ojos, no destacaba más que por ser un hombre corriente.

—De modo que albergas sospechas de que hay algo oscuro en algún aspecto de la vida de Fulano, pero no sabes en cuál.

—Exactamente.

—¿Ni una sola pista?

—Ninguna. En las últimas fechas me he preguntado con frecuencia qué tipo de asunto podría haber encontrado mi padre. La lista se amplía al dejar volar mi imaginación, pero es solo eso, imaginación. De modo que mi respuesta es no: ninguna pista. El punto negro en el expediente de Fulano podría provenir de una multa de tráfico no pagada, de un hijo bastardo o de un puño mercantil. O puede que no sea nada de eso. En realidad, debo confesar que todo se fundamenta en una intuición.

Tras escuchar lo mal que habían sonado mis frases, esperaba que Paco me mandara educadamente a paseo. Era como buscar una aguja en un pajar. Sin embargo, para mi sorpresa, exclamó:

—¡Me encanta! —Como le miré con cara de desconcierto, me abrió su alma —: Verás, Efrén, estoy harto de seguir el rastro a esposos infieles, de amenazar a

morosos redomados y de fotografiar a mentirosos que dicen estar de baja cuando están deslomándose en su huerta recolectando fruta: esos encargos son un insulto a mi inteligencia. Yo, anteriormente, trabajé para la policía e incluso para la Unidad de Inteligencia. Y, pese a aquella metedura de pata, era de los buenos. Por eso os tengo tanta simpatía. Porque, a diferencia de los demás, vosotros me encomendáis trabajos creativos: ora os persiguen unos delincuentes chinos de los que no tenéis más datos que un nombre falso, ora queréis atrapar a un digno representante de la alta sociedad de este pueblo, de nuevo sin dato alguno, solo apoyándoos en un pálpito. ¡Es fantástico: resulta emocionante! Es más, me gusta tanto que cobraré la mitad las dos primeras semanas.

—Pero no puedes abandonar la vigilancia de Salomé. Los chinos podrían...

—No te inquietes. Dejaré eso en manos de mi parienta. Es la mar de buena y conoce a la perfección vuestras costumbres.

—¿Tu parienta? ¿Te refieres a tu mujer? Creo que no la conozco.

—Ni falta que te hace. Tú a lo tuyo y nosotros a lo nuestro. Y ahora háblame de tu difunto padre. Necesito saberlo todo.

Me quedé callado, sorprendido. Pensé que empezaría por investigar a Fulano, aunque, pensándolo bien, quizás tuviera razón y fuera más fácil tender puentes desde la figura de mi progenitor.

—Pues no hay mucho que contar. Fue portero y luego encargado del Teatro Real. Calculo que desde el año 82...

—Consultaré en la hemeroteca para saber si ocurrió algo reseñable en ese teatro durante esas épocas. ¿Y antes del 82?

Me encogí de hombros.

—No sé mucho, la verdad. Yo nací en el 83. Pero tengo entendido que era bedel, en la universidad.

—Y Fulano, ¿qué edad tiene ahora?

—Tampoco lo sé con exactitud, pero calculo que sesenta y tres o sesenta y cuatro.

Anoté todo lo que le dije en un cuadernillo cuadriculado de un tamaño infinitesimal. Tras asegurarme que, de momento, tenía suficiente, se lo guardó en el bolsillo de la camisa.

—Me pongo a trabajar de inmediato —dijo al despedirse.

—Pero, Paco, ¿no quieres que te cuente cosas sobre Fulano?

—Pues lo cierto es que no. Tú estás quemado. Lo conoces personalmente, te ha influido. Supongo que mucha simpatía no le tienes... Sin quererlo, añadirás un sesgo a tus palabras que me despistará. Prefiero escribir mi propio guion. Si hay algo que quiera corroborar, te lo preguntaré.

No me quedó más remedio que callarme. Eso que Paco llamaba sesgo era una espina o, más bien, un enorme y enquistado grano en el culo.

—¡Vaya, qué tenemos aquí: un clon del señor Porcina!

Esas fueron las palabras que salieron de la delgada boca del socio director cuando, recién estrenado mi título, me recibió por primera vez en su enorme despacho de paneles de madera. Las recuerdo con la misma nitidez que su tono socarrón, pero comedido; su corbata azulina, de marca; y las discretas iniciales bordadas en el puño de la camisa.

En parte, tenía razón. Todo termina guardando relación con nuestros orígenes. Viene prendido a los genes y, a fuerza de irte pariendo en el mismo ambiente, te acreditas en él. En aquel tiempo, yo no conocía bien a los dos lustrosísimos hijos de Fulano y mi juicio fue prematuro. Pero, ahora que he convivido con ellos, puedo afirmar que no resultó erróneo. Los dos socios son, palmo arriba, palmo abajo, tan prepotentes, fanfarrones y mujeriegos como el socio director y, a la sazón, padre. Y tan capullos. Nacieron así, los educaron así y salieron aplicados y disciplinados. Aunque tan vulnerables como su progenitor.

A pesar de las notables diferencias que había entre nosotros, a mí me ocurre lo mismo con mi padre.

Mi padre hablaba en voz baja. Yo no levanto la voz. Su aspecto era tan poco llamativo y discreto que parecía traslúcido. Quien buscara algo histriónico en su retrato, buscaba en vano. En todos los conceptos, incluida su vestimenta, frecuentaba el gris; los colores chillones llegaban a repugnarle. Vamos, que esa capa de invisibilidad con que cuenta Harry Potter hubiera sido un regalo superfluo.

En lo que me toca, yo también soy hombre de periferia. En la escena pero apartado, casi un esbozo, como en aquella función del colegio en la que me dieron el papel de árbol, aunque me sabía los guiones de todos mis compañeros.

Sin embargo, al contrario que mi padre, a mí se me ve a primera vista. O mejor dicho, no puede dejar de verseme. Pero si me hago notar no es porque quiera, sino por mi gordura. Mi obesidad, para ser exacto. Empecé con cara de pan y barriga, incapaz de perseguir un balón en el patio del colegio. Algo hormonal, me dijeron. Ahora, tras el régimen, como dije, empiezo a verme los pies, pero la gente sigue huyéndome en los autobuses porque ocupo más de una

plaza y sudo sin moderación. No obstante, pasado ese primer momento, al igual que mi padre, soy capaz de pasar inadvertido, de parecer inofensivo, de no saber polemizar. Aunque naturalmente que sé.

Como encargado del Teatro Real, padre se las tenía que ver con las inoportunas, maniáticas y, a veces, ridículas peticiones de los artistas variopintos que pasaban por allí; estrellas fugaces llamadas a morir sin haber aprendido a dar las gracias. Y quizás influido por ello solía decirme: «El mundo es un escenario, Efrén. Iluminado por las candilejas, las sensaciones parecen otras, pero en cuanto se acaba la función todo queda a la vista. Escoge tu papel, hijo, pero escoge bien. Asegúrate de no necesitar cambiar de vestuario cuando cambie el acto. Mantente firme, especialízate; no importa que seas príncipe o mendigo, pero selo siempre. Y para eso, concóctete y acéptate». Él lo cumplió. Yo ando a trancas y barrancas. Porque, conociéndome, no me acepto ni me gusto del todo.

Por ejemplo, padre tenía ojos en el cogote y olfato de cazador. Lo veía todo y lo observaba todo, pero con tal discreción que nadie se sentía expuesto, descubierto. Esa información estaba segura con él. Salvo en el caso de Fulano, que aún no he logrado averiguar, nunca la empleó. Carecía de afán de venganza o de revancha. Yo, desgraciadamente, soy peor persona. En los veintiséis meses que pasé en el despacho, logré hacerme con un perfil completo de todos y cada uno de los que trabajan allí. Puedo detallar sus manías, maldades, secretos, debilidades o bondades. No hablo de ello porque sé que los parlanchines mueren pronto, pero lo guardo sabiendo que es un arma, y que resulta muy valiosa. Y, si hace falta, lo emplearé.

Como en el colegio.

Recibí burlas de burlones que solo merecían compasión, insultos de bocas pequeñas y estúpidas. Los combatía con una colección de sobresalientes y matrículas de honor. Hasta aquella vez que emergió el justiciero que llevo dentro.

Una mujer de la limpieza es primero una mujer y luego sujeta una escoba. Pero, claro, hay que tener dos dedos de frente para entenderlo. Si careces de ello, un día de juerga con los amigos, durante el recreo, puedes tener la tentación de emplear el producto corrosivo en la persona y no en la limpieza. Ellos estaban delante, la mujer en medio, el producto en el suelo y yo en una esquina. Solo me hicieron falta cinco frases escogidas, cinco perlas pronunciadas en tono moderadamente alto.

—¡Va, no tienes pruebas! —me respondió el cabecilla. Su voz temblona era ya una evidencia.

—Es posible, aunque también lo es que las tenga —le reté y sentí que mis ojos eran más potentes que mis puños, y que mi inteligencia podía a sus delgados esqueletos.

Cuando vi en la puerta de la iglesia a Fulano, con su traje caro y su rastro de colonia, me acordé de mi padre, al que acababa de enterrar, y de aquella señora

de la limpieza, de quien ni siquiera sé el nombre. Y me pregunté qué sería lo que mi progenitor viera, oyera y certificara. Y de inmediato decidí intentarlo. Un órdago a la chica, pequeño, insignificante, como yo. Puso cara de niño al que hubieran pillado en un renuncio, se recolocó el mechón detrás de la oreja y se marchó. Me sentí como un verdadero actor, porque los escenarios atraen los dramas como el agua los rayos. Y yo tenía uno delante.

« ¡Soy más listo que tú y esos dos polluelos tuyos juntos!», pensé.

Pero, como ya dije, y como Paco ha captado al vuelo, lejos de ganar, salí perdiendo.

« ¡La soberbia va a matarte, Efrén!», me repetí. Y supe que eso era más cierto que los veinte kilos que aún me sobran.

—¿Cómo dices, que quieres interponer una demanda? —pregunté intentando parecer sorprendido.

—Eso he dicho. Una demanda por despido improcedente. Se llama así, ¿no?

—Se llama así cuando lo es. Verás, cuando un trabajador reclama judicialmente, el juez de lo social estudia el caso y califica el despido. Puede decidir que es nulo, que es procedente o que es improcedente. Este último supuesto implica que el juez estima no suficientemente demostradas las causas del despido o bien que se han incumplido los requisitos formales. En tu caso, las pruebas...

No me dejó terminar la frase.

—Mira, Efrén, tienes que saber que lo he consultado en Internet, en un foro de abogados. Y el tipo que ha contestado dice que la empresa ha violado mi derecho a la libertad de expresión, y ese derecho es más sagrado que la sensibilidad de esa especie de maricón que tenía por jefe.

Puse cara de pocos amigos. Por la palabrota, desde luego, pero también por el trasfondo. La chica pregunta en un foro de Internet y cree que ya conoce el sistema.

—Y ese tío de Internet, ¿no querrá llevarte el asunto? Porque lo que es yo...

Bajó enseguida los humos y adoptó actitud de perro apaleado: es más lista de lo que parece.

—¡Efrén, solo fueron diez minutos! Estaba con cagalera porque mi madre, tu querida amiga y clienta a quien tanto apreciabas, había hecho un cocido tan rico que me picó la gula y comí demasiado. Me entretuve en el baño, eso es todo.

Dejé que pasaran unos segundos e hice como si releýese la carta de despido.

—Por lo que dice aquí, fueron veinte minutos y te fuiste sin avisar. Además, una de las cámaras del pasillo recogió tu imagen hablando tranquilamente por el móvil. ¡Y saliste fumando de los lavabos, algo que está rigurosamente prohibido, como indica la ley y todos los carteles del hospital!

—¡Llamé a mi madre para decirle que estaba mejor! Es lógico, ¿no? Eso es lo que hace una hija considerada.

Suspiré.

A quien tenía delante era a Carla Gil, vástago de una buena clienta de mi antiguo empleo y ahora de Romaní y asociados. Su madre es una mujer muy educada, profesora de latín, viuda desde los treinta. Tiene dos hijos. El mayor, ingeniero de minas, está felizmente casado y sus dos hermosos gemelos alegran la vida de su adorable abuela. La pequeña Carla es un desastre. Desde su expulsión definitiva del colegio, fue de centro en centro, hasta que dejó los estudios y se puso a trabajar. El puesto en el *call center* de un hospital privado de cirugía ocular era su último trabajo. Había seguido al de pescadera en un supermercado, limpiadora en una oficina y camarera en un bingo. En el hospital llevaba ocho meses, sin más que dos pequeñas amonestaciones. La tercera era un despido: uno disciplinario. Su madre me había llamado temprano para pedirme el favor de que la recibiera. La chica era de las reivindicativas y quería demandar al hospital por considerar que su despido no procedía.

Estudí por encima el caso y llamé a su madre asegurándole que las probabilidades de ganar eran de una contra un millón. Que no merecía la pena. Lo entendió, pero me pidió que siguiera, fuera cual fuera el resultado. Acababan de detectarle una enfermedad grave. Supongo que pensó que, al menos, con este hueso entre los dientes, perdería de vista a su hija durante algunas semanas y ella podría gozar de un poco de paz.

—Veamos, según lo que dice aquí, cuando tu supervisor te llamó la atención por ausentarte sin avisar, cuestionaste su autoridad y le mandaste, leo textualmente, «a la mierda». ¿Es así?

Asintió moviendo muy deprisa la cabeza. Llevaba el pelo rapado como un chico, pantalones vaqueros anchos y rotos, una camiseta negra y deportivas naranjas. En realidad, no era fea, aunque intentara parecerlo.

—¿Y no sabes que se trata de una falta de respeto?

—¿Qué, mandarle a la mierda? ¡Es una forma de hablar! Si yo te mando a la mierda, ¿tú te enfadas? ¿A que no? Además, era una simple conversación.

Lo dejé por imposible y seguí leyendo.

—Dice también que, dos días después, mientras ibas con otros compañeros, coincidiste con ese supervisor en el aparcamiento. Y, en un tono suficientemente alto para que pudiera oírte, hablaste de sus inclinaciones sexuales.

—¡Ya estamos, qué manía de echar balones fuera! Los hechos son los hechos: el tipo es marica. ¿Acaso soy yo culpable de eso?

—No es asunto tuyo.

Se levantó, sacó un cigarrillo y se puso a pasear por el despacho llenándolo todo de humo. Abrí la ventana. De pronto, se le iluminaron los ojos.

—Dices que lo insulté y que, por eso, me despiden. De acuerdo. Pero digo yo: ¿acaso no está bien visto hoy ser marica? ¡Si le hubiera llamado cura o político, gentes que están de lo más desprestigiadas, lo entendería, pero marica es casi un halago! ¿O no?

Mirándolo así, no dejaba de tener razón. Pero las alegaciones de la empresa eran contundentes.

—Le llamaste maricón, no homosexual, y lo hiciste en tono despectivo. Tanto que, en fin..., las frases son fuertes hasta de leer...

Volvió a sentarse.

—¡Vale, dije que me alegraría que algún colega le metiera un buen palo por el culo, pero estaba en el aparcamiento, fuera de mi puesto de trabajo, y no se lo dije a él!

También en eso tenía algo de razón. Salvo porque le había lanzado a la cara el periódico que llevaba en la mano.

—Muy bien. Tienes una carta de despido disciplinario en una empresa en la que llevas ocho meses y quieres meterte en el lío de una demanda de la que poco vas a sacar. ¿No sería mejor que dedicases ese dinero y ese tiempo a buscar otro trabajo o a ayudar a tu madre?

—¡A mi madre no la metas en esto, cabrón, que bastante tiene con lo suyo! Mira, la justicia es la justicia. Y yo quiero justicia. Tú eres abogado y quiero contratarte. ¿Hace?

—Te diré lo que dice la ley, y luego tú decides. Según esta carta, has ofendido verbalmente a tus superiores. Hay testigos que lo acreditan, las ofensas han sido humillantes para tu superior y ha habido reiteración. De modo que no hay mucho que hacer. A lo único que podemos agarrarnos es a la tipificación en sí misma. Quiero decir que nos tocaría poner en tela de juicio que tus palabras hayan entrañado una ofensa. Que tú hablas así y que cuando llamas a alguien maricón en realidad no estás criticando su orientación sexual, sino alabándola...

—¡Eso es: libertad de expresión! Un momento, ¿qué quieres decir con alabarla? —Me clavó unos segundos la mirada—. ¡Ah, no, eso sí que no, tío, que ya veo por dónde vas! ¡Yo no soy lesbiana, ni lo sueñes! Me gustan los tíos; mucho, para ser francos, aunque odio a los rubios...

—Si yo te llamara lesbiana, ¿te ofenderías?

—¡Naturalmente!

—Pues eso mismo le ha pasado a tu supervisor, y por eso te han despedido.

—¡Pero él no tenía por qué: él es marica, un maricón de tomo y lomo! ¡Si hasta acusa a los empleados!

Suspiré profundamente.

—Mira, Carla, amén de que tu supervisor está casado y es padre de dos niños, te repito que, a mi entender, no hay nada que hacer. Si vamos a juicio, el tribunal valorará la proporcionalidad de la medida disciplinaria con la supuesta ofensa y luego nos darán una patada en el culo.

—No me importa. Quiero hacerlo...

Lo pensé unos minutos. Pensé en el caso y en Carla. Pensé en su madre y en la pereza que me daba. Y, finalmente, acepté.

—De acuerdo, lo haré. Pero con una condición.

—¡La que quieras, desembucha!

—Este pleito lo pagas tú.

—¿Qué quieres decir?

—Que esta minuta no se la pasaré a tu madre, sino a ti. ¿Cuánto dinero tienes?

—Dos mil trescientos euros. ¿Cuánto me va a costar?

—Dos mil trescientos euros.

—¡Eres un capullo!

—Lo sé. Tú también. Pero me vas a obligar a estudiarme la jurisprudencia sobre la libertad de expresión en el ámbito laboral y eso no me apetece lo más mínimo, y mucho menos perder. Lo tomas o lo dejas.

Había habido ofensas, eran graves, y en la actitud de Carla nunca medió la buena fe o la debida lealtad. Ni siquiera ese día había comido en casa, y menos cocido. No obstante, y sorprendentemente, nos tocó el juez Castrillo, que nos dio la razón. Supongo que cuando algún periodista no encuentre tema para rellenar su columna y lea esa sentencia, saldremos en los periódicos.

Carla trajo mis honorarios en metálico, en billetes de cinco y diez euros, cosidos por una goma, y los dejó sobre la mesa, junto a una botella de cava y una sonrisa de parte de su madre.

Así son las cosas. Pero lo más curioso del caso es que una semana después tenía delante al supervisor, al « presunto marica ». Acababan de despedirle.

—Necesito presentar una demanda por despido improcedente...

¡Por todos mis muertos, es que no puedo tener un caso de fusiones como Dios manda!

—Verás, Roberto, esos casos...

—No, no vengo por eso. Tiene razón. Hice..., bueno, eso no importa. Lo que importa es el préstamo. La empresa me prestó dinero para..., bueno, eso tampoco importa. El caso es que recibí diez mil euros al cero por ciento de interés. Debía devolverlo en sesenta mensualidades de igual importe, que se me descontaban de la nómina. De momento, he pagado dieciocho. Ahora, al despedirme, me exigen reintegrar el montante restante, y no dispongo de esa cantidad.

—¿Cuál era el acuerdo al que llegasteis?

—Ese. Ante una rescisión del contrato, devolvería todo de una vez. Pero no tengo el dinero. Por eso, tengo que demandarlos por despido improcedente. Y alargar el asunto hasta que encuentre la cantidad que necesito.

—Veamos, ¿llamaste marica a tu jefe?

Sonrió con amargura.

—No. Lo que ocurre es que, según dicen, mi actitud ha perjudicado al negocio. Con el lío de la chica esta, la facturación ha caído un quince por ciento. Expuso su caso en todas las redes sociales y cargó las tintas sobre mí y sobre el

hospital.

—¿Y tú qué opinas?

—Que llevé mal ese asunto. Me excedí. Sabía cómo era: debí de darle más margen. Aproveché que me insultó para quitármela de en medio, sin darme cuenta de que perjudicaba a la empresa... Por cierto, no soy marica: estoy casado con una mujer llamada Eva, y tenemos dos hijos.

Eso ya lo sabía, pero no dije nada.

—De modo que tú no quieres ir a juicio si no es necesario.

—No, pero hasta que no encuentre otro trabajo, no puedo devolver el préstamo.

Esta vez, conseguí limpiamente lo que pretendía. No porque la cláusula del préstamo fuera abusiva, que no lo era: solo reflejaba la liberalidad de la empresa con un trabajador al que apreciaba. Pero ese precisamente fue mi argumento. Bastaron dos conversaciones con los responsables de los responsables para arreglarlo. No como estaba previsto, pero sí en beneficio de ambas partes. Mi cliente no interpuso ninguna demanda. Pero fue nuevamente contratado en otro puesto. Perdió antigüedad y beneficios, pero mantuvo el salario, del cual podrían descontarse las anualidades.

Podría continuar narrando batallas durante horas, pero no creo que estos humildes sucesos, más o menos anómalos, más o menos sugestivos, sean de interés para los anales de la abogacía ni satisfagan la curiosidad intelectual de ninguno de ustedes. No son más que historias que, en un preciso momento, resultaron importantes para los implicados y que a Salomé y a mí nos dieron, la mayor parte de las veces, de comer. No obstante, creo que es preciso reseñar algunos detalles que, aun encontrándose fuera del ámbito jurídico, conmovieron tanto a Romaní y asociados como a mí mismo.

Resulta curioso cómo las mismas cosas afectan de manera diferente a las distintas personas. A mí, la historia de Igor me empujó a una creciente prudencia y a un cuidado exquisito. Miraba a derecha e izquierda, arriba y abajo, adelante y atrás antes de moverme. Todos mis pensamientos giraban en torno a la seguridad de Salomé. Ella, en cambio, tras un corto periodo, más parecido a una especie de luto que de arrepentimiento, decidió reincidir en sus trece y salir del cascarón a toda velocidad: la vida podía llegar a ser muy corta, y había que aprovecharla.

Yo me encontraba cómodo, casi feliz, con la nueva situación. A todas horas tenía a Salomé cerca: trabajaba a mi lado; desayunábamos y almorzábamos juntos; vivía en el mismo edificio, en casa de doña Emilia. Había llegado a convertirse en mi más preciada rutina, en lo más próximo a una familia. Por las mañanas, especulaba cuál de los trajes llevaría puesto, de qué color serían sus zapatos o su camiseta o cómo se habría peinado. Es cierto que noté como dije antes que, poco a poco, sus faldas se acortaban y sus formas originales retornaron, pero me pareció que ella se había hecho a mí y con el tiempo (y mi adelgazamiento) se daría cuenta de que no era mal partido y que se quedaría para siempre. Sin embargo, los gatos callejeros como Salomé necesitan vivir con la ventana abierta. Y como había dejado todas las salidas cerradas, la situación saltó por los aires.

Fue un martes, eso sí que lo recuerdo, porque no fue tranquilo y ordinario como los que le precedieron. Me hallaba con una cliente en el despacho: un asunto de herencias. Su padre, fallecido un par de años antes, y preocupado

porque algún cazafortunas quisiera aprovecharse de su hija única, había estipulado un testamento de cláusulas tan enrevesadas que más pareciera que la odiara en vez de quererla. Estaba contándoles lo poco que podíamos hacer al respecto, cuando escuché las risas. Eran muy próximas. Tanto que parecían proceder de la habitación contigua: mi dormitorio.

Concluida la conversación, acompañé a mi clienta y a su marido hasta la puerta. Salomé no se hallaba en su mesa. Debiera haberlo estado. Tiene una cafetera en la cocina: no necesita abandonar el despacho para nada. Sabía que era un error, aunque tuviera todo el derecho, pero lo hice: fui a mi dormitorio, tragué saliva y, sin llamar a la puerta (es mi casa), entré: Salomé estaba en pie, junto a la cama. Agachado ante ella, había un hombre de piel oscura y melena negra, muy larga, con el torso y los pies desnudos. Le lamía las piernas, al tiempo que deslizaba sus manos bajo la falda. Ella dejaba caer la cabeza hacia atrás, en evidente signo de placer.

—¡Largo! —chillé.

Salomé se recompuso la falda. El hombre se levantó y se me quedó mirando desafiante. Era musculoso, pero de corta estatura. Tenía los pómulos salientes, los ojos oblicuos y la nariz aguilina. A todas luces, era un indio americano.

—¡Largo! —repetí al tiempo que abría la puerta y señalaba la salida con el dedo.

El hombre se vistió y se calzó las chanclas con una parsimonia admirable, y luego se despidió de Salomé dándole un beso en la mejilla.

—¡Adiós, mi reina! Estaré en la feria —murmuró.

Salomé no se movió.

—Lo siento, Efrén. Vino a hacerme una visita y...

—¿Pero de qué vas? ¡Un «lo siento» no es suficiente! ¡Este es un despacho de abogados y esta es mi cama! ¿Qué quieres, que compre una bolsa de preservativos y los ponga en un bote en la cocina para que puedas surtirte?

Montó en cólera.

—¡Majadero! Actúas así porque eres un ermitaño, un anacoreta que solo piensa en trabajar. Pero yo busco una vida interesante, ¿acaso es tan difícil de entender?

—¿Pero quién te crees que eres? ¿Y quién te crees que soy yo? ¡Yo también quiero vivir! Pero la vida es solo vida: lo interesante debes ponerlo tú. Vas por ahí mendigando caricias, como un perrillo apaleado, en busca de un poco de calor. ¿Y sabes lo que vas a conseguir? Que te den otra paliza y te peguen un sida. ¿Acaso no tuviste suficiente con Igor?

—Osvaldo no es así, es bueno y cariñoso. Va de feria en feria, es una vida muy dura la suya.

—Eso mismo dijiste del anterior, y te recuerdo que, además de ser un delincuente, te usó como a una puta y te cruzó la cara. Pero, claro, este es

distinto: va de ciudad en ciudad, en chancas, buscando una idiota con la que divertirse.

—Tú no me conoces, Efrén, no sabes lo que pienso.

—En eso te equivocas: eres como un libro abierto. No necesito pasarte un test para saber qué esperas de la vida: chucherías que caducan antes que los yogures de oferta. ¿Por qué no te preguntas qué espera la vida de ti, en qué puedes ser útil? Ese tal Osvaldo es un clon de Igor, un clon de todos tus Igores. En el mejor de los casos, puedes esperar un buen pito y una gran paliza. ¿Por qué no dejas de hacer el idiota? ¡Vales mucho más que ellos!

Se arrebujó en el suelo, sujetándose el estómago.

—Yo no valgo una mierda...

Me agaché y la levanté.

—¡Te juro que vales más que un Picasso! Si dejas de someterte a los tíos que conoces en los bares tú misma podrás probarlo.

Negó con la cabeza. Se sobrepuso, y con gran fuerza me espetó:

—¡No tienes ni idea, ni idea! Quizás Osvaldo no sea el definitivo, pero ese tío llegará, y entonces seré feliz. Ese día vendrá, ya lo verás...

—¿Vendrá? ¿Qué vendrá, un mirlo blanco, un amantísimo padre de familia que te prepare el desayuno por las mañanas? Pero vamos a ver, ¿qué es lo que vendes? Porque cuando uno va a comprar leche no regresa con un cortacésped. ¿Qué vendes? Sexo barato envuelto en una ternura que nadie quiere. ¡Por favor, tienes el corazón en el culo!

—¡Ya está bien! Si crees que soy una puta y que eso reduce el crédito de tu gran bufete, me largaré. Pero no voy a permitir que te inmiscuyas en mi vida. Eres un castrado, pero yo no. Si he tenido que utilizar tu cama es porque me has mandado a vivir a casa de esa vieja y no dispongo de otro sitio donde tener un poco de intimidad.

—¿Castrado? ¿Castrado, yo? ¡Tú sí que tienes el alma castrada! Crees que vivir a tope es cuestión de velocidad, pero te equivocas. ¿Has probado ya los tríos, Salomé? ¿Y bailar en una sala de *striptease*, con los tíos babeando a tu lado? ¡A lo mejor así te realizas!

Se marchó dando un portazo. Estaba seguro de que no volvería a verla por allí. Pero regresó a la mañana siguiente. No me dirigió la palabra.

Dejó una nota sobre la mesa de la cocina que rezaba: «En una semana, recogeré mis cosas y me marcharé» .

Salomé solía darme un beso rápido, casi un roce, en la cabeza al llegar, junto al saludo habitual: « Buenos días, jefe» . Después, se acercaba a la cocina a dejar la bolsa del supermercado con los comestibles del día.

Era una sensación agrisulce la que me producía aquel saludo porque, aunque pequeño y maternal, un beso siempre es un beso y es agradable que te besen cuando estás solo, como yo lo estoy. Por otro lado, ese es el saludo que se emplea con un padre o con un marido con el que llevas treinta o cuarenta años de relación y yo no era, ni quería ser, ninguna de esas dos cosas. Y, por descontado, nunca me sentí su jefe: éramos socios.

Al principio, lo toleré porque me hacía gracia su espontaneidad y su alegría contagiosa. Para ser sincero, al principio le hubiera tolerado casi cualquier cosa. Pero, violando mi dormitorio, se había pasado de la raya.

Aquella mañana no me saludó, ni fue al supermercado, ni se tomó un café del termo que suelo dejar hecho antes de empezar a trabajar. En vez de eso, entró sin meter ruido, se sentó ante su ordenador y se puso a teclear. Yo, que no estaba dispuesto a dar mi brazo a torcer, no salí del despacho: permanecí en mi guarida estudiando jurisprudencia.

Más o menos una hora después, entró en el despacho sin llamar.

—Efrén, hay un nuevo cliente en la sala de espera —me informó.

Su voz no era fría, como cabría esperar, dadas las circunstancias, sino que sonaba entrecortada, asustada.

—Eso está muy bien. ¿Lo han despedido, quiere hacer testamento o demandar a su tío abuelo? —conjeturé con acidez. Estaba dolido, mucho. Con ella. Con el mundo. Con todo.

Salomé sacudió la cabeza con vehemencia. En ese momento, me di cuenta de que su actitud no se debía al desencuentro del día anterior. Estaba nerviosa. De hecho, casi rozaba la histeria.

—¿Qué te ocurre, te encuentras mal?

—No podría estar peor: el tipo de la sala de espera es chino. ¿Comprendes? Chino de la China.

Debo confesar que a mí también empezaron a temblarme las piernas. Sin

embargo, se impuso la sensatez: juzgar no iba a llevarnos a ningún sitio. Con voz calmada, de juez de juzgado superior, afirmé:

—Salomé, hay muchos chinos en el mundo, tal cantidad que solo les dejan tener un hijo. Por cierto, escuché el otro día en la radio a un señor que comentaba que alrededor de los restaurantes chinos nunca se ven gatos merodeando. Puede ser porque no tienen basura, es decir, porque aprovechan lo que sobra para los rollitos de primavera, o puede que la materia prima sea tan deficiente que no lo quieren ni los animales. Aunque, ahora que lo pienso, tampoco he visto gatos en el italiano de la plaza de al lado. En fin, que no debemos alarmarnos antes de tiempo...

Como no me siguió la broma, sino que se dedicó a frotarse las manos en gesto evidente de nerviosismo, dejé la verborrea y pedí que le hiciera pasar.

—Por favor... —añadí.

Qiu Liu Black —ese fue el nombre con el que se presentó— era solo medio chino. Su complejión occidental, el tono de su piel y el color verde de sus ojos evidenciaban la mezcla genética. Calculé que tendría, más o menos, mi edad. Vestía polo Ralph Lauren marrón chocolate, pantalón (corte chino, por cierto) de color beis y náuticos.

—Celebro conocerle, señor Porcina. Me han hablado muy bien de usted.

—¿Ah, sí? ¿Quién? —pregunté a la defensiva. En eso soy bastante rápido. Me refiero a captar cosas que no casan.

—¿Quién? Pues todo el mundo. En el barrio, su reputación le precede. Dicen que es metódico, concienzudo y justo con sus clientes.

Sonreí cada vez más molesto. Mis temores se confirmaban. Los ciudadanos chinos no se caracterizan precisamente por la confraternización y, por descontado, no van por ahí propagando o haciendo oídos a rumores o chismes. Además, de trabajar en el barrio tendría que haberme topado con él en alguna ocasión. Sin embargo, su cara no me sonaba en absoluto.

—Por favor, siéntese, señor Black y cuénteme en qué puedo ayudarle.

—He extraviado algo y necesito recuperarlo —respondió con frialdad.

Respiré hondo; a cada instante, aquello se ponía peor. Pero no me dejé amilanar.

—Es evidente que no conoce bien nuestras costumbres, señor Black. Permítame que se lo explique: corrientemente, un despacho de abogados como este no se dedica a buscar propiedades o personas perdidas. Nuestro papel habitual es personarnos en demandas de despido, redactar testamentos o contratos de compraventa, asistir en la elaboración de declaraciones de renta y patrimonio..., ese tipo de cosas. Usted lo que necesita es un detective privado o, si cree que se trata de un robo, un policía... —No sabía si era prudente. Pero siempre es mejor conocer al enemigo, por eso añadí—: Y, por curiosidad, señor Black, ¿podría saber qué se le ha extraviado?

—Un automóvil último modelo. Lo dejé aparcado en la calle, en el polígono donde tenemos el almacén principal, y cuando regresé había desaparecido. Algo muy molesto...

—Sin duda. Pero tiene usted suerte: por lo general, en los polígonos, muchos comerciantes instalan cámaras de seguridad. Es muy posible que alguna de ellas haya recogido las imágenes del robo. Estoy seguro de que, si acude a la policía, ellos se encargarán. Creo que tiene muchas posibilidades de recuperarlo si habla con ellos sin dilación. Son muy profesionales.

—Tiene razón, seguiré su consejo. Es un automóvil muy caro: un Ferrari. — Se detuvo. Fue apenas un instante, pero lo percibí: aquel tipo se paró a pensar lo que me iba a decir. Hablaba un castellano aceptable para un extranjero, pero el momento le jugó una mala pasada, y la frase..., más bien el interrogatorio, salió mal construido—. ¿Usted coche tiene, señor Porcina?

—Sí, claro. Coche y plaza de garaje, ¿por qué?

—En realidad, lo que quería preguntarle es qué coche tiene. Tengo uno para vender.

Molesto, hice un gesto con la boca que venía a decir que aquello no era asunto suyo y que se ocupara de sus cosas. La verdad es que tenía ya la piel de gallina. No obstante, al entender que responder podría ir en mi beneficio, cambié de opinión.

—Como le decía, tener, tengo, pero mi coche no es como el suyo. Vamos, que poseo un automóvil que nadie robaría jamás. ¡Con decirle que mi Volvo solo tiene una letra escrita en la matrícula lo digo todo! Es una antigualla, pero anda. No necesito más. Voy a pie a todas partes.

Me observó con curiosidad durante un breve lapsus y después preguntó:

—¿Y por qué no se compra un coche nuevo? Parece que el despacho le va bien y ahora hay marcas con ofertas muy interesantes.

—Pues verá, señor Black, en casi todo lo que hago sigo la máxima de Epicuro de Samos: « Si quieres ser rico, no te afañes por incrementar tus bienes sino por reducir tu codicia ». Este despacho produce lo suficiente para vivir de él dignamente si no te creas necesidades, así de simple...

—También hay ofertas interesantes en coches de segunda mano. El mío, por ejemplo, lo vendo barato. Podría interesarle a usted..., o quizás a su secretaria. ¿Cómo ha dicho que se llama?

—Mi secretaria no sabe conducir —afirmé con voz seca, intentando evitar que el miedo transparentara—. Pero volvamos a lo suyo, señor Black. Le reitero mi consejo: acuda a la policía, son muy eficientes. ¡Le deseo mucha suerte y gracias por venir a visitarnos!

Nos despedimos con un apretón de manos. Pero en cuanto vi salir sus ojos achinados por la puerta de mi despacho, telefoneé a Paco.

—¡Por todos los santos, ya están aquí! —le expliqué nerviosísimo.

—¿Quiénes?

—¡Los chinos! ¿Quiénes iban a ser?

—Bien, tranquilízate y explícame lo ocurrido. —Lo hice lo mejor que pude, es decir, mal. Pero se hizo una idea—. Mira, Efrén, ahora no puedo ir. Estoy fuera de la ciudad, siguiendo una pista fiable sobre Fulano, y me viene fatal dejarlo tirado. Pero no debes obsesionarte: si es lo que crees que es, lo que acabas de presenciar no es más que un primer tanteo, un reconocimiento del terreno. Aun así tomaremos las debidas precauciones. No le expliques el porqué, pero dile a Salomé que no salga de casa sola. E intentad hacer una vida normal, mantened las rutinas habituales, sin saltaros ninguna. Por mi parte, colocaré vigilancia. No te preocupes más de la cuenta.

Estaba seguro de que Salomé escuchaba detrás de la puerta, de modo que, cuando colgué, pedí a gritos que pasara. Lo hizo. Tenía la cara blanca como la cera.

—¿Y bien?

—Y bien, ¿qué?

—¿Venía a por el dinero?

Negué con la cabeza, con toda la convicción de que fui capaz.

—Ha extraviado el coche. Ya le he explicado que debe acudir a la policía. No es lo que piensas. Pero, de todos modos, harías bien en estarte un poco quietecita los próximos días.

Se cruzó de brazos.

—Durante la semana que me queda, me vestiré como quieres, me mantendré en silencio y no traeré hombres a la oficina, pero no pienso escuchar un solo consejo más de tu sucia boca. Porque, pienses lo que pienses, no soy ninguna puta.

—No pienso que seas una puta: ellas se acuestan con la gente por dinero. Tú no cobras...

—No, solo permanezco abierta a lo que venga, al futuro inesperado...

—Es una opción, por supuesto, pero ten cuidado a ver si esas inesperadas amistades acaban haciéndote daño. Te recuerdo que si temblamos cada vez que vemos a un chino es por tu inesperado amigo Igor...

Se encogió de hombros.

—No hay más cera que la que arde, Efrén.

No pude ocultarlo más.

—¡Por supuesto que la hay! Mírame: no soy Osvaldo, ni Igor, ni Teo, ni aquel camionero lleno de tatuajes que olía siempre a vino barato, pero podría darte todo lo que ellos no te dan.

Se quedó muda, atónita. Se dio la vuelta y abandonó el cuatro duplicado.

—¡Mierda, mierda, mierda! —grité—. Soy más tonto que Picio.

«¡No te preocupes!» , había dicho Paco. Un consejo sencillo de dar y difícil de cumplir.

Me pasé el resto de la tarde repasando la conversación. Porque el tío me había preguntado por mi coche: quería saber si me había comprado uno nuevo o si tenía otros bienes valiosos. No, aquello no podía ser una casualidad. Confiaba en Paco, desde luego, pero lo de quedarme quieto, seguir con mis rutinas y rezar para que no vinieran a por nosotros no resultaba fácil de digerir. Espionaje industrial, tráfico de mercancías y seres humanos, secuestros... ¿A qué se dedican los chinos que no regentan tiendas de ultramarinos que permanecen abiertas a cualquier hora?

Lo primero que hice fue recuperar la tarjeta SIM del teléfono de Igor que había ocultado en el patio, bajo la maceta de geranios chuchurridos. Cogí mi móvil. Desconecté todas sus conexiones con el exterior y la cambié por la mía. Quería consultar su listado telefónico, para ver si allí estaba censado algún Black No había ninguno. Encontré un « Chino » , y también un « Padrino » y un « Jefe » (una torpeza por su parte, entiendo yo). « ¿Será alguno de estos?» , me dije, para responderme de inmediato que lo que pensaba era una estupidez. Decir « Chino » es como no decir nada. Y todo el mundo tiene un padrino. Aun así, decidí investigarlo.

Cogí mi Volvo de una sola letra del garaje y me fui a un centro comercial. Compré algunas provisiones, un libro y una revista para el despacho y, cuando estuve seguro de que ni el tal Black ni ningún otro tipo de ojos achinados me seguía, me acerqué a una cabina y marqué el número del « Chino » . Me contestó un hombre con voz castiza y malas pulgas. Colgué. Marqué el del « Jefe » . Descolgaron enseguida, pero no dijeron una palabra. Solo escuché su respiración. Muerto de miedo, solté el teléfono y me fui a casa.

Durante el corto trayecto, las palabras de aquel ladrón al que había comprado el móvil de Igor me retumbaban. « Dicen que traen las pastillas de China. Allí las fabrican a cientos, porque los chungos de los chinos trabajan por la comida, y los productos químicos están tirados y al alcance » . También Salomé me lo había confirmado: « Igor hablaba varios idiomas. Uno era inglés, eso seguro. El otro... »

yo diría que era chino. Al menos a mí me sonaba a chino, aunque podría ser coreano, japonés o algún otro lenguaje oriental» .

Al llegar a casa, me tuve que preparar una tila. Y con ella en la mano, me sumergí en la red.

¡Dios, qué cosas horribles se cuentan de los chinos malos en Internet! Al lado de las hazañas de sus triadas, las salvajadas de los sicilianos parecen un juego de niños. No tienen piedad, ni moral, ni normas, ni ley: simplemente, hacen lo que les da la gana, sin preocuparse por el coste. Y era precisamente a esos tíos a los que habíamos robado un cargamento de pastillas y un millón de euros en metálico.

A eso de la una de la madrugada, tras haberme zampado dos descafeinados y dos yogures desnatados, y después de haber consultado mil y una páginas, cuando ya la cabeza me echaba humo de tanto pensar, recogí las notas que había tomado, apagué el ordenador y decidí coger el toro por los cuernos. Me encerré en mi dormitorio, llave incluida, eché un vistazo alrededor (algo estúpido teniendo en cuenta que vivo solo y que nadie podía estar observándome a través de las ventanas, porque, pese al calor, había cerrado los postigos), me tiré al suelo, junto a la cómoda, y estiré el brazo por debajo del mueble hasta alcanzar la bolsita de pastillas que había encontrado en el pantalón del traje de Igor y que había escondido allí. Estaba llena de polvo: Salomé dice que limpia un par de veces por semana, pero emplear el verbo « limpiar » resulta una burda exageración.

Me incorporé a duras penas (aunque un poco menos gordo, me sigue costando) y me senté en la cama. Cuando dejé de jadear, abrí la bolsa, saqué una pastilla y la deposité sobre la mesilla: la superficie resplandecía bajo la luz, como si estuviera pintada de brillantina. Devolví el resto a su escondite y fui a la cocina a por un vaso de agua. Pensé en enviar un mensaje a Salomé advirtiéndola de lo que iba a hacer, por si me ocurría algo desagradable. Finalmente, no lo hice. Estaba seguro de que trataría de impedírmelo. Desde luego, era una completa locura, pero era lo único que podíamos hacer: si esa gente traficaba con pastillas debía saber a qué atenerme. Si la V mayúscula grabada en el centro de la pastilla era la inicial de viagra no me pasaría nada: según he leído (de nuevo en Internet), su principio activo no funciona « solo » ni por su cuenta. Sin una mujer delante, de poco sirve. Además, siendo ilegal, no era propiamente un problema. Si la V equivalía a vicio, vértigo o vibración, pongamos por caso, la cosa se complicaba.

Sin respirar, me tragué la maldita V ayudado por el largo vaso de agua, lleno hasta los bordes.

« *Alea jacta est*, me enteraré enseguida de qué significa esa V », pensé. « Al fin y al cabo, el tipo que limpió el coche de Igor aseguró que los ejecutivos pagan fortunas por ello.»

Cogí una novela de misterio antigua y esperé. A la media hora, había

adivinado quién era el asesino, pero estaba tan pancho. Fue entonces cuando me dio por pensar que, con mi masa corporal, quizás la dosis ingerida no fuera suficiente. Me agaché por segunda vez, saqué otras dos pastillas (eran pequeñísimas) y me las tomé también. Tampoco noté efecto alguno. A eso de las tres, estaba medio dormido y no sentía nada extraño. Las pastillas azules debían de ser un placebo, tan ilegal como inofensivo.

« ¡Muchísimo mejor! », me dije.

Decidí meterme en la cama y olvidarme de aquella historia. Mientras me quitaba la ropa y sacaba el pijama del cajón donde lo guardo, pensé en el acierto de no haber llamado a Salomé: se hubiera reído de mí, algo que me molesta casi tanto como cuando me llaman vaca, cerdo, elefante o tone!

Me dejé la camiseta puesta, aunque suelo quitármela para dormir, porque había empezado a sentir frío, un frío extraño, impropio del clima donde vivo; una sensación agitada y nerviosa. Me tumbé en la cama, me tapé con la colcha y cerré los ojos. Entonces empezó el desfile de luces, todas intensas e igualmente brillantes. Por un momento, pensé que yo mismo me descompondría convertido en luz. Me incorporé asustado y aún me asusté más. Incomprensiblemente, todo lo que me rodeaba se había teñido de tonos dorados y rosas. La cómoda, que es rectangular como un paquete de detergente para la lavadora, empezó a engordar y a volverse panzuda para, inmediatamente después, escurrirse por la pared. De improviso, la zona de la puerta se llenó de dibujos caleidoscópicos y empecé a sentir el calor del infierno. Y por si eso fuera poco, con solo el roce de las sábanas tuve una erección de caballo que no disminuyó en los siguientes minutos (ni uno, ni dos, en fin...).

Hasta ese momento, la experiencia había resultado tan inusitada como placentera. Pero, en ese instante, la fotografía de mi padre, que descansaba en la mesilla, se volvió tridimensional. Se salió del marco, empezó a crecer y se fue convirtiendo poco a poco en un monstruo de dos cabezas con uñas larguísimas y dientes de vampiro. Vino a por mí, metió su mano en mi pecho y empezó a espachurrarme el corazón. El orgasmo cesó de inmediato para ser sustituido por una sensación tal que no tuve duda alguna de que aquella era la antesala de la muerte. Sí. Desgraciadamente, soy de los que pueden explicar qué sentirán cuando se mueran. Aseguro que es terrorífico, inenarrable.

—¿Qué me ocurre?—pronuncié en voz alta.

Y al escucharme, supe que necesitaba a Salomé.

Logré alcanzar el móvil.

Llamé pero no me respondió.

Dejé pasar un tiempo (no podía precisar cuánto) y lo intenté de nuevo. Esta vez se dignó coger el teléfono. Por el ruido ambiental, me resultó evidente que mi socia no estaba en casa de doña Emilia tomando consomé con unas gotitas de jerez. Por el tono de su voz, supe que no estaba contenta con mi intromisión.

—¡Salomé, necesito que vengas!

—¿Ahora? ¡Mira el reloj! Es muy tarde y estoy de marcha con Osvaldo. Apáñatelas, nos vemos mañana.

—Necesito tu ayuda, me encuentro fatal. He hecho una tontería y creo que...

—¿Una tontería? ¡No me digas que te has zampado un pastel de chocolate prohibido! —respondió con ironía.

—¡Por favor, estoy enfermo, no me sostengo en pie!

No recuerdo si dije algo más.

—¿Qué tal se encuentra, señor Porcina?—se interesó la mujer.

Llevaba un anodino pijama verde, zuecos del mismo color y una chapa colgada en el bolsillo que certificaba que se apellidaba Masó. Podía ser médico o enfermera, pero su expresión resultaba inequívoca. Hacía su trabajo como debía, pero con la más absoluta indiferencia.

—¿Dónde estoy, qué hago yo aquí?

—Está en el hospital Central, en el servicio de urgencias. Le trajo su compañera, anoche. Al parecer, tomó usted algo que...

Mi mente empezó a funcionar a toda velocidad, pero no dije una palabra. Ella tampoco, salvo un profesional dictamen:

—Está usted fuera de peligro. Descanse. Permanecerá aquí unas horas, en observación, y luego podrá irse. Mis compañeros vendrán dentro de un rato para charlar con usted.

No especificó qué compañeros vendrían a leerme la cartilla: pero dejó claro que vendrían. Cerré los ojos y volví a sumirme en un sueño roto e inestable, sembrado de imágenes caleidoscópicas. Un tiempo después, no sé si fueron minutos u horas, una voz próxima, a medio camino entre amistosa e insegura, me sacó del letargo.

—¡Hola, amigo! ¿Cómo estás? Me dicen que has sufrido un percance...

Al escuchar su voz, abrí inmediatamente los ojos. Y cuando comprobé que era él, se me saltaron las lágrimas. Paco no era precisamente de la familia, pero era alguien suficientemente cercano para permitir ubicarme de nuevo en la realidad.

—¡Paco, qué alegría verte, gracias por venir! ¿Cómo te has enterado?

No me respondió inmediatamente. Corrió ligeramente la cortina que separaba mi cama de la contigua y, al comprobar que estaba vacía, continuó con sus explicaciones.

—Pasé por tu casa, para ponerte al día de mis averiguaciones. Como nadie salió a abrirme, pasé por el patio pensando que estarías allí. Tu vecina doña Emilia estaba en su puesto. Ella fue la que me explicó que estabas enfermo. Llamé a Salomé y me enteré de lo ocurrido.

—No estoy enfermo, Paco, todo esto es por los chinos. Ya te contaré, aquí no podemos hablar. Tengo la sensación de que las paredes oyen.

—No hay prisa. Lo importante es que estás bien. Además, creo que pronto voy a darte buenas noticias.

—¿Sobre los chinos? Recuerdo haberte explicado los detalles: que preguntó por mi coche y por mis finanzas...

—Me lo explicaste, sí. Y ya estoy en ello. Pero yo no hablo del tal Black, sino de Fulano. Aún no lo he podido confirmar, y no voy a decirte nada concreto hasta que lo haga, pero ando sobre algo: una pista muy suculenta. Solo quería que lo supieses. Cuando regreses, nos tomamos una cervecita, ¿vale? Ahora tengo que marcharme.

—Te agradezco la visita —respondí. Era la pura verdad.

Paco estaba ya junto a la puerta y yo pensando en la cerveza porque estaba muerto de sed, cuando aquella se abrió y apareció un hombre al que nunca antes había visto. Al parecer, él sí me conocía: su presentación lo dejó claro.

—Buenos días, Porcina, un verdadero placer saludarte. Mi nombre es Rafael Torino. Inspector de policía, grupo de estupefacientes.

Paco se había ocultado detrás de la hoja batiente. El inspector le daba la espalda. Pude ver cómo se le demudaba el rostro y cómo trataba de advertirme de algo moviendo espasmódicamente las manos. El policía detectó que yo miraba en otra dirección y se dio la vuelta. Pero Paco se había evaporado. Se tomó la molestia de salir y dedicar unos segundos a echar un vistazo al pasillo. Más tranquilo, regresó encogiéndose de hombros. Cuando volvió a acercarse a mi cama, me había repuesto del *shock* y hecho emerger mi toga de abogado en ejercicio.

—Inspector Torino, desconozco cómo tiene datos sobre mi identidad. De momento podemos dejar ese extremo, pero quiero que me diga sin dilación qué hace aquí y qué es lo que quiere —pregunté mirándolo de frente.

—He venido a comprobar que te encuentras bien, Porcina. Los médicos del hospital nos han alertado de tu ingreso...

Le interrumpí, muy serio.

—¿Cómo dice, que los médicos les han alertado? ¿Por qué? El protocolo no prescribe ningún aviso.

—Pues a mí me han avisado, apáñatelas.

—¿Sabe lo que opino, inspector? Que está usted mintiendo. Y no debería hacerlo.

Se me quedó mirando con una cierta cautela, como si estuviera calibrándose y no alcanzara, ni de lejos, la talla.

—Si quieres verlo así, es cosa tuya. El caso es que yo estoy en pie y me acabo de tomar un cafecito bien cargado con unos churritos, mientras tú estás tumbado con cara de muerto. Eso significa algo, ¿no?

—En efecto, tiene un sentido muy preciso. Significa que, como yo soy el paciente, me quedo y, como usted no lo es, se va.

—Pues, mira, creo que no voy a hacerte caso. Porque me dicen que eres un hombre de éxito, un tipo feliz, y ese perfil no cuadra con alguien que se mete una dosis de caballo para matar la monotonía de la vida o para vivir nuevas experiencias. De modo que voy a quedarme hasta que lo comprenda...

Traté de incorporarme. Todo me daba vueltas y, mientras giraba, volvía a adquirir aquellas tonalidades psicodélicas que había visto la noche anterior. Aun así, me sobrepuse y fui capaz de decir:

—Si me ha investigado, inspector, sabrá que soy abogado. Y como abogado le aconsejo que no diga una palabra más y salga por donde ha venido. El abuso de atribuciones conlleva una falta disciplinaria grave.

Mostró ostensiblemente su enfado y empezó a alzar la voz.

—Si estás intentando vacilarme, vete con cuidado, chico...

—Yo no soy su chico, ni el de nadie. Le aconsejo que se vaya.

Capté los esfuerzos que hacía para no cruzarme la cara. También noté el momento en el que la furia cedió para dar paso a una sonrisa cínica. Fue precisamente el instante en que se sacó, de donde la tuviera escondida, una pistola negra, mediana, y la depositó sobre la mesa metálica que había junto a la cama.

—Voy a hablar y tú vas a permanecer muy calladito y a escucharme. Porque el que aconseja aquí soy yo. Debes saber que esta arma es huérfana, una pipa chungu, vamos, sin rastro ni identidad; tengo varias como esta. Me daría mucha pena que, cuando entrara la guapa enfermera que te atendió antes, se encontrara con que te habías pegado un tiro en la sien. En fin, lo que quiero que te quede claro es lo siguiente: no me toques los cojones, *chico*, porque eso puede cabrearme mucho y cuando me cabreo soy peligroso, ¿entendido? —Si esperaba que asintiera, no lo hice, pero empecé a notar que mi respiración se agitaba. Las armas me ponen muy nervioso—. Veamos, te has tomado una dosis nada despreciable de una droga conocida como Nexus 2CB en una versión potente que nos es desconocida. Se da la circunstancia de que hace unos meses la 2CB desapareció del mercado; por eso, necesito que me digas de dónde la has sacado. La escasez ha puesto su precio por las nubes y ha derivado el consumo hacia otras sustancias. Pero en cuanto la oferta fluya de nuevo, aumentará la demanda. Debes saber que, cuando una droga retorna, para que la gente vuelva a engancharse, la ofrecen menos cortada, y eso nos genera muchos problemas de salud pública. Por eso necesito que me cuentes lo que sepas. Venga, empieza a largar...

—Yo no soy su chico —repetí, con todo el cuajo que pude acumular.

Esperaba la bofetada, pero se echó a reír. Cogió el arma y la observó detenidamente por todos los flancos. Mientras, continuó hablando.

—Me gusta que seas valiente. Es una buena cosa. Lo que no es tan bueno es que seas imbécil. Mira, no busco juzgarte, lo que hagas con tu vida es problema tuyo. Pero si sé cuántas pastillas te tomaste podré saber qué nivel de pureza tiene esa partida, ¿me entiendes? He trincado a algunos jóvenes, pero ellos no hablan. Ni siquiera saben qué decir, pero tú sí: tú eres un abogado respetable, un hombre con ojos en la cara, un observador nato. Y puedes ayudarme. —Se detuvo unos instantes, tomó aire y añadió—: Te voy a decir lo que creo que ocurrió. Desconocías qué estabas tomando: creías que era algún tipo de estimulante que te ayudaría a cumplir con la chica, pero te ocurrió como a otros novatos: no sabías que esta droga tarda unas horas en hacer efecto, no tuviste paciencia y tomaste más pastillas. Y de ahí la sobredosis: quiero que me digas cuántas. Es solo un número, luego me llevaré a mi amiga Beretta y te dejaré dormir. Salvo que tú tengas alguna cosilla que contarme, algo importante. Porque hay algo que yo debiera saber, ¿verdad?

—¿Algo? —indagué extrañado.

—¿Seguro que no lo sabes? ¿Significa eso que, si me voy a ver al juez y le convengo de que me entregue una orden para registrar tu domicilio, solo encontraré aburridos libros de Derecho Laboral?

¡Laboral, había dicho Laboral! ¿Cómo sabía él que me dedicaba al Laboral? « Seguro que ha entrado en casa », me dije. Y pensando en la bolsa oculta debajo de la cómoda de mi dormitorio, empecé a sudar. Lo que fuera que me hubieran conectado al pecho, empezó a emitir un pitido estridente. La habitación se llenó inmediatamente de gente. Me entraron unas terribles ganas de vomitar.

—Pasaré por tu casa, tenemos mucho de que hablar tú y yo. Quizás en tu medio te sientas más propenso a colaborar. Rezumas culpabilidad, chico, pero yo estoy de tu parte. ¡Mejórate!

—¡No soy su chico! —fue lo último que me dejaron decir.

Primero me estimularon y luego me durmieron. Aun así, tuve tiempo de considerar que, hiciera lo que hiciera, la realidad se imponía. Igor era, a todas luces, un narcotraficante. Desconocía el valor que esa bolsa de pastillas azules adquiriría en el mercado, pero no debía de ser pequeño. Y sumado al millón de euros representaba una fortuna.

Una fortuna terriblemente peligrosa.

—Señor Porcina, ¿puede oírme?

Abrí los ojos haciendo un enorme esfuerzo. Los párpados me pesaban y el ánimo también; deseaba, a toda costa, permanecer en aquel dulce y vaporoso sueño. Pero la voz no me lo permitió.

—Señor Porcina, ¿podría dedicarme unos minutos? No le robaré mucho tiempo. Soy el doctor García, psicólogo. Dirijo el área de adicciones...

—Lo mío no es adicción, doctor, solo una equivocación. Pensé que tomaba viagra.

—Como prefiera, pero el hecho es que usted ha consumido una no pequeña cantidad de sustancias prohibidas. No las prohíben por capricho o por moralidad sino porque son extremadamente peligrosas. No niego que su viaje haya podido ser placentero. Es posible, incluso, que lo ingerido le haya permitido mantener relaciones sexuales sin disfunciones, pero está ingresado en urgencias, atado a un montón de tubos, y generando un gasto a la Seguridad Social que podríamos habernos evitado, ahora que estamos en crisis... En cualquier caso, ha tenido suerte. El trastorno cardiaco o el respiratorio le hubieran podido llevar a la tumba, por no hablar de sus neuronas: la mitad deben de estar fritas... —Suspiró—. No sé si se ha dado cuenta de que lo que ha consumido brillaba: es por la mescalina...

—¿Mescalina? ¿Se refiere a lo que se metían las tribus mexicanas? ¡Anda ya!

—No se lo tome a broma: es tal y como se lo cuento.

Levanté la mano y le detuve.

—Le repito que se ha tratado de una equivocación, doctor. ¿Cree que si hubiera sabido que era mescalina lo hubiera probado? ¡Por favor! Pensaba que era viagra, eso es lo que puedo decirle. Me siento avergonzado, mareado, cabreado, pero no ha sido más que un error.

Movió repetidamente la cabeza.

—Señor Porcina, lo principal para abandonar una adicción es reconocer que se tiene un problema...

Enfadado, arremetí contra él.

—¡Pero es que no soy adicto a nada!

—Perdóneme si no le creo. Tomó usted una dosis de caballo.

—Pues si no me cree, es su problema. Ha sido una equivocación: tema zanjado. Le agradezco mucho la visita, ya ha hecho su trabajo y la buena obra del día; ahora quiero estar solo.

Abandonó la habitación sin inmutarse. Aquel tipo no parecía tener sangre en las venas. Cerré los ojos de nuevo y me sumí en un agitado estado de sopor. Pero ni morirte de asco te dejan.

—¡Tío, despierta de una vez, es casi la hora de comer! Tengo que hablar contigo, es importante.

Suspiré y obedecí sin rechistar. Había identificado la voz de Paco, que había regresado. Parecía verdaderamente alarmado.

—¿Estás despejado? Porque para lo que voy a decirte es importante estarlo. Debes saber que estás en la cuerda floja y que no te juegas los cuartos con cualquiera.

—No te sigo —balbucí.

La voz me salió pastosa. Tenía la boca seca, casi acartonada. Paco dejó escapar un suspiro y resignado me acercó un vaso de agua. Lo vacié con fruición: estaba muerto de sed. Tras ello, me sentí un poco mejor y logré concentrarme y escucharle.

—He vuelto para hablarte de ese policía que ha venido antes, me refiero al inspector Torino. En mi mundo, se le conoce como Lupo.

Escuchar el apodo me heló la sangre. Sonaba peligroso. Olía a depredador, a superioridad con gatillo flojo.

—¿Por qué lo llaman así?

—Fíjate en él la próxima vez que lo veas y no te harán falta más explicaciones. Pero dejando el físico aparte, debes saber que todas sus entretelas son de lobo. Y por lo que veo a ti te ha tomado por caperucita. ¿Eres cazador?

—¿Cazador? ¡Por supuesto que no! Nunca pegaría un tiro a un animal, me parece una salvajada.

Se miró las uñas con desdén.

—Ya, como todos: no matarías al cordero pero te lo comes asado a la mar de a gusto, como los demás. En fin, dejemos eso ahora. Yo sí que soy cazador. Cazo desde crío. Y sé lo que es un lobo. Es un animal muy especial. Vive en manada, es organizado y tozudo: si huele la sangre de una víctima es capaz de seguir su rastro durante horas, días incluso, hasta atraparla. Pero lo más importante es que es un animal sádico. No solo mata por hambre, también lo hace por diversión. Y le gustan los débiles.

—Me estás acojonando, tío.

—Me alegro, para eso he venido. No te fies de que tenga una placa, ¿vale?

—¿Cómo sabes todo eso, trabajaste con él?

—No. Es más joven que yo: calculo que rondará los treinta y cinco, treinta y ocho a lo sumo. Además, abandoné el cuerpo hace mucho, y nunca estuve en el grupo de antidrogas. Lo sé porque estas cosas se comentan en las calles. Conozco a algunos de sus confidentes y colaboradores, y la imagen que tienen de él es unánime...

Mi cara debía de ser un poema, porque se sentó en el lateral de la cama y me palmeó la pierna con cierto cariño. Bajó la cabeza hasta casi meterme su nariz aguilera en el ojo y añadió:

—Antes de que siga, prométeme que no te va a dar otro *yuyu*. Si te falla el corazón, me hacen un hueco en la cama y me muero contigo...

Sonreí, aunque mi aprensión crecía a marchas forzadas.

—Lo prometo, Paco, explícate.

—Vale. Hace unas semanas, en un puticlub que frecuento —por el trabajo, me aclaró—, coincidí con un tipo al que conocía de vista. Lo llaman el Niño, es un chaval simpático, con cara de pijo quinceañero. Lo invité a unas copas. El tercer chupito le soltó la lengua. Y allí, en la barra, junto a la Juli (por cierto, que la pobre está más vieja que los galeones para trabajar medio desnuda), estaba yo para escuchar sus penas y dolores. Me contó que procedía de una familia bien que le largó de casa cuando les limpió la caja fuerte por tercera vez. Vive en una pensión de mala muerte y, para sobrevivir, trabaja de camellito de poca monta. Suministra coca, pastillas o lo que se tercie a los ejecutivos amigos de sus hermanos, que lo llaman para animar las fiestas o para el pequeño consumo de fin de semana. Me explicó también que Rafael Torino, es decir, Lupo, le trincó con las manos en la masa cuando iba a llevar mercancía para una de esas fiestas: treinta gramos de coca. Le amenazó, le zurró y le asustó lo suficiente para que llegara con él a un acuerdo: Lupo hacía la vista gorda y el Niño le pasa información. Ya sabes: quién está con quién, por qué, cuánto, cuándo... Esas cosas, lo normal.

—Lo normal no, Paco, eso es prevaricación.

—¡No me seas tan canónico, Efrén! Se trata de emplear cebos creíbles: si los pones de plástico te quedas con las ganas. Soltar a una raposa para coger a un tigre, eso es lo que trata de hacer la poli. Bueno, sigamos: el caso es que la relación se ha extendido en el tiempo y Lupo cree que el Niño es un tío legal, un incondicional, de los suyos; vamos, que le será fiel en toda circunstancia, pero eso es falso. Porque hasta las mierdas tienen dignidad, y el muy cabrón del policía lo denigra en público siempre que puede. Un día lo detuvo en un bar a la vista de todo el mundo, y lo mantuvo en la trena la noche completa porque llevaba dos semanas sin contarle «nada interesante». El Niño estaba que fumaba en pipa: si sus clientes se enteran de esas cosas, se irán a otro más discreto, y él se morirá de hambre y de asco.

—¡Por amor de Dios, Paco, no es más que un soplón colocado que está cabreado con el inspector al que sirve! Eso no significa nada, ¡es un delincuente!

Movió las manos como si fuera a chillar, pero se contuvo y bajó la voz.

—De acuerdo, vale, tienes razón. El Niño es un delincuente, pero también es una persona, y sabe distinguir la gente legal de la que no lo es. Y dice que este no lo es. Ha visto con sus propios ojos cómo extorsiona a las prostitutas para obtener de ellas servicios gratis y hasta una parte de la recaudación; me contó que despista parte de la droga que decomisa, e incluso que roba a los camellos... Dice que tiene gustos caros (en especial las universitarias de clase alta) y que le gusta jugar, que por eso han venido aquí los del maletín...

—¿Los del maletín? Y esos ¿quiénes son?

Volvió a agacharse y a susurrarme.

—Los de la Brigada de Régimen Interior. Los de Asuntos Internos de las películas, para que me entiendas. Actúan de incógnito y vienen desde Madrid. Se instalan en el lugar de los hechos y se ponen a investigar.

—¿Quieres decir que el inspector Torino es un corrupto?

—El Niño lo dice, sí. Y si los del maletín andan por aquí, por algo será. De modo que ve con cuidado. A mí, personalmente, no me gusta cómo mira, ni su prepotencia. Además, está soltero.

—¿Y eso qué tendrá que ver?

—Mucho, no tiene demasiado que perder.

Dejamos la conversación cuando entró Salomé. Llevaba una pinta infernal.

—¡Me alegro de verte despierto, jefe! ¡Estaba preocupadísima! Hola, Paco. ¿Cómo estás? —Ni siquiera me dejó responder—. Mierda, Efrén, ¿qué haces tomando viagra? ¡Eres de los que llevan camiseta interior!

Sus palabras me descolocaron. Nunca se me había ocurrido pensar que los de la camiseta interior formáramos un grupo aparte. Sin saber qué decir le pedí un poco de agua. Tenía, de nuevo, la boca seca. El vaso de plástico llevaba una pajita, pero estaba casi vacío. Sin embargo, cuando se acercó, aproveché para susurrarle al oído:

—No era viagra, sino las pastillas de Igor. Son drogas de síntesis. Tomé una para comprobar qué contenía. Definitivamente, tu antiguo novio era un narcotraficante.

Se irguió con tanta rapidez que derramó el agua sobre mi camión. Luego negó reiteradamente con la cabeza y se le saltaron las lágrimas.

—No deberías haberlo hecho. Casi las palmas —dijo, mientras me acariciaba la mejilla y, con sus largas uñas, me recolocaba el pelo—. Pero debes saber que nunca nadie ha hecho algo tan bonito por mí. ¿Nos vamos a casa? El doctor dijo que, en cuanto despertaras, podríamos volver.

—¿Y Osvaldo?

—No sé de quién me hablas.

Aquella mañana la lluvia estropeaba el paisaje amarillo claro, que, gracias a ella, poco a poco iría tornándose verdoso. Agradecí el agua, aunque seguía teniendo frío: parecía querer limpiarme. Sentía todavía cierta confusión y lo que me rodeaba mantenía un extraño regusto rosado, pero mi estado físico era más que aceptable, dadas las circunstancias. Salomé iba al volante, pero el temor que notaba en el estómago no era el habitual (no respeta ni una señal): lo que me preocupaba era que había asegurado a Black que ella no conducía y, si la veía guiando el coche, se daría cuenta de que le había mentado.

Metí la llave en la cerradura y sin anestesia solté lo que llevaba un rato meditando:

—Salomé, ¿qué te parece si entregamos el dinero a la policía y nos quitamos de en medio? En realidad, nosotros no hemos hecho nada.

Ni siquiera se lo pensó un par de segundos. Negó con un rotundo movimiento de la cabeza.

—No me parece buena idea. Me da el pálpito de que ese dinero es una especie de seguro para nosotros. Una mercancía con la que podríamos negociar si la cosa se pone fea. De momento, voto por que lo retengamos. Además...

Se detuvo de improviso.

—Además, ¿qué?

—Nada, es una tontería.

—No estoy para jueguecitos, guapa, suéltalo ya.

—Te vas a enfadar.

—¿Y acaso eso importa mucho?

—Vale, te lo contaré... Fui a uno de los bancos y cogí un poco de dinero de la caja de seguridad. Iba a por quinientos, pero...

—¿Cuánto?

—Diez mil.

—¿Y cuánto te has gastado?

Empezó a pasear por la habitación.

—Salomé...

—Sé lo que vas a decirme, y tenías razón, pero pensé que Osvaldo era...

—¡Pero mira que eres idiota! ¿Te lo robó?

—Todo. No me dejé ni para el taxi...

—¡Santo Dios! Y si tenemos que devolverlo, ¿cómo vamos a explicar que falta una parte? ¿Y si ese policía viene a vernos?

Llegó hasta mí, me sujetó por los hombros, se colocó las gafas en la cabeza y me miró fijamente.

—Mantendremos lo dicho, Efrén. Pase lo que pase mantendremos lo dicho: nosotros no sabemos nada de nada. Por eso debes deshacerte de las pastillas que te queden. O mejor: me las llevaré yo y las guardaré en una de las cajas del banco, con el dinero.

Iba a contarle mi convicción de que Torino había entrado en casa, pero no me pareció necesario alarmarla. En cambio, le dije dónde las guardaba y, temblando por dentro y por fuera, le pedí que las buscara. Se agachó ante mí. Llevaba un tanga minúsculo que rodeaba un culo lleno de cardenales. «Si cojo al tal Osvaldo, lo mato», pensé.

—Vale, aquí están. Me las quedo. Luego las llevaré al banco. Ahora, acuéstate y descansa.

No tenía ganas de acostarme, pero mucho menos de discutir. Por eso, me tumbé en el sofá e insistí en que prefería estar un rato a solas. Como no conseguí convencerla, le pedí que fuera a la tienda de ultramarinos en busca de provisiones.

—Tenemos el frigorífico vacío. ¿Por qué no te acercas a comprar un poco de fruta y unos yogures desnatados? Creo que no queda ninguno —recalqué.

Se resistió un poco pero, finalmente, accedió. En cuanto escuché el sonido de la puerta al cerrarse, abandoné la horizontal, abrí el frigorífico, cogí una botella grande de agua helada y salí al patio. Necesitaba aire. Necesitaba pensar. Mucho y rápido. Por salvar el culo a mi socia me había metido en un callejón sin salida. La inmolación había sido, pura y simplemente, una estupidez.

A veces, hay estupideces enormes que provocan resultados nimios. Y, a veces, hay pequeñas meteduras de pata que acarrearán revoluciones. No sabía de qué calibre era la mía, pero tenía la certeza de que no sería fácil salir de ella. Cada hora que pasaba las cosas pintaban peor. En mi cóctel había mucho dinero, droga, chinos al acecho y la policía antidroga pisándome los talones. Como para apostar.

Con esto en la cabeza, llegué al patio.

Y el mismo diablo estaba allí esperándome.

Los operadores de turismo publicitan esta tierra alabando la amabilidad y cordialidad de su gente. Dicen —aun cuando saben de lo exagerado de sus palabras— que somos tan abiertos y estamos tan orgullosos de nuestras raíces y nuestra ancestral mezcla cultural que exhibimos nuestras casas y patios y mantenemos nuestros pestillos descorridos para regocijo del turista curioso, ávido

de autenticidades envasadas. Bueno, como argumento de venta está bien, pero cualquiera que viva aquí sabe que lo que dicen los folletos de las agencias de viajes no se atiende estrictamente a la verdad.

El patio de mi casa, sin ir más lejos, es particular. Solemos dejar el portal abierto, eso es cierto, pero nadie ajeno al vecindario osaría ocupar una de las sillas de fundas rayadas, y mucho menos el asiento de espadaña donde teje doña Emilia. Es posible que nos halague que algún foráneo entre y eche un vistazo, o incluso que tire un par de instantáneas con su cámara digital. Mis geranios no lo merecían, pero sí la buganvilla, y el limonero, y la silla del poeta y los azulejos del frontal, pero ninguno de los seres colorados de pantalón corto se arriesgaría a tocar nada: hasta los extranjeros saben que el derecho a la propiedad no debe tomarse a la ligera.

Por eso, cuando, con la botella en la mano, llegué al patio y me encontré con el policía Rafael Torino derrengado en la sagrada silla de mi vecina con los pies sobre un cántaro, una cerveza en una mano y lo que me pareció un porro en la otra, casi tienen que volver a ingresarme. El inspector sonrió al verme, pero no se movió. En su posición resultaba difícil saberlo, pero me pareció que llevara a mano su pistola negra.

—¡Abogado, te estaba esperando! Veo que te has recuperado pronto; eso me alegra. ¿Qué es eso, agua? ¡Ah, naturalmente, la mescalina provoca muchísima sed! Pero tú ya lo sabías, ¿no? —Como debía de tener cara de haber visto una aparición, añadió—: ¿Por qué me miras de ese modo? ¿Creeías que encontrar tu nido sería difícil? ¡Por todos los demonios, no solo soy policía y tengo acceso a todas las bases de datos, es que, además, soy un sabueso cojonudo!

Yo seguía mudo, anonadado. Cambió de tercio.

—¿Acaso no te acuerdas de mí? Sí, debe de ser eso; ayer, durante las presentaciones, andabas despistado, es normal con el chute que te metiste. Pero no te preocupes, lo repito encantado: soy Rafael Torino, inspector al frente del Grupo III de la policía nacional, sección drogas sintéticas. Llevo dieciséis años en el cuerpo, once en antidrogas, y debes saber que estoy considerado como uno de los mejores. Por eso te aseguro que estás de suerte: estoy aquí para ayudarte. ¿Por qué no te sientas y charlamos?

Permanecí de pie, quieto, observándole con ojos duros. Torino vestía ropa corriente: vaqueros desgastados y camisa blanca, sin marca, con la botonadura cerrada a excepción del botón del cuello. Sin embargo, su gesto desplegaba la chulería de quien calza esmoquin e invita a las copas. Salvo en el tono autoritario de su voz, en el hospital no me había fijado en él como persona. Esta vez, lo hice sin ningún pudor. Noté que un vello negro y abundante se le escapaba por la apertura del cuello y por los puños, confiriéndole un aspecto siniestro, como de bestia oscura, y comprendí lo bien que le iba el apodo con que Paco le había citado: «Lupo».

Como no me moví, lo hizo él. Dio un largo trago a la cerveza y luego se enjugó los labios con el dorso de la mano. Bajó los pies de la tinaja y clavó en mí los ojos.

—Veo que eres duro de oído. Te estoy hablando de confianza mutua. Tú confías en mí y me cuentas tus cuitas, y yo te protejo. Así funciona este negocio. ¿Lo comprendes?

Mudo, continué con mi descarado examen. Quizás para disimular la alopecia androgénica, llevaba la cabeza rapada. En la oreja izquierda destacaba un pendiente. Por la luz que emitía, era un brillante auténtico. Su rostro delgado, moreno, cínico, con barba de un par de días, me recordó a un hurón.

—Me cuesta decirte esto, Efrén Porcina, porque parece buena persona, alguien inofensivo, capaz de cumplir hasta con Hacienda. Pero debes saber que, cuando la cosa se ponga seria, y ten por seguro que se pondrá, será demasiado tarde. Esta es tu última oportunidad. Si no cooperas, tú y tu chica lo pasaréis fatal.

—No —dije. Pronuncié solo esa palabra, no hacía falta más.

Con sus playeras azules, batió el parterre. Con tanto árbol, el patio está bastante resguardado. Por eso, al mover Torino las piedras, levantó un poco de polvo, que quedó suspendido en el aire.

—Te aconsejo que no tomes esa senda. Eres muy joven para saberlo, pero lleva al abismo. Un oscuro y profundo abismo. Allí, con los únicos que puedes encontrarte es con el diablo o conmigo. Rezarás para toparte con el diablo...

¿Quién no habría sentido un poco de miedo ante aquella situación? ¿Quién no se hubiera dejado llevar? Yo no soy valiente. De ser algo, soy mucho más cobarde que bizarro, pero, por encima de mis miedos, soy orgulloso. Y me fastidian esos matones que creen que siguen en el patio del colegio. Por eso, calmado y muy despacio, le respondí:

—Esto es propiedad privada, agente. Sea del grupo que sea, pertenezca o no a la policía nacional, necesita una orden para estar aquí.

Es sorprendente el poder con que, en ocasiones, se rodea la ley. En cuanto mencioné la palabra «orden judicial», Torino cambió de tono.

—¿Una orden? ¿Acaso nos hemos vuelto tan inhumanos que necesito la firma de un juez para visitar a un amigo que acaba de salir del hospital?

—Yo no soy su amigo, y aquí está reservado el derecho de admisión. Le ruego que se vaya.

Se puso en pie. No me superaba en altura. Aunque su chulería, su mejor activo, le hacía elevarse continuamente sobre las punteras a fin de sobrepasarme.

—No sabes con quién te la estás jugando, chaval.

—No, es cierto. Lo que sé es que su actuación es manifiestamente ilegal. Está usted violando mis derechos y extralimitándose. Si de verdad es un buen agente, conocerá la ley, y sabrá que debe salir por piernas cuanto antes.

—¡Vaya, ha salido listillo el abogado! Un intachable leguleyo ciego de

mescalina y presunto narcotraficante dando lecciones a un policía condecorado.
¡Para nota!

—Aquí no hay nada presunto, agente. A decir verdad, yo no he cometido delito alguno (sabe mejor que nadie que del consumo al tráfico hay distancia penal suficiente); sin embargo, usted lo está cometiendo al presionarme. De modo que olvídense de ese tonto día en que me conoció y abandone mi propiedad de inmediato.

—No hay días tontos, Efrén, hay individuos tontos. Y tú eres tonto de remate. Verás, antes de sentarme aquí, me di una vueltecita por tu casa; supongo que te habrás dado cuenta. Es pequeña pero coqueta, bonita. La recorrí en un santiamén. Esta cerveza la cogí allí. Y puedo coger cualquier cosa cuando me plazca: no necesito llave.

Tenia la cabeza como una pajarera, pero me puse a pensar a toda velocidad. Salomé había dicho que llevaría la bolsa con las pastillas de Igor al banco, pero no recordaba haberla visto hacerlo. Además, aquel cabrón había llegado antes. Intenté concentrarme y, tras un esfuerzo, que me pareció improbable, lo logré: milagrosamente, me vino a la cabeza el trasero puntiagudo de Salomé, agachado ante la cómoda de mi cuarto. Luego, que yo ya no bebo cerveza. Sonreí satisfecho.

—No es buen jugador de mus, inspector. Los faroles no le van. Lárguese, abandone de inmediato mi propiedad. En otro caso, me cabrearé y me iré derecho a interponer una denuncia por acoso.

Dejé de hablar cuando vi entrar a Salomé. Había escuchado mi voz y se había dirigido directamente al patio. Llevaba dos bolsas de plástico en cada mano. De una de ellas sobresalían las hojas de una piña. Son caras, pero me encantan, y ella lo sabe.

Salomé tarareaba una canción de moda en su inglés particular, medio inventado. Al ver al policía, soltó las bolsas. Las gruesas naranjas de zumo rodaron por el patio, como dibujando la escena.

Al verla acercarse y percatarse de mi azoramiento, en un movimiento rápido Lupo saltó hasta mi posición. Me enganchó por el cuello, como si fuera un pavo, y me aplastó contra la pared. En fuerza me sobrepasa con creces. En realidad, me sobrepasa en casi todo. De haber sido un poco más ágil, le hubiera lanzado un puntapié directamente a los huevos, pero para eso aún debo perder unos kilos más. Sin capacidad de contraatacar, me limité a sujetar su brazo con ambas manos para intentar que no me asfixiara.

—Ven, guapa. Me alegro de que te sumes a nuestra pequeña charla. Aquí tu novio pretendía echarme. Pero tú quieres que me quede, ¿no es así?

Mi socia, atenzada por el miedo, abrió mucho los ojos, pero se quedó quieta y en silencio, mirando las naranjas rodar para terminar deteniéndose. Como no reaccionaba, el policía me soltó. Pero en cuanto empecé a recuperar el resuello, me volvió a arrinconar. Esta vez había una pistola en su mano izquierda, la misma que me había mostrado en el hospital. No sé dónde la llevaría escondida. No tuve tiempo de pensarlo porque los hechos se precipitaron.

—¡Suéltalo, déjalo en paz! Él no ha hecho nada —chilló Salomé.

—No me estás convenciendo, guapa. Por eso voy a quitar el seguro. Esta arma es una preciosidad, una pieza de colección, pero tiene el gatillo muy suelto y se dispara con facilidad. ¡Y qué pena tener los sesos de tu novio pegados en estos azulejos tan bonitos! ¿No crees?

Salomé levantó los brazos, como si fuera a ella a quien apuntara. Con el movimiento, dejó caer el bolso que impactó contra el suelo, produciendo un golpe seco que me asustó. Con voz convincente, añadió:

—¡De acuerdo, tú ganas! Te daré el dinero, todo el dinero, el medio millón completo. Pero suéltalo, no dispaes. Deja que se vaya.

A Lupo se le iluminó la cara. Creo que no sabía nada de ese dinero y que el ofrecimiento de Salomé le pilló completamente desprevenido. Se detuvo unos instantes a madurar la historia. Con fruto, y a que añadió:

—Vale, me llevaré el dinero. Ahora que, si tienes medio millón, es porque también tienes material. También lo quiero: me llevaré todas esas pastillas nuevas.

—Las pastillas... Vale, también las pastillas. Nosotros no queremos nada.

No me soltó. Siguió apuntándome con la pistola pequeña y negra (no sé cómo se llama ni de qué calibre es, pero sí que, al tacto, era fría como el hielo), aunque su actitud cambió.

—Eso está bien: cooperación. La cooperación lo arregla todo. Ven, rubita, acércate y toma asiento. ¿Te ha dicho alguien que te pareces a Marilyn? Seguro que todos te miran el culo al pasar. Pero yo hoy no puedo: estoy de servicio, otro día será. —Como no se movió, le gritó—: ¡Siéntate, coño!

Lo hizo en la silla más cercana a la entrada.

—Así me gusta. Ahora explícame lo del dinero. ¿De dónde lo has sacado?

Me hincó de nuevo el arma en la sien. Salomé, que se mordía compulsivamente la uña del dedo índice, se dio por vencida.

—¡Vale, vale, te lo explicaré! El dinero no es mío, era de mi novio. Murió en un accidente de coche y yo me lo quedé. No sabía que se dedicaba a esas cosas ni que era tan rico. Me dijo que trabajaba como representante en una empresa de productos aeronáuticos. Tengo el dinero en el banco, en una caja de seguridad.

Lupo amartilló el arma, la guardó y prorrumpió en risas.

—¡Ahora lo entiendo! ¡Tú eres una de las chicas de Spiderman! ¿Cómo se hacía llamar tu novio?

—Igor. Se llamaba Igor.

—¡Naturalmente, el capullo que la palmó haciendo el Fittipaldi! Ahora todo cuadra. Muy bien, escúchame: tú y yo nos vamos a ir a dar un paseo hasta tu banco. Si la mercancía, toda la mercancía, no está donde dices, regresaré aquí y te quedarás sin novio. En mi profesión resulta muy sencillo. Lo cierto es que sería una pena ver una noticia tan fea en el periódico: «Abogado muerto por sobredosis».

—¡No te saldrás con la tuya! —le aseguré.

Como respuesta, recibí un puñetazo en la tripa de tal calibre que me dejó doblado en el suelo y viendo estrellas junto a los geranios.

—¿Ah, no? ¿Y quién me lo va a impedir: tú, marsopa?

—¡No te saldrás con la tuya! —repetí con el hilillo de voz que el dolor me permitía, mientras veía cómo sujetaba del brazo a Salomé y la arrastraba hacia la calle. Sin poder hacer nada, me quedé observando cómo se alejaban.

Tardé diez largos minutos en lograr incorporarme y otros tantos en arrastrarme hasta mi casa. Y eso que conté con la inestimable ayuda de doña Emilia, que llegaba en ese momento, para ocupar su silla y continuar con sus labores.

—Es el estómago, vecina. Algo que me ha sentado mal.

—Pues ándate con cuidado. Algunos alimentos pueden resultar indigestos. Es mejor separarse de ellos, lo más lejos posible. ¿Me permites que te dé un consejo?

En aquel momento, me daba lo mismo lo que dijera. Solo deseaba llegar a casa. De modo que asentí.

—Llevo muchos años bordando, Efrén: manteles, servilletas, faldones, mantones, casullas incluso. Mi trabajo es muy vistoso, pero, si la tela en la que bordo es de mala calidad, a la primera de cambio arrastra al bordado y lo inutiliza, y, ¡puf!, todo el trabajo perdido.

—Seguro que es una buena lección, doña Emilia. En este momento no soy capaz de apreciarla, pero le prometo pensarlo.

Me cogió las llaves del bolsillo y abrió la puerta. Me condujo hasta el salón, me ayudó a tumbarme en el sofá y me arropó con una colcha. Me sugirió que estaría mejor en la cama, pero las sábanas y los muebles de mi habitación me traían malos recuerdos. Ya no estaban teñidos de rosa. No se movían ni las paredes parecían pantallas de cine psicodélico, pero no quería entrar.

—He oído la conversación desde la ventana de la cocina, Efrén. Y tengo que decirte que ese inspector que tú llamas dolor de estómago no es buena tela: bordes lo que bordes, quedará mal. Tendrás que acabar con esa historia de una vez para siempre. Voy a recoger la fruta del patio o los pájaros se darán un festín.

Un paracetamol; media hora después, un ibuprofeno. Finalmente, logré incorporarme. Aquel bestia me había hecho un daño terrible. Las píldoras calmaron un poco el dolor, pero no la angustia.

Tardaban.

Volví a comprobar el reloj. En realidad, no habían transcurrido más de cinco minutos desde que lo consultara por última vez, pero el tiempo pasaba tan despacio que los segundos nacían viejos. Estaba tumbado en el sofá, con los ojos abiertos. Inmóvil, atento a cualquier sonido. Aproveché el momento para repasar mentalmente los últimos acontecimientos. Desde la visita de Black y mis escauceos con el «viagra», los hechos se habían precipitado con tal velocidad que no había tenido tiempo de pensar en ellos.

—Todo irá bien —pronuncié en voz alta.

Lo hice sin ninguna convicción porque mintiendo no tengo precio. Soy tan torpe que ni siquiera consigo engañarme a mí mismo. La pregunta que martilleaba mi cabeza era si esa cantidad de dinero y esa gran bolsa con droga resultarían suficientes para que aquel inspector corrupto se olvidara de nosotros. Si cumplíamos con nuestra parte y manteníamos la boca cerrada, ¿nos dejaría en paz? En vano trataba de convencerme de que la respuesta era afirmativa, que habíamos visto por última vez al inspector Torino. No obstante, cada hora, cada minuto que pasaba, más consciente era de que lo que estaba teniendo lugar no era más que un capítulo de una larga serie. Aquel corrupto malnacido nos tenía agarrados por las pelotas, esa era la verdad. En el mejor de los casos, nos exprimiría hasta que solo quedara la cáscara. En el peor, querría borrar sus huellas y acabar con nosotros.

Por definición, no desconfío de la policía. Sin embargo, hay que saber (todo el que trate con ellos lo sabe) que en ese cuerpo no se da el término medio. Los hay buenos y los hay malos. Los buenos son fieles y cumplidores servidores públicos que darían su vida por sus conciudadanos; los malos... Esos son brutales, crueles y terribles, delincuentes con placa y pistola. Y sin escrúpulos. Lupo pertenecía al segundo sector. Además, era listo, escurridizo y conocía bien la plaza. Sin duda, podía ponernos en graves aprietos.

Abatido porque Salomé no regresaba y aquel mal policía podía haberle hecho cualquier cosa, acabé atracando el frigorífico que doña Emilia acababa de llenar con lo que había rescatado del patio. Menos mal que los yogures eran desnatados y, en vez de chorizo cular, Salomé había comprado pavo en lonchas finas, porque no dejé restos ni de lo uno ni de lo otro. Curiosamente, el día antes del accidente (llamemos así a mis escarceos con el viagra-no-viagra) había abandonado oficialmente el sector de los obesos para adentrarme en el de los gordos. Un matiz importantísimo, al menos para mí.

Un obeso es un despreciable ser cuyo número maldito supera los 45 puntos, mientras que un tipo con sobrepeso es solo un hombre que se ha pasado un poco con la comida, llegando a los 30. Ese número se obtiene dividiendo el peso por la talla al cuadrado, en metros. Ahora peso ciento diez kilos y sigo midiendo lo que media antes, es decir, metro ochenta y dos, de modo que mi número se va acercando al 30. No mucho, la verdad, pero sí algo. Como los precios, que 12,95 no es 13: es mucho menos.

Estaba con la boca llena y a punto de caer en una profunda depresión cuando algo en mí se despertó. Y me dije que, después de todo, tal vez tuviéramos suerte. No es que se me apareciera un ser celestial ni nada por el estilo, es que, de pronto, el miedo dio paso a la lógica y caí en la cuenta de mi profesión.

Soy abogado. Lupo sabe que soy abogado. Y también que no hay abogado pequeño. Podemos ser más peligrosos que una avispa puñetera. Si deseaba seguir siendo policía, se vería obligado a mantener las formas. Además, a menos que se enterara de lo que guardábamos en la segunda caja de seguridad, para él no representábamos más que una pareja de pringados sin nada interesante que ofrecer.

Empezaba a animarme cuando escuché el sonido de los tacones y el ruido de las llaves en la entrada. Me incorporé. El malestar se transformó en un mareo incómodo, giratorio. Aun así, recibí a Salomé en pie, tratando de aparentar serenidad. Venía sola, mucho más pobre y mucho más asustada.

Me abrazó nada más verme, con fuerza, casi con ansia. Olfía como siempre, a ese perfume dulzón que tan poco me gusta y que, en esa ocasión, me pareció embriagador.

—¿Cómo estás? ¿Ha ido bien? ¿Te ha hecho daño ese malnacido?

—Si te refieres a eso, Lupo se ha quedado con todo y no me ha puesto la mano encima. ¡El muy cabrón! ¿Y tú? ¿Cómo vas, te duele mucho?

Negué con un gesto de la cabeza. Es propio de los hombres el hacerse los valientes.

—¡No es nada, pasará pronto! Pero tú debes de estar agotada, y con estos calores. ¿Quieres que te prepare algo fresco...?

No me dejó terminar.

—Es cierto, se han ido las nubes y vuelve a apretar el calor. Treinta grados a

la sombra, pero aquí con el ventilador se está bien. Además, en este momento tú eres el que necesita atención. Tumbate y descansa. Prepararé algo de comer, una tortilla francesa, algo suave... —Se detuvo—. Efrén, ¿te das cuenta de que no es un simple chorizo muerto de hambre sino la policía la que nos está extorsionando?

—La policía no, Salomé: un policía malnacido. Quiero decir que, pese a que el mundo cimbree, no se desmorona. Creo que voy a hacerte caso y me acostaré un ratito, pero olvida la tortilla. Supongo que tendrás a algún hombre esperándote en algún sitio.

—No digas tonterías, no cambiaría esa tortilla ni por un ciudadano francés.

Era la hora del almuerzo.

Dábamos cuenta de unos huevos revueltos. Comíamos en la cocina, como siempre.

Normalmente, Salomé, que es más menuda que yo, se sienta en el taburete alto y deja para mí la silla con respaldo. La imagen resulta curiosa. Pese a la estrechez del asiento, la forma circular rodea su trasero como si fuera una tela, sin dejar nada fuera (a diferencia del mío, que se desborda por los cuatro costados). Cuando cruza la pierna y coloca los tacones en la barra metálica del taburete, la estampa resulta magnífica. Me gustaría sacarle una fotografía, ampliarla y colocarla enmarcada en mi dormitorio. Es lo más próximo a mi idea de perfección, más que un Picasso. Claro que nunca me he atrevido a hacerlo, y menos en aquella ocasión.

Eché un vistazo a mi derecha. Ensimismada, Salomé removía los huevos revueltos, que no había probado.

—Se van a quedar fríos —le advertí.

Me sonrió con resignación e hizo caso omiso.

Yo terminé los míos y me bebí dos vasos de agua. Ambos sabíamos que postergar la inevitable conversación era una estupidez.

—Cuando montamos Romaní y asociados acordamos que nos diríamos siempre la verdad. Creo que ha llegado el momento de hablar —me exigió—. Quiero que me digas todo lo que piensas, y yo intentaré...

No pasamos de ahí. En ese momento, sonó el timbre.

Ni Salomé ni yo nos movimos. Insistieron una y otra vez. A la tercera, el sonido de campanas vino acompañado por golpes secos y directos sobre la madera, demasiado insistentes para ignorarlos. Me levanté, medio encogido. El Nexus me mantenía más allá que acá; el puñetazo en el estómago, doblado. Ya en la entrada, miré hacia atrás. Salomé, con el delantal en la cintura, asomaba su nariz aguileña.

Una puerta cerrada es un peligro latente, una traición potencial. Puede esconder una deliciosa sorpresa, no voy a negarlo, pero las más de las veces oculta algo que, de haberlo sabido, no hubieras aceptado. Aquella vez no solo me

sorprendió: me dejó perplejo. Porque a él no lo esperaba. Al menos, tan pronto. Si me hubieran pedido la lista de las posibles visitas, el señor Black, el chino Black, no hubiera estado en la terna.

Intenté no obsesionarme. Hice como si no pasara nada, como si tenerle allí fuera de lo más normal. Lo que quiero decir es que le sonreí con la mejor de las sonrisas y con suma amabilidad me interesé por su coche extraviado. Me contestó que lo había localizado y que por eso venía. Traía una bonita fotografía del mismo que quería mostrarnos y un pequeño vídeo casero que también deseaba compartir con nosotros. Le aseguré que no era buen momento, que teníamos una demanda entre manos y que los plazos se nos echaban encima, de modo que no le podríamos dar cita hasta pasados unos días. Pero él insistió. Dijo que su visita no se alargaría más allá de cinco minutos y decidido, casi autoritario, dio un paso al frente.

Su actitud era inadecuada incluso para un nacional, mucho más para un oriental como él, acostumbrado a guardar formas y tradiciones y poco amigo de las prisas y de las improvisaciones. Pero su educación no era lo que más me preocupaba en aquel momento. Ni a Salomé tampoco, ya que se escabulló en el interior de la pequeña cocina en cuanto vio sus ojos rasgados. A regañadientes, me retiré hacia la izquierda para dejarle pasar.

Black vestía de manera idéntica al día anterior. Quizás por ello, mis ojos se dirigieron a los detalles que pudieran transparentar algo de su carácter oculto. Fue entonces cuando caí en su tatuaje. No era una de esas horteradas de colores que se desparraman por brazos y torso como las malas hierbas por los troncos de los árboles, o la baba por la comisura de los labios de mi muy querido padre (¡cuánto le echo de menos!). Era un pequeño triángulo equilátero, con unas letras chinas encerradas en su interior.

Que el chino Black no venía a tomar el té lo sabía desde que llamó al timbre, pero reconozco que al ver ese signo, el mismo que había encontrado la noche anterior en que investigué en Internet, y que representaba a alguna de las triadas chinas, me produjo un colapso total. La mala suerte no acechaba, y a estaba allí.

—¿Puede llamar a su secretaria, señor Porcina?

—¿Por qué? —respondí como si fuera un crío al que pidieran que abriera el puño tras el que se ocultaba una valiosa posesión.

—Lo que voy a decir le compete a ella también. Es justo que lo escuche de primera mano, ¿no cree? —conjeturé fría y lentamente.

No me hizo falta llamarla. Salió de la cocina y se colocó a mi vera. Ya no llevaba el delantal a la cintura.

Nos sentamos los tres en el sofá.

El Ferrari extraviado, naturalmente rojo, aparentaba lo que era: un vehículo excepcional. Pero el vídeo lo superaba con creces. Describía sin perder un detalle la paliza recibida por el gitano de dedos largos que se lo había llevado, un

idiota que, cuando se encontró un cochazo en un polígono, con las llaves puestas, creyó que se le había aparecido la Virgen. Los golpes no acabaron cuando le rompieron los brazos, las piernas y algunas costillas; tampoco cuando le machacaron a puñetazos los pómulos y la mandíbula. Terminó cuando un musculoso hombre, al que solo se le veía la espalda (esta vez decorada hasta no dejar un centímetro) y unos pantalones blancos piratas, cogía carrerilla y le soltaba una patada en la garganta que le cortaba la vida de raíz. Parecía una película de kung-fu, y lo era, salvo que los actores no eran actores y el protagonista necesitaba ataúd en vez de camerino.

—Cuando a alguien le da por meterse conmigo, señor Porcina, respondo. Debe saber que yo no disfruto con nada de esto, pero mis hombres sí. Para ellos, su trabajo es un arte. En fin, quiero informarles de que regresaré mañana a esta misma hora. En ese momento, tendrán preparados en un saco de plástico negro, de los de jardín, tanto mi dinero como mi mercancía. Yo lo recogeré y me lo llevaré. Es importante que sepan que mi tiempo es muy valioso: me disgusta mucho esperar. —Se detuvo al acabar la frase y tomó aire. Nosotros continuamos mudos. Ni siquiera nos atrevíamos a temblar. Reanudó la conversación casi de inmediato—. Además de devolverme lo que es mío, deberán compensarme por las molestias que me han causado. Si les dejo ir sin castigo todos dirán: «Mira, el pobre Black se está volviendo viejo, blando, occidental», y entonces me perderán el respeto y mi negocio se irá al garete. Por ello, me veo obligado a castigarles. Unas magulladuras, unos golpes o unas costillas fracturadas no lavan mi honor: ustedes me han robado y necesito que todo el mercado sepa que no hay atajos, como no hay sexo seguro con una puta vietnamita. Por eso les propongo un trato...

Un nuevo silencio, denso, oscuro, terrible. Esta vez, tardó más tiempo en reaccionar. Nosotros permanecemos callados.

—Sé que esto les ha pillado por sorpresa, que no están ustedes en el ajo voluntariamente; que todo deriva de que tú, rubia, te liaste con mi hombre. Sin embargo, este bufete que ustedes tienen puede resultarme de utilidad. Es un sitio céntrico, de pequeño tamaño, respetable: nadie se extrañará de que por aquí vengan hombres de corbata. Deseo que trabajen para mí. Harán exactamente lo que yo diga, como lo digo y cuando lo diga. Si este trato no les place, me verá obligado a tomar otras medidas. Y serán contundentes. Un día, no demasiado lejano, cuando menos se lo esperen, alguien localizará sus cuerpos sin vida. Y el forense asegurará que les hicieron cosas que no habían visto ni siquiera en los libros... Esto es todo. Buenos días. Tienen veinticuatro horas. Perdón: veintitrés horas y cincuenta minutos. Y, si se les pasa por la cabeza huir, sepan que no es buena idea. Les encontraría pronto y me enfadaría mucho.

Cuando se marchó, cerrando suavemente la puerta de la calle, me pareció que Salomé iba a decir algo, pero no fue así. Se sentó en el sofá, lo más alejada

posible de la posición que Black había ocupado, escondió la cara entre las manos y rompió a llorar. No se me ocurrió consolarla, mi mente funcionaba a toda prisa. Quizás Black no llevara la cuenta exacta de lo que producían sus negocios. Quizás se conformara con el medio millón que nos quedaba. Aun así, nos obligaría a trabajar para él, algo que no hacía sino retrasar nuestra sentencia condenatoria: pasaje de primera clase al infierno. Si tenía un buen contable, todo sería más rápido y mucho más doloroso.

—¡Lo siento, Efrén, todo es culpa mía! —sollozó Salomé.

—¡Ya puedes sentirlo, porque lo es! ¡Eres idiota, tonta del culo, y ni siquiera lo sabes!

—Lo siento. Pero ya me insultarás luego: ahora tenemos que hacer algo, ese tío va a matarnos.

—¿Y qué quieres que haga yo?

—No lo sé. Tú eres el abogado: puedes contactar con algún juez o llamar a la policía y que te crean...

—¿A la policía? Ya viste cómo...

Dejé escapar un suspiro. Pese al miedo, pese al estrés, pese al dolor de estómago, pese a todo, o por todo eso, empecé a tomar conciencia de que, en efecto, la policía era una buena opción, una magnífica opción. En realidad, la policía no: solo Lupo.

—¡Eres un genio, Salomé, aunque en cuestión de amores seas tonta! —chillé.

Me lancé a por el teléfono.

«Tienes razón: no hay sitio para los dos.»

Esa fue la expresión con la que Lupo se despidió de nosotros. Era noche cerrada, pero, por primera vez, vi que se abría una pequeña luz en el horizonte. Aunque bebía agua casi compulsivamente, el dolor sordo que seguía rondándome el estómago me había impedido retener alimento alguno. Vomité la tortilla, los yogures y el fiambre de pavo nada más marcharse Black. Supongo que, en parte, en una ínfima parte, habría que achacárselo al puñetazo.

En el silencio de la habitación, resonó la risa chillona de Salomé.

—¡Ha sido una jugada perfecta, Efrén! No sabía que fueras tan listo.

Lo cierto es que, con un pase impecable, propio de Curro Romero en sus mejores tiempos, había conducido al toro directamente a la vara del picador, recogido el capote y salido dándoles la espalda.

Perdón. De nuevo, mis problemas con la pluma. He querido correr tanto que me he perdido por el camino. Vuelvo a la disciplina y al orden del relato.

Esto fue lo que ocurrió:

Tras la visita de Black, llamé por teléfono a la comisaría y pregunté por el inspector Torino. Dijeron que ni estaba ni se le esperaba aquel día. La negativa desairada no me detuvo. El reloj avanzaba y tenía prisa, por eso pedí (rogué más bien) que le dieran un recado. Me aseguré de que apuntara bien mi nombre y de transmitir la urgencia, la extrema gravedad de la situación. Como vi que no iban a hacerme caso, les dije que era abogado. Eso terminó de convencerlos.

Dos horas después, mucho antes de lo que pensábamos, Lupo estaba en la puerta del número cuatro duplicado. Venía con cara de pocos amigos y los puños preparados para continuar con la paliza. Pero Salomé y yo habíamos hecho los deberes y escrito el guion. Y, como sabíamos que no habría más que una función, estábamos dispuestos a representarla con mérito.

—Salomé, tienes que parecer completamente cagada de miedo —exigí antes de abrir la puerta.

—Lo estoy, no necesito fingir.

Negué con vehemencia.

—¡No! Quiero que llores, que gimas, que sientas la frialdad del metal de su

pistola en tu sien. Necesito que me crea y, para eso, necesito que te crea a ti.
¿Serás capaz?

Asintió mientras aseguraba:

—¡Déjalo de mi parte!

Abrí. El inspector entró en la sede de Romani y asociados con la altanería que le caracteriza. Acomodó su cuerpo musculoso en la esquina del sofá, posó sus desgastadas zapatillas deportivas blancas sobre la mesita, colocó ambas manos sobre la nuca y, ya completamente estirado, se decidió a escucharme.

—A ver, Porcina, ¿qué puñetas te pasa? ¡Ni que te hubieras enamorado de mí, cerdo mariquita! Pero, vamos a ver, ¿es que pretendes joderme? ¿Qué es eso de dejarme recaditos en la comisaría, diciendo además que eres abogado? No nos conocemos, ¿entiendes? No nos conocemos de nada, de modo que no se te ocurra volver a preguntar por mí. Además, hoy no trabajo, capullo. ¡Es mi tarde libre y lo estaba pasando estupendamente!

No contesté de inmediato. Como estaba previsto, tras el intenso calor la tarde, de pronto, se volvió oscura, casi negra. Me acerqué a la pared y encendí la luz.

—Lo siento mucho. No le hubiera molestado de no ser importante, inspector. Mister Black se presentó aquí poco después de que usted se fuera y...

Me interrumpió.

—¿Black? ¿Quién es Black?

—Un chino. Vino por aquí hace unos días, haciéndose pasar por un potencial cliente. Pero nos dimos cuenta enseguida de que no lo era. Solo venía a husmear. En fin, parece que no es usted el único que tiene espías en el hospital. Él también se había enterado de mi pequeño percance con su mercancía y había atado cabos: era el jefe de Igor, o, al menos, su socio. Esta segunda vez no ha fingido. Su mensaje ha sido muy claro: quiere que le devolvamos su dinero y sus drogas. Nos ha concedido veinticuatro horas de plazo, que vencen a las cinco de la tarde de mañana. No tengo que explicarle que nos es imposible hacer lo que nos pide porque ya no está en nuestras manos...

Torino miró alrededor como si buscara algo. Sin decir palabra, se levantó y revisó el piso, habitación por habitación. Supongo que pensó en una encerrona, en que había micros o cámaras filmándole. Cuando se quedó tranquilo, encendió la televisión de mi cuarto, subió el volumen y volvió a sentarse y a dejar caer los pies sobre la mesa.

La lluvia ya se había desatado y en ocasiones las ráfagas chocaban contra los cristales. En cada una de ellas, sentía el sobresalto. Salomé intervino de improviso. Su actuación fue, como decía, merecedora de un Oscar.

—¡Lo saben! —gimió—. Cuando nos ha amenazado, hemos pasado mucho miedo. Tenía un alma oscura, terrorífica, ese chino. Le hemos asegurado que nosotros no tenemos ya el dinero, pero ha dicho que le da lo mismo: que quiere lo suyo, y que lo busquemos allá donde esté. Que él volverá y, si no le damos lo que

pide, nos machacará sin piedad.

Como si quisiera leer mi mente, Lupo se volvió y me miró fijamente a los ojos. Después, encendió un cigarrillo y me habló lentamente, como si yo fuera un discípulo torpe y él un profesor benévolo.

—Porcina, no quiero que pienses que soy insensible, porque no es cierto. Comprendo el lío en que os habéis metido y siento compasión por vosotros. ¡Esa es la verdad! Los que trabajan con esas mafias chinas son mala gente... Lo que quiero decir es que es mejor no tenerlas como enemigas. Pero el caso es que ese no es mi problema. Es algo que tenéis que resolver por vosotros mismos.

No esperaba menos de él. Aun así, fingí indignación y sorpresa lo mejor que supe.

—¡Pero la mercancía que nos reclama la tiene usted: tiene que devolvérnosla o nos matará!

Bajó los pies de la mesa, se inclinó hacia delante e hizo un gesto que sonó vagamente a inocencia.

—No sé de qué mercancía me hablas, abogado. Yo no voy por ahí quitando a la gente lo que no me pertenece. Os habéis confundido de pringado. —Se puso en pie y sonrió—. De todos modos, debéis saber que, si ocurre algo, y como marcan los cánones, el bueno del inspector Torino está dispuesto a hacer lo que haga falta...

Salomé suspiró aliviada. No supe si aquel ostentoso suspiro formaba parte de su papel o verdaderamente creía que iba a ayudarnos. Yo no tenía dudas. Aquel tío estaba emparentado con las serpientes. Y no te puedes fiar de una serpiente. Saltas de la sartén para caer en las brasas.

—¿Y podría concretar, inspector, qué significa eso de «lo que haga falta»? —me apresuré a corroborar.

Se echó a reír.

—¿Tienes birra? Hace un calor de la leche. ¡Maldito clima!

—Lo siento, inspector, solo Coca-Cola light.

—¿No tienes cerveza? ¡Mira que eres un tío raro, abogado! Bueno, no perdamos el tiempo. Hoy es mi día libre, y quiero pillar una buena mamada. ¿Qué es lo que os preocupa?

—¡Joder, inspector, se lo acabamos de contar! ¡Ese tal Black ha dicho que regresará mañana a por su dinero o a por nuestras almas! ¿Qué puede preocuparnos?

—Tranquilos. Como digo, si se diera el caso, me refiero a si apareciera por aquí, vosotros llamáis a comisaría y preguntáis por mí. Y yo, encantado, vengo y hablo con él.

—¡Y una mierda, inspector! Antes de haber marcado su número estaríamos muertos —aseguró Salomé, mesándose el cabello en señal de desesperación.

—Es muy posible, sí. Pero ¿qué puedo hacer yo? Como servidor público, no

debo meterme en las relaciones entre particulares.

—¡Es usted despreciable! —le escupió Salomé.

—Míralo como quieras, guapa, pero ese es mi trabajo. Así me gano la vida.

—¿Trabajo? ¿Se refiere a robar a mujeres indefensas, pegar a abogados y apuntar con su arma a ciudadanos decentes? ¿Se refiere a negar protección a quienes ha puesto usted en peligro?

—No, ricura, no te confundas: yo confisco pastillas a narcos camuflados de leguleyos y meto en vereda a prostitutas baratas. No es lo mismo. A mi madre, que en paz descansa, la respetaba porque se lo merecía.

El inspector se acercó a mi dormitorio y apagó el televisor. Después, se dirigió a la puerta. Llovía sin piedad. Me alegró pensar que iba a mojarse. Y, al verle alejarse tan decidido, saboreé el palo que iba a propinarle como si fuera un jugoso chuletón de buey.

Aguardé a que pusiera la mano en el pomo de la puerta. Inspiré un par de veces y solté la bomba.

—Temo, inspector, que esto no es tan sencillo como usted cree. Me refiero a que no es un asunto que nos competa en exclusiva a Black, a mi secretaria y a mí. Usted también tiene un problema técnico y puede que sea aún mayor que el nuestro. Como bien dice, el señor Black no es de los que olvidan.

Regresó y se colocó a mi lado.

—Explícate.

—Black nos presionó. Le aseguramos que no teníamos lo que nos pedía. Incluso le ofrecimos registrar el piso, pero no se amilanó. Cuando nos mostró lo que estaba dispuesto a hacer con nosotros si no cooperábamos por completo, tuvimos que decirle la verdad. Ahora, también él está al tanto de nuestras transacciones comerciales.

Su cara se oscureció de repente. A primera vista no pude discernir lo que su rostro dejaba escapar. ¿Era rabia? De ser así, me molería a palos hasta convertir mi dolor de estómago en una secuela permanente. ¿O quizás era otra cosa? ¿Miedo, soberbia?

—¿Nuestras transacciones comerciales? ¿A qué te refieres?

Al ver que no me pegaba, decidí apostar fuerte. Todo al negro.

—Se lo acabo de explicar, inspector. Black sabe que tanto el dinero como esas pastillas azules tan brillantes están en su poder. Nos apuntó con un arma y nos enseñó un horrible video. No podíamos negarnos a hablar. Comprendió de inmediato la situación y nos dijo que le diéramos un recado de su parte...

Se enfureció. Justo lo que esperaba.

—¿Un recado? Pero de qué va ese tío? ¿Un recado de parte de un chino?

—Dijo que se preparara. Que nadie, y menos un policía, se ríe de Black.

Esta vez sí esperaba que montara en cólera. Sin embargo, volvió a sentarse, encendió otro cigarrillo y se quedó callado unos instantes; concentrado, cavilando.

—Te acepto la Coca.

Fue más bien una orden. Me fui a la cocina y le traje un vaso lleno. No me

molesté en añadir hielos.

Siguió en silencio hasta que se la terminó. De pronto, despertó.

—Quiero que repitáis con todo detalle lo que ha dicho y hecho. Desde que entró por la puerta hasta que se marchó. No omitáis nada, podría ser importante. Quiero saber quién le acompañó, cómo era su pistola, cuántos tatuajes llevaba y qué representaban, dónde se filmó ese vídeo y qué describía... En una palabra, todo.

Lo expusimos entre los dos, aunque Salomé llevó la voz cantante. No sé cómo alguien puede hacer manar lágrimas con tanta facilidad. Nos detuvo cuando llegamos a los detalles del vídeo.

—¿Y decís que os mostró la grabación del asesinato? ¡Qué cabrito! Necesito saber algunas cosas. Pensadlas bien antes de responder. Si no estáis seguros, decidlo también. ¿Cuántas personas visteis en ese vídeo, además de la víctima y de Black?

Miré a Salomé y ella me miró a mí. Respondí yo.

—Yo conté tres personas, tres hombres, además del pobre gitano. Pero Black no estaba entre ellos.

Se echó a reír.

—De modo que no estaba, ¿eh? Y cuando llegó aquí, ¿cuántas personas le acompañaron?

Volvimos a mirarnos. Su interrogatorio nos tenía despistados.

—Las dos veces que estuvo aquí vino solo.

Se puso en pie y paseó por la sala, mientras encendía otro cigarrillo. Se le veía mucho más relajado; satisfecho, casi jovial.

—Que quede claro que no soy vuestra madre, vuestro amigo, vuestro colega ni nada parecido. Si os ayudo es porque resulta evidente que en el mundo ya no hay sitio para los dos.

—¿Cómo negociará con él, inspector? —quiso saber Salomé.

Se echó a reír con grandes aspavientos. Hubo en su mirada algo que me alegró: era una mezcla de miedo y valentía; un punto de delirio... No sé.

—¡Yo no negocio, guapa, doy órdenes! —aseguró. Luego, volvió el silencio.

Mi socia y yo, ambos en pie, lo respetamos. Yo no tenía idea de por dónde saldríamos de aquella, y por lo que pude percibir Salomé tampoco.

—Me gusta la lluvia —dijo al fin. Una sonrisa maligna llenaba su cara—. ¿Tienes Internet en casa, Porcina? —Asentí—. Perfecto, porque vamos a conectarnos con los ficheros del departamento. Me darás un perfil, más o menos genérico, y la máquina buscará rostros con coincidencias. Quiero que identifiques a ese tal Black.

Le llevé al despacho. Encendí el ordenador, teclé las claves y me retiré para que Lupo ocupara mi lugar. Pasamos la siguiente media hora ante la pantalla viendo rostro tras rostro. Es curioso, a primera vista, todos los orientales parecen

iguales. Luego, no. Supongo que a ellos les ocurrirá otro tanto con nosotros.

Sentí ganas de vomitar cuando lo vi. Que yo sepa, no moví un músculo, pero Lupo captó de inmediato el cambio.

—¡De modo que es este! Bien, veamos sus antecedentes.

Mientras leía su ficha, en la cual figuraba hasta dirección y teléfono, una mueca burlona llenó su cara. Puedo dar fe de que Torino es propenso a excitarse; no obstante, en aquella ocasión se mostró especialmente calmado.

—Bueno, ya tengo lo que necesito. Tú, rubia, mete en la cama a tu novio y que duerma como un niño bueno. Tiene mal aspecto.

—Pero...

—No os preocupéis. Ahora es cosa mía.

Dijo adiós con un gesto y cerró la puerta con un golpe seco. Salomé corrió hasta mí.

—¿Crees que se lo ha tragado?

—Ya has visto que sí. Dice que ahora es cosa suya. Y parecía dispuesto a arreglarlo pronto.

—¿Y qué crees que hará, Efrén?

—Pues no tengo ni idea, Salomé, aunque intuyo que no será nada bueno. Supongo que lo mismo que hizo con nosotros: le intimidará, le extorsionará y le amenazará con meterle entre rejas. Después, le vaciará la cartera...

—Pero esta gente mata: ya has visto el vídeo...

—¿Te has fijado en su cara? No parecía sorprendido. Es más, aseguraría que había visto antes ese vídeo. ¡Hasta ha preguntado si el Ferrari era rojo! Y, en efecto, Black vino a vernos solo. Creo que es un pufo, que no pertenece a ninguna mafia. Nos ha tomado el pelo.

—Pero el dinero es de verdad; y las pastillas, también.

—¡Seguro! Pero será un negociete que se ha montado con Igor y algún chaval químico de su patria... Oye, Salomé, han sido demasiadas emociones en muy poco tiempo y estoy agotado. Necesito descansar, no me tengo en pie. Además, ya sabes que doña Emilia se acuesta temprano y que no le hace mucha gracia la despiertes.

Me cortó.

—¿Te importa si hoy me quedo aquí? No sé, por si hay novedades. El sofá es muy cómodo, y tengo las sábanas del otro día guardadas...

Naturalmente, accedí.

Salomé se durmió nada más posar la cabeza en el cojín beis del sofá. Es un cojín muy cómodo, de plumas. Había insistido en que se quedara con mi almohada, pero no aceptó mi oferta. Yo me senté en el butacón de enfrente y permanecí un rato sin hacer otra cosa más que mirarla. Era un completo desastre y me había metido en un lío mortal, pero no era capaz de echarle en cara ninguno de sus actos. Cada día que pasaba, cada nueva metedura de pata, cada

novio, me atraía más: o mi gen masoquista engordaba a marchas forzadas o estaba desesperado y necesitaba alguien a quien querer.

Me había tomado un par de pastillas para dormir (de farmacia esta vez, con todas las garantías). Cuando por fin empezaron a hacerme efecto, me fui a mi cuarto y con el pijama puesto me dispuse a desconectar hasta la siguiente vida. Quizás en el limbo pudiera dejar de pensar en la ocasión perdida.

Mi siguiente vida comenzó mucho antes de lo que pensaba.

Creo que ni siquiera había amanecido. De haberlo hecho, las luces del alba resultaban todavía embrionarias.

Unas manos fuertes y secas me sujetaron por la chaqueta del pijama y me sacaron a rastras de la cama. De un solo tirón, aterricé en el suelo. Mi mente estaba confusa y tardé unos segundos en saber qué ocurría y otros tantos (pocos, esta vez) en identificar al autor de aquel atropello.

Puedo asegurar que Lupo es un despertador de primera. Con una sola bofetada, me barrió la modorra como si fuera polvo. Con el primer puñetazo, me partió la nariz. En la batería posterior, cayeron dos costillas y un diente. Y me mordió la lengua. Tenía la boca llena de sangre y, por qué no decirlo, también de miedo. Sin embargo, lo que más me preocupaba era que los gritos despertaran a Salomé. Tiene un sueño muy profundo, pero el jaleo no era pequeño y ella no es sorda. Si aquel bestia bañado en adrenalina le echaba el guante, estaba perdida. ¡Y yo que me puse a adelgazar para defenderla de los chinos!

Los golpes continuaban, sin piedad y sin tregua, lo mismo que los insultos. En medio de ellos conseguí formular la pregunta del millón:

—¿Qué ocurre, por qué me pega?

Lupo se detuvo. Jadeaba. Iba a contestarme cuando Salomé apareció en el dormitorio. En una décima de segundo, ya la había agarrado de los pelos y empezado a abofetearla.

—¡Puta estúpida! ¿Te creías más lista que yo? ¿Pensabas que podrías engañarme, que no me enteraría? Pues ya ves que no: lo sé todo. Quiero el resto del dinero ahora mismo. ¡Ya! —chilló.

Pero Salomé es mucha Salomé.

—¡Le dimos todo lo que teníamos, inspector! Usted mismo me acompañó al banco. Vio con sus propios ojos cómo vaciaba la caja de seguridad: ¡no quedó ni un céntimo!

—¡Pero Black dijo que, al menos, había un millón!

Mi socia hizo un gesto burlón.

—¡Mintió! ¿Es que no se da cuenta, inspector? ¡No puede fiarse de alguien

así! Es un embustero. Trató de engañarnos a nosotros y luego a usted...

Salomé hablaba con tanta convicción que hasta yo mismo estuve tentado de creerla. Pero sabía la verdad y no lograba entender su reacción. No me había parecido que le importara tanto el dinero para jugarse la vida por él. No sé cómo ni por qué, pero el teatro funcionó.

—Es posible que tengas razón, rubia. Sí, es posible que mintiera. De hecho, ese malnacido aseguró que nunca había oído hablar de mí. Pero ya no podrá volver a hacerlo.

El inspector le soltó el cabello y la ayudó a levantarse del suelo. La luz se filtraba ya por las contraventanas. Mi socia llevaba una camisa larga sobre la ropa interior. Los botones superiores estaban desabrochados. Torino pasó su dedo índice por la enrojecida mejilla de Salomé y muy despacio lo bajó por la camisa hasta llegar a sus pechos.

—Llevo toda la noche en vela. No he podido echar ni siquiera una cabezada. Ahora tampoco podría: estoy muy excitado. Si no descargo tensiones, no podré descansar en todo el día. —Agarró la mano a Salomé y se la acercó a su entrepierna—. ¿Lo ves? Mi amigo necesita liberarse. No eres mi tipo, pero, no habiendo nada mejor, no me importa utilizar ganado local. Ponte de rodillas.

Salomé palideció tan intensamente que pensé que iba a desmayarse. El policía se echó a reír.

—¡No seas tímida, guapa! No tienes pinta de virgen. Date prisa, mi amigo ya está a punto. Y mi pistola, también.

—¡Átrévete a tocarle un pelo, poli de mierda, y te juro por mi padre muerto que acabaré contigo! —chillé. Se había soltado el botón del pantalón y bajado la cremallera.

Por un instante, dejé de mirar a Salomé y clavó sus ojos en mí, que seguía en el suelo.

—¿De veras, Porcina? ¿Me matarás? ¿Cómo, de un susto?

Su voz me retaba a levantarme y plantarle cara. De hecho, sentí un morbosos placer al hacerlo. Pero no hizo falta. Soy un hombre con suerte.

Al entrar, Lupo había dejado la puerta de mi domicilio abierta. Y cuando ya estaba con la rodilla doblada dispuesto a patearme la cabeza, las luces del salón se encendieron y escuchamos rumores de voces. Me recordó al Séptimo de Caballería, aunque no era más que una procesión de vecinos, encabezados por doña Emilia, que empuñaba una escoba.

La buena y dulce doña Emilia, con su camisón de puntillas y su rebeca rosa chicle, logró aplacar a la bestia, que se vio obligada a guardar el pájaro y el arma en sus respectivas guaridas.

—Chicos, ¿estáis bien? —chilló desde la entrada—. Dicen que han visto merodear por aquí a unos ladrones. Hemos llamado a la policía. Están al llegar.

Con la determinación de quien se sabe impune a casi todo, incluida la muerte,

doña Emilia accedió a mi dormitorio, miró a Lupo de frente y le dijo en tono calmado:

—Buenos días, caballero. Creo que es mejor que vuelva a su casa antes de que llegue la policía...

—Yo soy policía —replicó.

—Lo sé, por eso se lo digo.

Ni un púgil se hubiera atrevido a tanto. Atónito, el inspector no mentó palabra. Dio media vuelta y desapareció. Esta vez, ni se molestó en dar un portazo.

Todos mis vecinos se volvieron hacia Salomé y hacia mí. Yo debía de estar bastante peor, porque a ella no le prestaron demasiada atención.

Tuvieron la amabilidad de no interrogarnos. En vez de eso, me condujeron al hospital más cercano. En urgencias, me arrancaron el diente que había quedado colgando y me hicieron algunas radiografías. Después, me vendaron el pecho, me cebaron a antiinflamatorios y analgésicos y me dejaron descansar.

Una maravilla, eso de descansar.

A las nueve (lo sé porque cuando abrí los ojos me fijé en el reloj, redondo y blanco, que colgaba de la pared) estaba adormilado en la cama del hospital, atado a un suero lleno de calmantes, cuando una enfermera me zarandó para despertarme. Lo hizo con tal delicadeza que casi me da un infarto.

—Perdone, señor Porcina, aquí hay un hombre que asegura ser amigo suyo y quiere verle. Le he dicho que estaba usted descansando y que no era aconsejable molestarle, pero insiste e insiste. Afirma que tiene que contarle cuanto antes algo muy importante. Ya no sé qué excusa ponerle. Su vecina, esa anciana tan simpática, nos advirtió de que quizás viniera una persona que no le quiere bien, y me da miedo que sea él... ¡Ay, señor Porcina, su vecina me lo ha contado y no sabe cómo comprendo su situación! Yo también estoy separada. El juez dejó los niños a mi cargo y, desde entonces, mi exmarido no me deja en paz, de modo que conozco el daño que puede hacer una pareja despechada. Por eso he preferido preguntarle, ya que él insiste en que es un amigo —me explicó.

¿Exmaridos, jueces, niños al cargo? No entendía nada; no obstante, en cuanto escuché hablar de mi vecina, me tranquilicé. Con doña Emilia al frente, estaba a salvo. Aun así, preferí ser precavido.

—Yo no tengo amigos, señora. Será mejor que no le deje pasar.

—Ya se lo he dicho, pero insiste. Es como una mula tozuda. Dice llamarse Paco.

Respiré aliviado.

—¿Viste pantalón oscuro y camisa azul pálida?

—En efecto.

—Entonces es Paco. A él sí puede dejarle pasar. En su día fue policía, ¿sabe?, y me ayuda mucho.

—De acuerdo, le dejaré pasar si me promete que se tomará el consomé, que se le va a quedar frío.

Estaba en la mesilla. Yo no lo había visto. Me lo acercó y fui bebiéndolo poco a poco. Estaba soso y demasiado grasiento, pero me supo a gloria.

Paco se sentó a mi vera, en la cama. Y tras un compungido «No sabes cuánto lo siento», se quedó callado como un muerto. Luego, me abrazó. Lo hizo

con suavidad para no hacerme daño, pero de un modo conmovedor. Paco no es de los que abrazan y mucho menos emotivamente. Pero eso fue lo que hizo. Cuando me soltó, tenía los ojos vidriosos y todo mi cuerpo había quedado impregnado de su olor a cigarrillos negros.

—Siento lo ocurrido —repetió.

—Ese tío es un bestia, si te lo digo yo.

—No lo sabes tú bien, Efrén —me contradijo.

—¿Que no lo sé? ¡Me ha dado una paliza de muerte!

—Era una forma de hablar, pero cuando te cuente lo ocurrido...

Se le quebró la voz.

—Me estás asustando, Paco.

Dejé el tazón de consomé en la mesilla y me lo quedé mirando fijamente.

—Estamos muertos, ¿no es así? ¡Muertos! —exclamé sin poder acabar la frase.

Paco aún guardó sus palabras unos instantes más. Pero luego ya no fue capaz de sujetarse. Sacó su famosa libreta de notas y empezó a hojearla, como si yo fuera a creerme que necesitaba consultarla porque no se sabía de memoria lo que me iba a contar.

—Desconozco la fecha de vuestra muerte, Efrén, pero ese chino, Black, la ha palmado esta madrugada.

—¿Black, nuestro Black? ¿Y cómo ha podido ocurrir? Parecía rebosante de salud.

—Le pegaron dos tiros en el pecho y otro en medio de la frente. En esas circunstancias, la salud no tiene demasiada importancia.

Me narró con todo detalle lo que, a su vez, sus amigos policías le habían contado. Una llamada a horas intempestivas había alertado de una potente discusión en la trastienda de un local regentado por ciudadanos chinos, a la que habían seguido unos ruidos que sonaron como disparos. Al acudir, los agentes encontraron toda la casa patas arriba y al fiambre en la trastienda, que le servía de vivienda.

—¿Quién ha sido? —indagué.

—¿Hace falta que te lo explique? —recibí como respuesta.

Me pasé la mano por la mejilla. Necesitaba un afeitado urgentemente. Además, estaba sudando. Por el caldo y por el calor que hacía en la sala. Y también por el miedo.

—Hay pruebas de que estuvo allí. Las cámaras de un comercio y de un cajero automático recogieron su imagen alrededor del portal.

Medité unos instantes. Como abogado, siempre pienso en lo que puede probarse.

—De acuerdo, admitamos que Lupo estuvo allí y habló con Black el tiempo suficiente para saber que teníamos más de lo que le habíamos dado. Supongo que

le zurraría como a mí, si se dejó, lo que es fácil si llevas pistola. Hasta ahí correcto. Pero culparle de su muerte... ¡Por todos los santos, Paco, me estás hablando de tres tiros, y uno de ellos en medio de la frente! Un inspector de policía no hace esas cosas.

—Son demasiadas coincidencias, Efrén, y yo no creo en las coincidencias.

—Mira, Paco, supongamos que estás en lo cierto, ¿qué podríamos hacer nosotros? Esto nos queda muy grande, ¡enorme!

Volvió el silencio. Pero yo no podía quedarme callado. Nuestra vida, la mía y la de Salomé, estaban en juego.

—Black ha muerto, eso es malo para él y bueno para nosotros, porque ya no podrá venir mañana a acabar lo que empezó. Pero ¿qué pasará con el inspector? ¿También se olvidará de nosotros? Porque si tú tienes razón y se ha cargado al chino, entonces...

Paco me interrumpió al tiempo que meneaba la cabeza con contundencia.

—No te aceleres, Efrén. Matar a un chino con antecedentes, miembro de una banda de narcos de poca monta, no es lo mismo que cargarse a un abogado que paga impuestos y a su secretaria.

—Eso es cierto, pero a este honrado abogado maltrecho, que paga religiosamente sus impuestos, le ha molido a palos un agente de la ley, y a su rubia secretaria no se la ha cepillado porque nuestra vecina ha venido a interrumpir. Así es ese tío.

—Tienes razón, mucha razón. Pero hasta los hombres como él conocen límites.

—Como abogado y como ciudadano siento vergüenza. Es lamentable, completamente lamentable, que estas cosas ocurran en un Estado de Derecho. Lo que deberíamos hacer es forrarnos los huevos con acero e ir a denunciarle. Sí, eso es. Acudir a la comisaría y hablar con sus superiores.

Paco dejó escapar un suspiro.

—Naturalmente, podemos hacer eso. Te diré lo que conseguiríamos: un juicio rápido en el que tú, Efrén, serías acusado de tráfico de estupefacientes y, en el peor de los casos, de asesinato. Te aseguro que Lupo saldrá a hombros. Así que seamos sensatos: antes de que te domine la vena patriótica, recuerda que este tío lleva una década larga en el cuerpo. Que ha sido condecorado y ha recibido un balazo en acto de servicio. Además, desconocemos si trabaja solo. Pero no te me pongas triste: aún nos quedan los del maletín.

Recordaba que en alguna conversación Paco había utilizado esa expresión: «los del maletín», pero no recordaba quiénes eran. Debí de verme la cara de desconcierto, porque acercó su boca a mi oreja y me susurró:

—Asuntos Internos, Efrén. El Niño, ya sabes, el confidente de Lupo, lo mencionó. Dijo que se rumoreaba que los del maletín iban tras él.

—Queda, entonces, solucionado: busquemos a esa gente y hablemos con

ellos.

—¡No, no! Las cosas no funcionan así. Déjame que te lo explique. Los del maletín vienen de Madrid y trabajan de incógnito. Aquí, apenas un par de personas saben de su existencia. Trabajan así para poder asegurar su independencia. Hablan con la gente, se infiltran incluso en las redes policiales, escuchan, investigan, y, si encuentran algo sospechoso, avisan al juez.

—Y entonces, ¿qué hacemos? A cualquier cosa que pienso dices que no.

—Es que piensas como un abogado. Y hay que pensar como un delincuente.

—No te sigo.

—Ni falta que hace. Ahora descansa, que te lo has ganado.

Me pasé dos días en el hospital y el resto de la semana entre la cama y el sofá, girando sobre mí mismo como si fuera una croqueta que hay que rebozar. No era por capricho que pareciera tener el baile de san Vito. Intentaba encontrar una posición en la que no viera las estrellas, una en la que el dolor fuera, al menos, soportable. Pueden pensar que soy un exagerado, pero se equivocan: no se pueden imaginar lo que duelen un par de costillas fracturadas.

Curiosamente, desde que doña Emilia y «su banda» me condujeron al hospital, no volví a ver a Salomé. Ni siquiera apareció por el cuatro duplicado para ver cómo me encontraba, cocinar algún gazpacho o llevarme un poco de leche fresca. Tampoco llamó, de modo que supuse que había pasado por el banco y, con el bolsillo bien forrado, había tomado las de Villadiego. Con cierta decepción, pero no demasiada extrañeza, di por sentado que no volvería a verla, que Román y asociados había sido un breve paréntesis en su vida, y que estaría en alguna playa exótica, luciendo el más minúsculo de los biquinis fabricados a lo largo de la historia.

Del hospital, me habían devuelto bien aprovisionado de calmantes y antiinflamatorios. Respecto a los víveres, el primer día me apañé con lo que había en la despensa y, cuando ya no había nada, llamé a la tienda por teléfono para que trajeran lo que me hacía falta. Como todos se habían enterado del «robo», se portaron con mucha amabilidad y me trajeron lo que me hacía falta: leche, yogures, carne, aceite y papel higiénico: sobre todo papel higiénico, porque no quedaba ni un solo rollo.

La noche del tercer día, cuando estaba delante de dos pechugas de pollo a la plancha y una ensalada de lechuga y cebolla, sonó el teléfono: era mi secretaria. Tras dos frases de relleno (ninguna de ellas sobre mi estado de salud), me avisó de que llamaba para proponerme un «encuentro informal». Paco, ella y yo. Se esforzó tanto en hacerme creer que se trataba de una reunión totalmente inocente entre viejos amigos apaleados por un mismo destino cruel que me dejó con la mosca detrás de la oreja.

—De acuerdo, os espero. ¿A qué hora pensáis venir?

Pero no. Ese no era el plan. No solo convocaban la reunión, también

imponían el lugar: una cafetería de fama en pleno casco histórico, donde solían sangrar a todo visitante que osara poner los pies en el establecimiento.

Mostré mi extrañeza con frases lapidarias: no me gusta que me tomen el pelo ni que me confundan con un turista. De hecho, no sé cuál de esas dos cosas me molesta más. Pero ella se escabulló con alguna evasiva que no logro recordar: que lo había escogido Paco, que le pillaba de paso para no sé dónde, algo así.

No me quejé más.

Al día siguiente, algo más temprano de la hora D, según mi costumbre (o mi manía, si se prefiere) de no hacer esperar a mis citas, ocupé una de las mesas de la terraza del café en cuestión y pedí un botellín de agua muy fría. Beber agua siempre está bien. En los regímenes para adelgazar como el mío, te insisten en que hay que beber al menos dos litros diarios. Pero si pedí agua y no otra cosa fue porque estimé que sería el producto más barato. « ¡Que se jodan: yo no soy un turista! », pensé al ordenar mi pedido.

No había mucha gente cuando llegué, de modo que pude escoger un lugar estratégico, con la espalda pegada a la pared y la vista al frente, que me permitía avistar con tiempo a cualquiera que se acercara. Ya no me fiaba ni de mi madre.

Unos diez minutos después, vi llegar a Salomé y a Paco. Caminaban juntos, circunspectos, como si no se conocieran.

—¿Vamos a jugar a turistas despistados? —pregunté cuando se hubieron sentado—. Lo digo porque, con lo que aquí nos van a cobrar por un agua mineral, podríamos estar en el cuatro duplicado bebiendo champán.

Paco torció el gesto, y replicó:

—La cosa va así, Efrén: estamos aquí porque, en los lugares públicos como este, no hay micros ni teléfonos pinchados.

Di un respingo, pero me abstuve de hacer más comentarios. Soy consciente de que, hoy en día, ni siquiera hace falta personarse en el domicilio del sospechoso para pinchar un teléfono, y poner un micro resulta más sencillo que abrir un bote de aceitunas, pero no pensaba que en Romaní y asociados fuéramos lo suficientemente importantes para que alguien deseara emplear alguna de esas tácticas policiales.

Pidieron cerveza, aunque era temprano, al menos para Salomé. Paco, que bebe como un cosaco, aunque nunca le hayamos pillado borracho, se desayuna lo menos con aguardiente.

—Bueno, pues aquí estamos —tercié, cansado.

Me seguía doliendo el pecho y cuando estaba mucho tiempo sentado se me hacía difícil respirar. Pero no me hicieron caso y siguieron bebiendo cerveza.

Los minutos pasaban. Estábamos rodeados de ruido ambiental, pero en nuestra mesa reinaba un silencio denso y tozudo. El dueño se impacientaba porque ocupábamos la mesa demasiado tiempo y nos vimos obligados a pedir unas patatas fritas. Nos sirvieron unas de Matutano. Abrieron la bolsa allí mismo,

sin complejos. Pensé que de haber pedido calamares o pescadito frito seguro se nos habría enfriado porque nadie las tocó.

Finalmente, Paco apuró su cerveza y se inclinó hacia delante. Salomé y yo, de manera instintiva, le imitamos. Vi las estrellas, pero no dije ni pío. Estaba claro que el detective se acababa de decidir a poner en palabras sus pensamientos más sesudos.

—Si te hemos citado aquí, Efrén, es porque queremos recabar tu apoyo en un asunto. Debes saber que correremos ciertos riesgos y que..., a ver cómo digo esto para que me entiendas, bueno, mira, el caso es que cuando hagamos lo que tenemos que hacer nos encontraremos a cierta distancia de eso que tú llamas ley. Si cualquiera de estas dos cosas te causa desazón, te incomoda o te provoca..., no sé, algún inconveniente o problema moral, es el momento de que pagues tu agua y tu parte de la bolsa de patatas y te vayas.

Salomé alzó los ojos con exasperación y luego le lanzó una mirada de odio.

—¡Desde luego, Paco, tienes un discurso tan motivante que te van a contratar de pastor en alguna parroquia metodista! Mira, Efrén, ¿por qué no te tomas una cervecita? Viéndote con un vaso de agua en la mano no hay quien hable contigo de cosas serias...

—Ya sabes que estoy a régimen, y que tengo prohibido el alcohol. Además, estoy cansado. Necesito tumbarme un rato, ¿por qué no os dejáis de coñas y me decís de una puñetera vez qué demonios estamos haciendo aquí?

Fue Paco quien llevó la voz cantante.

—Hemos decidido vengarnos del inspector Torino. Es completamente necesario.

Me eché a reír.

—¡Una idea brillante, sí, señor! ¿Cómo no se me ha ocurrido a mí antes? ¡Espera, ya lo sé! ¿Será porque hace agua por todos lados? Mirad, la venganza nunca es un buen camino. Y si por un casual lo fuera, estaríamos ridículamente lejos de poder hacerlo. Venga, miraos: ¿qué podemos hacer, colocar un cubo de agua sobre la puerta de su despacho y esperar a que le caiga en la cabeza? Sería divertido ver cómo me patea el resto de las costillas...

—Hablo en serio. Sabes que nunca bromearía con algo así —replicó Paco, molesto.

Me detuve a pensar un instante.

—¡Oye, oye! ¿No se os habrá ocurrido...? ¡No, por supuesto que no! ¿O sí?

Paco se enfadó bastante.

—¡Qué poco me conoces, colega! Pero, para que te quede claro, te lo digo en voz alta aquí que se puede: no nos proponemos asesinarle, lo nuestro no son las Smith & Wesson. Lo que queremos hacer es tender una trampa a esa alimaña y que caiga en ella para siempre.

—¡Claro, las trampas se emplean para cazar alimañas! —repliqué en tono

socarrón.

—Precisamente.

—Pues, entonces, creo que voy a pagar mi agua. He visto poner cepos en los bosques, cuando los conejos se comían las cosechas. Pero, pese a su apodo, Lupo no es un animal.

—Mira, tú y yo sabemos que hemos alcanzado un punto de no retorno. Él o vosotros. Si lo has olvidado, tócate el pecho... Puede que me equivoque, pero creo que no estás en situación de discutir: debes ser consciente de que estamos a dos movimientos del jaque mate. Y en tus manos está decidir quién entregará al rey. ¿Será él, o acaso Salomé y tú?

—Puede que ahora que tiene un montón de dinero y de pastillas con las que obtener más dinero se olvide de nosotros y nos deje en paz.

—No, no lo hará. Sabéis cosas que no quiere que nadie sepa. Y tú eres abogado, eso te convierte en doblemente peligroso, sobre todo con los del maletín pisándole los talones.

—¿Peligroso, yo? ¡Por Dios, mírame! Con un par de derechazos me envió directamente al hospital.

Negó con la cabeza.

—No lo entiendes. No es la primera vez que hace esto. Sus compañeros lo saben. Algunos, pringados como él, lo defienden, pero son los menos. Los demás aguardan a que alguna de sus jugadas le estalle en las manos. Nosotros solo vamos a ponerles en bandeja esa ocasión. Recuerda que escoges entre él y vosotros...

Volvió a envolvernos el silencio. Fueron, o eso me pareció a mí, unos larguísima minutos. Paco fumaba. Estaba tenso, pero no nervioso. De hecho, desde que lo conozco, en contadas ocasiones le he visto perder los nervios. Yo sí lo estaba. El sol impactaba de pleno en mi frente, que es ancha como una autovía, pero no sudaba por eso.

—Salomé, ¿estás de acuerdo con lo que Paco propone? —pregunté.

Mi socia clavó los ojos en mí y sonrió, con una mueca enigmática, casi maligna.

La buena de Salomé: tan próxima y tan extraña.

Debo decir que desconozco la mayor parte de los datos biográficos referentes a mi socia y secretaria. Nunca ha mencionado a su padre, de modo que concluyo que no lo hubo (apenas un poco de esperma), o de haberlo le hizo suficiente daño para borrarlo de sus anales. Me comentó en una ocasión que su madre, auxiliar de laboratorio en un hospital público, murió cuando ella cumplió los dieciséis. Eso es todo. Nunca ha hablado de hermanos, primos, tíos o abuelos. Nadie, nada. O todo, según se mire. Porque los silencios pueden ser muy expresivos.

El enigma de su carácter no es menor.

Salomé es carne de discoteca, el típico ligue de fin de semana. Lleva enmarcado el título de chica tonta y fácil, vestida con minifaldas minúsculas, a la moda, pero con toque progre. Da tan bien el perfil que hasta conduce como un ciego borracho. Sin embargo, siempre he sabido que aquel exterior de plástico prefabricado esconde un carácter peculiar, que aún no he terminado de comprender. Sabía de su determinación, sin ella Romani y asociados nunca se hubiera constituido, pero me equivoqué al juzgar que le perdía el corazón. Así me lo habían hecho creer sus ligues, los Igor de turno, a los que disculpaba incluso los bofetones, las salidas de pata de banco, o las «peticiones» desacostumbradas en la cama. Pero no era más que fachada.

La chica que tenía delante, la misma que me miraba con una fijeza que dolía, era otra. No le sangraba el corazón, no. Todo lo contrario. Sus dientes destilaban sangre, ansias de venganza. Y me pregunté qué habría pasado entre Lupo y ella en aquella caja de seguridad para que, de pronto, aflorara tanto odio de su pecho.

—¿Estás con nosotros o no?—inquirió con voz lineal, técnica.

Hundí la cara entre las manos. En esa posición escuché su ultimátum.

—Decidete, Efrén, no son momentos para dudas. Si no lo haces tú, lo haremos nosotros.

—¿Y para qué me necesitáis, entonces? Veo que lo tenéis todo previsto.

Salomé no me dio tregua. Ni una pizca.

—Mira, Efrén, quería tu aprobación porque la mitad del dinero te pertenece.

Pero quiero que sepas que haré esto con o sin ti: estamos decididos. Es él o nosotros, en el mundo no cabemos todos.

—¡Un momento, un momento! ¿Decididos? ¿Qué quiere decir decididos, decididos a qué? Y el dinero, ¿qué tiene que ver el dinero?

Paco apagó el enésimo cigarrillo en el cenicero de cristal, tan maltrecho que se tenía en pie de milagro. Y por fin entró en materia.

—Queremos que pague por lo que ha hecho y, de paso, nos deje en paz. Por eso, vamos a ponerle delante de un juez.

Me eché a reír con sarcasmo.

—De eso sé un poco y te aseguro que no hay caso. La investigación preliminar asegurará que no existen pruebas concluyentes. Estuvo allí, de acuerdo, él mismo lo corroborará. Dirá que era uno de sus confidentes y que fue de visita. No hay indicios de que él sea el asesino: según dijiste, no se ha localizado el arma, ni tampoco tienen un móvil que lo explique.

Cuando expuse esta última frase, noté cómo se les iluminaba la mirada.

—Sabíamos que dirías algo así, por eso vamos a poner manos a la obra. Tenemos dinero y tenemos drogas: con esos dos ingredientes, les vamos a cocinar un móvil que ni un juez ciego y sordo podría pasar por alto. Si lanzamos bien el anzuelo, te aseguro que los del maletín picarán.

En aquel momento, lo comprendí. Proponían tratar a Torino con su propia medicina. A aquellas alturas, estaba tan excitado y nervioso que sudaba sin medida. A Salomé, impertérrita, ni siquiera se le había corrido el rímel.

—Eso es repugnante... Es más, es ilegal. Mira, Paco, no quiero ofenderte, ni a ti tampoco, Salomé, pero amañar pruebas es un delito, y además nunca funciona...

—Piensas demasiado, eso no es sano —me interrumpió mi socia.

—¡Tendríais que dar gracias de que, en este grupo de locos, alguien piense! Si hacemos lo que proponéis, con toda seguridad nos pillan y somos nosotros los que terminamos en la cárcel. Esa gente tiene mucha experiencia y distingue perfectamente cuándo un escenario ha sido preparado...

Paco me cortó. Era evidente que habían pensado en todo.

—Para el carro, amigo. Tú hablas de oídas, yo no. Te recuerdo que he sido policía durante casi dos décadas. De hecho, sigo considerándome policía, porque esta profesión imprime carácter. Con esa experiencia a la espalda, te aseguro que te equivocas. Es un tío del que todos hablan a escondidas, un tío al que siguen los del maletín, un tío que ha salido de la casa de un chino que ha acabado fiambre... Créeme, cuando encuentren lo que vamos a poner en su casa, nadie se extrañará.

—¿Qué vais a poner?

—¡Pues qué va a ser, Efrén, pareces bobo: el dinero! —replicó Paco.

—Y la droga —añadió Salomé, bajando la voz.

—Y la droga, en efecto. —Paco se detuvo un instante y me interrogó—. Oye,

tío, eres legal, ¿verdad? Quiero decir que tus reticencias no tienen que ver con que te vayas a quedar sin la pasta...

Negué con toda la viveza que mi cuerpo me permitió.

—Cuando lo encontramos, le aseguré a mi socia aquí presente que no quería nada. Vivo de mi trabajo y no de los ahorros ilícitos de los demás. Y mantengo mi palabra.

Salomé aplaudió ruidosa.

—¿Ves? ¡Te dije que podíamos contar con él!

—Tienes razón, siento haber dudado.

—No importa, pero ahora contadme los detalles: cómo, dónde, cuándo...

—Esta misma noche. No hace falta que sepas más.

—¿Cómo que no?

—A mí tampoco me ha dicho nada. Es preferible. Si algo sale mal, ni siquiera tendremos que mentir... Y hablando de mentiras, he ido al banco antes de pasar por aquí. Le he dado el dinero a Paco.

Me molestó.

—Y tú, Paco, ¿eres de fiar? ¿Cómo sé que no cogerás el dinero y saldrás corriendo? Con medio millón largo, puedes poner un bar o ese hotelito rural en Galicia del que siempre hablas.

Se tragó el humo, y lo expulsó por la nariz.

—¿Que si soy de fiar? Bueno, eso no puedes saberlo. Es así de simple: cuestión de confianza.

Disgustado por cómo se había desarrollado la conversación, y por los dos euros cincuenta que me habían cobrado por el botellín de agua mineral, regresé a casa. El cabreo se mezclaba con una cierta esperanza y con el alivio de no quedarme de brazos cruzados.

Durante el camino, no podía ser de otra manera, me asaltaron todo tipo de dudas. Era una pretensión legítima querer protegerse de aquella sanguijuela, pero tratar de hacerlo fuera de la legalidad era un arma de doble filo, y me desagradaba sobremanera. Era cierto que no parecía haber otros caminos, y también que ese malnacido llevaba un aura negra como el carbón. Era un mal policía, un ladrón y un asesino, pero combatirlo de aquel modo era una completa maldad.

Soy abogado. Dicen que, entre los delincuentes, los abogados somos los que más incumplimos la ley. Bueno, no digo que seamos todo lo morales que debiéramos, pero nosotros manejamos la ley, la moldeamos, no la matamos, que era lo que Paco y Salomé iban a hacer, con mi ayuda.

Por otro lado, aunque parecía un buen detective, y demostraba temple y conocimiento, no tenía la certeza de que Paco pudiera montar algo tan gordo y con tan poco tiempo. Había exigido cien mil euros por el trabajo. Lejos de molestarme, aquella petición me había tranquilizado. Si alguien quiere cobrar es porque cree que lo que tiene entre manos es un trabajo y no una aventura o una heroicidad. Y si quiere cobrar tanto, es que se siente capaz de hacerlo.

Tras la fijación de sus honorarios, nos había dado instrucciones.

—Es importante mantener la boca cerrada antes, durante y después. Nadie tiene que saber nada de esto, nadie. ¿Me habéis entendido? Nadie es nadie — reiteró, elevando el tono de voz—. Si se os escapa una sola palabra, somos carne de ataúd. Como os decía, el tiempo corre en nuestra contra, de modo que vamos a ponernos a trabajar ahora mismo.

—Perdona que sea pesado. Has dicho que no nos vas a contar detalles, y me parece lógico, pero ayer mismo me decías que era imposible saber dónde estaban los del maletín. Si son ellos los que deben pillar las evidencias en manos de Lupo, tenemos un problema. Y luego está el hecho de que él también conoce

los métodos. Tendrás que asegurarte de que no se da cuenta de que se la hemos dado con queso en sus propias narices.

A Paco, la sonrisa se le extendió por toda la cara.

—La Chari, mismamente. Ella sabe conseguir que un policía caiga en la cama tan agotado y borracho que no se enteraría ni de que una apisonadora le alisa los huevos. Antes, naturalmente, el Niño tiene que dar el soplo.

—¿A quién? —insistí.

—¡Por favor, Efrén, a los del maletín!

Estallé. Levanté la voz y empecé a protestar.

—¡Ya sé que a los del maletín, Paco, lo que pregunto es cómo vas a localizarlos! Decías que no sabías quiénes eran.

—Y no lo sabíamos, pero ya lo sabemos. He tardado un poco, pero ya tengo a uno localizado. Os aseguro que la Chari se ha ganado hasta el último euro de los tres mil que le he pagado.

—¡De modo que lo tenías todo en la cabeza!

—No. Hasta ese momento, solo estaba recabando información. Eso es lo que hace un detective, averigua cosas.

—Pues yo te encargué lo de Fulano y mi padre y no sacaste nada en claro.

Se llevó el dedo índice a los labios.

—¡Chitón, no me seas capullo! Lo de tu padre lo averigüé en su momento, pero no te he contado nada porque estabais jugando a los púgiles. Ya te explicaré, es divertido: pero ahora a lo nuestro. Además de tener la boca cerrada, quiero que hagáis lo mismo que hacéis siempre. Vamos a ver, hoy es jueves. ¿Qué hacéis los jueves?

Miré a Salomé y añadí:

—¿Te refieres además del masaje y la sesión de spa? Pues qué vamos a hacer: ¡trabajar! Aunque yo, de momento, estoy para pocas.

—Pues entonces, en cuanto paguemos, os vais a casa y abris el bufete. Vida normal, esa es la consigna. Normalidad. ¿Cómo vas de tus dolores?

—Jodido, apaleado y ahora con cargo de conciencia. No podría estar mejor.

—Me alegro de que progreses. ¡A trabajar!

La tarde fue poco menos que terrible.

Me dolía el cuerpo y, casi tanto como las costillas, me dolía el alma. Porque aquella noche iba a saltarme las líneas rojas que con tanto esmero mi familia y la universidad habían dibujado. Iba a comportarme como un criminal para coger a un criminal peor. ¿Aquello era justicia?

A eso de las cinco, me encontraba como un león enjaulado y me fui al patio. Doña Emilia bordaba.

—¡Hombre, Efrén, qué gusto verte! Tienes mejor aspecto.

—Gracias. El dolor va poco a poco remitiendo.

—¿Y lo demás?

La miré con cara de extrañeza.

—El otro asunto, ya sabes...

Me encogí levemente de hombros.

—Es posible que se arregle hoy mismo, aunque no deja de ser arriesgado. Y tampoco tengo claro que..., en fin, ya sabe cómo son estas cosas.

—¿Y Salomé, ella lo tiene claro?

—Ella sí.

Me sonrió. Y, sin saber muy bien por qué, dije:

—Doña Emilia, llevo días encerrado y me apetecía salir un poco de la ciudad y tomar el aire. Iba a coger el coche y dirigirme hacia la sierra, sin rumbo fijo, y parar en una de esas bodegas a tomarme tranquilamente un vinito. ¿Le apetecería acompañarme?

—¡Naturalmente! Pero debes prometerme que llegaremos antes de que empiece el telediario.

—Prometido.

Sabía que conducir sería una tortura, pero más tener esa angustia dentro. Cogimos la autovía. El sol ya no aturdió, como por la mañana, pero seguía impregnando el paisaje y se fundía con el polvo y la tierra roja preñada de olivares. Pasaban ante nosotros como hordas de soldados dispuestos a la batalla. Quietos, duros, fuertes, todo lo contrario que yo. Al verlos, me noté débil, minúsculo, insulso. Y me sentí tan solo como la tonta cigüeña que se había

instalado en el poste del tendido eléctrico que dejamos a la derecha. Sin poder evitarlo, se me saltaron las lágrimas. Doña Emilia me dio un par de palmadas en el muslo. Al minuto, le estaba contando mis cuitas.

—Verá, doña Emilia, estoy ante un difícil dilema moral y no sé qué decisión debo tomar.

—Pues yo de moral poco sé. Deberías ir a la parroquia...

—No es ese tipo de moral. Es algo más... terreno. Usted ha visto al hombre, le ha oído y sabe de lo que es capaz. Creemos que ha matado a alguien. Su acción quedará impune si no hacemos algo al respecto...

—¿Y es eso lo que te preocupa, hacer algo al respecto?

—Sí. Porque lo que podría hacerle pagar por sus culpas no está dentro del procedimiento. Quiero decir que no es legal. No. Quiero decir que es una ilegalidad de las mayúsculas.

—¿Vas a matarle?

—¡No, mujer, qué barbaridad!

—Como has dicho mayúscula y él es un asesino...

—No. Salomé y Paco proponen poner pruebas falsas en su domicilio, para que así le juzguen por el asesinato.

—Coger a un mentiroso con una mentira, se trata de eso, ¿no?

—Más o menos, sí. ¿Qué le parece a usted?

—Pues que podríamos parar en ese mirador. La vista parece magnífica.

Aquella mujer resultaba exasperante.

Me detuve, bajé muy despacio, tragándome el dolor, y luego la ayudé a bajar a ella, que tiene las rodillas artrósicas y anda fatal. Y luego, ambos cogidos del brazo, lentos como tortugas lentas, nos acercamos al mirador y contemplamos la belleza del paisaje. Pese a que no había llovido mucho durante el año, la montaña estaba verde, y el valle precioso.

—¿Me va a dar su opinión, doña Emilia?

—¡Ah, hijo, yo no soy más que una vieja ignorante! Pero sé que las mentiras siempre conducen a más mentiras y acaban fatal.

—Solo es una mentira.

—¡Eso es lo que dice siempre el mentiroso! Pero le pasa como a los fumadores cuando encienden un cigarrillo. Siempre cae alguno más. Y, como bien decías, es peligroso: antes se coge a un mentiroso que a un cojo. Si ese inspector se entera, os entierra.

—Entonces, ¿qué debería hacer?

—Nada. Dejar que se regodee en sus éxitos. La vida es muy larga. Seguro que le espera en la esquina.

—¿Y si mata a alguien más?

—Todos los días muere gente. Y, salvo que el muerto seas tú o alguien próximo a ti, eso no te compete. Así, por lo menos, podrás dormir en paz contigo

mismo. No sabes lo importante que es eso. Dormir en paz... ¿Podemos irnos ya? Empiezan a dolerme las rodillas.

—¿Le importa si la dejo sola un instante, sentada en el coche? Voy a hacer una llamada.

Me sonrió como respuesta.

Llamé de inmediato a Paco.

—Paco...

—¿Me llamas desde casa?

—No, he salido a dar un paseo.

—Vale, entonces dime qué quieres.

—Verás, lo he pensado mejor. Creo que es una locura y que no debemos hacerlo bajo ningún concepto. Es más, me opongo a que lo hagáis en mi nombre. Si es necesario, reclamaré mi parte del dinero para impedirlo...

Escuché un suspiro al otro lado.

—Efrén, eres un cagado.

—Llámame como quieras, pero violar la ley para hacer cumplir la ley no tiene ningún sentido. No quiero convertirme en un delincuente. Hasta este momento, yo no he hecho nada malo...

—Lo siento, tío, es demasiado tarde. El plan ya está en marcha. Vuelve a casa. Diré a Salomé que vaya también allí. Os mantendré informados.

—¿Todo bien? —me preguntó doña Emilia cuando regresé al coche.

—Demasiado tarde.

—Bueno, a veces el destino tiene estas cosas. No te preocupes y conduce con cuidado.

Me sobresalté al oír el teléfono. Estaba muy cerca. Esperaba la llamada desde hacía horas, pero el sonido me pilló desprevenido. Creo que todo el color se me fue de la cara.

La noche, larga, me había atormentado impenitentemente. Ni por un momento había dejado de imaginar los pormenores de la trampa y su desarrollo: la violenta entrada de la policía; el descubrimiento de la droga y el dinero; el balbuceo del inspector, anonadado, tratando de justificar lo injustificable; la humillante detención... Amén de la ilegalidad, el plan no era del todo descabellado, pero contaba con demasiadas incógnitas y demasiados cabos sueltos. Muchas cosas podían torcerse. Algunas las habíamos sopesado, pero me preocupaba mucho más el factor azar, que es el que estropea la mayor parte de los planes. En suma, que además de sentirme como un delincuente de los peores, sentía que todo estaba sujeto con alfileres y se podían caer de un momento a otro.

Me lancé compulsivamente sobre el teléfono, aunque, ya con él en la mano, dudé. No estaba seguro de querer contestar. ¿Y si quien estaba al otro lado de la línea era Torino, que se había librado de la trampa y nos había identificado como la *mano negra*?

«Quizás debiera haberme hecho un seguro de enterramiento como el de mi padre», dije para mis adentros.

Gracias a Dios, era Paco.

—Todo como estaba previsto.

Eso fue lo que dijo, nada más. Su voz me pareció extrañamente calmada. Viniedo de donde venía, supuse (mejor, di por cierto) que acababa de meterse tres lingotazos de aguardiente entre pecho y espalda.

—Pero entonces, ¿le han detenido? —indagué.

No obtuve respuesta. Solo el tono liso y llano del teléfono muerto. Había colgado.

Dudé si despertar a Salomé, más por poderlo comentar con alguien que por informarla, pero parecía necesitar tanto el descanso que ni el estridente sonido de la llamada la había perturbado. Además, no estaba seguro de querer hablar con

ella. Desde que se presentara en mi casa, no habíamos cruzado más que un par de frases.

Me preparé un café, y empecé a sopesar qué vendría después de aquel registro. Que un inspector jefe de antidrogas tenga en su casa una bolsa con medio millón de euros, en billetes usados, resultaba indicio evidente de que algo poco frecuente ocurría. Sin embargo, el hecho no tenía necesariamente que estar correlacionado con algún asunto turbio: podía haber ganado esa cantidad en la ruleta de un casino, en una noche de suerte; podía haber recibido una herencia de una tía lejana, o comprado un boleto merecedor del premio gordo de la lotería. Esas cosas son infrecuentes, pero a veces pasan. Solo tenía que mostrar el resguardo del billete premiado y todo quedaría aclarado. Naturalmente, Lupo no lo tenía. Aunque quizás tuviera tiempo de pensar e idear una explicación. Previendo alguna jugada en ese sentido, Paco y Salomé habían insistido en colocar también, esta vez en su coche, la bolsa con las pastillas azules. « Hay que apostar sobre seguro. Si esto es una ruleta rusa, más vale que la pistola sea mía. Con dinero y drogas en su poder y en grandes cantidades, no se libra ni aunque cante *La Traviata* », aseguró el detective.

Pero yo no las tenía todas conmigo.

Preparé más café y me tomé otra taza.

Paco apareció por el cuatro duplicado tres horas más tarde, cuando el día despuntaba y yo estaba al borde del infarto. Despertamos a Salomé. Preparé otra cafetera, tostadas y huevos revueltos. Mi régimen del día decía fruta, yogur desnatado y café negro. Me apetecían los huevos, pero no los probé, con solo olerlos terminaría zampándome un elefante. Había tomado una decisión e iba a mantenerla. Por aquellas alturas, mis tobillos parecían casi los de una persona.

—Podemos estar tranquilos, chicos, todo ha ido bien. Estupendamente, diría yo. Torino se ha defendido, como tocaba. Ha chillado, pataleado y asegurado a mordiscos que se trataba de una farsa, que no había visto ese dinero o esas pastillas en su vida. « Seguro que alguno de los que he trincado me tiene ganas, ¿es que no lo veis? ¡Esto es un montaje!» : eso es lo que ha dicho a los de Asuntos Internos.

—¡Coño, Paco, es que es un montaje! ¿Qué quieres que diga?

—Nada, solo narro los hechos. Ahora lo que tenemos que hacer es cruzar los dedos para que el ministerio fiscal monte una acusación que se sostenga.

—Y para que el inspector no lo descubra —añadió Salomé, dechado de inocencia, pese a las pechugas al viento.

Paco se aprestó a corregirla. Yo no lo hubiera hecho, la verdad. Era preferible dejar que chapoteara en el desconocimiento. Se acercó a ella, le sujetó la mano y la obligó a mirarle.

—Lupo no tiene que descubrir nada, sabe perfectamente que hemos sido nosotros. No creo que llegue a explicarse cómo, pero terminará atando cabos.

—¿Por qué? ¡No hemos dicho nada a nadie!

—A ver, mujer, piensa. ¿Dónde ha visto antes esas pastillas?: aquí. ¿Quién le ha dicho que no era medio millón sino un millón?: el chino que asesinó. Le convenciste de que era mentira, pero ahora ya sabe que el chino decía la verdad. Por otro lado, hemos utilizado al Niño, su confidente, y a la Chari, que sabe que es una profesional. En fin, que ata cabos sí o sí.

Por un momento, todos guardamos silencio, conscientes de que, si algo salía mal, Lupo nos comería con patatas. Sin embargo, Paco se echó a reír estrepitosamente.

—No he podido ver lo ocurrido con mis propios ojos: lo que os he dicho me lo han contado mis antiguos colegas. Pero estaba en un bar cercano y lo vi salir, esposado, delante de los del maletín, todos de paisano, pero con la placa colgada al cuello. No os podéis imaginar la cara de desesperación del pobre inspector. ¡Dios, es una maravilla ver al cazador cazado!

—¿Dónde colocaste el dinero? —quise saber.

—Ya te he dicho que cuanto menos sepas, mejor. Tú lo que tienes que hacer ahora es asegurarte de que el fiscal entre a matar.

—¿El fiscal, pero qué dices? ¡Yo no tengo nada que ver con el fiscal! Solo podemos esperar.

Salomé rebañó la fuente de los huevos y, como si se me hubiera ido la pinza, me gritó:

—¡Por todos los demonios, Efrén, tienen al muerto sobre la mesa y al delincuente pillado con las manos en la masa! Tienen un montón de dinero y un montón de drogas, ¿a qué esperan para colgarle?

—Para empezar, socia, aquí ya no se cuelga a nadie desde hace siglos. Por otro lado, el sistema tiene sus tiempos. Este coche ha arrancado, eso es todo: crucemos los dedos para que nos lleve al destino que queremos. Como no lo encierren, ya podemos buscar una piedra donde escondernos.

Como estaba previsto, Torino fue puesto de inmediato a disposición judicial.

Contaban con setenta y dos horas, pero no les hizo falta tanto tiempo. Al día siguiente, en la preceptiva audiencia, el ministerio fiscal pidió prisión provisional para el imputado. La juez, con buen criterio, entendió que había bastantes motivos para creer que era criminalmente responsable del delito y que había peligro de destrucción de pruebas y riesgo de fuga, de modo que elevó la detención a prisión, puso el auto en conocimiento del ministerio público y lo notificó al procesado. A nosotros, su señoría (una preciosidad, por cierto) no nos dijo nada, pero, de no haber sido imprudente, le hubiéramos enviado la caja de bombones más grande del mundo: su decisión nos permitiría, por fin, dormir tranquilos y retomar, al menos temporalmente, nuestra vida normal.

Mientras en el juzgado de instrucción comenzaban las diligencias de investigación, nosotros volvimos a los testamentos, los problemas de don Justo con los inquilinos morosos, el despido de don Félix y los protocolos familiares: había que comer.

Tengo algunos contactos en ese juzgado. No todas las semanas, pero sí cada quince días, me acercaba por allí y recababa datos. Según me dijeron, los del maletín también pululaban por aquellas dependencias pero, claro, como no los conozco, no los vi. Por esas visitas pude enterarme de que la actividad instructora engordaba el expediente por minutos. Había muchos indicios. Y lo más importante, resultaban suficientes para concluir que existían sospechas fundadas de la participación de Torino en la muerte de Black, así como en el robo de su dinero y de su droga.

En una de mis últimas visitas, no recuerdo el mes, pero sé que me había quitado la bufanda porque ya el sol empezaba a calentar, debía de ser marzo o abril, me llevé una grata e inesperada sorpresa.

—Todo hecho, Porcina. El ministerio público acaba de solicitar la apertura de juicio oral —me comentó mi amigo, el secretario judicial.

—¿Cómo que todo hecho? ¿Qué han pasado, ocho, nueve meses?

—Diez, para ser exactos.

—¡Pues ya se han dado prisa! Os vemos montados a lomos de burra vieja y,

de pronto, os subís al AVE. ¿Qué ha pasado?

—Estoy tan sorprendido como tú. Nadie sale de su asombro. Se dice que la cúpula policial ha ejercido mucha presión. Y es verdad, porque se les ha visto por aquí. El tío es un veterano inspector antidroga, y es lógico que sus jefes quieran quitarse el grano del culo cuanto antes. Pero yo creo que hay más... ¿Has visto los periódicos de hoy? —Negué con la cabeza—. Pues léelos y te enterarás de que la semana próxima, en la misma Audiencia Provincial, empieza el juicio contra ese alto cargo de la Junta al que han pillado con las manos en la masa.

—¿Y eso qué tiene que ver con Torino?

—¡Macho, se ve que hacer testamentos te está envenenando las neuronas! A ver, piensa: al político le van a juzgar por cohecho y apropiación indebida: un rollo macabeo para los periodistas. Si les pones en la sala de al lado un juicio por asesinato, con drogas, chinos y dinero, lo que pinta la mar de divertido, ¿a cuál crees que los corresponsales novatos van a asistir?

—Es posible que tengas razón.

—La tengo, amigo. Pero ahora debo marcharme. A ver si nos vemos fuera de aquí, con unas birras.

—¡Hecho, pago y o!

En cuanto salí del juzgado, telefoneé a Paco y a Salomé y los cité en el cuatro duplicado para aquella misma tarde. Luego, me fui de compras y volví con una botella de cava y un cuarto de kilo de un buen jamón serrano partido en lonchas finas como el papel de fumar. (Para su información, en el régimen de este mes, de primer plato toca jamón serrano: resulta un poco caro, pero es bastante efectivo. ¿Saben ustedes cuánto peso? ¡Nada más y nada menos que cien kilos y medio: a un paso de las dos cifras!)

—¡Ya está! La función comienza... —exclamé, mientras descorchaba el cava.

Salomé, que se pierde en las palabras, me exigió que me explicara «sin considerandos», es decir, de forma que ella pudiera entenderlo todo. Aquel día vestía vaqueros ceñidos y una cazadora de cuero negro, a juego con una ridícula gorra que parecía sacada de una película de mafiosos de Harlem de los años cincuenta. Por no hablar de que le faltaba la moto.

—Lo que quiero decir es que han reunido suficientes elementos para calificar los hechos y procesar a Torino. El trabajo del juzgado de instrucción ha concluido. Ahora, la juez, como marca la ley, remitirá el sumario a la Audiencia Provincial. Allí designarán por sorteo a un magistrado presidente; se nombrará un jurado y comenzará el juicio. El de verdad, Salomé: de su resultado depende que Torino continúe en prisión o salga libre.

—¿Y a qué viene el cava, acaso no lo esperabas? —me preguntó Paco—. Yo lo daba por hecho.

—Verás, Paco, con la justicia, como con las mujeres, siempre se pueden y se

deben esperar sorpresas. No cabía duda de la abundancia de indicios: le hemos dado tráfico de estupefacientes, allanamiento, corrupción y un muerto sobre la mesa con tres tiros a bocajarro. Sin embargo, tú y yo sabemos que la realidad es otra...

—No es otra, Efrén, Torino es un asesino, un traficante, un corrupto y un ladrón. Lo que dicen las pruebas es exactamente la verdad.

Asentí enfadado.

—De acuerdo, pero el fiscal no hubiera llegado a esas conclusiones de no haberle dado un empujoncito.

—No volvamos a las andadas, ¿vale?

—No, no volveré. Pero olvidas una cosa: nosotros no somos los únicos que jugamos este partido. Torino es policía y tiene amigos policías y ha tenido mucho tiempo para pensar. No conviene subestimarlos. Igual que nosotros hemos preparado el terreno, puede pedir a sus colegas corruptos que ellos hagan lo mismo.

—A ver, tío, ¿puedes decirme a las claras qué te preocupa?

Asentí. Paco me había pillado.

—Me preocupa que Torino no se haya deshecho del arma. Si, en vez de lanzarla al río, la ha escondido, sus amigos pueden colocársela a cualquier narco y a mitad del juicio aparecer y echarnos a perder todo el invento.

—¡No es tan imbécil, Efrén! Si tú acabaras de cargarte a un tío, ¿qué sería lo primero que harías? ¡Pues hacer desaparecer cualquier rastro del arma!

—Dios te oiga, Paco. Dios te oiga.

—¡Va, te preocupas demasiado! Y el cava se está calentando —me recriminó Salomé.

SEGUNDA PARTE

Asesinato con toda suerte de agravantes, veintidós años: de eso iba el juicio. Así lo entendió la juez instructora, que apreció ensañamiento, alevosía y precio. El ministerio público y la defensa tomaron buena nota y se prepararon también para el resto de los cargos (tráfico de drogas, robo, blanqueo de capitales y no sé cuántas cosas más), aunque lo principal era el crimen.

El crimen: esa era la espina que, en ese momento, llevaba clavada en las entrañas y no me dejaba dormir. Y no por el difunto, que, como decía, espero que se pudra eternamente en el infierno, sino por el juicio en sí.

A ver cómo me explico sin pasarme de la raya...

Si alguno, en vista del poco tiempo empleado en la instrucción, y de la abundancia de pruebas, pensaba que estaba ante uno de esos casos evidentes, casi de trámite, se equivocaba. Tratándose de un crimen nada resulta sencillo, ni simple, ni evidente. En primer lugar, por la naturaleza del hecho, siempre oscuro y lleno de recovecos; en segundo, porque en España ese delito se juzga en un tribunal con jurado. Cuando se imparte justicia en un tribunal con jurado pueden ocurrir muchas cosas, pero casi ninguna será evidente, ni fácil, ni simple.

En los juicios con jurado hay un magistrado presidente que dicta sentencia e impone, en su caso, la pena y las medidas de seguridad que procedan, pero el veredicto, que es, en suma, lo medular, lo emite el jurado. Con eso quiero decir que los nueve miembros titulares, y los dos suplentes si se diera el caso, son los que tienen en su mano proclamar la culpabilidad o inculpabilidad del acusado, y eso sin saber de leyes, sin distinguir un recurso de una sandía, o sin tener constancia de si tribunal va con *b* o con *v*. Basta con que sean mayores de edad, sepan leer y escribir (el dominio ortográfico es opcional), no estén tocados del ala ni sean delincuentes, políticos o funcionarios (con perdón por la proximidad).

Algunos sesudos especialistas opinan que intentar mezclar los dictámenes de un juez profesional con las opiniones de un paisano censado en la provincia (doña Encarna, mi vecina, pongamos por caso) es tan inútil e irracional como batir agua y aceite, y que de tan innatural mezcla solo pueden derivarse veredictos inexpertos o inauditos. Yo, hasta el caso Torino, no opinaba del mismo modo. Estaba convencido de que juntos, el togado y doña Encarna, prudente y lista

donde las haya, podrían alcanzar un provechoso equilibrio en beneficio del sistema. De hecho, he leído que menos del diez por ciento de los veredictos han sido anulados o modificados por jueces profesionales cuando se ha interpuesto un recurso. Sin embargo, ahora que es mi cuello el que espera la sentencia, ya no lo tengo tan claro. Es más, si me dieran a escoger, con los ojos cerrados optaría por un jurado profesional o, al menos, por uno mixto.

Esa es la raíz de la preocupación que manifestaba hace un momento. Que el de Torino se convirtiera en uno de esos juicios con resultado sorprendente; que Lupo le cayera simpático al jurado y lo dejaran libre como el viento. Si lo declaran no culpable, el fiscal puede recurrir, conforme, pero ni Salomé ni yo tendremos una segunda oportunidad: si sale libre, si pone los pies en la calle siquiera por unas horas, se nos come vivos.

En todo caso, así lo dicta la ley.

Y con estos bueyes hay que arar.

Me parece que tengo que centrarme porque estoy yéndome de nuevo por las ramas.

Intentaré dejar de filosofar y ajustarme en los prolegómenos del juicio.

Veamos: el primer ingrediente para cocinar un juicio como este es, precisamente, contar con un jurado: once ciudadanos mayores de edad (nueve titulares y dos suplentes), seleccionados al azar, y dispuestos a cumplir con esa sagrada misión.

Creo que, de nuevo, me pierden mis carencias. Voy a aclarar esto. Cuando digo que te seleccionan al azar no quiero decir que, un día por la tarde, mientras paseas tranquilamente por la avenida, tomándote un helado de chocolate y avellana (soñar no engorda), alguien te toca el hombro y te dice que has sido seleccionado para ser jurado. En realidad, hay un proceso mucho más aséptico. En cada provincia, bienalmente, la Oficina del Censo Electoral hace un sorteo y confecciona una lista general de candidatos a jurado. Posteriormente, cuando hay una causa, se efectúa otro sorteo y se escogen treinta y seis candidatos, de los que saldrán los once que finalmente se las verán con el supuesto criminal.

Pululando por el juzgado, supe que, en la causa contra Torino, de los treinta y seis candidatos convocados solo se presentaron veintidós, lo cual era más que suficiente, si tenemos en cuenta que veinte es el mínimo. De modo que el magistrado designado apretó el botón y la maquinaria se puso en funcionamiento: se trataba de examinar con lupa a esos veintidós ciudadanos para conocer si, desde un punto de vista jurídico, podían considerarse buenos candidatos a jurado, un encargo que, por otro lado, era de obligada aceptación.

La cita era a las diez de la mañana del miércoles siguiente. La vista era pública. Y nosotros tres, anónimos ciudadanos interesados en la causa, podíamos acudir si lo deseábamos. Y por supuesto que lo deseábamos. Y cuando, con media hora de retraso sobre el horario previsto, porque el aire acondicionado

metía un ruido rarísimo (agudo, casi estridente) que imposibilitaba escuchar lo que allí se decía, y hubo que esperar a que llegara un técnico y lo arreglara, la selección comenzó, Paco, Salomé y yo nos hallábamos sentados en la última fila, observándolo todo, tomando nota y cruzando los dedos por si acaso.

No estamos en Norteamérica: esto es España. Torino no es el presidente del consejo de administración de una empresa petroquímica al que le van millones con la sentencia: es un inspector que, a lo sumo, se juega unos años a la sombra. Digo esto porque, si alguno ha visto películas o leído libros sobre juicios penales celebrados en los Estados Unidos y espera batallas de espionaje y sobornos, se va a sentir decepcionado: en la *piel de toro* la selección del jurado resulta una tarea mortalmente aburrida.

No quiero que se me entienda mal. Como en los Estados Unidos, la composición del jurado resulta vital porque un solo miembro puede arrastrar a los demás a un veredicto sorpresivo e incluso irracional. Pero, a diferencia de lo que ocurre allí, en España no se estila que los carísimos bufetes de abogados defensores gasten millones de euros en contratar expertos en selección de jurados. En la sala donde nos habían colocado, no vimos psicólogos de corbata observando hasta los más ligeros movimientos del cuerpo de los candidatos. Estoy seguro de que fuera tampoco había expertos estudiando su caligrafía o costumbres, interrogando a los vecinos o indagando en su pasado a fin de distinguir rasgos ocultos que pudieran perjudicarlos y así formular recusaciones más certeras.

Por otro lado, alrededor de Torino no se daban cita intereses comerciales; ninguna empresa ganaría o perdería cantidades considerables con un veredicto de culpabilidad o de inocencia, ni ningún político se jugaba su lucrativa silla. De haber sido así, alguien estaría recabando información sobre los pecadillos de cada uno de los candidatos: qué no confesaron el día de su boda, dónde y cuándo se fumaron a hurtadillas aquel porro, qué manifiesto antialgo firmaron, o con quién se habían acostado fuera de lo esperado. En nuestro juicio, si es que puedo llamarlo así, la cantidad de dinero invertido en la selección del jurado era mínima.

Pese a todo, cuando entramos a la sala aquella mañana, llevábamos los deberes hechos: los nombres de aquellos candidatos que no queríamos ver ni en pintura y aquellos por los que claramente apostábamos.

No siendo parte en aquel proceso, lo nuestro era papel mojado, aun así de

esas personas dependía textualmente nuestro futuro. Por ello, en las noches previas a la selección, y desde que tuvimos noticia del resultado del sorteo, del listado de los candidatos que se personaron y de los primeros descartes, nos reuníamos en casa e investigábamos. Y mientras cenábamos algo ligero, nos sumergíamos en la bendita red, que llega a parecer el ojo de Dios, y rastreábamos los perfiles de cada uno de los nombres que allí figuraban escritos.

A cuenta de esas horas conectados a Internet puedo decirles que, de cinco de los candidatos, no logramos información alguna: eso significaba que nunca habían aparecido en un trámite administrativo de exposición pública, ganado unas oposiciones o pagado una sanción administrativa. De otro, un hombre de cincuenta y dos años, que aparecía en la lista de beneficiarios del Plan Renove de electrodomésticos de la Dirección General de Industria y Comercio, supimos que contaba con antecedentes penales añejos, pero parecía haber rehecho su vida: se había casado, había tenido tres hijos y trabajaba en una fábrica. Doce de ellos tenían página en Facebook y tres en LinkedIn. Cinco personas estaban afiliadas a partidos políticos (dos al Socialista, dos al Partido Popular y la quinta a Izquierda Unida) y otra había firmado en un manifiesto de indignados.

Solo de la mitad encontramos fotografías. Pero fueron suficientemente ilustrativas para permitirnos cerrar nuestra propia lista de preferencias.

Como decía, la selección comenzó con un poco de retraso por el tema del aire acondicionado. Eso había puesto al magistrado presidente de mal humor. Eso y que la mitad de los convocados habían declinado « la invitación de la justicia » (así lo llamó) y presentado excusas diversas.

Con modales bruscos, ordenó empezar por el estudio de las causas aparentes y de los certificados médicos. En poco más de diez minutos, liquidaron todos. La primera era una señora cuya partida de nacimiento aseguraba que había nacido en 1926. Como superaba la barrera de los sesenta y cinco y además estaba sorda, se la eximió. Las dos siguientes también fueron inmediatas: una mujer primeriza de cuarenta años, embarazada de treinta y siete semanas que argüía que podía ponerse de parto en cualquier momento y que debía acudir con frecuencia al cuarto de baño, por lo que no aguantaría tantas horas sentada; y un hombre de treinta y dos que decía no cumplir los requisitos por padecer un tipo de enfermedad (no entendi de qué enfermedad hablaba) cuyo tratamiento le atontaba impidiéndole hacerse cargo de deliberaciones y argumentos. Tanto este como la mujer embarazada presentaron sendos certificados médicos. La quinta excusa fue la de un joven que había desempeñado funciones de jurado dos años antes.

Las justificaciones de los demás jurados potenciales solo intentaban evitar que les hicieran perder su valioso tiempo asumiendo responsabilidades que, creían, correspondían a otros: « Tengo un negocio que atender, señor juez, y no tengo quien me sustituya », había escrito el primero, con lamentos de cordero

degollado. Tampoco sus vecinos fueron demasiado originales: «Tengo un contrato basura. Si me ausento durante una semana, me ponen de patitas en la calle». «Soy demasiado joven, no sabría qué decir: es mejor que busquen a alguien más experimentado.» «Mi padre está delicado de salud; si le pasa algo, tendré que ausentarme, y les estropearé el veredicto.» «Preparo oposiciones: no puedo dejarlo así como así.»

Todas fueron desestimadas sin discusión y con la misma celeridad que en el caso anterior. Si, según el dictado constitucional, la justicia emana del pueblo, no puede ejercerse sin el pueblo, quiera este o no.

Una vez vistas las excusas, llegó el turno de las recusaciones, algo que las partes pueden hacer sin alegar causa alguna, hasta cuatro por equipo. La fase anterior había sido tan rápida que el magistrado presidente —que seguía de un humor de perros— ni siquiera concedió un receso.

Defensa y acusación empezaron con sus interrogatorios. Sus preguntas eran rebuscadas ni sesudas, pensadas por mentes calenturientas obsesionadas con los detalles sórdidos. Eran, por decirlo de alguna manera, puro sentido común: les preguntaron uno a uno, repetidamente, si tenían opinión formada, favorable o desfavorable, sobre la policía; si contaban con algún familiar que trabajara en alguno de los cuerpos y fuerzas de la seguridad del Estado; si conocían al acusado directa o indirectamente; si habían leído en los periódicos los pormenores del caso y se habían formado una opinión; si se sentían capaces de ofrecer un juicio objetivo y atenerse a las pruebas; si estaban a favor de la legalización del tráfico de drogas o de la anarquía, y cosas por el estilo.

Tras las respuestas, el juez eliminó a dos personas por tener relación directa con la causa (uno había sido detenido por Torino y el otro era primo de un sobrino de su madre) y el fiscal recusó a tres de las cuatro personas que figuraban en la lista negra que nosotros habíamos compuesto. Dejó, sin embargo, a la jurado número dos: una mujer de cuarenta años que había sido inscrita en el Registro Civil con el nombre de Cristina María, aunque prefería que la llamaran Cris. Estaba divorciada dos veces y trabajaba de camarera en un bar. Figuraba como *persona no deseada* porque, cuando Salomé vio sus fotografías en Internet, aseguró que su gesto chulesco (que, sin duda, lo tenía) le resultaba desagradable.

—Parece una puta y Torino es un *chuloputas*. No me gusta la mezcla. Seguro que causa problemas —aseveró con desdén—. Hay que investigarla.

Yo lo que pensé fue que, al menos por su vestimenta, me recordaba a Salomé. Y que era el verse reflejada lo que no le gustaba, aunque ustedes comprenderán que me abstuviera de hacer comentarios.

En el otro extremo de la lista estaba el jurado número nueve, la antítesis de la citada Cris, y uno de nuestros favoritos. La defensa lo miró con malos ojos, pero nada pudo hacer porque había agotado sus recusaciones. El número nueve respondía al nombre de Rodrigo. Había estudiado Derecho pero trabajaba de

financiero en una consultora de nombre británico. En las fotografías colgadas en su perfil de Facebook se había quitado la corbata, pero sus ropas, sus gestos, las fotografías de viajes a destinos exóticos, todos sus movimientos delataban sus orígenes y su presente: olía a banquero, y, por las mismas, solo parecía desear que el juicio acabara cuanto antes.

Yo no supe qué pensar de él, pero a Salomé le fascinó desde el principio.

—¡Él es la clave! —aseguró, con tanta o más contundencia que en el caso anterior—. Esa tal Cris querrá guiar al jurado, y solo Rodrigo puede detenerla. Al fin y al cabo, como abogado es capaz de captar la importancia de determinados hechos.

Bueno, no quiero enrollarme más con este tema. Cuando salimos de la sala aquella mañana, el caso Torino tenía jurado: seis hombres y tres mujeres, entre los titulares, y un hombre y una mujer como suplentes. De los hombres, tres trabajaban establemente y uno estudiaba; dos se hallaban inscritos en el Inem y otro era empresario. Entre las mujeres, dos eran amas de casa y otra profesora jubilada. La cuarta era Cris.

Los norteamericanos, que son los que más han estudiado estas cosas, afirman que los mejores jurados son hombres de mediana edad que ejercen una profesión remunerada. En este caso, las cosas pintaban bien. Pero estaba Cris. Esa mujer cada vez me preocupaba más. Parecía una tía con carácter, capaz de arrastrar al resto hacia sus posturas, y, por lo que percibí, se inclinaba por Torino. Creo que, de haberla visto, cualquiera de ustedes hubiera coincidido con nuestras apreciaciones.

Aunque siempre nos quedaba Rodrigo.

Obviamente, todos juraron o prometieron hacer las cosas como mandaba la ley.

En la puerta de la Audiencia pude comprobar cuánta razón tenía mi amigo, el secretario judicial. La prensa había tomado el lugar. Vi medios locales y nacionales e, incluso, algún foráneo, todos con su acreditación colgada al cuello. Unos dictaban sus crónicas sobre la marcha, sentados en cualquier sitio, tecleando a velocidad de vértigo en sus ordenadores portátiles; otros, más sesudos, o más viejos, iban provistos de pequeñas libretas de espiral. Habían llegado también las camionetas Mercedes, plagadas de cámaras, aparatos electrónicos, cables (¡docenas de cables!) y presentadores de todo tipo menos humildes.

Una joven con cara de supino despiste, y cuya tarjeta de plástico certificaba el periódico al que servía, se me acercó.

—Perdona, ¿trabajas aquí?

—Pues no, pero soy abogado. Si puedo serte de utilidad, a tu servicio...

Se recolocó un par de veces el flequillo antes de contestarme. Una especie de tic.

—¡Ah, muy amable! Lo cierto es que sí. Me han mandado del periódico para seguir dos juicios, el del político y el del asesino, pero mi avión se ha retrasado y he llegado tarde. Es la primera vez que hago esto y me preguntaba si hay algún tablón de anuncios o algo así donde publiquen lo que ha pasado para que nosotros podamos cubrir las noticias...

Eso solo puede ocurrírsele a un periodista. ¡Por Dios, un tablón de anuncios!

—Pues no, esta es una Audiencia Provincial y no hay tablón de anuncios para periodistas. Sé que hay una sala de prensa, pero no puedo darte datos sobre ella. En el juicio por el asesinato, eso sí, puedo decirte, porque salgo de allí, que ya hay jurado y que empiezan a trabajar mañana a las nueve en la sala dos. Del otro no sé nada.

—¿Y sabes si las salas están próximas?

—No tengo ni idea, la verdad. ¿Por qué?

—Pues porque, como tengo que cubrir los dos juicios, tendré que ir de sala en sala. Me temo que, como no las pongan juntas, el trasiego de los becarios pluriempleados como yo va a ser constante. ¡Aunque ya te imaginas qué pasará!

—comentó entre risitas ahogadas. A mí, que no tenía idea de dónde procedía la gracia, me picó la curiosidad.

—¿Qué pasará?

—Pues que en las primeras jornadas todos nosotros iremos a la sala donde se juzgue al político. Pero, en cuanto pase la novedad, y nuestros lectores se aburran de la consabida corrupción, abarrotaremos la del asesinato. ¡No hay nada como un buen crimen! Pena que no sea pasional.

—¡Claro, nada como un buen crimen! —dije como despedida. Paco me hacía señas desde lejos. Estaba en la puerta, por el lado de la calle, con un cigarrillo encendido entre los dedos.

—Efrén, ¿quién era esa tipa?

—Nadie, una periodista. ¿Qué ocurre?

Miró a derecha e izquierda, como si fuera a venderme un peluco robado, y me tendió un folio.

—Tengo la lista de testigos y otros convocados. Échale un vistazo, a ver si hay algo que te llame la atención.

La examiné allí mismo, sobre la marcha, sin recato, y a que, pensara lo que pensara Paco, no hacíamos nada ilegal. El ministerio fiscal había convocado a dieciséis personas: un listado exhaustivo. Amén de los testigos visuales, se citaba a un forense y varios peritos; dos colegas del acusado; especialistas en drogas, tráfico de estupefacientes, videovigilancia, y a otros que en este momento no recuerdo. Por el contrario, el listado de la defensa era tan escueto que solo lo componían tres nombres: los de un psiquiatra, el policía compañero de Torino y un catedrático de Historia Contemporánea.

—Bueno, ¿qué opinas?

Suspiré.

—Pues, a simple vista, diría que el fiscal no quiere dejar ningún cabo suelto. Eso significa que necesita que todos esos testigos certifiquen lo que va a contarles...

Paco me interrumpió.

—Eso es bueno, ¿no?

Me encogí de hombros.

—Depende de cómo se mire. Si tienes un testigo sólido, no necesitas dieciséis... Te lo digo de otro modo: si tuvieran el arma, la lista de testigos sería mucho más escueta.

—¡Pero mira la de la defensa: solo hay tres nombres!

—Sí, eso es lo que me preocupa: la disparidad. Está claro por dónde irán los tiros: habrá una estrategia reactiva, no proactiva. Interpreto que la defensa de Torino está convencida de que el fiscal no logrará probar los hechos, y va a plantear la existencia de una duda razonable.

—Y eso es malo para nosotros.

—Malo, no: peor. En todo caso, confiemos en...

—Si ibas a decir en la justicia, tío, mejor que te calles. Me voy. Quiero dar unas vueltas por ahí, a ver qué se cuentan los colegas. He visto a Torino muy relajado, y eso no me parece lógico.

Con el lio de la selección del jurado, se me ha ido el santo al cielo y no he hablado de los togados. Déjenme que corte otra vez el hilo argumental (espero que sea la última) y les diga cuatro palabras sobre ellos.

Por la cuenta que me trae, empiezo por el fiscal.

Confieso que cuando lo vi por primera vez se me cayó el alma a los pies. Se apellidaba Pérez y su aspecto resultaba tan común como su apellido. Moreno, de pelo lacio, alto y fino como un espárrago, desgarrado y de apariencia aniñada, parecía completamente fuera de contexto. Le hubiera pegado más dejarse perilla y escribir poemas de triste encanto que encerrar criminales. Para empezar, a su toga le faltaba medio metro de tela. Corta, las mangas resultaban tan escasas que se le veían las manos completas, lo cual era un doble problema porque nunca sabía qué hacer con ellas. Sin embargo, con el paso de los minutos, o más bien de los días, fui cambiando mi opinión y caí en la cuenta de que disponía de una fina inteligencia, sentido del humor (otro signo de inteligencia, del que yo carezco), mucho espíritu de sacrificio y una buena intuición. Y, además, no parecía vago. Lo digo por lo que vi el día de la selección del jurado: el tipo había hecho los deberes. Lo sé porque, como dije, nosotros también los habíamos hecho y coincidíamos en todo.

Sé algunas cosas sobre Pérez que me permito compartir con ustedes. Que era gallego se notaba en su acento, aunque intentara sujetarlo. Lo demás me lo sopló uno de los secretarios, compañero de universidad, entre café y café, y delante de una napolitana que comió él y pagué yo y de un vaso grande de zumo de naranja porque el pobre es muy estreñido y se pasa el día persiguiendo a la fruta. Me contó que Pérez era hijo de catedrático de Derecho Civil y de catedrática de Tributario, que tenía una hermana mayor registradora de la propiedad y que él mismo acababa de salir del horno del concurso, primero de su promoción. Un cerebritito con solera, vamos.

Aquel era su primer juicio, lo cual resultaba, a todas luces, una dificultad evidente, pero mi compañero de aulas aseguró que le había oído decir que la única manera en la que estaba dispuesto a terminar aquel juicio era con una condena bajo el brazo. Algo es algo.

El magistrado presidente era otro cantar. Se apellidaba García, y casi mejor que se hubiera llamado Pérez. Era un hombre de mal color, pequeño, con poco pelo y gafas de montura dorada; un tipo nervioso, que se limpiaba permanentemente la frente con un pañuelo, aunque en la sala había aire acondicionado y no hacía calor. Sorprendentemente, a este le bailaba el cuerpo dentro de la enorme toga, especialmente en las mangas. Debieran habérselas cambiado...

Según me dijo mi amigo, el de la napolitana y el zumo de naranja para *ya saben*, cuando tomó posesión de la plaza, García era un tipo normal que, con el tiempo (y una colección de sentencias criticadas hasta por su mujer, fiscal), se había vuelto «extraño», por no decir neurasténico. Tenía un tic en el ojo izquierdo, un movimiento que se exacerbaba cuando debía tomar la palabra. Además, hablaba muy raro. Con frases grandilocuentes, llenas de circunloquios que, procedentes del Quijote, Shakespeare o de algún Manual de Confesores del siglo XVI, carecían completamente de sentido.

Si alguno piensa que estoy cargando las tintas, les aseguro que no exagero. Juzguen ustedes mismos: cuando empezó *la función*, García se dirigió al jurado para darle lo que llamó unas « sencillas instrucciones aclaratorias ». Había escrito un memorándum de seis folios por ambas caras que leyó íntegramente y a toda velocidad. No se le entendió nada. Tanto es así que, cuando preguntó a los jurados si tenían alguna duda, la mujer de más edad del grupo (la jurado número cinco) levantó la mano y le pidió que « repitiera » .

« ¿Qué parte, señora? » , inquirió García, frotándose las manos.

« Desde que dijo buenos días, por favor » , respondió la mujer.

Así era su señoría, el ilustrísimo magistrado presidente.

He dejado para el final hablar de la defensa porque no me hace ninguna gracia. Supongo que se lo imaginarán. Por si no es así, debo advertirles que, conforme a mis peores presentimientos, el bufete de Fulano se había hecho cargo de ella.

Unas semanas antes de que empezara la instrucción, había leído un artículo en uno de los diarios de la provincia donde se informaba de que ese despacho defendería al político local procesado por cohecho que he mencionado anteriormente. Esa información me llenó de tranquilidad. Había seguido de lejos el caso. Se rumoreaba que el político estaba relacionado con un complejo conglomerado de sociedades, con sede en paraísos fiscales, que obtenía pingües beneficios de concursos amañados. Ante un caso así, Fulano iba a necesitar muchas manos: una buena colección de asociados, doce horas al día, siete días por semana. Aun cuando había llevado anteriormente otras causas por corrupción, malversación o blanqueo, esta las superaba a todas en complicación, extensión, profundidad e impacto mediático. De ganar, se convertiría en el abogado de moda, no solo en nuestra comunidad, sino en todo el país. Supuse por

ello que Fulano se concentraría en ese caso y evitaría defender a un policía de tres al cuarto.

Pero, como la paloma de Alberti, me equivocaba. La fuerza del dinero puede ser inmensa. El bufete Fulano & sons era caro pero Torino disponía de dinero para costeárselo (nuestro dinero; o el dinero de Igor, si prefieren) y, sin duda, en materia penal la habilidad de Fulano era notable.

Como adivinarán, se me revolvió el estómago.

En un preciso instante, cuando empezó la selección del jurado, mi antiguo jefe giró la cabeza y miró hacia el fondo de la sala, donde me hallaba sentado junto a Salomé. Como he adelgazado bastante, a primera vista no me reconoció. Después, sí. Apretó los dientes y en un gesto que solo yo percibí me despreció. Parecía querer decirme que iba a tomarse la revancha y a acabar conmigo de una vez por todas. Supuse que el inspector Torino le había puesto en antecedentes. Era muy probable que no le hubiera contado toda la verdad, pero también entraba dentro de lo razonable que se hubiera justificado diciendo que le habíamos tendido una trampa, como así era. Fulano es suficientemente listo (o suficientemente experimentado) para no indagar sobre los porqués.

En cuanto vi su nombre en los papeles, me encaré con Paco.

—Tío, quiero que cuentes de una vez por todas qué fue lo que descubriste sobre Fulano y mi padre.

—No.

—¿Cómo que no? ¡Te pago por ello!

—Todavía no me has pagado. Pero no es por eso. Mira, sé que para ti esto es algo personal. Confieso que lo que he hallado es algo serio, pero es circunstancial. Me refiero a que no me parece justo machacar a un hombre por un error intrascendente de hace mil años.

—Si es intrascendente, no entiendo por qué no me lo cuentas.

—Porque tenemos un juicio entre manos, y no quiero que la jodas por una *vendetta* personal. Ya sabes lo que nos jugamos con esto.

—¡Vaya, ahora al caballero le da por la ética! ¡Pues podías haberlo pensado antes de sembrar la casa de Torino de pruebas falsas! —rezongué irritado.

No sé para qué; pese a mis protestas, no logré sacarle ni un detalle, algo que me produjo una enorme frustración. Ver su imagen de ganador por goleada me levantaba dolor de estómago. Aseado, como siempre, pese a su cabeza cada vez más monda, exudaba prosperidad, éxito; lozanía madura. Y cuando me miró y me dejó clara su mezquina condescendencia, me di cuenta de que le odiaba con todas mis fuerzas. Y que si Lupo acababa entre rejas, me alegraría doblemente.

La sala de un juicio es un lugar deprimente.

Quizás no lo sean todas, quizás solo la número dos de nuestra Audiencia Provincial, pero esa fue mi sensación al ver aquellas sillas escasamente aceptables arracimadas en sectores, como guetos, y el micrófono plateado en medio, tan solitario como uno de esos cardos esbeltos que se yerguen en la vera de los campos de colza. Lejos de arreglarlo, el olor a jabón desinfectante que ondeaba desde la entrada de la sala no hacía sino empeorar la imagen global. Sin embargo, lo que iba a acontecer en su interior era de tal suerte importante que pronto se me olvidarían esos otros detalles.

El día en cuestión amaneció espléndido. Soleado, pero con una brisa fresquita que lograría mitigar el calor de la estación: estrenábamos mayo. Me desperté casi de madrugada. Desayuné una tostada integral con un café con leche desnatada y aguado (« La leche es veneno », suele decirme mi dietista *online*. « ¿Conoces algún animal que tome leche después de destetado? ») y me entretuve leyendo los diarios en Internet. En cuanto el reloj alcanzó una hora decente, me fui caminando hasta la Audiencia. Ya teníamos jurado: el juicio entraba, por fin, en la fase interesante y no quería perderme un detalle.

Tardé más de lo previsto en entrar en el edificio. El escáner se había averiado y había una larga cola de periodistas acreditados ante el control de seguridad. El funcionario responsable debía de tener por máxima la inmutabilidad, y se tomaba su tarea con la misma calma que si no hubiera aglomeración.

Cuando por fin alcancé mi destino, me encontré con que la sala tenía las puertas abiertas de par en par. Eché un vistazo antes de atreverme a entrar porque habitualmente es el magistrado el que da el pistoletazo de salida. Sin embargo, ruidos y conversaciones caldeaban ya el interior. Asomé la cabeza. Mucha gente no había, media docena de personas a lo sumo. Miré a derecha e izquierda. Como nadie me detuvo, avancé.

Igual que en los días previos, cuando aún la sala no estaba preparada para la función definitiva, me dirigí a la última fila. Pero alguien se había afanado mi sitio. Lo primero que sentí fue indignación, una indignación que contuve con grandes esfuerzos porque aquello era un hurto en toda regla. ¿No era de mala

leche que, habiendo tantas sillas vacías, todas igual de incómodas, aquella mujer fuera a ocupar precisamente la mía? ¡El día anterior me había pasado largas horas intentando acomodar mi culo en ella!

De inmediato, se impuso la prudencia. Por muy hombre de costumbres que sea, aquel no era *mi* sitio: no pasaba de ser uno de los muchos asientos de plástico negro mate colocados en aquella sala estrecha y larga que olía a lejía con limón. Además, y aunque ignoraba por qué lo había ocupado, la probabilidad de que fuera para fastidiarme era casi nula. Aunque, claro, la prudencia, por definición, se encuentra en el término medio. No iba a echarla a patadas, pero tampoco permitir que me arrinconara y luego me robara. Me acerqué hasta allí dispuesto a reconquistar educadamente mis antiguas posesiones y, entonces, cuando estaba a un solo paso del enemigo, me dio un vahído, uno muy fuerte; vamos, que me invadió un terrible y hasta entonces desconocido vértigo: la *okupa* era una verdadera preciosidad.

Me quedé petrificado ante ella y la contemplé estupefacto. Leía un libro muy gordo. Parecía un tratado sobre algo; por lo repulsivo de los dibujos que alcancé a ver, era de Medicina. Levantó la vista y esbozó una sonrisa. ¡Válgame Dios, todo en ella era admirable!

—Perdona, ¿necesitas algo? —me dijo con desparpajo, uno encantador.

Porque, como seguro saben, hay desparpajos y desparpajos. Uno es el de Salomé, apoyado en prótesis de silicona y faldas cinturón. Otro es el del deslenguado con gracia hiriente (de esos había varios en el despacho de Fulano) y otro era el suyo: la desenvoltura de quien no se arredra ante las circunstancias, que sale de las situaciones azarosas esbozando una sonrisa y preguntando lo que, por obvio, nadie se atreve a mencionar.

Desperté del ensueño y me comporté incluso más torpe e inseguro de lo habitual. Es decir, que, sin pronunciar palabra, me coloqué a su derecha, en la silla contigua. No había empezado con buen pie, pero ella no pareció notarlo.

—A mí también me gusta la última fila: se ve todo y nadie te mira —aseveró, mientras cerraba el manual. *Práctica forense*, rezaba la carátula—. ¿Defensa o acusación?

—Abogado —respondí.

—¡Ah!

A su expresión, que sonó decepcionada, le siguió un instante de silencio hostil, como si dudara si debía o no dar el siguiente paso. Afortunadamente para mí, lo dio. Tras tamborilear un par de veces con los dedos sobre la tapa del manual, se presentó:

—Yo soy médico forense. Como quien dice, acabo de sacar plaza. Solo llevo once meses en esta ciudad y, fíjate por dónde, en mi primera semana, ya tengo un cadáver sobre la mesa. Gracias a Dios, solo soy la segunda de a bordo... ¡Perdón, qué torpe: ni siquiera me he presentado! —Se giró hacia mí y me tendió

una mano pequeña, infantil, en la que lucía un inmenso anillo de colores vivos, tejido con abalorios minúsculos. Su apretón fue fuerte y amistoso—: Chantal Uriztebarrena...

Rompí a reír en cuanto vio mi cara de perplejidad. Aquello era para nota: ¿lo llevaría apuntado, haría ensayos ante el espejo para pronunciarlo todo seguido?

—¡Le pasa a todo el mundo! —explicó—. Menos mal que no me han llamado al estrado. Al pobre fiscal se le hubiera trabado la lengua. Como habrás podido imaginar, vengo del norte. Todo el mundo me llama por mi nombre, Chantal, o emplean mi segundo apellido: doctora Dupont.

—¿Bilbaina? —especulé.

Sonrí pero respondió saliéndose por la tangente.

—Mi madre es francesa, de ahí el nombre —aclaró.

Los de Bilbao (como también los de Donosti) dicen enseguida que lo son, como si sus gentilicios equivalieran a alguna suerte de título nobiliario. Sin embargo, aquella chica de apellido impronunciable guardó silencio, prueba de que contaba con un secreto no apto para recién llegados, algo que me llenó de gozo e incrementó a mis ojos varios enteros su valor.

—Y tú, ¿tienes apellido?

Esta vez fui yo el que sonrió. Chantal tiene ese don: sacar de ti tu mejor sonrisa.

—¡Tal para cual! Yo me apellido Porcina. Efrén Porcina.

No podía parar de reír. Se retorció en la silla negra, mientras las lágrimas se le escapaban por las esquinas de sus ojos oblicuos color Coca-Cola zero.

—¡Menos mal que solo estás un poco gordito: si no todo el mundo haría chistes con tu apellido! —concluyó entre hipos.

« Un poco gordito.»

Al escuchar esa frase sentí cómo mis noventa y ocho kilos (¡sí, ya he pasado a las dos cifras!) entraban en el paraíso. Jamás nadie me había hecho un cumplido tan maravilloso. De haberme confundido con Brad Pitt o con Tom Cruise no me hubiera sentido mejor. Pero cuando estaba a punto de alcanzar el éxtasis, cuando ya la miel se deshacía en mis labios, llegó Salomé y lo fastidió.

En cuanto tuve delante su minúsculo vestido negro de tirantes, sus tacones, sus largos pendientes de color turquesa y su moño alto, se me cayeron definitivamente las legañas de los ojos. Fue en ese preciso instante cuando supe que había cometido un error imperdonable, un error de bulto. Y me pareció mentira que hubiera tardado tanto tiempo en darme cuenta de que Romani y asociados no era mi vida, solo mi trabajo. Y, por las mismas, que Salomé no era tanto mi tabla de salvación cuanto un apaño. Y, mirando a Chantal de reojo, comprendí que una comida caliente, un par de tetas y un poco de cariño no bastaban. Que podía vivir, que había vida fuera del cuatro duplicado y de Romani

y asociados.

—Buenos días, cariño, ¿quién es tu amiga? —me interpeló con tono desdeñoso.

Con disgusto en la voz (nunca antes me había llamado así), hice las presentaciones.

—Chantal, ella es Salomé: mi secretaria. Chantal es médico forense.

—¡Secretaria y socia, no te vayas a pensar! —me reprochó—. Encantada de conocerte. ¿Sabes que le has quitado el sitio? Efrén es como los viejos, animal de costumbres: una vez que escoge un sitio, siempre se sienta en el mismo lugar.

Le hubiera retorcido el pescuezo en aquel mismo instante.

Digna de encomio, Chantal hizo ademán de levantarse, solo ademán. Porque le costaba y porque no le permití acabar el movimiento. Le sujeté la mano y pronuncié alguna de esas frases hechas: «De ninguna manera», o algo así. Su crema de manos desprendía un olor dulzón. Y, por si alguno se ha quedado intrigado, diré que si le cuesta levantarse no es porque padezca algún tipo de discapacidad. Lo que ocurre es que Chantal es bajita, tanto que, cuando se sienta, los pies no le llegan al suelo. Los balancea como los niños en los pupitres de los colegios. Calculo que no pasará de metro y medio, y eso siendo generoso. Sin embargo, todo en su cuerpo resulta dulcemente proporcionado. Es una estatura perfecta para ella, que la convierte en una especie de diosa pecosa, comprimida, sin defectos ni entresijos, con una sonrisa perfecta, una mirada limpia y un precioso pelo oscuro cortado a lo Nefertiti.

En el pequeño forcejeo, la chaqueta, colgada en el respaldo de la silla, cayó al suelo. Era la pieza que completaba el juego de un conjunto rojo con un ribete negro con el que iba vestida. Me levanté para recogerla, pero antes de hacerlo me entró la curiosidad y eché un vistazo a la etiqueta. Quería saber cuál era su talla.

Me llevé una sorpresa mayúscula: talla 12. Zara júnior.

¡Vestía ropa de niña!

El mazo del presidente indicó que la función comenzaba y que debía concentrarme en el juicio.

Mientras, distraído, conversaba con las dos mujeres, la sala se había ido nutriendo, de modo que cuando levanté la vista me sorprendió constatar qué pocas sillas libres quedaban.

El juicio había suscitado mucho interés y una multitud heterogénea anidaba en la tribuna del público: abogados que no cabían en la tribuna de la defensa; estudiantes de Derecho que aprovechaban la ocasión de presenciar en directo un juicio con jurado y alumnos del instituto cercano que habían hecho novillos. Por supuesto, allí estaban los chicos de la prensa, que, ocupando las primeras filas, tomaban nota en sus libretas de espiral o en sus iPads, y los curiosos que siempre aparecen en estos sitios. Los había de todas las edades, pero la mayoría tenían aspecto de jubilados. Llegué a ver a una señora oronda de cabellos plateados tirando a azul que, en medio de uno de los testimonios, sacó su ganchillo y se puso a tejer. Me recordó, siquiera ligeramente, a mi abuela paterna, que cuando iba a la peluquería traía siempre el cabello de ese tono.

No puedo olvidar, naturalmente, la presencia de los circunspectos compañeros y jefes de Torino. Desconozco si su presencia respondía al deseo de ser testigos directos de su caída o estaban allí para celebrar con él el veredicto de inculpabilidad. En atención a lo que Paco nos había revelado, lo más probable es que hubiera una mezcla entre los que le odiaban y los que le admiraban.

Como digo, había mucha gente y, por tanto, bastante ruido. El bullicio que reinaba en la sala no era tan escandaloso como el de una cafetería en la tarde de un sábado de primeros de mes, pero tampoco era lo contenido que se espera en un tribunal de justicia. Digamos que a la espera de la llegada de los letrados, cada uno se entretenía como mejor podía, la mayor de las veces departiendo con los vecinos sobre las cuestiones más peregrinas.

Sin embargo, de pronto, y como si el fantasma de la víctima hubiera hecho acto de presencia, la sala se inundó de silencio. Ocurrió justo cuando un hombre trajeado y enjuto, con un brazalete rojo con estrellas amarillas en el brazo, ingresó en el lugar. No era joven, pero tenía el pelo muy negro, pegado al cráneo casi con pegamento. Marchaba como si participara en un desfile militar: los brazos pegados al cuerpo, la cabeza erguida, levantando mucho los tobillos al

andar. Solo le faltaba portar un rifle QBZ-95. Tras él, pero a un metro de distancia, caminaba una mujer pequeña y bastante delgada. Llevaba la cabeza gacha y avanzaba con pasos muy cortos. Vestía un traje pantalón de algodón azul con manga larga, que si no se remontaba a la época de Mao se le parecía mucho, y sandalias en los pies. El hombre se detuvo en medio de la sala y miró a la zona destinada al público. En la primera fila quedaban tres sillas vacías. Con una ligera indicación de la mano, ordenó a la mujer que se sentara. Ella obedeció de inmediato. Tras ello, colocó su cartera en la tercera silla, dando a entender que no le agradaba la compañía.

Fue Chantal la que me desveló su identidad. Hasta ese momento, no se me había ocurrido.

—Debe de ser la madre del fallecido. ¡Pobrecilla, lo tiene que estar pasando fatal! —susurró. Afloró en su voz un tono compasivo que se deshizo en el mismo instante en que empezó a juzgar al hombre que se sentaba junto a ella—. Y el otro tiene pinta de ser el enviado del partido. Alguien de la Embajada: agregados culturales los llaman... ¡Ja, culturales! ¿Os habéis dado cuenta de cómo la trata? En China, las mujeres valen menos que los perros. ¡Es una auténtica vergüenza!

Tras escuchar sus palabras, me fijé detenidamente en la supuesta madre. Se peinaba con raya al medio y llevaba el pelo, ligeramente plateado, recogido en un moño bajo, rodeado por una redecilla negra. Desconozco si aquella mujer había sido razonablemente guapa cuando era joven. En aquel momento parecía una anciana, prematura a tenor de la edad de su hijo. Su tosca apariencia; su actitud sumisa, casi rendida; sus profundas arrugas y unos ojos tan rasgados que no sé cómo conseguía ver lo que la rodeaba, la hacían parecer insignificante.

Durante algunas de las tediosas declaraciones, o en las peroratas del magistrado presidente (demasiado amigo del micrófono), me dediqué a observarla. En la sala no había otras mujeres de su nacionalidad, de modo que no podía comparar, pero he leído que las madres chinas tienen merecida fama de gritonas y malhumoradas. Sin embargo, aquella menuda mujer parecía contar con un carácter tranquilo. No expresaba júbilo ni dolor. Se mostraba tan insensible a los estímulos del entorno como el hombre enviado por la Embajada. Este acudió ese día y el último, aquella no se perdió una sesión del juicio, aunque dudo que comprendieran algo de lo que allí acontecía. Al finalizar una de las jornadas, no recuerdo cuál, crucé la vista con ella un breve instante. En su rostro, por otro lado inexpresivo como una esfinge, solo sus ojos la delataban. Brillaban; un brillo contenido, sin lágrimas ni lamento, entregados a un silencio callado, a lo comunista.

Tras el minúsculo paréntesis proporcionado por la entrada de los dos ciudadanos chinos, los pobladores de la sala número dos volvieron a sus pretéritas conversaciones. Yo no pude decir palabra. Hasta aquel momento, no había pensado en Black como el hijo de alguien. En realidad, para mí no era más que la

encarnación de una amenaza a quien un policía corrupto había despachado de tres disparos a quemarropa. No se me había pasado por la cabeza que, como todos nosotros, Qiu tuviera familia, ilusiones, pasado y futuro; tampoco que enviara parte del producto de sus robos, amenazas o tráfico de estupefacientes a su familia necesitada.

Después supe que su madre se llamaba Yan Guo, que significa algo así como *golondrina del reino* (en China todos los nombres significan algo), y procedía de la ciudad de Wenzhou, una localidad portuaria con una población cercana a los dos millones de habitantes, en el sur de la provincia de Zhejiang. La ciudad es famosa por su industria óptica (exporta cerca de cien millones de gafas de sol anualmente), sus textiles y su calzado, pero también por ser el trampolín de salida de los ciudadanos sin nombre ni documentos que viajan hacia Europa. Como tantos otros, Qiu había dejado allí a su madre, a su abuela y al resto de sus parientes. Residían en una habitación de un patio de casas, oculto tras un viejo portón de madera, en una de las callejuelas del centro, junto al mercado de verduras, gracias a las remesas que él les enviaba. La orgullosa madre podía decir que Xiao Qiu^[1] era todo un héroe: gracias a él comían a diario.

Yan Guo fue mencionada una sola vez a lo largo de aquella larga semana, cuando el secretario judicial dio lectura a los escritos y explicó que, en concepto de responsabilidad civil, se pedía que el acusado indemnizara a la madre del asesinado con la cantidad de ciento cincuenta mil euros. No es ninguna minucia. No lo es para nadie, pero menos para una mujer de campo que sobrevive en alguna callejuela de una ciudad portuaria. Por cierto que a ninguno de los once jurados ni a los miembros de la prensa ni a otros de los presentes que se sentaban en nuestro gueto de sillas negras les pareció que aquella mujer revistiera interés. El fiscal le dio la mano el primer día y luego también la olvidó. En un buen crimen (hubiera razonado la avezada periodista), la madre sobra. ¡Qué pena que no hubiera algo verdaderamente pasional!

Y ahora que menciono al jurado, me doy cuenta, perdonen mi torpeza, de que he olvidado contar que los acomodaron en la parte derecha de la sala, en unas sillas de madera tapizada con bastante mejor pinta que las nuestras, cobijados por una especie de parapeto de madera que olía a improvisado. En sus caras, reunidas por primera vez aquella mañana, se veían palpar historias muy distintas. Entre el gesto estoico del financiero y la emoción contenida de la jurado número cinco (la mujer mayor que había pedido al presidente que «repitiera» sus explicaciones, que, por primera vez en su vida, sentía la responsabilidad de tomar decisiones sobre algo que no fuera la comida del día), se alternaban la aparente indiferencia del número seis o la curiosidad, la apatía o la rabia del resto.

Por cierto que todas las mujeres, sin excepción, habían acudido a la peluquería, señal de que se sabían el centro de todas las miradas, algo que podía

ser bueno o malo, según se desarrollaran los acontecimientos. En aquel momento, no lo tenía claro.

Se lo pregunté a Paco, que acababa de llegar, pero él tampoco supo darme razón.

La aparición del inspector Rafael Torino en la sala motivó una larga colección de exclamaciones del público. Los jurados, que habían sido aleccionados al respecto, vestidos de objetividad, se abstuvieron de hacer comentarios sonoros, y satisficieron su curiosidad en silencio y cada cual a su modo. La mayoría lo hacía de reojo, los ojos pululando como insectos por la sala, dirigiendo las miradas alternativamente a las partes, sin atreverse a posarse en nadie concreto. Pero había dos salvedades: Cris, la jurado número dos, y Rodrigo, el financiero. Me fijé en cómo los ojos descarados de la mujer se dirigieron al acusado en cuanto se sentó y que Torino, lejos de evitarlo, le mantenía la mirada y sonreía. ¡Aquellos dos estaban coqueteando! Es más, por un instante especulé con que se conocieran. Y me pareció tan posible que me acerqué a Paco.

—Deberíamos investigar a esa tía, ¿no crees? Porque sería una mala noticia, muy mala, que Salomé tuviera razón.

—Lo haré. Aunque no será fácil. Trabaja de camarera en un antro de los peores. En esos sitios, nadie habla.

Salomé se sumó a la conversación. Permaneció con la vista puesta en el testigo, pero se inclinó un poco hacia Paco y añadió:

—Comprueba su cuenta corriente. Si hay unos cientos o un par de miles de euros de más es que se conocen. Torino es de los que la tienen pequeña. Necesita pistola o cartera. Y esa chica parece más inclinada por la cartera. ¡Mira, mi Rodrigo también ha captado los gestos!

En efecto, el financiero miraba alternativamente a su colega de bancada y a Torino. Yo también miré a este último. Lo hice con descaro; total, ¿quién iba a recriminármelo? Aparentemente, no era más que otro curioso sentado entre un público sembrado de curiosos.

El inspector se había afeitado con profundidad y cortado el pelo al estilo tradicional. El pendiente definitivamente había desaparecido de su oreja. El traje gris marengo, tengo que admitirlo, le sentaba que ni pintado. Habían pensado en todo. La camisa blanca escondía convenientemente el espeso vello de brazos y pecho, de donde procedía su apodo, ya que, por lo general, los velludos esconden un punto siniestro. Una corbata discreta, azul marino, completaba el atuendo

haciéndole desprender el aire muelle de los ejecutivos de empresa familiar. A la luz de los focos, aquel disfraz, esmeradamente preparado, le hacía parecer virtuoso en vez de innoble; un cordero en lugar del lobo que era.

Dejó de observarlo cuando el magistrado presidente tomó la palabra. Su señoría (esta vez con fortuna) dio la enhorabuena a los jurados por su elección y les explicó el desarrollo normal de un juicio. Señaló que la secretaria judicial daría lectura al acta con los escritos de calificación y que luego el ministerio fiscal y la defensa, por este orden, explicarían su apreciación de los hechos y las razones por las que pedían determinadas pruebas o llamaban a determinados testigos. Insistió tres veces en que, de momento, no había ningún culpable, porque regía la presunción de inocencia. Por si no sabían qué significaba lo explicó.

Tres veces.

La secretaria judicial se acercó al micrófono y con voz monocorde dio comienzo a la lectura. Cuando se quitó las gafas, dando por concluida su labor, una mujer se abrió paso, medio a empujones, entre el público. La policía intentó detenerla, pero ir medio vestida (o medio desnuda) en un tribunal de justicia no era suficiente motivo para ponerle la mano encima. Lupo se giró al escuchar la voz, de fuerte acento de Europa del Este.

—¡Me alegro de que te trincaran, cabrón! Me alegro por mí y por todas las compañeras a las que llevas años vejando aferrado a tu placa. Te has aprovechado de todas nosotras, nos has robado, violado y vendido drogas. Ahora ha llegado tu turno: ¡jódete! Si quiere usted, señoría juez, que contemos al jurado lo que este hijo de puta nos ha hecho pasar durante años, yo me ofrezco voluntaria. Estoy dispuesta a jurar sobre la Biblia y todo eso...

Fulano, instintivamente, se llevó el dedo índice a los labios, como pidiendo silencio. Después, protestó con brío. El magistrado presidente puso orden de inmediato, se secó la frente varias veces con su pañuelo arrugado y pidió al alguacil que sacara a la mujer de la sala, pero cuando dijo al jurado que no debía dejarse influir por los comentarios de aquella señora, su voz sonó divertida. La susodicha se marchó muy digna, con la espalda erguida y los pechos al viento, a lo Agustina de Aragón. Al llegar a la puerta, se volvió y sonrió. Miré a Paco y supe de inmediato que esa sonrisa le iba dirigida.

«¡Bravo, socio!», pensé. Diga lo que diga su señoría, nadie olvida lo que ha oído. Y, aunque no fuera una actuación capaz de decantar la culpabilidad o inocencia del acusado, reducía necesariamente su credibilidad. Lo que, en última instancia, podía decantar a un jurado indeciso.

Miré a la jurado número dos: Cris estaba muy seria. Los demás sonreían con malicia.

El presidente, nervioso como una rata enjaulada, ordenó silencio y aseguró que esas cosas no iban a volver a pasar. En su sala no. Y, sin más interrupciones, se caló las gafas, repitió la bienvenida y dedicó al jurado un discurso

lacrimógeno sobre la honestidad, la valentía, la sinceridad y el sentido profundo de la justicia. Lo llevaba escrito, pero eso no lo mejoraba: era malo a rabiar, tanto que hasta él se dio cuenta y, dejándolo a medias, cambió de tercio.

—Supongo que todos ustedes son propietarios de un teléfono móvil. Yo también. Pero en la sala debemos mantenerlos apagados. No es suficiente con silenciarlo: hay que desconectarlo, y este es un buen momento para hacerlo. Si quieren salir de la sala, en la medida de lo posible, y siempre que no sea estrictamente necesario, agradecería que esperaran a que hubiese un receso, o a los pequeños intervalos entre un testigo y otro, porque si no esto es un jaleo... Y hechas estas precisiones, daremos paso a las exposiciones iniciales.

El fiscal Pérez no sonreía cuando se levantó para dirigirse al jurado; sin embargo, había algo en su gesto añorado que te hacía sentirle cercano, confiable. Se estiró las mangas lo mejor que pudo, se recolocó el flequillo y comenzó:

—Con la venia. Ilustrísimo señor presidente... Miembros del jurado: les corresponde a ustedes decidir el futuro inmediato de Rafael Torino, inspector jefe de la sección 2B del grupo de estupefacientes de la policía nacional, persona conocida y respetada en esta comunidad. Se le acusa de haber cometido delitos muy graves, entre ellos uno capital: haber asesinado a un semejante — argumentó—. Es una misión importante y delicada la que se les encomienda. Sin embargo, esta responsabilidad no debe asustarles. No se les exige que se metan en su mente ni que calibren sus virtudes, ni por supuesto que se aprendan de memoria el Código Penal o la Ley de Enjuiciamiento Criminal. Únicamente se les pedirá que juzguen con recta razón y sentido común los hechos, según las pruebas que van a aportarse en este juicio. Para ello, haremos venir a algunas personas, con la esperanza de que sus testimonios nos aclaren extremos que podrían resultar oscuros. Ustedes, por escrito, tendrán también posibilidad de formular sus preguntas.

» Me gustaría comenzar esta exposición inicial resumiendo los hechos que se van a juzgar en esta sala, según la visión de esta fiscalía.

» La secuencia de los mismos es la siguiente:

» El día 27 de junio, a las dos cincuenta de la madrugada, una dotación de la policía municipal se personó en el número seis de la calle PPP de esta localidad, en respuesta a una llamada de socorro de una vecina. Una vez allí, los dos agentes de uniforme entraron en el bajo derecha, cuya puerta presentaba evidencias de haber sido forzada, y hallaron el cuerpo sin vida del ciudadano de origen chino Qiu Liu en medio de un gran desorden. Le habían pegado tres tiros, dos en el pecho y otro en la frente. Dos cámaras de seguridad, una de un cajero automático y otra de una joyería, sitas en los edificios colindantes, sitúan inequívocamente al acusado en la escena del crimen y en el periodo temporal en que los forenses estiman su muerte. Ante tal evidencia, fue interrogado en dependencias policiales.

» En esa su primera declaración, el acusado aseguró haber acudido a ese domicilio por razón de su trabajo. Dijo haber tenido noticia, a través de un confidente, de que el finado traficaba con drogas de diseño, tipo de estupefacientes que caían dentro de su competencia. Que acudiera solo y a altas horas, violando el protocolo interno, no pudo explicarlo y, la verdad, conociendo el funcionamiento de la policía, resulta bastante sospechoso.

» Cinco días después, la unidad de investigación interna de la policía nacional, que seguía sus pasos desde hacía semanas, recibió una llamada anónima en la que se les informaba de que el inspector Torino, tras asesinar a Liu, se había apropiado de « ciertas mercancías » propiedad del difunto. Tras obtener la orden judicial pertinente, los agentes se personaron en el domicilio del acusado. En efecto, en el registro hallaron medio millón de euros en efectivo, en billetes pequeños, y se incautaron de cinco mil pastillas de una variante de la droga conocida como 2CB. También cogieron de su armario la ropa que vestía el día de autos para ser enviada al laboratorio para su posterior análisis. Los indicios de huellas y restos de sangre hallados en esas prendas y en la bolsa de las drogas permitieron abrir un proceso y, porque era sólido, hoy estamos aquí.

» Citaremos a una vecina del finado que nos informará de los gritos de auxilio del señor Liu y de las amenazas pronunciadas por el acusado. Los peritos le situarán sin género de duda en el lugar. Otros testigos nos narrarán la naturaleza violenta y la actitud antiética del acusado. Trataremos de demostrar más allá de la duda razonable que, en casa del fallecido, en un momento de la discusión, el acusado sacó un arma huérfana (es decir, no fichada por la policía) y, a bocajarro, pegó tres tiros al señor Liu, dejándolo muerto en el acto. El ministerio fiscal entiende que el móvil principal de este atroz asesinato (incomprensible como todos los crímenes) fue el robo, ya que se encontraron huellas del fallecido en la bolsa que contenía las drogas localizadas en la casa del acusado.

» En el registro citado, se encontraron también dos armas no declaradas. Con ninguna de ellas se hicieron los disparos que mataron a Liu. De hecho, el arma en cuestión no ha aparecido. Sin embargo, creemos poseer suficientes pruebas que apuntan a Torino como el asesino de Liu, además de un policía corrupto, que trafica con drogas y blanquea dinero.

» A nuestro juicio, lo descrito es una actitud delictiva con toda suerte de agravantes: alevosía, nocturnidad, precio, ensañamiento... Les mostraremos suficientes pruebas y testimonios para pedirles que entreguen un veredicto de culpabilidad. No obstante, antes de eso permítanme que regrese a lo que les manifesté cuando comencé esta exposición. A lo largo de estos días, van a escuchar muchas cosas buenas acerca del acusado Torino y algunas afirmaciones funestas sobre el fallecido Liu, quien, no debemos ignorarlo, era un narcotraficante de origen extranjero asentado ilegalmente en nuestro país. Pero no se equivoquen: no juzgamos al señor Liu, sino las acciones delictivas del señor

Torino, que usó su autoridad para buscar dinero y drogas, robarlas y matar al camello que podía denunciarle.

» El acusado es un veterano inspector de policía que ha recibido una condecoración, lo cual está muy bien, pero no le juzgan por su valor o comportamientos pasados, sino por extralimitarse, corromperse y asesinar a sangre fría a una persona. Que sea policía, incluso un buen policía, nada nos dice acerca de su inocencia o culpabilidad, como tampoco acerca de su bondad o maldad. Ustedes deben atenerse a las pruebas que aquí se presenten. Deben ser objetivos: las sospechas nos han llevado a este juicio, pero el veredicto nos lo darán las pruebas, y en este caso son contundentes. ¿Medio millón de euros, una bolsa llena de huellas del fallecido y dos pistolas sin declarar son suficientemente contundentes para ustedes? Porque eso fue lo que Torino robó en el domicilio de Liu, y, de paso, lo mató para que no pudiera hablar de nada. Por ejemplo de las drogas... ¿Para qué quiere cinco mil pastillas de 2CB un agente antidroga si no es para traficar con ellas?

» Una última cuestión. Esta fiscalía conoce, respeta y admira el trabajo desempeñado por los cuerpos y fuerzas de seguridad del Estado, y en concreto el llevado a cabo por la policía, muchas veces en circunstancias difíciles y con medios muy escasos. Estamos convencidos de que, sin ellos, la justicia no podría prosperar. Deben comprender que hoy no juzgamos a ese cuerpo sino a una manzana podrida. Porque no hay peor delincuente que un policía corrupto. Su actitud, su abuso de autoridad, su avaricia denigran a su cuerpo; denigran a su país; nos denigran a todos los que creemos que unas instituciones fuertes y honestas son un pilar fundamental para la convivencia pacífica. Por eso, y porque hablamos de una vida humana, lo más sagrado de lo que podemos hablar, les pediré un castigo ejemplar. Eso es todo.

—¿Ha concluido, señor fiscal? —se interesó el magistrado presidente.

—Sí, señoría.

—Entonces, haremos un receso de diez minutos y continuaremos con la exposición de la defensa.

Antes de que pudiera darme cuenta, me había quedado solo en la última fila. Chantal, Salomé y Paco se habían marchado. Huido, más bien. Yo me quedé quieto porque no quería perder el sitio otra vez. La madre de Qiu tampoco se movió, aunque su acompañante se ausentó y no regresó hasta que el magistrado presidente y sus tics dieron por concluido el juicio.

Reconozco que es una tontería, pero, en aquel corto receso, llegué a sentirme culpable. Técnicamente, nosotros no habíamos matado a su hijo, únicamente engañamos a Torino. ¿Quién iba a suponer que el muy bestia fuera a su casa y lo matara, como quien caza a un ciervo? Definitivamente, no habíamos apretado el gatillo pero, si no hubiéramos llamado a Torino aquella tarde, él seguiría vivo y nosotros estaríamos muertos.

—No has salido. ¿Acaso es por el sitio numerado? —preguntó Chantal al regresar, partida de risa.

Sonreí y me encogí de hombros.

Era el turno de la defensa.

No me pilló por sorpresa. Lo había presenciado con anterioridad: Fulano de Tal es un maestro de la escena, un prestidigitador. Modula la voz como si fuera un predicador. Se muestra altivo cuando hace falta y cercano cuando no queda otro remedio. Sabe hacer llorar y sabe enfadar a la gente, llenarla de ira hasta que execra el veredicto esperado. Es, en suma, un hombre al que disgusta tanto perder que hace lo necesario para obtener una victoria.

El alegato inicial era suyo. Luego, ya encauzado, dejaría el juicio en manos de sus hijos y de los asociados que hubiera destinado. Pero mientras llegaba ese momento, era la estrella alrededor de la cual todos orbitaban.

Se puso en pie y se ajustó pausadamente la cinta de su impecable toga: ni corta ni larga, en su justa medida, como el terciopelo de su delantera. Luego, pidió permiso para acercarse al jurado, que el presidente, tras un instante de duda, le concedió de inmediato. El fiscal había hablado desde su mesa. Con la primera victoria en el bolsillo, sonrió con esa sonrisa cautivadora que tan bien conozco.

—Con la venia. Señoría, señores jurados: de todo lo dicho por el *joven* fiscal, hay solo una cosa cierta —sentenció. Todos notamos cómo se detenía en el adjetivo. Llamar a alguien *joven* en aquel contexto equivalía a despreciarle por inexperto—. Pero el ministerio público tiene razón en ella y yo quiero ser justo y reconocérselo. Hablo de la delicadeza de su misión. En efecto, su misión es delicada. Por ello, ambos, acusación y defensa, les rogamos encarecidamente que no se dejen llevar por opiniones poco fundadas, por susurros sin soporte, por juicios de valor. Como bien saben, para ejercer la justicia a la que han sido llamados no necesitan saber de leyes. Yo les hablaré lisa y llanamente, de modo que puedan entender sin excepciones cada una de mis expresiones.

» Lo primero que quiero decirles, y todos ustedes van a entenderme, es que los hechos no ocurrieron tal y como los ha expuesto el ministerio fiscal. Lo que mi *joven* colega les ha contado no es cierto, es solo una fantasía que él mismo se ha construido. El inspector Torino es un policía ejemplar, trabajador y competente, un buen policía. La noche de autos, cuando entró en el domicilio del

señor Liu, no enseñó su placa porque iba disfrazado. Mi cliente lleva años trabajando, con alto riesgo para su integridad, como agente camuflado, y no podía echar por tierra una tapadera tan difícil de construir. El señor Liu le recibió con malos modos y, como podrán escuchar, disponía de un arma. Gracias a Dios, no disparó porque en otro caso mi cliente estaría a dos metros bajo tierra. Él, como es preceptivo, mantuvo su arma guardada y no la mostró. Por estos hechos, no se merece un veredicto de culpabilidad sino una medalla al valor. Sí, eso es lo que deberíamos darle: una medalla al valor.

» Señoras y señores jurados, les pido que me dediquen unos minutos. Quiero mencionarles tres hechos de los que vamos a hablar mucho durante los días que dure este juicio: el primero, el fallecido señor Liu; el segundo, mi cliente, el condecorado inspector de policía Rafael Torino; el tercero, las triadas.

» Respecto al difunto señor Liu, sepan que tiene un historial delictivo extenso que corresponde a lo que era: un delincuente consagrado. Bien conocido por la policía con distintos apodosos como Yo, Black, Gha o Piu, entre otros, antes de su fallecimiento, había sido detenido en treinta ocasiones por delitos menores. En el momento en que murió, era seguido de cerca por mi cliente, debido a que pesaba sobre él la fundada sospecha de que había montado una red de tráfico de sustancias estupefacientes, drogas de diseño procedentes de un laboratorio químico ubicado en su país de origen, China. El inspector Torino fue a hablar con él haciéndose pasar por un camello de medio pelo. Cuando llegó estaba vivo y cuando abandonó ese domicilio seguía vivo. Nadie va a asegurarles que esto no es así, porque no puede. Y esa es precisamente la cuestión: a mi cliente se le juzga por asesinato, es decir, que el fiscal tiene que demostrar, por encima de toda duda razonable, que mi cliente disparó al señor Liu y lo mató. Teniendo en cuenta que no tienen el arma, eso es casi imposible. En ese sentido, entiendo que esta causa debería haberse sobreesido y no haberles hecho perder el tiempo. Pero el fiscal no lo cree así, y debemos seguir.

» Respecto a eso, nada puedo hacer.

» De mi cliente, el inspector Torino, deben saber que tiene una profesión tan honrada como meritoria y estrictamente necesaria para mi seguridad y la de cada uno de ustedes. Como inspector jefe de la sección de estupefacientes de la policía nacional que se encarga específicamente de las llamadas drogas de diseño, su labor estriba en quitar de las calles esas sustancias que matan el espíritu y anulan el cuerpo de nuestros jóvenes. Su trabajo no es fácil. Él y sus colegas combaten el crimen desde la raíz. Por ello, para avanzar en sus investigaciones, deben mezclarse con ramerías y traficantes, con camellos y tahúres, con soplones e indeseables. Para que su posición sea creíble, viven *como* ellos, viven *con* ellos, tragando saliva al verse obligados a ser testigos de comportamientos execrables. Cuando consiguen reunir suficientes pruebas, lo ponen en conocimiento de la fiscalía. Así funcionan.

» Eso es lo que mi defendido pensaba hacer con el señor Liu cuando fue detenido debido a una denuncia anónima, algo que, en mi opinión, es un grave error de la ley: quien denuncia tendría que dar la cara. Porque, como argumentaremos, es muy posible que sea uno de esos delincuentes el que, con ánimo de venganza, haya montado una escena que, a todas luces, huele a falsa.

» El tercer hecho sobre el que llamaré su atención es que el señor Liu era ciudadano chino. China es un gran país, pero sus mafias ancestrales, las llamadas triadas, son peligrosas. Estoy seguro de que han oído contar algunas de sus terroríficas historias. Uno de los testigos de la defensa les explicará qué hacen estas triadas y cómo lo hacen. Pues bien, como les decía, el señor Liu era chino, nació en Wenzhou. Lo que ha omitido es que ese lugar es una de las cunas de esas mafias. Liu quiso funcionar por libre, olvidándose de que los largos tentáculos de las mafias le alcanzarían. Probablemente, hubo una advertencia previa; la segunda fue mortal. Por eso está muerto. El condecorado inspector Torino nada tiene que ver con ello.

» Si me preguntan ustedes si mi cliente entró en la tienda del señor Liu el día de autos, a la hora indicada, mi respuesta es sí: lo hizo. ¿Mantuvieron una discusión? Sí, así fue: el señor Liu hablaba a gritos, como tantos chinos; maldecía y amenazaba, como tantos delincuentes. Finalmente, tras obtener la información que buscaba, el inspector Torino abandonó la tienda del señor Liu, se fue a su casa y se durmió. Eso es todo lo que el ministerio público podrá probar, porque fue lo que pasó. Lo demás es mera especulación.

» Como bien ha señalado al iniciarse este juicio el ilustrísimo magistrado que lo preside, nuestra Constitución configura la presunción o el estado de inocencia como un derecho fundamental. Permitanme que les detalle en unos segundos qué queremos decir con eso. Presunción de inocencia es el derecho de todo acusado a ser considerado inocente en tanto en cuanto no se establezca legalmente su culpabilidad. En la práctica, y en lo que a ustedes, a mí y al inspector Torino compete, ese principio significa que corresponde a la fiscalía buscar y presentar las pruebas que acrediten la existencia del delito y la autoría del señor Torino. Mi cliente no está obligado a demostrar que es un policía honesto y leal y que no ha asesinado o robado a nadie; muy al contrario, es al ministerio público a quien incumbe probar su culpabilidad. En otras palabras, y a mayor abundamiento, el ministerio público debe reunir suficientes pruebas que les convenzan a ustedes de que deben destruir esa presunción de inocencia. Pues bien, señores, debo advertirles que eso no va a producirse. Por ese motivo, pido la libre absolución de mi defendido. Gracias.

Fulano volvió a su posición, satisfecho de sí mismo. Palmeó cariñosamente a su cliente en el hombro y se sentó. El juez miró el reloj y todos le imitamos. Eran las dos y cinco. Demasiado tarde para continuar.

—Nos tomaremos un par de horas para almorzar. Continuaremos a las cuatro.

Les ruego que sean puntuales. Y les advierto, señores jurados, que lo que acontece en esta sala debe quedarse en esta sala: ustedes, y no sus familias, sus amigos o los periodistas especializados, son los encargados de poner un veredicto. No se dejen influir, no hablen con nadie de ello. Ni siquiera entre ustedes fuera de aquí. Les recuerdo también que, a cada uno, se le ha asignado una retribución de noventa y ocho euros al día mientras dure este juicio, para que esta labor no les sea económicamente gravosa. De modo que almuercen bien y tomen luego un café cargado: esta tarde tenemos mucho trabajo. Gracias. Buen provecho.

Salomé dijo que se iba a la peluquería (sospeché que se había liado con el peluquero, de lo a menudo que iba) y Paco que iba a tomar una cerveza en el bar donde trabajaba Cris, la jurado número dos, a ver si conseguía averiguar algo. Debería haber aprovechado la ocasión, pero no lo hice. Tras sopesar cómo abordar a Chantal, llegué a la conclusión de que se salía por completo de mis posibilidades, de modo que bajé la vista y, con un gesto imperceptible del mentón, me despedí de ella hasta la sesión de la tarde. Después, maldiciendo mi suerte, salí del edificio camino de una tasca cercana a la que había echado el ojo por la mañana.

Tras el aire acondicionado, los treinta y dos grados de la calle fueron como una bofetada, y me dejaron clavado en la puerta, pensando si no sería preferible acercarme a casa. En esas estaba cuando dos golpecitos en el hombro me hicieron volverme. Era Chantal, con su enorme manual de Anatomía entre las manos y su bolso rojo, de muñeca, colgado del brazo.

Sonreía.

—Voy a ir a un sitio que conozco a tomar algo. Está aquí al lado. Si estás solo, si no vas con tus colegas, quizás quieras acompañarme. Cada uno paga lo suyo, claro. Es por si pensabas que... —Volvió a echarse a reír—. Lo siento, ya he vuelto a liarla. No te sientas obligado si tienes otros planes...

Me faltó tiempo para decirle que estaba dispuestísimo a servirle de compañía.

—¡Me encantará! Iba a dedicar el receso a consultar mi cuaderno de notas. Podríamos hacerlo juntos.

—Perfecto. Pero antes debes saber algo sobre mí.

Puse cara de decepción. Seguro que una chica mona como ella estaba casada o tenía pareja. Quizás, hasta tuviera hijos. Hay chicas que se casan muy jóvenes. Pero no iban por ahí los tiros, gracias a Dios.

—Fumo, ¿sabes? Sé que es una estupidez sabiendo lo que los cigarrillos hacen. Porque he visto los pulmones negros y cavernosos de los cadáveres de los fumadores, pero no puedo dejarlo. Ni quiero. Lo digo porque, si no te molesta, mientras vamos me gustaría tomar mi dosis de nicotina.

—En absoluto —afirmé, aliviado, aunque odio el olor del tabaco.

Aliviado y feliz. Porque allí, delante de una Coca-Cola light y de una ensalada mixta por mi parte, y de una cerveza y unos pescaditos fritos por la suya, Chantal y yo tuvimos nuestra primera cita. Profesional, nada serio, pero ¿acaso importa? Una cita es una cita.

—¿Qué te ha parecido la intervención del fiscal, Efrén? Tú eres abogado — indagó. Tenía la boca llena y se tapó con la servilleta para evitar que se le escapara la comida.

Me encogí de hombros.

—No sabría juzgarlo. Soy novato: este es mi primer juicio penal. Pero la verdad es que me ha gustado. Se nota que le faltan bastas, pero creo que ha tenido bastantes aciertos.

—¿Por ejemplo? —me interrogó, al tiempo que me tendía un trozo de pescado. Lo comí con gusto. Sabía a mar y a gloria. Con el gustillo del aceite de fritanga y del exceso de sal, regresé a épocas pasadas, aquellas en las que no me veía los pies pero en las que comer era un verdadero placer. Sonreí su atrevimiento, y añadí:

—Mi dietista no me deja tomar esas cosas, pero te lo agradezco: hacía tiempo que no saboreaba un veneno tan rico.

—¡Vaya, lo siento! Perdona. No sabía que estuvieras a régimen. ¿Eres diabético?

—No, solo gordo.

—¡Hombre, no exageres! Te sobran algunos kilos, eso es todo. Así es la vida, a ti te sobran kilos y a mí me faltan centímetros. ¿Sabes qué número calzo?, ¿a que no lo adivinas? ¡Venga, nos apostamos el café!

Negué con la cabeza. Hubiera sido incapaz.

—¡Un treinta y cuatro: lo mismo que una niña de diez años! ¿Y sabes qué tiene eso de malo? Que las niñas de diez años no llevan tacones, ni visten a la moda, y me las veo y me las deseo para encontrar unos monos... ¿Y la ropa interior? ¡Eso sí que es una hazaña! Puedo escoger entre princesas Barbie, Justin Bieber o flores hawaianas... ¡Vaya! No sé por qué te estoy contando estas tonterías. Perdona. Continúa, te he interrumpido: me hablabas de los aciertos del fiscal.

Tuve que hacer esfuerzos para concentrarme. La imagen de Barbie princesa se me antojaba de lo más sugerente.

—Sí, bueno... Creo que su primer punto fuerte ha sido presentar a Liu como un delincuente. Que no era un hermanito de la caridad resultaba evidente, pero hacerlo tan abiertamente ha hecho pensar al jurado (o, al menos, a mí) que era un fiscal confiable, que siempre nos iba a decir la verdad. Y ha quitado esa baza a la defensa. —Abrí el cuaderno en el que había tomado nota de algunas de sus frases y las leí en voz alta—: «Estoy seguro de que la defensa se esmerará en airear todos los trapos sucios del occiso. Se lo aviso con anticipación para que

luego no les pille de sorpresa. Todos tenemos algo en nuestras respectivas trastiendas, cosas que nos disgustaría que conocieran nuestros amigos o nuestras familias; cosas que, con razón o sin ella, nos avergüenzan. Ustedes, yo, el elegante abogado defensor, su señoría incluso; todos ocultamos cosas. Liu también tenía cachivaches en su trastienda, pero eran mucho más sucios que los de la mayoría. Aun así, aquí no juzgamos nuestras trastiendas, ni las de Liu, sino a quien supuestamente le ha arrancado la vida. Y por ahí vendrán mis pruebas. Se las presentaré puntualmente, sin dejar ninguna» .

—Tienes razón, eso ha estado bien. Puede que no haya convencido al jurado de que Torino es un asesino, pero ha creado el clímax para que esperen con avidez y receptividad la presentación de las pruebas. No obstante...

—¿Qué, hay algo que no te haya gustado?

Asintió. Bebió un sorbito de cerveza y me contestó:

—Ha presentado a Liu como un minúsculo traficante, como una víctima del sistema. A tenor de sus gestos, no creo que esa parte haya convencido al jurado. Presentarle como un delincuente de poca monta podría ser una buena estrategia para desmontar posibles argumentos de la defensa, pero se ha hallado una fortuna en casa del inspector, y varios de los jurados están en paro o sufren apuros económicos. No se van a creer que medio millón es algo de andar por casa. Consulta tus notas, a ver si ha sido apreciación mía.

Pasé varias páginas hasta que di con un párrafo que había copiado casi íntegramente, y que daba la razón a mi nueva amiga.

«Liu no pertenecía a una cepa consagrada de la mafia china, si es que alguno de ustedes está pensando en algo así. Nació en un barrio periférico, en una familia sin padre. Era un niño de la calle, como tantos otros, que sobrevive como puede. Le trajeron a nuestro país escondido entre pacas de prendas de algodón y lo emplearon en una tienda. Pero él quería prosperar. Tenía un primo segundo que estudiaba química en la universidad, allá en China. Le resultó sencillo fabricar la 2CB. Liu se encargaba de venderla a los camellos locales. Resultaba fructífero, aunque no lo suficiente para que sus compatriotas se preocuparan por él y le echaran el guante...»

Lo pensé unos instantes.

—¡Pues vas a tener razón! Es mucho dinero para que lo dejen pasar así como así. En fin, empate: uno a uno. ¿Qué juego crees que puede dar Pérez a partir de ahora?

Chantal se encogió de hombros.

—Bueno, no diré que sea un hombre capaz de hipnotizar, pero creo que logrará que ese puñado de desconocidos tenga una causa común sobre la que discutir. ¿Tú trabajas para la defensa o para la acusación?

—Para ninguno. Pero espero que le condenen —respondí.

—¿Por qué?

—Digamos que odio a los policías corruptos... ¿Y tú?

—Yo aún tengo mis dudas, porque el abogado defensor parece un lince. Pidamos la cuenta. Tenemos que regresar.

Mientras nos la traían, como de pasada, comentó:

—¡Pobre mujer! Me refiero a su madre. No importa lo malvado que sea, no importa lo que haya hecho o dejado de hacer, ninguna madre debería enterrar a un hijo. Es antinatural. —Se detuvo y cambió de tono para afirmar—: Y ese tío que le han puesto al lado, ¡válgame el cielo! ¡Parece la encarnación de Mao Tse-Tung, pero en flaco!

—**Buenas tardes, jurados.** Espero que el almuerzo haya restablecido sus fuerzas, porque tenemos una tarde cargadita.

» En la sesión matutina, las partes han efectuado sus exposiciones iniciales. Ahora, como establece la ley, debemos entrar en la siguiente fase y dar paso a los testigos y a las pruebas periciales que tratarán de ratificar los dos relatos fácticos que acaban de escuchar. Como recordarán, se les han facilitado sendas listas con los nombres de los testigos y peritos a los que llamarán cada una de las partes. Es posible que se les haya antojado larga, pero deben saber que no hay prueba inútil: todas han pasado un filtro previo y, si están en esa lista, es porque se entiende que son necesarias. No obstante, la primera prueba esencial en un juicio como este es el testimonio del acusado: sus palabras les permitirán conocer de primera mano, y no por referencias, su visión de los hechos.

» Pero antes quisiera hacer algunas precisiones. Se ha hablado aquí suficientemente de la presunción de inocencia, de modo que no voy a volver a explicarla; no obstante, por la misma, el acusado no está obligado a responder a las preguntas que se le formulen. Puede, si así lo quiere, reservarse la respuesta. Y, aunque encarecidamente se lo pedimos, no tiene por qué decir la verdad si no quiere. Por esos motivos, ustedes tendrán que evaluar tanto sus contestaciones como sus silencios. Contrastar los mismos con los testigos y pruebas posteriores, y decidir qué afirmaciones les convencen y cuáles no.

» Segunda precisión: según el artículo 685 de la Ley de Enjuiciamiento Criminal, toda persona interrogada o que dirija la palabra al tribunal debe hablar de pie. Sin embargo, cuando los interrogatorios sean extensos o los testigos, peritos, etcétera, tengan alguna dificultad, esta presidencia les ofrecerá que lo hagan sentados. Por otro lado, la Ley del Jurado insiste en que el acusado se encuentre situado de tal modo que puede estar en permanente contacto con sus abogados. Por ese motivo, ese micrófono se ha colocado donde ustedes ven. Y sin más puntualizaciones, empecemos.

» Póngase en pie el acusado, y diríjase al lugar que acabo de indicar.

Torino se levantó. Y, muy digno, erguido, mirando de frente, recorrió los escasos pasos que le separaban del micrófono. Una vez allí, se detuvo y separó

los pies. Llevaba las manos juntas, delante, como si unas esposas imaginarias las mantuvieran atadas.

—¿Quiere usted decir algo, inspector, antes de que empiece el interrogatorio?

—Sí, gracias, señoría. Con la venia, quiero hacer constar que no he asesinado al señor Qiu. Tampoco le he robado su capital o sus drogas, por consiguiente no he traficado con estupefacientes ni blanqueado dinero. Soy inocente de todos los cargos. Por otro lado, quiero informar a este tribunal de que, acogiéndome a mi derecho constitucional, no responderé a las preguntas del ministerio fiscal. Sí lo haré, sin embargo, a las cuestiones formuladas por mi abogado.

—¿Eso es todo? —preguntó el magistrado presidente. Su voz sonaba cansada, como si previera que aquel juicio iba a resultar especialmente enjundioso.

Torino asintió.

—Muy bien. Como bien dice, está usted en su derecho. Letrado de la defensa, proceda, por favor.

Fulano se levantó y amagó una sonrisa.

—Buenas tardes, inspector. Voy a realizarle unas preguntas muy sencillas, llamadas a precisar las afirmaciones que acaba de formular. Espero que conteste de la misma forma. En muchas de ellas, un simple sí o un simple no será suficiente. Veamos: anteriormente a la noche del 27 de junio del año pasado, ¿había visto usted o se había encontrado en alguna ocasión con el señor Qiu?

—No, nunca.

—Pero tenía noticia de su existencia.

—En efecto. Había escuchado su nombre, o más bien uno de sus muchos apodos, Mister Black, y también había consultado su ficha policial en el ordenador. Quería ver su perfil y su cara. Era relativamente nuevo en la plaza y teníamos pocos datos sobre él.

—¿Fue usted a su casa a las dos de la madrugada del día de autos?

—Sí.

—¿Para qué?

—Quería hablar con él, forma parte de mi trabajo.

—Como consta en su declaración inicial, usted fingió ser un pequeño camello, traficante de drogas de diseño, en busca de un nuevo proveedor. ¿Es eso correcto, era esa la excusa para contactar con él?

—Sí.

—¿Por qué fue solo?

—Mi tapadera hubiera saltado por los aires de ir acompañado. Quería que mi interés pareciera genuino...

—Dice usted que no hubiera sido genuino yendo con su compañero, ¿puede explicar eso al jurado, por favor?

—Le hice saber que era policía. Un policía corrupto no podría haber ido acompañado.

—De acuerdo, es una tapadera comprensible. ¿Por ese motivo acudí tan tarde?

—Sí, necesitaba que fuera una visita discreta, secreta.

—¿Y qué es lo que pretendía con ella exactamente, inspector?

La voz del acusado sonó condescendiente, paciente, como la de un profesor de escuela.

—Mire, las drogas de diseño no son como la heroína o la cocaína, que tienen rutas específicas que conocemos bastante bien. Estas pueden proceder de cualquier parte, de un garaje cualquiera en un barrio cualquiera. Florecen como las setas. El sistema produce mucha gente como Qiu, y en la medida en que tienen éxito, su presencia se incrementa. Me pregunta usted a qué fui allí. Pues bien, mi respuesta es obvia: quería sonsacarle datos, nombres, lugares, personas, rutas... Conocer al enemigo es clave en mi profesión.

—¿Tiró usted la puerta al entrar?

—¡Por supuesto que no! Llamé con los nudillos y reiteradamente al timbre, hasta que abrió. Mi insistencia consiguió enfadarle. Que le hubiera despertado le fastidió mucho y se puso a chillar. Le dije que quería hacer negocios con él. Vaciló y, acto seguido, me mandó a paseo. Entonces, le mostré la placa y me dejó pasar.

—¿Sacó usted el arma?

—¿Para qué? Llevaba una placa y él era un inmigrante ilegal. No, no la saqué. Pero le hice saber que quería una parte de su negocio y que había ido a poner un precio. Como había previsto, se negó. Le propiné un par de puñetazos en la zona del vientre y le dije que se lo pensara. Que regresaría pasados unos días.

—Extraña forma de relacionarse, ¿no cree? —le interpelló Fulano.

—En absoluto. Es lo que, a mi juicio, hubiera hecho cualquier policía infiltrado que quisiera hacerse pasar por un corrupto, papel que yo interpretaba.

—¿Cómo se encontraba el señor Qiu cuando usted abandonó su domicilio?

—Sorprendido; picado por la curiosidad, probablemente, y con dolor de estómago.

—Pero estaba vivo...

—Naturalmente. No pretendía hacerle daño, solo ponerle en evidencia. Demostrar quién tenía la sartén por el mango, por decirlo de alguna manera. De hecho, cuando me marchaba, insinuó unas condiciones inaceptables. Rehusé amenazándole con el puño. Le repetí que lo pensara y que volvería pronto.

—¿Y lo hizo?

—No. Al día siguiente me enteré de que lo habían asesinado a tiros.

—La policía le interrogó a cuenta de esa visita...

—Sí. Les expliqué lo mismo que acabo de explicarle a usted.

—Unos días después, registraron su domicilio. El jurado ha escuchado ya lo que la policía halló allí. El dinero encontrado ¿era suyo?

—No, y las drogas tampoco. Supongo que iba a preguntármelo.

—Y entonces, ¿cómo explica que aparecieran allí?

—Pues no lo sé, esa es la verdad. Pero soy policía desde hace mucho tiempo y sé cuándo una escena está preparada de antemano: y esta lo estaba.

—¿Pero por qué motivo alguien querría hacer algo así?

—Soy inspector antidrogas. Tengo un conocimiento muy notable de los traficantes de la zona. He metido a muchos de ellos en prisión. Puedo darle, al menos, dos docenas de nombres de personas con capacidad y deseo de hacerlo.

—Una última cuestión. El señor Qiu recibió tres tiros y murió. ¿Tiene usted alguna idea de quién pudo hacerlo?

—En mi modesta opinión, hay que pensar en alguien de su raza. Probablemente los mismos que montaron la escena de mi casa.

—Gracias, inspector. Ha sido usted muy claro y muy preciso. No tengo más preguntas, señoría.

El magistrado suspiró y miró el reloj. El interrogatorio había resultado más corto de lo previsto. Quedaba mucha tarde por delante.

—Haremos un breve receso: quince minutos para estirar las piernas, visitar los servicios o tomarse un café. Luego, comenzaremos con las testificales del ministerio público. Sean puntuales.

Bien, empezaremos con los testigos del ministerio público. Que comparezca doña Helena Sáenz-Díaz —indicó el presidente.

Pérez se levantó. Se ajustó la toga y se separó el flequillo de los ojos. Verdaderamente, parecía un niño, o, al menos, un fiscal « en prácticas» .

—Con la venia, esta fiscalía pide que la testigo declare sentada, si no es inconveniente.

—Coloquen una silla junto al micrófono —ordenó el magistrado.

Mientras se ejecutaba la orden, en la sala apareció una señora entrada en años. Vestía un traje nuevo, lleno de volantes y encajes en color fucsia, más propio de una boda que de un juicio. Sé que era nuevo porque había olvidado quitarse la etiqueta, que asomaba de la cremallera de su espalda con una reluciente pegatina que decía: « 50%» . Había ido a la peluquería, donde le habían cardado el pelo hasta hacerlo parecer un casco inexpugnable. El agente judicial la acompañó hasta la silla emplazada en el centro de la sala, junto a un micrófono de pie.

—Diga usted su nombre completo, por favor...

La señora obedeció.

—Helena Sáenz-Díaz.

—¿Profesión?

—Mis labores. Soy mayormente ama de casa, ¿sabe?

—Ama de casa. ¿Estado civil?

—¿Cómo dice?

—Que si está usted casada, soltera, viuda...

—Viuda desde hace diecisiete años, para servirle.

—Viuda. Señora Sáenz-Díaz, ¿jura usted por Dios o promete por su honor que el testimonio que va a prestar se atiene a la verdad? Debe saber que, de no decir la verdad, cometerá un delito de falso testimonio por el que puede ser castigada.

La señora se recolocó un pelo del flequillo, que se le había movido, y miró a los ojos al hombre manifiestamente ofendida.

—No sé, joven, por qué me habla de esa manera: yo siempre digo la verdad. Pregunte lo que le venga en gana y yo responderé.

—¿Eso significa que jura? —inquirió el oficial, incapaz de abandonar su traje de burócrata.

—Sí, que juro.

—Síéntese, por favor.

Pérez caminó despacio hacia ella. Ya que el magistrado lo había permitido, él también iba a disfrutar del privilegio.

—Doña Helena, buenos días. Represento al ministerio público, soy el fiscal. Muchas gracias por venir. Quisiera hacerle algunas preguntas sobre lo que ocurrió el día de autos.

—Para eso he venido, claro.

—Gracias, allá voy. Dígame si es correcto que vive usted en la calle PPP, en el número seis, en la primera planta, justo encima del local donde el señor Liu regentaba su tienda de ultramarinos y tenía su vivienda.

—Yo no sabía que vivía allí. Pero lo de la tienda sí lo sabía. Lo veía allí de cuando en cuando, casi siempre a última hora de la tarde. El resto del tiempo atiende el negocio una china morena... Bueno, no sé si hay chinos que no sean morenos. En fin, que luego, mismamente, pasó lo que pasó.

—Eso le quería preguntar. En su opinión, ¿qué fue lo que pasó?

—¡Ah, pues no lo puedo decir exactamente! Hubo voces y gritos. Llamé a los municipales y vinieron enseguida. Entraron en el local, y yo me quedé fuera. Luego me dijeron que el señor chino estaba muerto.

—Escuchó usted los gritos.

—Los sentí, sí, señor. Algunos airados, fuertes. Después, más ahogados, no sé si me explico...

El fiscal no le respondió.

—¿Entendió lo que decían?

Dudó. Finalmente, se irguió y respondió.

—No, señor. Mismamente, no.

—¿Nada, ni una frase? Dice que los primeros gritos fueron fuertes y airados, así los ha llamado usted misma. Entiendo con ello que hablarían muy alto, ¿cómo es posible que no escuchara ni una sola frase?

La mujer se aferró con fuerza a su silencio.

—Doña Helena, ¿se encuentra usted bien? ¿Quiere que le traigamos un vaso de agua?

Negó con la cabeza.

—¿Necesita que le repita la pregunta, señora?

Negó de nuevo.

—Pues, entonces, le agradecería que contestara. ¿Puede repetirnos lo que escuchó aquella noche, por favor?

Se cruzó de brazos mientras negaba con vehemencia:

—¡De ninguna manera, faltaría más!

El fiscal lo intentó por activa y por pasiva, pero no hubo forma de que la testigo se apease del burro. El juez terminó por intervenir.

—Señora Sáenz-Díaz, ¿acaso está usted asustada? ¿Alguien ha osado amenazarla?

Nueva negativa.

—Le aseguro que no debe tener miedo. A usted no se le acusa de nada. Todos sabemos que es un testigo, nada más que un testigo.

—No tengo miedo.

—Entonces, ¿por qué no quiere responder?

Se estiró el vestido y se recolocó los volantes, mientras explicaba:

—Me ha dicho Susana, mi vecina del cuarto, que ustedes graban todo lo que los testigos dicen y que luego lo ponen en Internet y la gente lo ve.

Un murmullo se elevó por la sala; el presidente ordenó silencio.

—El juicio se está grabando, en eso tiene razón, pero no lo colgamos en Internet. En todo caso, a usted eso no le afecta —explicó el presidente.

La mujer le quitó la palabra.

—¡Claro que me afecta! Dirán que tengo la boca sucia, que no tengo educación. Solo estudié dos cursos en el instituto, porque tenía que trabajar, pero es suficiente.

Las carcajadas llenaron la sala. Rodrigo, el jurado número nueve, levantó la mano. El juez, cuyo tic comenzaba a producir dentera, le informó de que no estaban previstas las intervenciones orales de los jurados. El financiero se apresuró a escribir una nota y a pasársela al juez, que procedió a su lectura.

—Señoría, si mi abuela fuera la testigo, se comportaría de la misma manera que doña Helena. Lo digo porque, en esos ambientes delictivos, la gente suele ser muy mal hablada. Como salta a la vista, la testigo es una mujer educada, y resulta fácil de comprender que no quiera repetir esas expresiones de viva voz. Por eso, se me ocurre que quizás pueda escribirlas en un papel y que otra persona las lea en su nombre...

Todos los jurados, a excepción de Cris, prorrumpieron en aplausos ante la agudeza de su compañero. El fiscal se hizo eco de la sugerencia, y Fulano no se atrevió a protestar.

—¿Sabe usted escribir, señora Sáenz-Díaz?

—Sí, señor. Y leer y contar. Y canto bastante bien —respondió. Una enorme sonrisa llenaba su cara.

—¿Le parecería bien escribirnos las frases que oyó? Nosotros las leeríamos después, en alto.

—¡Ah, me parece muy bien!

Trajeron un folio y un bolígrafo. Y, tras un par de minutos, pudimos oír la esperada frase. El secretario judicial la leyó en voz alta.

—¡Maldito chino, hijo de la gran puta, te voy a matar! —dictó.

—¿Es eso lo que oyó, señora? —preguntó el fiscal.

—Sí, señor.

—¿Nada más? Después de esa discusión, ¿no oyó nada más?

—Golpes, ruidos de muebles, gritos de auxilio y cosas que no entendí: yo no sé chino. ¡Ah, y los disparos! Fueron tres. Al principio, no supe que eran disparos: me parecieron petardos. Luego, cuando la policía me contó lo del asesinato, me enteré.

—Le agradecemos mucho su testimonio, señora. Como ustedes han podido escuchar, miembros del jurado, quien hablaba lo hacía en español. Y mencionaba la palabra «chino» en tono despectivo. De tratarse de un compatriota, no es lógico que se hubiera expresado en esos términos. He terminado, señora.

Fulano no se levantó esta vez. Habló desde su sitio y chillando.

—¿Oye usted bien, señora Sáenz-Díaz?

—A las mil maravillas. Desde que me puse el audífono, lo oigo todo. ¡Fíjese que casi me parece escuchar los pasos de las hormigas! Usted también debería mirarse el oído, si chilla tanto es que lo tiene mal.

Sin bajar el tono continuó.

—Y si no lleva puesto el audífono, ¿oye bien?

—¡Ah, no, mucho peor!

—Entiendo. Y para meterse en la cama, ¿se lo quita?

—¡Naturalmente! No soy tonta. Es un aparato muy caro y hay que cuidarlo. Aunque no me muevo mucho en la cama, podría romperlo. O perderlo, que sería peor. Aunque tengo contratado un seguro que...

Fulano zanjó en seco su verborrea.

—Es lógico, sí. ¿A qué hora suele acostarse usted, señora Sáenz-Díaz?

—A eso de las once. A veces, si la película se alarga, a las doce.

—¿Y el día de autos, se acostó a la hora habitual?

—Sí.

Fulano bajó el tono de voz hasta convertirlo en un susurro audible para gente con buen oído. De hecho, nosotros escuchamos la frase completa.

—De modo que a las dos de la mañana de aquel día, cuando empezó la supuesta discusión, usted estaba en la cama, dormida, y su audífono se hallaba en la mesilla. ¿Está segura de que oyó lo que dice?

—¿Puede usted repetir? No le he escuchado bien.

—No hay más preguntas, señoría.

El segundo testigo de la acusación, un chaval joven, íntegramente vestido de negro, incluida la corbata de cuero, era experto en seguridad electrónica.

Dedicó cerca de diez minutos a disertar sobre los sistemas de videovigilancia, la grabación digital o el control perimetral. Explicó a la sala los tipos de cámaras, la diferencia entre televigilancia y videovigilancia y hubo de ser interrumpido por el fiscal porque era un pelmazo.

—Señor Rojas, ¿quiere usted hacer el favor de atenerse a la pregunta concreta que se le ha formulado?

—Lo siento, tiene razón. Es que me apasiona mi trabajo, y si me dejo llevar... En fin, veamos, el video que acabamos de visualizar muestra desde dos perspectivas distintas la calle PPP a la altura de los números seis y ocho. Respecto a la hora en que los hechos ocurrieron, pueden notar que en la parte superior derecha de la pantalla hay un reloj, que marca el tiempo exacto. En suma, que esa persona que se ve en pantalla se personó en las inmediaciones de ese establecimiento del número seis, permaneció en esa zona nueve minutos y treinta y dos segundos, y por el mismo sitio que había llegado se marchó. Si lo captaron dos cámaras desde distintos ángulos es que estuvo allí ese tiempo. Eso no tiene vuelta de hoja: no se puede engañar al objetivo de una cámara.

—Señor Rojas, le hemos pedido que nos facilitara una imagen del calzado del acusado, antes y después de entrar en el negocio del señor Liu. ¿Son estas las fotografías que sacó de ese video?

—Se trata de ampliaciones, pero sí, son esas.

El fiscal las proyectó sobre la tela blanca de la pantalla portátil.

—Gracias. Los miembros del jurado pueden constatar que, en la segunda fotografía, es decir, la tomada cuando el acusado salió de la vivienda del señor Liu, llevaba manchada la zapatilla izquierda. ¿Lo ven?

El fiscal miró al jurado. Todos sus miembros asentían.

—Quiero llamar su atención sobre esto porque es importante: sus zapatillas estaban limpias cuando entró y sucias cuando salió, de modo que tuvo necesariamente que mancharse en el interior, durante esos nueve minutos y treinta y dos segundos que capta la cámara. Los siguientes testigos nos ilustrarán

sobre la composición de esa mancha. De momento, reitero: se manchó dentro. Gracias, señor Rojas. No tengo más preguntas.

—Y la defensa, ¿tiene preguntas?

Fulano se levantó. Estaba impecable, como recién salido de la ducha. Seguro que cuando era niño ni siquiera se manchaba en el parque.

—Sí, señoría. Tengo dos preguntas, ambas muy sencillas. La primera es esta: señor Rojas, ¿puede decirnos qué lleva en las manos el inspector cuando se aleja de la zona indicada?

Se quedó mirando la pantalla.

—Pues, según lo que indican las grabaciones, no lleva nada.

—De modo que tiene las manos vacías.

—Sí, mírelo: está a la vista.

—Yo lo veo, me gustaría que lo notaran también los jurados. Porque se acusa a mi cliente de haber robado dinero y drogas al fallecido, pero, a la vista de estas pruebas, que como nuestro experto señala son incuestionables, salí de allí con las manos en los bolsillos. Segunda pregunta: ¿entró alguien más en el domicilio del fallecido esa noche? Me refiero en el tiempo transcurrido entre que el inspector abandonó el lugar y la llegada de la policía municipal.

—¡Ah, buena pregunta! Sin embargo, no puedo responderle.

—¿Y cómo es eso?

—Muy sencillo: las cámaras están preparadas para la vigilancia del cajero y de la joyería, no para el domicilio del fallecido. Respecto a este último, existen muchos ángulos oscuros, ciegos, no visibles. De modo que ni siquiera podemos certificar por medio de las cámaras que entró en ese domicilio. Lo sabemos porque el inspector así lo ha declarado, y estas cintas y las huellas encontradas vienen a corroborarlo. Si el inspector hubiera llegado al número seis entrando por la izquierda, en vez de hacerlo por la plaza, es casi imposible que lo hubiéramos captado.

—De modo que si otras personas hubieran entrado esa noche por esa vía alternativa en ese domicilio no tendríamos constancia de ello. ¿Es así?

—Es así.

—Gracias, eso es todo. He terminado, señoría.

—En ese caso, llamaré al siguiente testigo de la acusación, que será el penúltimo de hoy.

Salomé se acercó y me susurró:

—¿Por qué no preguntan más? Casi no dicen nada.

—A mí me parece que han dicho más que suficiente, muy a mi pesar. Veamos qué pasa con el próximo.

—Agente Domingo Elizes.

Se abrió la puerta y entró un hombre de mediana edad. Vestía una camiseta de manga corta negra, un pantalón del mismo color y botas de cordones. Sobre la

ropa llevaba un chaleco reflectante; en la mano, su gorra reglamentaria. El presidente le dedicó una larga parrafada sobre la necesidad de decir la verdad cuando uno sirve al Estado, como era su caso. Luego, le pidió que jurara y permitió que el fiscal le interrogara.

—Señor Elizes, ¿es usted el agente de la policía municipal número 231?

—En efecto.

—¿Sabe por qué causa comparece en esta sala?

—Sí, lo sé.

—¿Conoce al acusado, inspector Torino, o a algún miembro de su familia?

—No, señor.

—¿Conoce al fallecido Qiu Liu, o a algún miembro de su familia?

—No, tampoco.

—Muy bien. En ese caso, le pediré que nos cuente los hechos acaecidos el día de autos.

—Pues verá, el 27 de junio estaba de servicio y nos dieron aviso de que acudiéramos al número seis de la calle PPP, porque había habido una llamada alertando de una reyerta. Nos dijeron que podía haber algún herido, de modo que nos trasladamos con urgencia. Cogimos las motos y, en tres o cuatro minutos, estábamos allí. Eran, más o menos, las 2.45 de la madrugada. Al llegar, nos encontramos con que habían forzado la puerta del citado local a patadas. Desde fuera, se percibía cierto desorden, cajas por el suelo y cosas así, pero nada más. Sin embargo, había un ventanuco alto en la parte de atrás. Apoyándome en la espalda del compañero, conseguí encaramarme y vi lo que me parecieron los pies de un hombre. Se lo dije a mi compañero y decidimos llamar al jefe de sala para avisar de que íbamos a entrar. Y lo hicimos de inmediato. Por si acaso aquel hombre estaba herido y necesitaba asistencia médica, pedimos una ambulancia.

—Es una reacción muy lógica, agente. Continuemos. Su compañero y usted mismo, tras recibir la orden preceptiva, entraron. ¿Pueden explicarnos qué vieron?

—Bueno, como digo, en la parte de la tienda había bastante desorden, cajas volcadas, latas por el suelo... Pero en el interior, donde había una vivienda, las cosas estaban bastante peor. Habían abierto los armarios y volcado los cajones; todo estaba patas arriba, como si hubiera entrado un ladrón y buscara algo valioso que llevarse. En medio de aquel caos, había un hombre, con los brazos extendidos sobre la cabeza. Nos acercamos a él para auxiliarle, pero comprobamos que ya estaba muerto. Le habían disparado tres veces. Entonces, llamamos de nuevo y el aparato se puso en marcha. Para no contaminar la escena, tras comprobar que no había nadie más allí dentro, salimos con cuidado y permanecemos fuera, con la señora que había llamado por teléfono y algún otro vecino que luego se sumó, impidiendo que nadie entrara hasta que llegara la gente del juzgado.

—Dígame, ¿había mucha sangre?

—Había sangre junto al cadáver, como es normal, pero nada en los alrededores. Como si el ladrón, después de matar a ese hombre, hubiera salido corriendo.

El fiscal se volvió hacia el jurado y proyectó una nueva imagen.

—Voy a pedirles que miren esta fotografía. Es la del cadáver del señor Qiu, tal y como fue encontrado. Sé que es desagradable, pero es necesario que lo vean. Quiero que se fijen en los brazos, que están sobre la cabeza, estirados. Agente, cuando vio el cadáver en esa posición, ¿qué fue lo que se imaginó que había pasado?

Fulano contraatacó.

—¡Protesto! La imaginación del agente municipal no interviene en este juicio.

Pero Pérez estaba presto a la batalla.

—Lo primero que a uno le viene a la cabeza al ver una escena tiene importancia, señoría: nos permite acercarnos al jurado al lugar de los hechos.

—Denegada. El testigo responderá.

—Imaginé que, en respuesta a la amenaza de un hombre armado, había levantado las manos y que, en ese momento, le habían disparado.

—Gracias, no haré más preguntas.

Fulano se levantó con parsimonia para informar a su señoría y al jurado que formularía una única cuestión al testigo.

—Con la venia. Señor Elizes, gracias por su presencia. Como nos comentaba, la autoridad competente realizó una inspección exhaustiva del domicilio de Qiu. ¿Puede decirnos si encontraron drogas, armas o dinero?

—Nosotros no encontramos nada, porque no buscamos, pero, que a mí me conste, los que llegaron después hallaron un arma de pequeño calibre, cerca de cinco mil euros y unas cuantas pastillas. Drogas, vamos.

—Es decir, que no le habían robado.

Elizes movió vivamente la cabeza.

—No puedo responder a esa pregunta. De hecho, resulta imposible de contestar al desconocer qué había dentro antes de que entraran. Lo único que yo puedo certificar es que lo que encontraron no se lo habían llevado.

—Gracias, eso es todo.

—El testigo puede retirarse. Señores jurados, supongo que estarán ustedes cansados. Es lógico, llevamos un día intenso. De no darse las circunstancias que luego explicaré, lo dejaríamos por hoy y continuaríamos mañana. Pero para la declaración del siguiente testigo ha sido necesario realizar ciertos trámites y... En fin, no creo necesario explicarles los detalles, pero deben saber que es preceptivo que declare hoy. Voy a ordenar un receso para que preparen los medios técnicos. Quince minutos. Tras esta declaración, todos podremos volver a casa.

Propusieron ir a buscar un café en la máquina del pasillo. Yo no quería abandonar mi sitio, pero tampoco me apetecía dejar a Chantal demasiado tiempo sola con Salomé: podría contarle cualquier cosa, de modo que me fui con ellas, dejando, eso sí, mi pañuelo sobre la silla, por si servía de algo.

—¿Tú fumas, Salomé? —le preguntó Chantal, mientras se tomaba un café con avellana.

—No. Una persona a la que odiaba cuando era niña siempre fumaba encima de mí. Ya ha muerto, gracias al cielo, pero, desde entonces, odio esa costumbre. Perdonadme, debo ir al baño —añadió, antes de marcharse.

Su tono contenía tanto resentimiento que Chantal y yo nos miramos extrañados.

—Esa mujer, tu secretaria, ¿es una chica maltratada?

—¿Por qué lo dices?

—No lo sé, deformación profesional, supongo. Pero parece tener ese estigma. Es muy característico.

—No sabría qué decirte. Tampoco la conozco tanto. Pero, en efecto, tiene un toque peculiar. No me refiero a la forma de vestir, sino a su actitud en general. En fin, ¿qué te parece el juicio? —pregunté para cambiar de tema.

—Pues que lo del testigo sorpresa, oculto, sin identidad, me suena la mar de bien. Pero como no nos demos prisa, nos lo perderemos. ¿Crees que alguien te habrá robado el pañuelo? —me preguntó con una sonrisa socarrona.

El fiscal hizo un gesto al magistrado presidente, y este, muy serio, se dirigió al jurado.

—Señoras y señores, necesito que me dediquen unos instantes de su atención. El ministerio público desea que escuchen el testimonio de una cuarta persona, otro agente de policía. Como les advertía anteriormente, este será el último testimonio de esta tarde-noche. En este caso, concurren circunstancias especiales y, por motivos de seguridad, no se les va a comunicar su nombre ni su cargo actual. Tampoco verán su rostro. Se empleará un sistema de conferencia con voz distorsionada. Será, simplemente, el *agente X*. Deben saber que se cumplen todos los requisitos necesarios para que ustedes tomen sus palabras como válidas. Que preste juramento. Inmediatamente después, el ilustrísimo señor fiscal procederá con el interrogatorio.

Se le dio paso. La expectación era máxima.

—Agente, según mis datos, a la 1.10 de la madrugada del día 2 de julio del año pasado, participó usted en el registro del domicilio del inspector Torino, ubicado en la calle FFF número treinta y cinco de esta ciudad, y de los dos automóviles propiedad del acusado, ¿es eso cierto?

—Lo es. Otros tres agentes de la Brigada de Régimen Interior y yo mismo, acompañados por un secretario judicial enviado por el juez Rodríguez, de quien teníamos orden firmada, participamos en esos registros. Respecto a los vehículos, uno se encontraba estacionado en la vía pública, en las inmediaciones, en la puerta del domicilio del acusado para ser exactos. El segundo, un Porsche 911 Carrera Triptronic, del año 99, procedente de una subasta, lo encontramos en una especie de local pequeño, en el bajo del número treinta y nueve de la misma vía. Cuando llegamos, hicimos sonar el timbre. Nos abrió el inspector Torino, que dormía. Se le mostró el orden y se levantó acta de la relación de efectos incautados.

—¿Cuál fue la actitud del inspector Torino cuando llegaron?

Suspiró profundamente.

—Bueno, podría explicarlo diciendo que pasó de la sorpresa a la indignación. Se puso violento y tuvimos que reducirlo. Pasados unos minutos, entró en razón.

Finalmente, se calmó y nos dijo educadamente, dentro de las circunstancias, que registráramos lo que quisiéramos porque no sacaríamos nada.

—Pero no fue así, ¿verdad? ¿Puede darnos la relación de efectos incautados?

—Claro. ¿Quiere que la lea?

El fiscal miró de reojo el reloj.

—Creo que es preferible que nos la resuma, para no alargarnos más de lo debido. Yo, después, si es necesario, le pediré algunas precisiones.

—De acuerdo. En su domicilio requisamos, en primer lugar, una bolsa grande de plástico negro, de esas que se emplean en los jardines: contenía dinero en efectivo. Exactamente, se requisaron quinientos doce mil setecientos treinta euros en efectivo, en billetes pequeños...

—Perdone que le interrumpa. Estoy pensando que medio millón largo de euros es una buena cantidad...

—Ciertamente...

—¿Puede explicarnos qué importancia tiene que dicha cantidad fuera encontrada en billetes pequeños?

—Bueno, es un indicio claro de su procedencia; de que vienen del menudeo, quiero decir. De la venta de drogas, por ejemplo. ¿Continúo?

—Por favor.

—También requisamos dos armas, no declaradas: una pistola Glock 9 milímetros y otra Star 28PK, ambas con munición. Las tenía guardadas en un altillo. Él mismo nos indicó dónde las escondía. Por otro lado, nos llevamos la ropa que vestía el día en que las cámaras captaron su entrada en el local del señor Qiu: un pantalón vaquero, una camiseta, unas zapatillas deportivas y varios pares de calcetines de deporte. Posteriormente, escondida en el chasis del coche encerrado en el local del número treinta y nueve, hallamos otra bolsa de plástico, esta vez transparente, con cierre zip de bastantes centímetros de apertura útil, que contenía pequeñas pastillas azules. Por el brillo, pensamos enseguida en algún derivado de la mesalina: sustancia, por tanto, ilegal. El alijo contenía cuatro mil seiscientos once pastillas.

La voz distorsionada del policía confería una especial severidad a lo que narraba y todos los que escuchábamos nos sentimos impresionados. Pero el fiscal no quería perder el tiempo.

—¿Cuál fue la actitud del acusado al ver lo que habían encontrado?

—Se puso histérico. Por segunda vez nos vimos obligados a emplear la fuerza para reducirle. Nos llamó de todo y aseguró que se trataba de un montaje: que nunca había visto ese dinero ni esas pastillas. Aseveró textualmente que «eran del chino». Con todas las garantías procesales fue detenido y puesto a disposición judicial.

—Cuando el acusado dijo «eran del chino», ¿de quién pensaron que hablaba?
El agente X no dudó.

—De Qiu Liu. Habíamos visualizado las cintas procedentes de las cámaras de seguridad el día de autos y la imagen del inspector aparecía nítida en ellas.

—Cuando le ordenaron registrar el domicilio del acusado, ¿se extrañó?

Esta vez, el testigo misterioso se tomó un momento para contestar.

—Pues si le soy sincero, debo decir que no. Hace varios meses se nos ordenó instruir informaciones reservadas e investigaciones sobre él.

—¿Sabe el porqué?

—Lo sé. Se trataba de averiguar si, en efecto, la conducta del inspector Rafael Torino y algunas otras personas de su entorno eran contrarias a la ética profesional, como indicaban las informaciones preliminares. Para ello, montamos un discreto dispositivo de vigilancia, en días alternos; hablamos con la gente y, en fin, lo normal en estos casos...

—Cuando dice «conducta contraria a la ética profesional», ¿a qué se está refiriendo?

—En términos generales, debíamos comprobar si se saltaba las normas establecidas o admitía prácticas manifiestamente ilegales; si abusaba del poder que se le ha conferido en beneficio propio o era violento sin necesidad... Cosas por el estilo.

—¿Y a qué conclusiones llegaron?

—Lo siento, lo mío no es llegar a conclusiones. Ese expediente está activo todavía. Por eso declaro de esta manera.

—¿Continúan reuniendo indicios?

—Sí, indicios hay.

—Gracias. No haré más preguntas.

Esta vez, Fulano dejó el sitio a su hijo menor. Este se puso en pie y apoyó las manos en la mesa. Lo hizo con tal descuido que el vaso de agua que descansaba en ella, y que era de plástico blando, de los de usar y tirar, se volcó íntegramente sobre la madera, mojando todos sus papeles. Hubo que decretar un receso, mientras lo secaban. Solo fueron diez minutos.

—¡Es lo más emocionante que he visto en mi vida: como ir al cine! — exclamó Chantal, inclinándose sobre mí—. Pero creo que voy a aprovechar el receso para salir a fumar un cigarro. Llevamos aquí bastante rato y esa voz me ha puesto un poco nerviosa.

—Te acompaño —contesté sin pensarlo. Salomé prefirió quedarse.

Mucha gente tuvo la misma idea. De hecho, se formó un pequeño montón ante las puertas de la Audiencia, y nos tocó esperar. Detrás de mí algunas personas discutían en voz queda. Alcancé a escuchar retazos de su conversación. Sin duda, eran miembros del cuerpo de policía, comentando el testimonio del agente X. Una voz estridente se elevaba sobre las demás. Defendía con muchas palabrotas la actuación de Torino. Sin embargo, mezcladas con aquellas frases de aliento y admiración, capté también palabras poco halagadoras que le iban

destinadas: una era «cerdo»; otra, «corrupto»; la tercera, «asesino». Sonaban bien.

Chantal encendió su pitillo en la misma puerta. Desde luego, lo suyo era vicio.

—¡Ah, qué maravilla!

—Eso mata, lo recuerdas, ¿verdad?

—Y los años también.

Fumó dos cigarrillos, uno detrás del otro, sin perder ni una brizna de humo. Luego me hizo correr.

—¡Volvamos, nos vamos a perder la réplica! A ver por dónde sale la defensa.

Nosotros regresamos; muchos colegas de Torino no lo hicieron. Ocupamos nuestros asientos.

—Con la venia, quisiera empezar pidiendo disculpas por mi torpeza. Intentaré compensar el tiempo perdido siendo muy preciso con mis preguntas. Agente X: cuando mi colega le ha preguntado de quién pensaron que hablaba cuando mi cliente dijo: «Eran del chino», ha dicho que de Qiu Liu. ¿Mencionó mi cliente ese nombre en algún momento?

—No.

—De modo que es mera especulación por su parte.

—Es posible.

—¿Es eso un sí?

—Lo es.

—Bien, la precisión es un gran valor para el jurado. Como usted ha referido, mi cliente señaló también que se trataba de un montaje. ¿Lo pensó usted alguna vez, durante el registro?

Pese a la distorsión del sonido, escuchamos nítidamente sus palabras.

—Pues lo cierto es que no.

—Gracias. Señoría, no tengo más preguntas.

Salomé se me acercó de nuevo.

—Menos mal que llega el fin de semana porque si no nos da un infarto...

—No tan pronto, escucha.

En efecto, el presidente había mirado el reloj y hecho además de hablar, aunque guardó silencio. Lo volvió a intentar y tras mirarlo de nuevo, incómodo, se decidió a revelarnos sus pensamientos:

—Mañana es sábado: día de piscina, de tortilla de patata y de estar con la familia, pero no podemos eternizarnos. Me he propuesto que el próximo viernes tengamos sentencia y que ese fin de semana todos lo tengan libre. Por eso, voy a pedirles un esfuerzo añadido. Tendremos una sesión matutina. Comenzaremos a las nueve y media. Prometo terminar a las dos en punto.

La sala fue poco a poco desaguándose hasta quedar vacía. Nosotros fuimos de los últimos en salir: por algo estábamos en la última fila y la puerta junto a la tribuna del jurado.

Chantal se despidió dando muestras de que tenía prisa, y se abrió paso entre el público, pero antes me preguntó si regresaría al día siguiente. El cielo pareció cantar en mi honor. Le aseguré que tendrían que invadirnos los marcianos o caer una bomba nuclear para que no me viese sentado en *mi* silla (recalqué el posesivo con cierta sorna) al punto de la mañana. Y, sonriendo ante la expectativa de volver a verla en pocas horas, me quedé en la puerta de la Audiencia, observando cómo se alejaba moviendo a ambos lados su cortita falda beis, talla júnior, y su bolso rojo, a juego con su jersey.

«Un treinta y cuatro... ¡Ese sí es un número pequeño!», pensaba, cuando noté que Salomé apoyaba su barbilla en mi espalda. Nunca antes lo había hecho.

—¿No vienes?

Me di la vuelta. De nuevo me percaté de los vulgares que resultaban aquellas ropas ajustadas, las domingas asomando por el escote y el pelo rubio platino.

—¿Qué número calzas? —quise saber.

Levantó lateralmente uno de sus zapatos de plataforma morados y me lo enseñó:

—Un treinta y nueve, ¿por qué?

—Por nada; simple curiosidad.

Se llevó las manos a la cintura y se estiró levemente el escueto vestido.

—Es por esa chica, ¿no? La pequeña que te quitó el sitio...

—¿Qué tontería! ¿Por qué piensas eso?

—He visto cómo la mirabas. Pero te digo una cosa, y hazme caso que tengo bastante experiencia: ojo con las mujeres sin curvas. No son de fiar. A la mínima, te traicionan. Druso, un novio que tuve hace tiempo, aseguraba que las chicas a las que no puedes pellizcar son como cuchillos, y terminan clavándose en tu corazón. Yo que tú la borraría de la memoria de inmediato.

Me dolió el comentario y respondí de forma grosera.

—Ese novio tuyo, ¿era de los matones o de los aprovechados?

Ella no acusó recibo.

—Como quieras. Es cosa tuya. No me hagas caso si no quieres, pero luego no digas que no te lo advertí.

Paco, que estaba a nuestro lado, como un convidado de piedra, acercó su boca a mi oído y me susurró:

—A eso, en mi tierra, lo llaman celos, Efrén. Te lo digo y o que vivo de las celotipias.

Le miré con cara de perplejidad.

—¡Qué cosas dices, tío! Salomé nunca se fijaría en mí. Me lo advirtió desde el principio: no soy su tipo. Odia a los gordos.

—¿Te apuestas cien euros?

—Hecho.

Se irguió y guiñando un ojo a mi secretaria nos tentó:

—¿Unas cañitas, chicos? Pago yo. Tenemos que celebrar que la cosa marcha y pronto nos veremos libres de ese cabrón.

Negué con la cabeza.

—Estoy deseando llegar a casa y tomarme una aspirina. Me duele la espalda. Esas malditas sillas parecen diseñadas para enemigos.

—Te acompaño, Efrén —se adhirió Salomé—. Yo también quiero acostarme pronto.

Me ató a su brazo como si yo fuera un velero y ella el ancla y no me soltó hasta llegar al cuatro duplicado. A mi espalda me parecía oír la voz de Paco: « ¡Cien euros, me debes cien euros!» .

—¿Quieres que prepare algo de cena? —sugirió en la puerta de casa.

—No te preocupes. Tomaré cualquier cosa, pero gracias.

—Respuesta equivocada: cualquier cosa es una porquería. Entro y hago una tortillita y una ensalada. No tardo nada. Tú puedes ir buscando la aspirina.

Debí haberme negado, pero no encontré el valor. Cenamos en silencio. Y enseguida le informé de que me marchaba a la cama, es decir, que había llegado el momento de irse a casa de doña Emilia.

—Friego los platos y me voy. Hasta mañana.

Escuché el ruido de la puerta al cerrarse mientras leía la novela de turno (*Yo confieso*, de Cabré). Pasados unos minutos (no más de cinco páginas) sentí de nuevo la llave en la cerradura y supuse, porque es habitual, que Salomé se había olvidado el móvil, el bolso, las gafas o cualquier otra cosa: es bastante olvidadiza. Aproveché para apagar la luz. El dolor de espalda se iba mitigando y lograría dormir.

Había entrado en plena comunicación mística con la almohada cuando la puerta se abrió. Me di un susto de muerte y me levanté de un salto (ahora ya puedo hacerlo, aunque no demasiado rápido). Pero no era un ladrón, sino la prueba fehaciente de que había perdido la apuesta. Salomé iba algo más desnuda

de lo habitual. Con la luz enfocándole por la espalda, alcancé a percibir su ropa interior, oscura y minúscula.

—¡Pero qué cojones haces!

—Tranquilo, relájate. Voy a darte un masaje que va a quitarte el dolor de espalda para siempre. Ven aquí —me pidió, mientras encendía la luz.

El sujetador era negro, de seda; el tanga, de encaje, con lazos dorados a los lados. Tragué saliva.

—Ni hablar.

Sonrió. No me quitaba la vista de encima, mientras metía la mano en el sostén y se recolocaba la silicona. Debo confesar que no me miraba a la cara.

—Tu amigo no está de acuerdo contigo; escúchale, él sabe más.

Me volví hacia la cama y, de un manotazo, me hice con el albornoz, que empleé a modo de parapeto. Esperaba que..., bueno, que mi amigo, como ella lo había llamado, retornara a la sensatez (o al menos, a su tamaño en reposo), algo que no ocurrió de inmediato.

—¡Anda, no te hagas de rogar, Efrén! Tenemos toda la noche para nosotros, no vayamos a desperdiciarla.

Me mantuve firme en mi negativa. Y agarrado al albornoz como el náufrago a su tabla, una vez sobrepuesto al susto, logré decir:

—Hubo una única condición en nuestro contrato, Salomé: nada de sexo. Además, te recuerdo, y son tus propias palabras, que a ti no te van los gordos. ¿Qué coño te ha pasado?

—Ya no estás gordo. Eres un tipo atractivo...

—¡Ja!

—Es cierto. Anda, cariño, ven conmigo. Tengo frío, necesito tu calor...

Cariño. Dijo *cariño* por segunda vez en una sola jornada. Odio esa palabra. Suena a mierda. Envasada y con lazo, pero a mierda. Es de las que emplean los que dan de leches a su mujer o les ponen los cuernos desde la mañana a la noche. *Cariño.*

—¡He dicho que no, vístete de una vez!

—Si eso es lo que te preocupa, nadie va a enterarse. Yo soy muy discreta... —masculló.

—¡Que no me da la gana! ¿Es que no entiendes eso? Mira, Salomé, ni tú eres una puta ni yo soy tu cliente. Vete a tu casa y déjame dormir.

—Efrén...

—No hablaré contigo si no te vistes. Es mi última palabra.

Al captar mi determinación, se quedó desconcertada. La observé. Estaba pálida como si se le hubiera aparecido un coro de ángeles, o una manada de demonios. Había cierta desesperación en su mirada, un dolor inquietante que se le escapaba por los ojos. En ese momento, se derrumbó. Se acuclilló pegada a la pared, en una postura tal que parecía tener que hacer de vientre. La mezcla de tal

peculiar posición con el encaje y la seda negros de su ropa la hacían parecer ridícula, estrambótica. Barata. Me compadecí de ella y, sin pérdida de tiempo, me puse el albornoz, cogí la americana y se la eché sobre los hombros.

Lloraba.

—Recogeré mis cosas. Lo siento, Efrén. La verdad es que me gusta Romani y asociados.

—Romani es nuestro mundo, pero no nuestra vida. Es eso lo que hemos confundido. Pero no hay problema. Yo tengo una memoria muy corta.

—¿Es por esa chica, la del juzgado?—insistió.

—Vete a casa, Salomé, por favor. Aquí no ha pasado nada. Estamos nerviosos por el juicio, y nos dejamos llevar. Eso es todo.

Se acercó, me dio un beso en la mejilla y se fue.

Sé que no durmió en casa de doña Emilia, porque ella me lo contó.

Que era sábado se percibía nada más entrar en la Audiencia.

La sala había adelgazado notablemente. Calculo que, a lo sumo, estábamos a media entrada. La mayoría de los curiosos había desaparecido. No quedaban casi estudiantes ni jubilados. Dos terceras partes de los colegas de Torino no habían acudido y los que permanecían parecían incómodos o preocupados. Bueno, en realidad, no sé con certeza cómo se sentían. Lo único que puedo asegurar es que no daban muestras de felicidad. A los únicos que se les veía boyantes era a los representantes de la prensa.

Me fui a mi sitio. Había estado un rato en la puerta, esperando a Salomé, que no llegó. Pero Chantal estaba dentro. Esta vez con pantalón vaquero, camiseta blanca y tacones. Me pregunté de dónde habría sacado unos zapatos así de la talla treinta y cuatro. Llevaba un collar muy vistoso, de bolas de colores. Le dediqué mi mejor sonrisa y le aseguré que me gustaba mucho.

—Los hago yo: me encanta diseñar mis propios adornos. Puedo hacerte uno si quieres... Bueno, no para ti, claro, pero quizás para tu madre o tus hermanas... o tu novia. No serás gay, ¿verdad? ¡Dios, cuándo aprenderé a estar calladita!

Levanté las manos en señal de rendición.

—Te confesaré mis cuitas: no soy gay. Tampoco tengo novia, ni hermanas, y mi madre murió hace años.

Con una sonrisa de oreja a oreja me dijo:

—Pues entonces te diseñaré un llavero. ¡Ay, estoy tan nerviosa, tan emocionada!

—¿Por qué, por el collar?

Me pegó un golpe en el brazo.

—¡No, tonto! Es que hoy interviene mi jefa. Es la segunda en la lista. La de Qiu ha sido mi primera autopsia aquí. ¡Emocionante, créeme!

—No creo que le diera ese calificativo, pero entiendo lo que quieres decir. Cuando conseguí mi primer sobreseimiento, me sentí como si acabara de ganar la lotería... Mira, ya empezamos.

En efecto, el siguiente testigo estaba ya en medio de la sala, junto al micrófono. Pedro Corey, de formación farmacéutico, era un hombre joven, con

el pelo cortado al dos, vestido con pantalón de tergal azul y un niqui de algodón de color verde botella, sin otro distintivo que las amplias manchas de sudor que rodeaban sus axilas. Era, según detalló, técnico farmacéutico del Instituto Nacional de Toxicología en el departamento de la ciudad, y había sido el artífice del informe pericial pertinente. Chantal no lo conocía.

Tras el juramento, el fiscal Pérez explicó al jurado por qué motivo había citado a aquel experto.

—Señoras y señores, como escucharon ayer, tras obtener la orden judicial pertinente, la policía efectuó un registro en el domicilio del acusado, a resultados del cual se incautaron de varios objetos. Para evitarles largas comparencias de peritos, y puesto que ya se ha detallado en el informe que se les ha repartido, me limitaré a resumir algunos de los hechos más significativos.

» En primer lugar, es muy importante que tengamos este dato en la cabeza: en la bolsa de plástico transparente con autocierre que contenía las cinco mil pastillas azules requisadas en el domicilio del acusado, se hallaron varias huellas digitales. Inequívocamente, se ha determinado que pertenecen al fallecido señor Qiu. De modo que no hay lugar para la duda: antes de estar en manos del acusado, estuvo en las de Qiu.

» Ayer, en su interrogatorio al agente X, mi colega mencionó la posibilidad de que aquello fuera una encerrona, es decir, que algún narcotraficante o cualquier otro delincuente que odiara a Torino hubiera decidido perder un montón de dinero y un montón de droga tendiendo al acusado una trampa. Podría ser, claro, cualquier cosa es posible, pero ¿cómo explicar que las huellas del fallecido aparezcan por todas partes? Eso no apunta hacia un montaje, sino hacia que Torino asesinara y robara al señor Qiu. Las huellas digitales encontradas atan a ambos hombres, más allá de una simple visita de inspección, como el acusado testificó. Les hace compartir dinero y drogas, y nos da un motivo para el asesinato.

» Sin embargo, quizás a algunos de ustedes todavía les quede alguna duda. Deben saber que hay más evidencias. Para hablar de ellas, hemos pedido al señor Corey, aquí presente, que viniera, ya que fue el responsable de las pruebas periciales efectuadas en las ropas requisadas al acusado. Son, precisamente, las que vestía el día de autos, es decir, las que pudimos ver en el video que se proyectó ayer. Se hallaron en uno de los armarios de su domicilio y se enviaron al laboratorio para su análisis. Señor Corey, ¿puede precisar a esta sala qué prendas examinó?

—Por supuesto. Nuestro laboratorio recibió unas zapatillas deportivas blancas, marca Nike, bastante usadas, de la talla cuarenta y dos; un pantalón vaquero marca Pepe Jeans, de cuatro bolsillos, también muy usado, y una camiseta blanca de algodón, marca Calvin Klein. Todas esas prendas habían sido lavadas antes de llegar a nuestras manos. De hecho, alguna de ellas todavía estaba

mojada. Aun así, se efectuaron todas las pruebas pertinentes.

—Entiendo. ¿Pudieron obtener algún dato, pese a que habían intentado limpiarlas?

El banquillo de la defensa se puso en pie al unísono.

—¡Protesto!

—Se acepta.

—De acuerdo, reformularé la pregunta. Esas prendas habían sido lavadas. Señor Corey, ¿puede decir a esta sala qué encontraron en ellas?

—Sí, claro. En la zapatilla izquierda se detectaron unas pequeñas manchas de color rojizo. Las pruebas bioquímicas permitieron descubrir en ellas la presencia de sangre humana. Concretamente, del tipo AB+, un tipo poco frecuente.

—¿Está seguro de ello? ¿Son fiables esas pruebas?

—Por supuesto que sí.

—El jurado debe saber que el tipo sanguíneo del finado señor Liu es AB+, el mismo que se localizó en las zapatillas deportivas del acusado. —Pérez hizo una pequeña pausa. El jurado tenía los ojos fijos en él—: Tengo entendido que en el pantalón vaquero también se encontraron manchas de sangre de ese mismo tipo. ¿Es eso cierto?

—Lo es. En la pierna izquierda, a la altura del muslo y de la cremallera, se detectaron marcas tipo salpicaduras con ese tipo de fluido. En la pernera derecha había alguna más, pero en ellas no se pudo demostrar su presencia por pruebas bioquímicas. Lo mismo ocurrió con la camiseta.

—Según su informe, realizaron también estudios de ADN. ¿Nos puede explicar por qué y cuáles fueron sus hallazgos?

—Naturalmente. La detección de ADN en los fluidos biológicos que se recuperan en la escena de un delito o en una prueba, como en esa zapatilla, nos permite identificar con una probabilidad mayor al 99,99 por ciento a un sujeto.

—¿Con tanta probabilidad? —incidió el fiscal—. ¿Cómo es eso?

—Verá, los fragmentos de ADN son altamente variables entre los individuos: son casi más propios incluso que una huella dactilar.

—De modo que, con los medios de los que disponen, ustedes pueden saber si ese suero, coincidente en el tipo sanguíneo, es el del asesinado... Lo preguntaré de otra manera: ¿era la sangre del señor Liu?

—Pues veré, según nuestros cálculos, la probabilidad de encontrar un rastro de sangre coincidente con el perfil genético del finado es de 3,9 sobre cien mil; es decir, una probabilidad de 0,0039 por ciento. En suma, que con un altísimo grado de verosimilitud, las manchas halladas en las ropas del acusado pertenecen a la víctima, señor Qiu Liu. De modo que la respuesta es sí: era su sangre.

—Muchas gracias. No hay más preguntas.

—¿Letrado?

Mientras el perito hablaba, Fulano se había escabullido de la sala fingiendo

una llamada de móvil. Desconozco si se marchó porque era sábado y tenía que jugar al golf, porque el juicio del político acusado de cohecho estaba finalizando y debía preparar las conclusiones o por cualquier otra circunstancia. Pero fue lo que fuese, cuando, con un escueto mensaje al oído, le dejó solo, el asociado se echó las manos a la cabeza. Tenía unas notas, pero su nerviosismo evidenciaba que no estaba preparado para realizar aquel interrogatorio. Quizás hubiera sido preferible dejarlo correr. Pero no lo hizo. Y, como suele ocurrir cuando uno tiene dudas, entró a matar.

—Gracias, señoría. Tengo algunas cuestiones menores, que no me importa dejar de lado para no cansar a los jurados. No obstante, hay una que no puedo pasar por alto. Es esta: señores jurados, deben saber que la aplicación de la genética al campo de la investigación criminal todavía tiene, digamos, tintes experimentales. La ciencia ha avanzado mucho, no lo niego, pero no es una ciencia completamente consolidada...

—Eso no es cierto —le interrumpió el testigo.

El asociado reaccionó de inmediato. Con un inusual nivel de agresividad, que hizo torcer el gesto a más de un jurado, gritó:

—¡Usted solo responde a lo que se le pregunte! Por favor, absténgase de cualquier otra intervención.

—Pero es que está usted equivocado...

—¡Que se calle! Límitese a lo que se le pregunte... —Se recolocó la corbata y pareció serenarse—. Veamos, para que en un estrado judicial puedan aceptarse sus informes es necesario que se cumplan determinados requisitos. Por ejemplo, debemos supeditar sus conclusiones a la calidad de la muestra, y a que los procesos de recolección, embalaje y cadena de custodia sean los preceptivos, ¿es así?

—¿Quiere usted que responda? —susurró con sorna el testigo.

—¡Naturalmente!

—Pues entonces le diré que sí. En este caso...

—Con un sí o un no es suficiente. Veamos, ¿cree usted que, transcurridos varios días, y en una zapatilla que ha pasado por una lavadora, se dan esas condiciones?

—Sí, lo creo.

—¿Con qué nivel de certeza?

—Con toda la que requiere la ley. —Corey se volvió hacia el presidente y le dijo—: ¿Señoría, puedo decir algo?

—Me temo que solo puede responder a lo que se le pregunte.

El asociado volvió a la carga.

—¿Todos sus colegas estarían de acuerdo con usted?

—Pregúnteselo a ellos.

Chantal se me acercó, para susurrarme al oído:

—Mañana está despedido.

—No me cabe duda —respondí.

El asociado se dio por vencido y dejó el interrogatorio inconcluso, con la esperanza de que el jurado se olvidase pronto de ello. Pero no iba a ser tan sencillo: su señoría estaba recabando las preguntas del jurado. El agente judicial fue a recogerlas: había varias, todas sobre lo mismo.

—Señor Corey, varios jurados quieren saber qué quiere decir con «cadena de custodia», y qué tiene que ver en este caso.

—Se lo explico en dos palabras, señoría: la «CC» es un procedimiento que garantiza que las evidencias que analizamos en el laboratorio sean las mismas que se recogieron del lugar de los hechos. Dicho en otras palabras, evita que, en su manejo, las evidencias físicas puedan ser alteradas. Si hay algo que llevamos a rajatabla, es la «CC». Porque las cosas pueden pasar por muchas manos. ¿Puedo poner un ejemplo?

—Naturalmente.

—Pongamos por caso esas zapatillas: se recolectó esa prueba en el lugar de los hechos, se embolsó, transportó y almacenó antes de que llegaran a mi laboratorio. Pues bien, todo eso está documentado, preservado, asegurado. Se sabe quién hizo cada cosa, y quiénes son responsables de su traslado. En fin, que cuando vamos a un juicio y decimos algo es porque así lo creemos. A nosotros ni nos va ni nos viene: no conocemos al sujeto, ni el caso. Y respecto al ADN, nadie se opone al progreso. Ya estamos enviando exploradores a Marte. Encontrar ADN es mucho más sencillo...

—¡Vaya palo! —exclamó Chantal y, como en una premonición, añadió—: Espero que no se desquiten con mi jefa, que va la siguiente.

Incómoda por tantos ojos fijos en ella, Rocío Pernas, jefa de Chantal y directora del Instituto de Medicina Legal de la ciudad, recorrió con presteza, incluso con cierta altivez, la distancia que mediaba entre la puerta y el micrófono. Llevaba un grueso informe en la mano.

Pese a sus improbables esfuerzos por mantener la espalda erguida y el porte digno, no pudo evitar dejar al descubierto una ligerísima cojera. Sus extraños andares llamaron mi atención. No eran asimétricos pero rítmicos, como suele ocurrir en otras cojeras; reflejaban, más bien, un cierto caos. La seguí con la mirada y caí en la cuenta de que evitaba apoyar el pie izquierdo. Y entonces lo comprendí: lo suyo no era tanto un defecto físico cuanto unos zapatos nuevos. Por la espera y el calor, era probable que le apretaran y se le hubiera formado alguna ampolla. El magistrado también debió darse cuenta porque le informó de que, después del pertinente juramento, podía utilizar la silla si así lo deseaba.

Por lo demás, era una chica normal, de unos treinta y ocho o cuarenta años, bastante más alta que la media, con cara agradable y un poco rellenita. A excepción de los zapatos, que como decía parecían nuevos, vestía con descuido. Llevaba la falda arrugada y una mancha blancuzca adornaba la solapa de su americana azul marino.

Ya sentada, la mujer aguardó resignada la llegada de las tediosas preguntas de las partes. Mientras respondía a las cuestiones de rutina sobre su profesión, los años que llevaba ejerciendo como médico forense, el número de autopsias que tenía en su haber y algún que otro detalle menor, que no logro recordar, en su rostro apareció una expresión de hastío que se tradujo a palabras en cuanto tuvo ocasión, es decir, cuando el fiscal le dio los buenos días y le explicó por qué había sido convocada.

Formalmente, sus palabras no violaron el código de decencia que se espera en un juzgado, pero no ocurrió lo mismo con su contenido. La mujer dijo estar dispuesta a responder a las cuestiones que los abogados de la defensa o el ministerio fiscal quisieran formularle, faltaría más, lo que no entendía era por qué deseaban seguir interrogándola cuando el informe presentado por su oficina, revisado y firmado de su puño y letra, era concreto, completo y exhaustivo. Con

solo leerlo, uno tenía la sensación de haber estado a su lado, realizando la autopsia al finado. Por si aquello fuera poco, alegó después que su oficina (Chantal me propinó un codazo y me aseguró que lo había hecho ella) se había tomado la molestia de realizar un breve resumen del mismo para los jurados, evitando el empleo de tecnicismos y otras expresiones que pudieran confundirlos.

El magistrado presidente la llamó al orden y le instó a contestar a todas y cada una de las preguntas que se le formularan, por muchas o reiteradas que fueran. Era un derecho de las partes y debía asumir su obligación. Pernas acató con un movimiento de cabeza, pero la reprimenda no logró cambiar su gesto avinagrado. De hecho, en cuanto el fiscal reanudó el interrogatorio, volvieron a asomar sus malas pulgas.

—¿Ha leído usted mi informe, letrado? Está todo ahí.

—Naturalmente, doctora Pernas. Y los jurados han recibido cumplida copia de su resumen. Se lo agradezco en su nombre y en el de todos. Sin embargo, necesitamos que nos conduzca a través de sus afirmaciones con el fin de poder entender el alcance de las mismas. Veamos, cuando se enfrentó al cadáver del señor Liu, ¿hubo algo que le llamara la atención?

—¿Se refiere a que estaba muerto y presentaba tres orificios de bala, o a otra cosa?

—Al resto. Sabemos ya cómo murió.

Se puso las gafas que llevaba colgadas en el cuello, abrió con parsimonia su informe y releó algunos párrafos. Después, se las quitó.

—Pues si se refiere a eso, a tenor del estado de sus pulmones y de la edad que tenía, debió de empezar a fumar muy pronto y a hacerlo casi compulsivamente. Y también bebía. Bastante, creo. Pero quizás usted se refiera a otra cosa...

—En efecto, quería que se centrase en cualquier hecho que hubiera podido tener lugar en los momentos cercanos a su muerte.

—¡Ah! Pues puedo decirle que, amén de los tres disparos, recibió un número indeterminado de golpes en la zona abdominal que le ocasionaron una leve hemorragia interna. Podrían ser puñetazos...

—A consecuencia de esos golpes, ¿el señor Liu derramó sangre? Mi pregunta concreta es esta: ¿sangró exteriormente?

La mujer negó varias veces con la cabeza. Su cara mostraba desesperación, pero el fiscal no se inmutó. Una sonrisa llenó su cara durante todo el interrogatorio. Era un testigo crucial, y era de los suyos.

—Como acabo de decirle, los golpes recibidos le produjeron una pequeña hemorragia interna. Interna quiere decir que se mantiene en el interior y, por consiguiente, no sale a la superficie. De modo que la respuesta es no: fuera no se percibía.

—Cuando examinó el cadáver, ¿observó alguna otra herida que pudiera

haberle causado un sangrado exterior, fuera de los balazos? Una herida sangrante, quiero decir.

—No. Lo pone...

—Lo sé, doctora Pernas, lo pone el informe. Pero quería asegurarme de que usted no vio ninguna otra herida, además de las de bala, por la que el finado pudiera sangrar.

Un asociado, distinto del que acababa de liarla, que había desaparecido de la sala (y supongo que, para siempre, de Fulano & sons), se levantó como si tuviera un resorte en el trasero.

—¡Protesto! Está dirigiendo a la testigo.

El fiscal levantó las manos, como si pidiese disculpas.

—Reformularé la pregunta. Doctora Pernas, si al difunto señor Liu le hubieran pegado tres o cuatro golpes en el estómago para mantenerlo a raya, y luego tres tiros, el cuerpo que hubiera recibido para examinar ¿presentaría un estado similar al que usted examinó?

Se lo pensó unos instantes.

—Creo que sí.

—De modo que si el asaltante se hubiera manchado de sangre del finado, esta debería proceder de alguna de las heridas de bala recibidas.

—Es muy posible, sí.

—¿Es muy posible o sí? —preguntó, replicando al hijo de Fulano. Hay que aprender allá donde se pueda.

Cruzó la pierna.

—Sí.

—Gracias. Recordarán los señores y señoras jurados que, en el interrogatorio anterior, el señor Corey nos ha asegurado que, en sus zapatillas, y también en los pantalones del acusado, aparecieron manchas de sangre tipo AB+, de un perfil genético coincidente con el del finado. Pues bien, la doctora Pernas acaba de confirmar que en el cuerpo del señor Liu no había más heridas que las de los balazos. En suma, sin otras lesiones de donde pudiera proceder esa sangre, debemos concluir que las manchas halladas en las ropas del acusado no solo pertenecen a la víctima, señor Liu, sino que tuvo que mancharse con dicha sangre cuando le disparó.

—Doctora Pernas, ¿puede recordarnos en qué franja temporal fijan ustedes la hora de la muerte del señor Liu? Sé que lo pone en su informe, pero le agradecería si pudiera leernos ese párrafo.

La forense se colocó de nuevo las gafas en el tabique nasal, buscó el párrafo demandado y leyó en voz alta:

—La muerte tuvo lugar entre las dos y las tres de la madrugada.

—Estoy seguro, señores jurados, de que todos ustedes se fijaron en la hora de entrada y de salida que recogía el video que se visualizó en esta sala del señor

Torino en las inmediaciones del domicilio del señor Liu. Por si, con tantos datos, lo hubieran olvidado, les recuerdo que entró a las 2.10 de la madrugada y salió a las 2.19, lo que resulta coincidente con la hora que acaba de indicarnos la doctora Pernas. Gracias, doctora. No tengo más preguntas.

El presidente carraspeó. Fue un gesto instintivo, que reflejaba, en parte, la sensación de agarrotamiento en la garganta que todos sentíamos. El nivel de agresividad de la testigo resultaba desagradable y enrarecía el ambiente de la sala. Si se había comportado de esa manera con la fiscalía, en el caso de la defensa las cosas, previsiblemente, se pondrían peor. Miré a Chantal, al fin y al cabo era su jefa. No había mentado palabra. Seguía en la misma posición en la que estaba cuando empezó. No me atrevía a recabar su opinión.

—Es el turno de la defensa. Ilustrísimo letrado...

El primogénito de Fulano se puso en pie y estiró su toga; mientras lo hacía, fue preparando su mejor sonrisa y su más exquisita educación. Posiblemente, quería compensar los malos modos de sus exempleados.

—Buenos días, doctora Pernas, gracias por su exhaustivo informe y las aclaraciones que acaba de ofrecernos. En todo caso, me gustaría comentar algunos puntos que no me han quedado del todo claros.

—A su disposición —señaló. Definitivamente, se había desprendido del zapato izquierdo y mostraba síntomas de alivio.

—Según su informe, usted realizó un examen externo del cadáver...

La testigo le interrumpió.

—Naturalmente, letrado. Como seguro conoce, nuestro trabajo se desarrolla siguiendo un procedimiento muy estricto. Siempre lo llevamos a cabo de la misma manera; paso tras paso. Si usted quiere puedo explicárselo, pero no estoy segura de que al jurado le interese saber cómo extraigo los órganos y los peso o cómo examino los orificios corporales —replicó de nuevo con acritud. La doctora Pernas llevaba anillo de casada y por un instante sentí lástima del señor Pernas.

—No será necesario, doctora. Solo deseo hablar del examen externo. Dice usted que no apreció lesiones sangrantes en rostro, brazos, tórax o piernas.

—Así es, modernas no había. Sí presentaba alguna herida antigua en la ceja, en el brazo derecho y en el muslo izquierdo, como indica el informe. Todas cicatrizadas.

—Sí, señora, eso es precisamente lo que me preocupa, porque en la basura

del finado se localizó un apósito ensangrentado de cierto tamaño... Digamos una especie de tirita grande.

El fiscal se levantó.

—Señoría, esta fiscalía no tenía noticia de ese apósito y los expertos que declararon anteriormente no hablaron de él.

—No hablaron porque usted no preguntó —replicó el defensor—, pero, si presta la suficiente atención, podrá ver que se cita en el informe policial.

El fiscal rebuscó entre sus papeles hasta dar con ello.

—Señoría, en ningún momento se dice que esa sangre fuera del mismo tipo que la del finado.

—No se dice porque no se mandó analizar. Pero apareció en el cuarto de baño de la casa de la víctima y este vivía solo, ¿de quién si no iba a ser?

El defensor se giró hacia la funcionaria forense y le espetó:

—¿No le parece raro, señora, que usted no haya encontrado herida alguna pero se haya localizado un apósito con sangre en la papelera del cuarto de baño del occiso? ¿No pudo usted descuidarse y dejar pasar alguna herida?

La doctora Pernas fue categórica.

—No. Como le digo, una autopsia es un proceso estandarizado. Siempre lo hacemos de la misma forma. Las heridas no se te pasan: están o no están, es así de simple.

El hijo de Fulano se acercó a la mesa y consultó sus notas durante un cierto tiempo. El jurado aguardaba expectante. El juez le llamó al orden, momento en el cual, vestido de nuevo con su mejor sonrisa, volvió a acercarse a la testigo: era obvio que entraría a matar.

—Creo que acaba de ser usted madre por primera vez. Una niña, ¿no es cierto? Vaya por delante nuestra enhorabuena...

Antes de que la doctora Pernas pudiera siquiera agradecerlo, el fiscal elevó una sentida protesta.

—¡Señoría, las maniobras del letrado son infames! La maternidad de la doctora Pernas es un asunto privado que, se mire como se mire, no compete a este tribunal.

—Le ruego, señoría, que me otorgue un poco de margen. Enseguida explicaré los porqués de este interrogatorio y a dónde nos conduce.

El magistrado presidente dudó unos instantes, pero finalmente le permitió continuar, advirtiéndole, eso sí, que lo vigilaba a corta distancia y que, en cuanto cruzara la línea roja, le cortarían el privilegio.

—Doctora, según mis notas, en este momento está usted de baja laboral por maternidad. Lleva exactamente diez semanas y media sin acudir a su trabajo.

—¡Protesto! —se escuchó de la voz de un fiscal puesto en pie y notablemente enfadado.

—Denegada, continúe.

—Por el momento en que tuvo lugar el alumbramiento, usted debió de realizar esa autopsia embarazada de treinta y cinco semanas. ¿Mis cálculos son correctos?

—Si usted lo dice, lo serán. Lo mío no son las matemáticas.

—Con un embarazo casi a término, trabajando de pie, y con esas ropas tan incómodas, tendría que estar usted agotada. Supongo que se le hincharían los pies...

—¡No lo sabe usted bien!

—Interpreto su exclamación como un sí. Estaba cansada y deseando terminar con todo.

Fue en ese momento cuando Rocío Pernas alcanzó a ver la estrategia del fiscal y se colocó a la defensiva.

—Desde luego que sí. Cualquiera estaría cansada en esas circunstancias, pero eso no quiere decir que no siguiera el procedimiento establecido. Lo hice cansada, como cualquier otra mujer en mi estado, pero como marcan los cánones.

—¿Puede decirnos cuánto tiempo empleó en realizar esta autopsia, doctora Pernas?

La médico consultó sus notas, gafas en mano.

—En nuestro departamento, empleamos la técnica de Letulle para la práctica de las autopsias. Con ella, el tiempo empleado en la disección anatómica ronda las cuatro o cinco horas. Aunque con el cadáver propiamente dicho estamos cerca de dos. En este caso, dos horas y tres minutos: eso es lo que pone el informe.

—¿Cuánto tiempo suele tardar, por término medio, en hacer una autopsia?

—Depende de las circunstancias, pero, según le acabo de decir...

El abogado la interrumpió.

—Según mis notas, en esa primera fase, usted empleó dos horas y cincuenta y cinco minutos en su última autopsia; y tres horas y dos minutos en la precedente. Hay casi una hora de diferencia, lo cual no es baladí. Dígame, ¿no cree que, en la del señor Liu, fue usted demasiado rápido, que estaba ya con la cabeza en el paritorio? ¿No cree que, como era evidente que había muerto por aquellos tres tiros, no prestó la debida atención?

—¡Protesto! —chilló el fiscal—. Y pido, señoría, que conste en acta.

La cara de la testigo se tiñó de grana. Pensé que la habían pillado, pero está claro que no conozco a las mujeres.

—Se hará constar en acta. La testigo responderá —contestó el magistrado.

—Mire, caballero, yo soy una profesional. Medir mi trabajo por el tiempo que empleo o el número de meses de mi gestación indica un nivel de ignorancia y estupidez digno de un buey. ¿Acaso es mejor el abogado que hace discursos más largos o emplea más palabras? Yo creo que no. Si usted piensa lo que está

sugiriendo, es decir, que mi colega y yo no hicimos bien nuestro trabajo, podría haber solicitado una segunda autopsia: estaba en su derecho. Sin embargo, no lo hizo. Y ahora es tarde. ¿Y sabe otra cosa? Con la sangre de una herida que se cierra con una tiritita (que podría llevar semanas allí) no puede mancharse una zapatilla, un pantalón y una camiseta. Ni de broma —concluyó.

—Lo que me ha quedado claro a mí y al jurado, doctora, es que le falta objetividad, y es una verdadera pena porque de su testimonio depende la suerte de una persona muy querida en esta comunidad —incidió el abogado.

—¡Debo protestar otra vez, señoría, esto es ultrajante! No es un testigo de la defensa, es un perito forense. La actitud del letrado está confundiendo al jurado.

—De acuerdo, señoría, retiro la pregunta. Tengo otra pregunta sencilla para usted, doctora Pernas. Es sobre su informe, ese que descansa en su regazo y todos hemos leído ya. Verá, en la página tres, párrafo cuatro, dice usted que el señor Liu había recibido tres tiros, dos de ellos mortales de necesidad. ¿Es correcto?

—Lo es, sí.

—¿Se le ocurre por qué alguien querría disparar por segunda vez a alguien que ya está muerto?

—¿Que si se me ocurre? Pues claro que sí, se me ocurren muchas cosas. Pero ese no es mi trabajo, abogado, es el suyo o el de la policía.

—Tiene razón en eso. A mí sí se me ocurre: entiendo que quizás su asesino quiso dejar claro que era él quien mandaba.

—Protesto, especulación.

—Se acepta. ¿Ha concluido, letrado?

—Solo una pregunta más. ¿Presentaba la piel del señor Liu alguna zona tatuada?

—Sí: lo tiene usted en el exhaustivo informe, pero no me importa repetirlo. Tenía un tatuaje de un dragón de veinticinco por quince en el muslo derecho y otro más pequeño, de cinco por cuatro, en el brazo: unas letras chinas, creo, dentro de un triángulo.

Se acercó a su mesa y regresó con una fotografía de gran tamaño.

—¿Es este el tatuaje del que habla?

—Yo diría que sí.

Mostró la fotografía al jurado.

—Ahora sí que he terminado, gracias. Sin embargo, les pido que recuerden este signo porque volverá a aparecer: es el emblema de las triadas, el signo de las mafias chinas.

El magistrado presidente interpeló al jurado. Si tenían preguntas que formular al testigo, era el momento para entregar los papeles. Había varias. El alguacil las recogió. El magistrado se caló las gafas. Mientras repasaba las peticiones escritas movía la cabeza a ambos lados.

—Algunos de ustedes preguntan por qué no enviamos al laboratorio la citada tirta y salimos de dudas. Verán, aunque la reflexión es lógica, no resulta posible hacerlo. Hubo una fase de instrucción previa en la que las partes tuvieron la oportunidad de examinar esa prueba. Ahora ya no es posible. Si tuviéramos que readmitir cualquier prueba surgida en la fase de investigación, no acabaríamos nunca ni podríamos asegurar que se cumplen todas las garantías procesales. Lo siento. ¿Algo más?

La jurado número cinco, la señora de más edad, levantó la mano. El presidente la miró con extrañeza.

—¿Sí, señora Yllera?

La mujer carraspeó un par de veces antes de explicar al juez que había olvidado las gafas de cerca en casa, y que, sin ellas, no podía escribir. Si no tenía inconveniente, formularía su pregunta de viva voz. En otro caso, se la dictaría al ujier. Era sábado, hacía calor y todos deseábamos terminar. El magistrado admitió la petición.

—Gracias, señoría. Querría comentar algo. Verá, como yo estoy ya mayor, mis hijos se turnan para ayudarme en la cocina, porque los domingos nos juntamos casi veinte personas para almorzar. Por ejemplo, mi nieto Javi siempre está dispuesto a limpiarme los cacharros o a partir cebolla. No sé si lo sabe, pero, si se humedece el cuchillo, no se llora..., y de paso me recuerda que ponga sal. Como el médico me obliga a tomar todo soso, siempre se me olvida.

—Reunir a la familia es una gran cosa, señora Yllera, pero no alcanzo a comprender su pregunta.

—Bueno, es obvio: según ella misma ha dicho, la doctora Pernas también tiene alguien que la ayude. Tan embarazada como estaba en ese momento, es de suponer que su pinche de cocina, si me permite explicarlo así, le hiciese parte del trabajo. Quizás si hablaran con ella, lograríamos arreglar este malentendido...

La sala se había quedado en silencio: la mujer tenía toda la razón. El informe forense tenía dos firmas. El juez llamó a las partes a una vistilla. Escuchamos cuchichear. Era obvio que al fiscal no le hacía ninguna gracia, pero se tuvo que callar. Después cada uno volvió a su lugar y el magistrado presidente informó al jurado de que había decidido aceptar la sugerencia de la señora Yllera y llamar a la colega de la doctora Pernas al estrado. Había sido citada por ella, y su firma figuraba en el informe, de modo que procesalmente no veía problema alguno en hacerlo. Había varias sentencias del Supremo que certificaban su validez.

—Doctora Pernas, dé los datos al secretario y la buscaremos. Intentaremos que sea pronto. Y, por supuesto, las preguntas se ceñirán a lo tratado esta mañana.

Miré a mi derecha: Chantal estaba del color de los tomates maduros.

—¡Que no me llamen, que no me llamen! —susurraba.

—Señoría, no creo que haya mucho problema. La doctora Dupont ha venido conmigo. De hecho, en este momento está en la sala —aseguró.

Chantal ocultó la cara entre las manos.

Pernas secuestró a su ayudante al instante. La siguiente vez que la vi, estaba en el estrado.

—¿Puede decirnos su nombre completo y a qué se dedica exactamente? — preguntó Pérez, tras prestar juramento.

—Mi nombre es Chantal Urizitebarrena Dupont y soy médico forense en el Instituto de Medicina Legal de esta ciudad. En este momento, y mientras dure la baja maternal de la doctora Pernas, directora del instituto, realizo las funciones que ella detalló anteriormente. Supongo que a usted, como a mis colegas, mi apellido le resultará impronunciable. Si le parece, puede hacer lo mismo que ellos, que emplean mi segundo apellido.

—Gracias, lo haré. Doctora, le formularé unas preguntas sencillas y le agradecería que me respondiera de la misma manera. ¿Participó en la autopsia del finado, señor Liu?

—En efecto, participé. También me encargué de elaborar el resumen de conclusiones que el jurado ha recibido.

—¿Diría usted que la del señor Liu fue una autopsia convencional?

—No sé qué quiere decir con convencional.

—Quiero decir que si se hicieron las cosas como marca el procedimiento, sobre todo en lo relativo al examen externo del cadáver.

Chantal se detuvo un segundo y miró de reojo a Pernas, que estaba sentada en primera fila. Esta había reemplazado los zapatos por unas sandalias anchas y planas.

—No tengo mis notas, pero recuerdo perfectamente las fases porque era la primera vez que hacía una autopsia completa. Desde luego, comenzamos con el examen externo del cadáver: identificación, estudio de los vestidos, dentadura y presencia de cicatrices o tatuajes. Para fijar la data de la muerte, estudiamos lo preceptivo: el enfriamiento, la deshidratación, la rigidez y livideces y la propia putrefacción cadavérica. Finalmente, analizamos los signos relativos a la causa de la muerte.

—Sí, a eso quería llegar. ¿Puede explicarnos brevemente, y de modo que todos podamos entenderlo, cómo llegan a una conclusión sobre ese extremo?

—Verá, para tener un diagnóstico completo, hay que abrir el cadáver, pero, en muchas ocasiones, los exámenes externos resultan ilustrativos. En este era

evidente que murió a consecuencia de los disparos. No obstante, completamos el procedimiento: primero, miramos las lesiones traumáticas: ya sabe, número, tipo, localización, dimensiones, si hay sangre, pus o exudados, cómo son los bordes y cosas por el estilo. Después, analizamos la coloración o los olores. Parece una tontería, pero es importante: el ácido cianhídrico, por ejemplo, deja un olor a almendras amargas —explicó.

—Y en el caso del señor Liu, ¿qué encontraron?

En un tono de voz frío, Chantal concluyó:

—Creo que no hace falta aburrir al jurado: todo ocurrió exactamente como la doctora Pernas ha explicado. El informe es, esencialmente, correcto.

—Para que no queden dudas en el jurado, doctora Dupont, ¿el cadáver de Qiu Liu presentaba heridas sangrantes, aparte de las heridas de bala?

—No, no había más heridas.

—Gracias, doctora Dupont. No haré más preguntas.

Había estado con Chantal menos tiempo que con mi última gripe, sin embargo, igual que Paco, a lo largo del tiempo, he desarrollado una especie de sexto sentido, una suerte de olfato para la observación. Y lo primero que se aprende mirando es a discernir quién falta a la verdad.

Yo suelo llamar la atención al principio, por el tamaño, pero enseguida me mimetizo con el ambiente y dejo de preocupar. Me convierto en el gordo del parque, el del libro, un inofensivo ser que el día menos pensado se transforma en estatua. Desde mi banco he podido observar cómo se enturbia la mirada del marido que asegura haber estado trabajando todo el fin de semana, la del niño que dice desconocer cómo se ha roto el pantalón, los novillos de la escuela, el suspenso modificado, la enfermedad fingida, las promesas de papel y humo. Creo que, al menos, soy capaz de captar dos de cada tres mentiras. Chantal mentía, sin duda. Además, se notaba que no estaba acostumbrada a hacerlo.

El codazo de Paco no me extrañó.

—¿Esa es la chica que estaba sentada a tu lado?

—La misma.

—Pues parece que...

—Lo sé —añadí.

Ambos guardamos silencio.

—¿La defensa tiene preguntas?

El asociado dudó. Miró el reloj: la dos menos cinco. Luego, echó un vistazo a su alrededor. No sé si le frenó la hora o la imagen de su compañero metiendo la pata, pero el caso es que decidió no preguntar.

—¿El jurado tiene alguna pregunta?

Cris levantó la mano y a mí se me revolvió el estómago. Entregó su papel al alguacil y este se lo llevó al juez, que lo desdobló y lo leyó.

—Una de las jurados asegura que, en sus declaraciones, parecía usted dudar.

Quiere saber si decía la verdad, pero no hace falta que conteste a eso, doctora, porque yo mismo lo aclararé: antes de sentarse en esa silla y dar su testimonio técnico, la doctora Dupont ha prestado juramento. Y, como profesional al servicio del Estado, sabe que tiene una obligación con la verdad y con este tribunal. Eso es suficiente.

Chantal le interrumpió.

—Señoría. Por lo que he entendido, se me ha pedido testificar para confirmar un punto escabroso: si el cadáver del finado presentaba o no otras heridas sangrantes, además de los tres orificios de bala. Es posible que haya parecido nerviosa, es la primera vez que testifico, pero quiero dejar claro que confirmo lo dicho por la doctora Pernas: esas heridas no existían.

—Gracias por la aclaración y a todos por el esfuerzo. Nos veremos el lunes a las nueve de la mañana. Espero que descansen. Nos aguarda una semana intensa —sentenció el magistrado presidente.

Chantal se quedó rezagada, hablando con su jefa. La esperé en la puerta exterior de la Audiencia.

—¿Quieres que tomemos algo? —pregunté.

—No, pero gracias. Hoy estoy cansada.

No sé por qué esperaba esa reacción y me había preparado. Le entregué una tarjeta de Romani y asociados, donde había añadido a mano el número de mi teléfono móvil.

—Si quieres que tomemos una cerveza o te enseñe lo que no conoce nadie más que los viejos de esta ciudad, llámame. Veinticuatro horas al día, para ti. Si quieres que hablemos, se me da bien escuchar... Y guardar secretos.

Con una sonrisa vaga, se alejó.

Almorcé solo, en el cuatro duplicado.

Fue un buen almuerzo. Estaba pletórico porque las cosas marchaban según lo previsto y porque había conocido a una chica preciosa que me había llamado gordito. No me había dado una cita, pero estaba tan seguro de que llamaría que decidí celebrarlo por todo lo alto. Con permiso de mi dietista *online* (al que no informé de mi infracción; una de las ventajas de la red es decir lo que quieres y solo lo que quieres) tomé postre: una bola de helado de chocolate con trocitos de chocolate sobre un crujiente barquillo.

Mi infracción y yo nos fuimos a disfrutar al patio, al fresquillo. Allí me encontré con doña Emilia, sentada en su silla de espadaña, decorando lo que parecía un cojín, y aproveché para preguntarle por Salomé. No sabía nada de ella desde que la noche anterior montara el estúpido numerito. Mi vecina me informó de que Salomé había recogido todas sus cosas, le había dado las gracias y un beso y se había marchado.

« ¡Ya se le pasará! », pensé, y seguí disfrutando del chocolate. Luego, me fui a casa, a dormir la siesta en el sofá, con la televisión encendida: uno de los mayores placeres de la tierra, amén del helado.

Las ventanas estaban abiertas; las contraventanas, cerradas. Corría una leve brisa que mecía las cortinas. De cuando en cuando, entraban sabores de romero y menta procedentes del patio. Me había quitado los incómodos zapatos y puesto las mullidas zapatillas de paño. Ya no llevaba traje, sino la camiseta de tirantes y el pantalón del pijama. Solo faltaban los trinos de los pájaros y el sonido del teléfono fijando una hora y un lugar para que mi casa pareciera el paraíso.

Pero todo aquello resultó un espejismo. A media película, cuando ya no miraba la televisión sino mis sueños, Paco llamó al timbre.

Llevaba un cigarrillo encendido en la mano, que no se molestó en apagar al entrar, como hace otras veces. El humo gris llenó la estancia enseguida. Cada vez me molesta más ese olor, aunque, si fuera Chantal la que entrara fumando, no le diría nada.

A Paco tampoco le dije nada. A pesar de los pocos instantes transcurridos, supe que mi felicidad había sido efímera. Lo supe con solo mirarle la cara. Lo

supe porque, en cierto modo, cuando se le conoce y es posible arrancarle esa careta de calma postiza, Paco es como un libro abierto. Parpadeaba deprisa y le temblaba el cigarrillo, dejando caer la ceniza. Había una expresión convulsa en su rostro y tenía la voz pastosa: sin duda había bebido mucho. Me retiré para dejarle pasar y fui a preparar café cargado. A los dos nos vendría bien.

Cuando regresé rondaba el sofá como un león enjaulado. Y fue directo al grano. Nada de rodeos ni de cháchara, lo que me convenció de que, en efecto, mis impresiones primigenias eran acertadas.

—Malas noticias, tío. Malas, malas —suspiró con dramatismo.

—De acuerdo, tómate el café y ponme al día.

Se lo bebió a regañadientes y de un tirón. Estaba seguro de que hubiera preferido un coñac, pero lo necesitaba sereno.

—No había previsto este problema, te lo juro. Había previsto otros, pero este no. La vida está llena de sorpresas, porque se trata de un testigo de la defensa. ¡Putá mierda!

No le azucé. No hubiera servido de mucho. Esperé pacientemente a que se desahogara y llegara al meollo de la cuestión. Aunque casi hubiera preferido continuar en mi limbo particular, como el avestruz, con la cabeza en la almohada y los pies en las zapatillas mullidas.

—¿Pero se trata de un rumor o lo has comprobado? —insistí con fingida paciencia.

—¡Te lo estoy diciendo: son rumores! Pero la fuente es totalmente fiable. Si él lo dice...

Respiré hondo.

—Vale, recapitulemos. Cuéntame exactamente qué dice.

—Para empezar, quién lo dice. Porque nadie sabe a ciencia cierta en qué trabaja ahora ese tío, ni a qué se dedica. Va y viene, ¿me comprendes? Dicen que anda en cosas de blanqueo, pero a mí lo suyo me parece una coartada. Ese está en los servicios secretos, que te lo digo yo...

—Supongamos que lo está. ¿Qué importancia tiene? El jurado no se enterará. No será más que otro policía que sube al estrado.

Negó vivamente con la cabeza.

—Te equivocas, Efrén. Te equivocas por completo.

Hizo una pausa, que se me antojó infinita, durante la cual trató de localizar un segundo mechero, ya que el primero había dejado de funcionar. Para mi desgracia, lo encontró, y, ahumándome de nuevo, continuó.

—Esa gente —dijo, refiriéndose al jurado— no entiende de patología forense, ni de certezas científicas. Están anclados en sus sentidos. Ven a alguien, les cae bien, confían en sus palabras y creen lo que dice. Si les asegurara que el café es blanco y Obama rubio platino, les convencería. Este tío es un inspector con todas las letras. Si encima tiene un aura misteriosa, ni te cuento: simplemente, nos

machaca. Es una putada haber recorrido todo este camino para acabar así.

Estaba intentando desentrañar a dónde nos conducían los nuevos datos, por eso insistí.

—¿Para acabar cómo?

—Pues tan mal como al principio. O peor.

Dejó caer su espalda en el sofá de rayas. Se le veía verdaderamente preocupado y su actitud empezaba a desatar en mí el pánico.

—¿Tanta miga tendrá su declaración? —insistí. Necesitaba saber si su actitud provenía del alcohol consumido, de una riña con la parienta o de datos objetivos.

Se puso en pie. Se metió las manos en los bolsillos y clavó los ojos en la ventana cerrada, como si desde allí pudiera otear el infinito.

—Va a decir que, según su opinión, la escena está manipulada. Que alguien puso en casa de Torino el dinero y las drogas, y los jurados van a creerle. Y si lo hacen, le declararán no culpable: ese es el rumor que circula. Y es reincidente. Es más —continuó dándose la vuelta—, te voy a decir las palabras que empleará tu antiguo jefe: «Señoras y señores del jurado: el ministerio fiscal nos ha presentado el testimonio de una anciana medio sorda que dice haber oído voces cuando no llevaba puestos los audífonos; el de un experto en sistemas de seguridad que asegura que si alguien hubiera entrado en la casa después de mi cliente no nos hubiéramos enterado; una mancha en una zapatilla, que podría proceder de cualquier pequeña herida que a una forense comprensiblemente cansada se le hubiera pasado por alto. Y, para finalizar, tenemos a un experto independiente, al que es obvio que no le cae bien el acusado, que asegura que esas pruebas pudieron ser colocadas por alguien para hacer daño a mi defendido. Díganme: ¿dónde están las pruebas? ¿Dónde? ¿Ven ustedes suficientes indicios para llevarle a prisión? Yo creo que ustedes sabrán mirar por encima de estas tonterías, y dejarle en libertad». Eso es lo que dirá, Efrén, y le crearán. ¡Tenemos que hacer algo, y hacerlo ya!

Me pareció muy prematuro.

—Quizás no sea eso lo que diga o no lo diga de esa forma. Quizás el jurado no le crea o en el interin le pille un camión. ¿Por qué no esperamos al lunes?

—Porque entonces no tendremos capacidad de reacción, Efrén.

—Ahora tampoco la tenemos. ¿Has averiguado algo acerca de la chica, la del jurado?

—Cris... Todavía no, pero me pongo.

—De acuerdo, hablamos mañana. Ahora deberías irte a casa y dormir un poco, no sea que diseñemos nuevamente planes descabellados.

Chantal me llamó a las seis y veinte del domingo, cuando había perdido la esperanza de que lo hiciera.

Me pilló comiéndome una pera limonera. Tras darme cuenta de que me había precipitado y que, en realidad, no había nada que celebrar, el cargo de conciencia por la ingesta de calorías a granel se elevó de tal manera que me dispuse a enmendar el error decretando un día de fruta. Estaba a punto de desmayarme, de modo que la llamada me alegró doblemente.

Dejé que el teléfono sonara media docena de veces antes de descolgarlo. Quería saber si estaba decidida a hablar conmigo; si la llamada llevaba fraguándose desde el sábado o se trataba de un impulso repentino, del que luego se arrepentiría. De ser así, colgaría. El teléfono continuó con su monserga y respondí. Cruzamos un par de frases. A mí no me gusta hablar por teléfono. Supongo que a ella sí, ya que es mujer, pero tampoco teníamos mucho que decirnos, de modo que nos limitamos a fijar un sitio y un momento. Repasé mentalmente la lista de los que conozco. Pensando que le gustaría fumar, me decidí por un local tranquilo que tiene una terraza coqueta y amplia. Hice una reserva para las nueve.

Chantal vestía un conjunto de falda y blusa, en tonos salmón. Se había maquillado levemente y pintado los labios de rojo oscuro. Estaba guapísima, pero sería. El día que la conocí rebosaba energía, en consonancia con lo que me pareció su natural espíritu; sin embargo, en aquel momento, su rostro mostraba una apariencia triste. Dijo que no tenía demasiada hambre y, para mi disgusto, sugirió compartir un entrante. A regañadientes, accedí. Pedimos una ensalada mixta, un pescado a la brasa y una botella de vino blanco de Rueda. Nos trajeron la ensalada con tal presteza que apenas nos dio tiempo a cruzar un par de comentarios sobre la ola de calor que había llevado los termómetros hasta los treinta y nueve grados.

Gracias al cielo, las raciones eran de buen tamaño.

Serví yo. Guardé para ella el espárrago y el trozo más grueso de ventresca, y me quedé con lo verde: un completo despilfarro, ya que casi no los tocó. Se dedicó a mover las viandas por el plato con la ayuda del tenedor. No me hizo

falta darle cuartelillo: se arrancó enseguida, con voz pausada. Tuve la sensación de que, en efecto, esas palabras llevaban largo tiempo macerándose en su interior.

—El día que nos conocimos, me preguntaste si era de Bilbao. La respuesta es sí. Nací allí.

—¡Se te nota a la legua! —bromeé. Pero ella no estaba para bromas, y siguió hablando.

—La mía era una de esas familias típicas de Neguri. Mi padre viajaba todas las semanas a Madrid, por el banco, y mi madre se entretenía con sus amigas, organizando las cenas del fin de semana y ocupándose de sus tres hijos: yo soy la pequeña. Contábamos con un marquesado antiguo, mecánico, doncella e institutriz alemana. Jugábamos al golf y pasábamos largas temporadas en internados británicos. En fin, lo típico. Todo iba a las mil maravillas hasta que mi hermano mayor, que iba para ingeniero, como papá, se enganchó a las drogas. Mis padres miraron para otro lado y lo dejaron estar, pensando que eran tonterías de juventud. Pero no fue así. Una de las noches de cueltos, tuvo un accidente con el coche y se mató. Bueno, él y los dos barrenderos a los que se llevó por delante. Se pagó religiosamente a las familias para que el asunto se silenciara, pero no se consiguió del todo. Dejaron de invitarnos a determinadas fiestas, y de convocarnos a trofeos de golf. A mi madre casi le da un patatús. Tuvimos que ingresarla porque se cogió una depresión tremenda e intentó quitarse de en medio.

» Al segundo de mis hermanos, que estaba muy unido a ella, la situación le excedió, y salió por peteneras. Está en una cárcel de Extremadura. Es miembro de ETA. Mi madre definitivamente se trastornó y ahora vive en un psiquiátrico. Mi padre siguió yendo a Madrid, por el banco... y por la mujer que le esperaba en el piso de Serrano. Y yo salí corriendo y, aprovechando la dificultad de pronunciar mi primer apellido, empecé a usar el de mi madre: Dupont. No he vuelto a ver a mis padres. Esa es mi historia: una tragedia y una huida hacia delante.

» Volví hace unos años a Bilbao, ¿sabes? Me puse gafas de sol y sombrero. Pero ya no es como lo recordaba, y no he querido volver más. La casa se vendió. La han convertido en un hotel. Dan bodas y bautizos. El día que regresé había una boda. No iba vestida para la ocasión, pero me ofrecieron un cóctel y con él salí al jardín. No han tocado ni una piedra, pero han dejado morir la enredadera y está todo lleno de verdín... Una pena —indicó.

Serví un poco más de vino. Estaba fresquito y entraba muy bien. Ella encendió otro cigarrillo. Creo que era el décimo y se quedó un rato callada. Parecía deleitarse con aquel recuerdo que pretendió haber lapidado, sin saber que no se puede matar a la memoria.

—¿Por qué me cuentas todo eso, Chantal? Acabas de conocerme. Debe de

haber una razón —le dije, consciente de que no debía indagar en una caverna tan oscura.

—La hay. Durante años he vivido avergonzada por errores que no cometí y pagado por daños que nunca causé. Pensé que había dejado eso atrás, pero no. Ayer, en el juzgado, volví a hacerlo. Necesito contárselo a alguien. Necesito que me aconsejen: tú eres abogado... Tengo miedo de hacer daño a alguien sin querer.

—Entiendo —dije, aunque era mentira. No entendía nada.

Las lágrimas afloraron en sus ojos. Oscuras y silenciosas.

—¿Qué debo hacer? —me preguntó.

Me detuve unos instantes a sopesar mis palabras.

—Vayamos por partes. Dices que el otro día, en el estrado, mentiste, ¿es así?

—No exactamente, aunque sí. Aunque no tengo mucha experiencia, creo que la autopsia fue esencialmente correcta. Todo se hizo según la ley: si me preguntaran, pondría la mano sobre la Biblia y aseguraría que en ese cadáver las únicas heridas sangrantes eran los tres orificios de bala.

—¿Entonces?

Levantó las manos, con un claro ademán de impotencia.

—La hice yo, Efrén. La doctora Pernas estaba agotada, y se fue mucho antes de terminar. Ambas firmamos, pero ella no estuvo allí... La autopsia es mía. El dictamen es esencialmente correcto, pero no es legal. Si me voy a hablar con el juez, le caerá una buena. Y a mí también. Dime, ¿qué debo hacer?

Miré a Chantal a los ojos. Parecía atribulada. Esperaba mi respuesta con los codos apoyados en la mesa y la cabeza entre las manos. El humo del enésimo cigarrillo se le colaba por entre los dedos.

—¡No sé qué debo hacer! —insistió.

—Sin duda, calmarte y terminarte ese pescado. No has comido nada y es una pena dejar un lomo de merluza así en el plato.

No me hizo caso, pero bebió un sorbo de vino y me sostuvo la mirada.

—Verás, Chantal, cuando Pilatos recibió a Jesucristo en el litóstrotos, y le dijo aquella famosa frase: «¿Y qué es la verdad?», ejercía como juez. Y es que no hay nada más complicado, a mi modo de ver, que delimitar qué es la verdad, quién dice la verdad y cuánta verdad dice. En un juicio, la verdad es simplemente lo que puede establecerse. Los hechos son verdaderos si narran lo que verdaderamente sucedió. Tú has dicho lo que sabes: en ese sentido, estás en la verdad. Además, nadie te ha preguntado por la doctora Pernas. Ella ha mentido; tú, no. Sin embargo, procesalmente hablando, estás en posesión de una información que podría anular el juicio. Has de ser tú quien decida qué hacer.

—¿Y tú qué harías?

Sopesé mi respuesta, mientras escuchaba cómo las migas de pan crujían bajo el peso de sus pequeños zapatos del treinta y cuatro. Ella me había abierto su

corazón y yo no podía engañarla. Sin embargo, soy un cagueta.

—Verás, en este caso no puedo ser objetivo. Creo que Torino es culpable. Y me importa más el espíritu de la ley, y la justicia de la víctima, que la validez procesal. Me temo que no puedo ayudarte más. Debes decidir tú.

Me fastidió que el reloj avanzara tan deprisa. Sin embargo, en cierto modo, cuando dijo que se había hecho tarde y tenía que marcharse, me sentí aliviado. No porque me molestase hacer concesiones a los sentimientos (ella se fue con lágrimas en los ojos) sino porque me sentía un traidor. Me dio las gracias y se alejó.

En la sesión del lunes tocaba hablar de drogas y armas. Quizás por eso, el día estaba pesado. Soplaban un viento tórrido, incómodo. Procedente del desierto, arrastraba polvo, dificultaba la respiración y resultaba bastante desagradable. Eso no fue excusa para que acudiera puntualmente a la sala. Me senté, como siempre, en mi silla. Chantal no apareció. Salomé tampoco. Desde que perdí la apuesta de los cien euros, no tenía noticias suyas.

Los jurados ocuparon sus puestos con desgana de lunes y de calor. También su señoría García parecía indolente, adormilado. Solo al fiscal se le veía activo. No diré que como unas castañuelas, pero sí contento. Incluso la toga parecía encajarle mejor aquella mañana. Imaginé que tenía por esenciales los testimonios que íbamos a escuchar; que serían capaces de asestar un golpe definitivo a la credibilidad del acusado, o algo por el estilo. Nuestras noticias, al menos las de Paco, apuntaban en otra dirección, pero ¿quién puede fiarse de los rumores que se desperdigaban por los bares de alterne?

—Señor Iria, a lo largo de este juicio han aparecido con alguna frecuencia los términos 2CB y su sinónimo Nexus, una droga con la que presuntamente traficaba el fallecido señor Liu, la misma droga que se encontró en grandísimas cantidades en casa del acusado señor Torino.

—¡Protesto, señoría! El fiscal se está extralimitando.

—Se acepta. La expresión « grandísima cantidad » será borrada del acta y el jurado no la tendrá en cuenta. Continúe, señor fiscal.

—Gracias, señoría. Señor Iria, usted es un experto reconocido en drogas de síntesis. ¿Sería tan amable de decirnos algunas palabras sobre ese producto?

—¡Claro! Para eso he venido —respondió con simpatía—. Además, me encanta hablar de este compuesto, o de cualquier otro. Realmente, no nos damos cuenta de lo que se nos viene encima en el ámbito de la química cerebral. Se calcula que actualmente hay más de ochocientas sustancias disponibles, y que, si incluimos *research chemicals*, esa cifra se va a multiplicar por diez en pocos años...

Con un gesto, el fiscal interrumpió al testigo cuya frase quedó sin terminar. Iria, químico al servicio de la policía científica, era un tipo joven (calculo que no

alcanzaría los treinta), feo, de aspecto descuidado y con evidente mal gusto. La corbata marrón que alguien le había anudado en el cuello, alrededor de una camisa de cuadros, le sentaba como una pámela a una leona; de la americana mejor no hablar. Sin embargo, su sonrisa borraba la mala impresión inicial y lo convertía en un personaje amigable: un inofensivo prototipo de friqui de la química que, gracias a alguna confluencia cósmica, trabajaba para los buenos, porque, de haber caído en malas manos, estaría diseñando nuevas drogas para los narcos del Este. Sin embargo, el fiscal era consciente de que, si no le dirigía, terminaría explicándonos la fórmula del compuesto, lo que aburriría al jurado.

—Comprendemos, señor Iria, que este es un gran tema. Pero le agradeceríamos mucho que ciñese sus comentarios al Nexus, para no confundir al jurado: qué es y qué efectos produce. No hace falta que sea exhaustivo, solo los más sobresalientes.

—Sí, claro, solo a la 2CB. Lo llaman Nexus, EroX, Performax... Se llame como se llame, es un agonista parcial selectivo de los receptores de serotonina 5-HT_{2A} y 5-HT_{2C}, que presenta similitudes estructurales y farmacológicas con la brolanfetamina y la mescalina, aunque es...

—Señor Iria...

—¡Vale, vale, ya voy! Desde que el éxtasis está de capa caída, el Nexus es una de las sustancias de moda en las discotecas. Se presenta casi siempre en pastillas de color azulado, como las que ustedes hallaron, aunque también se ha incautado en cápsulas. En las pastillas se perciben enseguida sus tonos brillantes, que emergen por la presencia de mescalina. Supongo que todo el mundo sabe que la mescalina...

El fiscal carraspeó. Aquel hombre, capaz de remontarse a Adán, podía llegar a ser soporífero. Un jurado dormido es un jurado sordo. Y un jurado sordo no recuerda ningún dato interesante.

—Voy con los efectos a corto plazo, porque de lo que ocurre con un consumo prolongado no tenemos ni idea, porque es un compuesto joven. A dosis bajas, la 2CB tiene efectos de potenciación sensorial, que se manifiestan en la sensibilidad de la piel y una reacción agudizada a los olores y sabores y a la estimulación sexual. En dosis mayores produce alucinaciones visuales marcadas, con variedad de colores; configuraciones extrañas en las superficies y deformación de objetos y caras. Es una droga lenta, quiero decir que sus efectos tardan en aparecer entre cuatro y ocho horas, pero de larga duración, porque pueden prolongarse entre doce y veinticuatro horas, con un tiempo de recuperación mental completa de unas treinta y seis horas.

Mientras escuchaba su testimonio no pude dejar de recordar mi experiencia: los tonos rosados, los muebles escurriéndose por las paredes, los dibujos caleidoscópicos, el orgasmo y la angustia insoportable. Inmediatamente, todo mi cuerpo se estremeció. Paco, que se había sentado a mi lado, lo percibió de

inmediato. Se acercó a mí y me susurró:

—¿Te encuentras bien, tío? Estás blanco como un cadáver.

—Un poco de frío, eso es todo. El aire acondicionado está demasiado fuerte y tengo la garganta cogida —mentí.

El fiscal continuaba con su interrogatorio.

—De modo, señor Iria, que no estamos hablando de una tontería, sino de una droga peligrosa.

—Todas las drogas son peligrosas, señor fiscal. Quienes han probado la 2CB aseguran que sus efectos son muy placenteros, pero también dicen que si te pasas resulta terrorífica: te sientes en las puertas de la muerte. Y no es en broma ni física ni psicológicamente.

—Gracias, señor Iria. Vayamos a las pastillas que su laboratorio analizó. ¿Qué puede decirnos de ellas?

—¡Ah, pues eran muy interesantes! Una variedad desconocida de la 2CB. Digo desconocida porque nunca la había tenido delante. De hecho, todavía hay un componente que no hemos conseguido identificar. Lo fundamental es que logra acortar en horas la espera de los efectos y que su concentración es muy alta. Cuatro ratas murieron a la primera dosis...

—No es su trabajo, desde luego, pero ¿tiene usted una idea del valor que podría adquirir ese alijo en el mercado?

—Pues no sabría decirle. Es un compuesto nuevo, elegante, sofisticado... Ocho o diez euros la pastilla, supongo.

—Gracias. No haré más preguntas.

El magistrado presidente dio la palabra a la defensa. En este caso, se levantó uno de los asociados. Era delgado y no muy alto, pero tenía la voz grave. Y no sonreía.

—Señor Iria, he oído decir que a esta droga se la denomina también «droga genital». ¿Puede explicarnos por qué?

—Puedo, pero esto está lleno de señoras. No sé si es el mejor lugar; si quiere, a la salida le...

La carcajada llenó la sala, de punta a punta. El magistrado presidente le instruyó.

—El testigo no debe preocuparse: los señores y señoras que conforman el jurado son adultos, y hábiles para escuchar su testimonio. Por lo demás, creo que no hay menores en la sala...

—Pues allí veo a unos chavalillos a los que no conviene nada escuchar lo que digo... —señaló con el dedo.

En efecto, había cuatro jovencitos, sentados en la mitad de la sala. Supongo que se habían fumado las clases del instituto, porque aquel espectáculo parecía más divertido. Además, era gratis y el aire acondicionado funcionaba. Los desalojaron. Cuando los ujieres certificaron que todos los que estábamos en la

sala éramos mayores de edad, Iria se decidió a continuar.

—Como decía, la 2CB intensifica la sensibilidad de los sentidos. Mucho, la verdad: el olfato, el gusto, el tacto..., pero el más notorio se produce en la parte más susceptible del cuerpo: la zona genital. Algunos adictos dicen que es como si te instalaras en un orgasmo continuo. Eso no lo puedo asegurar, pero sí que su consumo favorece las relaciones sexuales, que muchas veces son enturbiadas en el varón cuando toma otros enteógenos. Pero repito lo que dije antes: el placer obtenido con dosis bajas se transforma en una angustia y un caos mental insufribles cuando te pasas.

—Eso lo hemos entendido, sí. Lo que quería preguntarle es si alguien lo considera un afrodisiaco.

—Si se refiere a eso, es cierto que en los años noventa se vendió como afrodisiaco en algunos países, pero...

Le interrumpió.

—De modo que estamos hablando de un afrodisiaco...

—Llámelo como quiera, pero, si tiene la desgracia de que le pillen con esa bolsa en la mano, prepárese. Sin lugar a dudas, el juez dictaminará que es tráfico y lo meterán en el trullo. Usted verá... —respondió Iria. Saltaba a la vista que aquel tipo no le había caído bien.

—Comprendo. Dígame una cosa, ¿tiene conocimientos de la procedencia de esta droga?

—¡Ah, la 2CB es sumamente fácil de fabricar! Con los ingredientes adecuados y el material básico casi lo podría hacer usted mismo. Bueno, lo que acabo de decir es una exageración. Pero es sencillo. De hecho, su versión inicial salió del matraz de un químico norteamericano, un tipo que trató de aprovechar la cultura de los chamanes y de su mescalina, y describió su síntesis y sus síntomas. Como no podía experimentar en humanos, experimentó consigo mismo y con su mujer. Luego, hubo muchas variantes...

—Lo comprendo. Pero lo que pregunto es de dónde procede ahora esa droga en España.

—Bueno, esa no es mi especialidad. Por lo que sé, entra desde Alemania y Holanda. Últimamente, lo que he analizado procedía de China. Los chinos son buenos negociantes, no tienen las limitaciones legales ni los controles de los demás, y su policía hace la vista gorda cuando quiere. Hoy día se puede comprar una dosis de Br-DragonFLY...

Le cortó con voz tajante.

—China. Gracias, esa es la palabra que deseaba que el jurado oyera. No haré más preguntas.

—Inspector jefe Palau —se escuchó.

Paco me dio un codazo. Estaba nerviosísimo. Nunca antes lo había visto así. Llegué a la conclusión de que no me había contado todo lo que sabía y que lo que había omitido no era nada bueno, al menos para nosotros.

Pese a que su férrea disciplina impedía que lo transparentara, me pareció que el fiscal también andaba un poco alterado. En su tono se apreciaba un matiz de ansiedad contenida. Era su último testigo, con el que debía dar la puntilla y dejar el caso zanjado. Intuí que así lo esperaba, puesto que se le veía más sonriente que otros días, pero que no las tenía todas consigo: la idea de la duda razonable flotaba en el ambiente, y se había instalado en la tribuna del jurado. Si quería ganar el juicio, debía destruirla definitivamente.

Isidoro Palau, más conocido en la plaza como el Catalán, tenía treinta y siete años cumplidos, una licenciatura en Economía obtenida por la universidad a distancia, y una pasmosa facilidad para los idiomas: hablaba cuatro a la perfección, y hacía sus pinitos con las modernidades, desde el ruso hasta el coreano pasando por el chino. Sin embargo, no había sido citado por sus conocimientos lingüísticos, sino porque, siendo un miembro reputado de la policía nacional, había trabajado unos años codo con codo con el inspector Torino. Llevaba dieciocho años en el cuerpo, la mayoría en la sección antidrogas, y era un testigo de reputación, respaldado tanto por credenciales internas como externas. Estaba destinado, según dijeron, en Madrid, en una unidad especial de la policía encargada de combatir el blanqueo de capitales. Su cargo quedó en una de esas nebulosas que, de tan reservada, se antojaba importante.

El fiscal se entretuvo al detallar el currículum, mucho más de lo que lo había hecho con los anteriores. Supongo que en su cabeza estaba el «efecto halo». Según esa teoría, desde una perspectiva psicológica, los jurados tienden a considerar más fiables los relatos o explicaciones de una persona que ocupa un cargo relevante en la sociedad o en su profesión que las palabras de quien está en una situación social inferior. Palau era un profesional acreditado que, además, tenía aspecto de caballero: no podía haber elegido mejor.

—Con este nos la jugamos. ¡Es un órdago en toda regla! —sentenció Paco,

mientras la gente iba ocupando sus lugares—. Tal y como se está desarrollando el juicio, y con esa puta de Cris jodiendo la marrana, si este testimonio no es contundente apaga y vámonos. Dirán que no hay pruebas concluyentes y se acabó.

—Hombre, Paco, pruebas hay: todos hemos sacado la impresión de estar ante un policía que se salta las normas siempre que le viene en gana, que no se le caen los anillos por admitir prácticas manifiestamente ilegales y a quien le gusta el dinero y la mala vida. Espero que este testigo, al menos, corrobore esa imagen.

—¿Y qué si lo corrobora, qué si dice que puenta las normas? Mira, Efrén, en este país, quien más quien menos hace chanchullos para pagar menos impuestos, se salta los semáforos en rojo, conduce bebido o paga en negro para ahorrarse el IVA, pero esa no es la cuestión principal. Lo que está en juego es si todo eso hace de Torino un candidato a asesino. Porque un asesinato es otra cosa. Tres tiros a bocajarro no equivalen a muchos guantazos o a zaherir algún principio. Arrancar una vida es un cambio cualitativo, un salto al abismo. Sin el arma, el fiscal necesita probar que Torino *es capaz de asesinar*, para que el jurado crea que, en el caso de Liu, también lo hizo.

Desgraciadamente, Paco tenía razón. Las pruebas forenses resultaban contundentes, pero, pese a las series de televisión, a mucha gente corriente (los jurados, sin ir más lejos) ese tipo de cosas les resultan extrañas y no se fían de ellas. Además, Cris se habría encargado de sembrar permanentemente la duda. Había formulado muchas preguntas en ese sentido, y puesto en tela de juicio una por una la verosimilitud de las pruebas. A cada perito le había formulado la misma pregunta: « ¿Está usted seguro al cien por cien?» .

Como decía Benjamin Franklín, salvo la muerte y los impuestos, en esta vida no hay nada seguro al cien por cien, de modo que todos habían respondido, con distintas expresiones, que era probable, verosímil, o casi seguro, pero no al cien por cien. Rodrigo, el financiero, parecía divertirse llevando la contraria a Cris, y formulaba preguntas que permitieran explayarse al testigo o a los peritos, y les daban la oportunidad de decir si estaban o no convencidos. Pero no sabíamos cuál de ellos *pastorearía* con mayor eficiencia al jurado.

El rumor se fue mitigando y todo el que pudo se sentó. El resto permaneció de pie. La madre de Liu estaba de nuevo en primera fila, con el mismo traje y la misma tristeza. Amén de la prensa, en pleno, y de los curiosos habituales, había llegado una nutrida representación de la policía. En los días previos, y como creo que expliqué, habían acudido algunos; compañeros y amigos, a tenor de los gestos de ánimo que le dedicaban, pero conforme había avanzado el juicio (especialmente, desde la declaración del agente X) habían ido mermando. Solo unos pocos permanecieron fieles al colega en apuros. Sin embargo, aquella mañana su presencia era masiva y los signos de cercanía se combinaban con

otros de profunda frialdad. Resultaba evidente que aquel testigo dividía los ánimos del cuerpo, y que Torino tenía tanto detractores como admiradores entre sus propias filas y entre el jurado.

A mí, sinceramente, no me había extrañado el nerviosismo del fiscal. Si hay un cuerpo donde se viva el corporativismo, ese es el de la policía. Lo dice un abogado, en cuya profesión ese aspecto resulta vital. Me asombraba que un agente fuera a acusar a otro agente. Lavar los trapos sucios a bofetadas, sí; mas no en un juicio.

Pero siempre hay una primera vez.

Aun cuando se le esperaba, la entrada del Catalán provocó un cierto revuelo en la sala. Los que no le conocíamos, en especial los chicos de la prensa, tomamos buena nota de su nombre y cargo, y nos aprestamos a escucharle con atención.

De rostro atractivo (rubio cobrizo, pelo ondulado y ojos achinados color marrón) y cuerpo atlético, contaba con una voz característica. Un tanto achaparrado, vestía traje, corbata y mocasines relucientes, y llevaba el pelo bastante corto, ligeramente engominado. El traje le sentaba bien, y lucía con soltura la corbata. Podría haber pasado por un colega del jurado Rodrigo, el financiero, de no ser por sus manazas. Parecían capaces de partir nueces sin despeinarse.

Fue directo al micrófono, en cuanto el agente judicial se lo indicó, sin prestar atención a cuantos le rodeaban, con la mirada clavada en un punto de la pared blanca. Desde luego, era un tipo que inspiraba confianza. Por lo que se dijo de él, era un hombre serio al que precedía la fama de respetar la ley casi más que a su esposa, primogénita de un senador, y a sus tres vástagos. Hasta su señoría le trató con suma deferencia al agradecerle su asistencia, ya que había tenido que desplazarse desde San Francisco, donde estaba destinado en una misión conjunta internacional. Palau aceptó el agradecimiento con un simple gesto de la cabeza y un amago de sonrisa.

Creo que todas las mujeres del jurado le admiraron. A excepción de Cris.

De nuevo, Cris.

Me volví hacia Paco, que estaba a mi derecha, y le pregunté entre susurros:

—¿No has podido averiguar nada sobre ella? Estoy convencido de que conoce a Torino.

—Quizás Lupo visitara el bar donde ella trabaja, ya que es de los que más tarde cierran en la ciudad, pero no tengo pruebas. Y, aunque sigo en ello, no creo que saquemos nada en claro...

—Tendrá que haber algún testigo, ¿no? Los camareros de los pocos lugares que abren a esas horas tienen fichados a todos los clientes asiduos...

El detective refunfuñó, enfadado.

—¿Pero cómo va a haber testigos? Mira, Efrén, estás hablando con un

profesional, pero la gente lee los periódicos y ve los noticiarios, y no quieren hablar. ¿Quién querría mezclarse en los asuntos de un tipo como Lupo, si nadie sabe, a ciencia cierta, dónde va a terminar este juicio? Por eso te digo que no va a haber forma. Tengo más esperanza en lo otro...

—Recuérdame qué era lo otro, en este momento estoy fuera de juego.

—Las pelus. Salomé sugirió echarle un vistazo a su cuenta corriente, ¿no te acuerdas? —Asentí—. Estoy pendiente de ese informe. Me han prometido enviármelo por *e-mail* esta misma mañana. A ver si sacamos algo de ahí.

El interrogatorio comenzaba. No se escuchaba más ruido que el del aire acondicionado. Pese a que el técnico había hecho lo que había podido, seguía emitiendo un pitido extraño, aunque, desde su intervención, amortiguado y menos agudo.

—Inspector Palau, ¿desde cuándo conoce usted al señor Torino?

—Trabajamos juntos en esta ciudad, en la sección antidrogas, durante tres largos años, entre el 2001 y el 2004, como agentes infiltrados.

—¿Puede explicar a la sala, y especialmente a los señores y señoras jurados, en qué consiste la labor de un agente infiltrado?

El Catalán sonrió, como si recordar aquellas historias le hiciera rejuvenecer. Tenía una bonita y cautivadora sonrisa.

—Nos dejamos crecer la barba y el pelo. A mí me llegaba casi por los hombros, y solía cogerme una coleta. Torino lo llevaba algo más corto. Vestíamos ropa vieja, nos duchábamos poco y pasábamos semanas sin ver a la familia. Alquilamos una habitación de mala muerte en un motel del centro, y nos dedicábamos a peinar poco a poco la zona. Bebíamos más de la cuenta, fumábamos mucho, comíamos mal y, a base de tomar chatos con unos y otros, íbamos entrando en el ambiente con la esperanza de ser aceptados como otros perros callejeros. Mientras eso ocurría, íbamos confeccionando un mapa de quién era quién en el mundo de la venta de drogas en la provincia: me refiero a quién vendía a quién, y en qué cantidades; cómo y dónde se hacían los intercambios; a qué precios estaba el mercado; de dónde procedía; en qué lugares se comercializaba; ese tipo de cosas... Hasta ese momento, la policía no contaba con ningún dato y tenía que ir, por decirlo así, a ciegas.

» Para sostener nuestra tapadera, nosotros también comprábamos, pero nunca vendíamos ni consumíamos, aunque a veces imitamos estar colgados: como actores no teníamos precio. Teóricamente nos dedicábamos a limpiar domicilios..., quiero decir que decíamos que robábamos en chalés de las afueras y, con la venta del producto de los robos, nos manteníamos. Cada dos semanas, presentábamos un informe de los progresos a la central. Uno de esos días, estando en comisaría, nos pilló uno de los colegas al que habían detenido. Nuestra tapadera saltó por los aires y tuvimos que dejarlo y regresar a la oficina. Nos cortamos el pelo y cambiamos de escenario. Así funcionan estas cosas.

—Entiendo que, durante esos tres años, el inspector Torino y usted compartieron muchas horas y muchos momentos, digamos, arriesgados.

—Así es. Trabajar en la calle no es tarea fácil. Quien más quien menos va armado (un pincho, una navaja u otra arma blanca; en el peor de los casos, una pistola) y está dispuesto a salvar su posición como sea. Cuando llegas, te miran y te tratan como a un extraño, como a un potencial enemigo o como a alguien a quien robar. Y la desconfianza, naturalmente, es mutua.

—Supongo, inspector, que en circunstancias como las que describe, habrá que tener nervios de acero.

—La verdad es que sí. Hay que tenerlos templados para no saltar antes de tiempo y mandar al traste la tapadera. Y también para no olvidar cuál es tu misión. A veces hay que repetirse que tú eres el bueno y que lo que haces merece la pena.

—Me imagino, inspector, que, en la calle, la violencia gratuita estará a la orden del día.

—Se imagina bien.

—¿Y cómo reaccionaban ustedes ante ella?

Esta vez, Palau no respondió inmediatamente. Se tomó su tiempo. Y fue ese lapso el que incrementó aún más la expectación. El silencio era total. Creo que hasta el aire acondicionado escuchaba.

—Solo puedo hablar por mí. No soy un hombre violento. De serlo, habría dejado el cuerpo el primer día en que pisé la calle. Porque, ante determinadas circunstancias, uno es capaz de hacer cualquier cosa. Si no sabes frenarte, es mejor no llegar hasta allí... Verá, visto desde fuera, esa gente es mala gente: drogatas, traficantes, ladrones, pero son personas, ¿me entiende? Y cuando has vivido con ellos un tiempo, aún te das más cuenta de que, incluso allí, hay buenas personas.

—Comprendo. Y el inspector Torino, ¿qué puede decirnos de él?

—¿Qué quiere saber?

Su tono fue tan cortante que el fiscal reculó. Volvió a adoptar gesto complaciente y escogió cuidadosamente las palabras:

—Pues me gustaría que contara a esta sala algo sobre su carácter: cómo era; si era de fiar, si se apoyaba usted en él... Supongo que en su trabajo la ayuda mutua es esencial.

La había camuflado entre otras muchas palabras, pero todos habíamos escuchado de sus labios la pregunta, que en aquel contexto, resultaba maldita: «¿Era de fiar?». Lo que empezó siendo un murmullo se elevó por la sala hasta convertirse en un pequeño guirigay. La colonia de policías partidarios de Torino no parecía estar de acuerdo ni con la presencia del testigo ni con el cariz que estaba tomando el interrogatorio. Sus detractores permanecían en silencio. El ojo de su señoría García empezó a contraerse y expandirse cada vez más deprisa.

Finalmente, estalló. Se puso en pie, llamó al orden y amenazó con expulsar a todo el mundo si no se guardaba el debido silencio.

Todavía estaba hablando cuando una mujer (luego supe que era la hermana de un policía) que se hallaba en pie en la zona izquierda de la sala, es decir, a dos pasos de la espalda de Palau y que llevaba un pequeño cargamento de huevos ocultos en el bolso, aprovechó el momento para sacarlos y lanzárselos. Uno impactó en su espalda, el otro en el cogote; un tercero se perdió en la nada y cayó al suelo.

García casi se vuelve loco. Empezó a chillar y nos echaron a todos.

Temía que el magistrado presidente, al borde de la histeria, dictaminara que el resto del juicio se desarrollaría a puerta cerrada, pero tuvimos suerte. La lanzadora de huevos y sus vocingleras amigas así como otro par de personas fueron expulsadas, y se les impidió regresar a la sala. Luego, las aguas volvieron a su cauce y Palau pudo regresar.

Se había limpiado la chaqueta y el pelo, y tenía tan buen aspecto como cuando llegó. García le pidió disculpas en nombre del tribunal, le recordó que seguía bajo juramento y le instó a que se sentara, ya que el interrogatorio se presentaba largo y difícil.

Palau así lo hizo. Inmediatamente se apoyó con ambos brazos en la silla y se elevó, como si quisiera asegurarse de que sería fácil escapar de aquella prisión de plástico. Después, retornó a su posición y cruzó la pierna. Llevaba calcetines finos, como los ejecutivos. Era la primera vez que veía a un policía con ese tipo de calcetines. Me alegré: Rodrigo sintonizaría bien con él.

El fiscal continuó donde lo había dejado.

—Le recuerdo, inspector, que, antes del receso, estaba usted narrando algunos aspectos del carácter del acusado...

—Mire, señor fiscal, acepto que usted lleve su interrogatorio como le venga en gana, pero debe comprender que Torino es un compañero y que cualquier cosa que diga será una opinión personal. Si quiere conocer algo concreto, formule mejor sus preguntas e intentaré contestarle. Si anda usted entre ruido de latas no sabré hacerlo.

¡Ya lo decía yo: corporativismo! O el fiscal espabilaba, o no soltaría prenda.

—De acuerdo, lo haré como usted sugiere. No me andaré por las ramas, si usted tampoco lo hace. Inspector Palau, en los tres años en los que trabajó codo con codo con el acusado en la calle, usted, como agente con más experiencia, era el responsable del grupo. ¿Es eso correcto?

—Así es.

—Y en ese periodo, ¿cuántas veces pidió a sus superiores que le cambiaran de compañero?

Un respiro profundo y una respuesta contundente:

—Seis.

De nuevo, cuchicheos en la sala. Esta vez, no fueron a mayores.

—Sí, en efecto, eso indican mis notas: lo pidió en seis ocasiones. ¿Recuerda en qué periodo se concentraron esas peticiones?

—Si no me equivoco, en los tres primeros meses. Cuando mis jefes me dejaron claro que no había nadie más disponible que pudiera sustituir a Torino, y que seguir haciéndolo iba a resultar inútil, dejé de presentar peticiones.

—¿Le ocurre lo mismo con todos los compañeros, inspector?

—Protesto —indicó la defensa—. Está dirigiendo al testigo.

El magistrado presidente no estuvo suficientemente rápido y el fiscal ya estaba de nuevo acechando al testigo, como un zorro alrededor de un gallinero.

—Reformularé la pregunta para que quede más clara. Inspector Palau, supongo que, después del acusado Rafael Torino, habrá tenido bastantes compañeros. —El testigo asintió con un movimiento de la cabeza—. ¿Ha pedido en alguna otra ocasión que sustituyeran a uno de ellos en algún momento?

—No, en ninguna.

—Pero con el acusado Torino lo hizo seis veces. Bien, aquí viene mi pregunta, concreta como a usted le gustan: ¿por qué?

El Catalán inspiró hondo y después soltó lentamente el aire retenido. Pero no contestó.

—Necesito una respuesta —le azuzó el fiscal.

—No teníamos la misma visión de nuestro encargo, y, en nuestro trabajo, la coincidencia es algo vital.

—Pero usted era el veterano, el que encabezaba la operación. El jefe, para que se me entienda. ¿Acaso no imponía usted la estrategia?

Negó varias veces con la cabeza.

—No era una cuestión de estrategia, sino de formas. Él quería hacer el trabajo a su modo.

—¿Y ese modo no le gustaba, inspector?

—En efecto. No era mi modo de hacer las cosas.

—No era su modo. Bien, ¿puede explicarnos en qué se distinguen sus modos de los del acusado?

Volvió el silencio. Largo, denso. El magistrado instó al testigo a responder a la pregunta. A la segunda, le explicó que, de no hacerlo, le acusaría de desacato. Se volvió hacia la presidencia y, como si estuvieran a solas, habló con García.

—Mire, señorita, en este trabajo hay que ser como la gente de la calle; seguir su patrón, a ver si me entiende. Pero hay cosas por las que no puedes pasar, o te conviertes en uno de ellos, ¿me comprende?

—Creo que el jurado le comprende, que es lo importante —le respondió—. En todo caso, si ustedes, señoras y señores jurados, quieren formularle alguna pregunta concreta sobre lo que acaba de decir, podrán hacerlo en cuanto las

partes concluyen su interrogatorio. Prosigan, señor fiscal.

—Gracias, señoría. La verdad es que a mí sí me gustaría que concretara más, que nos diera algunos ejemplos. ¿Se refiere usted, pongamos por caso, a violencia gratuita?

Mirando hacia abajo, Palau asintió.

—Que conste en acta que el testigo contesta afirmativamente a la pregunta.

—¿Trapicheos, abuso de autoridad?

—Sí.

—¿Algo más?

—Prefiero que pregunte usted.

—Como quiera. Intentaré ser breve para no cansarle ni cansar al jurado, pero no quiero dejar de conocer su opinión en un punto crucial: las armas. Porque una policía es, fundamentalmente, un hombre armado. ¿Posee usted algún arma, inspector?

—Cuatro: dos de colección y dos reglamentarias, todas declaradas y con sus correspondientes permisos. Las guardo bajo llave, y en alto. En casa hay niños pequeños y ya sabe cómo son los niños...

—¿Cómo no! Las armas y los niños nunca deben ir juntos, y todas deben declararse. ¿Posee algún arma huérfana? Me refiero a alguna que no haya declarado.

Se revolvió en el asiento.

—¡Naturalmente que no: es ilegal!

—Quizás pueda aclarar al jurado de qué tipo de arma hablamos y por qué es ilegal.

—Son armas no fichadas, procedentes de robos o de comercio ilegal. Todas las armas deben declararse. Así lo marca la ley.

—Inspector, ¿por qué cree usted que un policía tendría un arma no fichada? ¿Para qué?

El fiscal no obtuvo respuesta. Esperó unos instantes y volvió a formular la misma pregunta.

—No lo sé. Yo no las tengo.

—¿No lo sabe, está seguro? Le recuerdo que está bajo juramento.

El Catalán volvió la mirada hacia García, que, con un gesto, le indicó que debía contestar.

—Podrían sacarte de un apuro. Si disparas un arma reglamentaria o declarada, todos sabrán que has sido tú.

—Pero usted dice no disponer de una de esas armas.

—No. Uno debe ser responsable de sus actos, para lo bueno y para lo malo. En estas cosas, o eres legal o eres un delincuente, no existe el término medio. Esa es mi opinión.

—Una opinión muy loable, inspector. Dígame, ¿cree usted que hay muchas

armas ilegales circulando por el mercado?

—Muchas es un término impreciso. Pero diría que sí.

—¿Es fácil conseguir una?

—Relativamente: si uno sabe dónde buscar, seguro que la encuentra.

—¿Un policía sabría dónde buscar?

—Ciertamente.

—Verá, inspector, en el caso que se juzga en esta sala tenemos un problema con el arma: no ha aparecido. En el cuerpo y en el domicilio del fallecido se han recuperado las tres balas y por ellas conocemos que esa pistola se empleó en otra reyerta entre narcotraficantes hace un par de años. El agente Torino hizo las detenciones pertinentes, pero el arma en cuestión no apareció. Ahora tampoco lo ha hecho.

Palau le interrumpió.

—Perdone, ¿cuál es la pregunta?

—Sí, ahora iba. Mi pregunta es esta: en su opinión, ¿podría haberse apropiado el inspector Torino de ella después de haber realizado aquellas detenciones?

Permaneció muy serio.

—¿De verdad quiere que responda a eso?

—Naturalmente. Hay un punto de coincidencia entre esa arma y el acusado. Por eso le pido su opinión.

—Es posible que así fuera, sí.

Fulano se puso en pie, muy enfadado.

—¡Protesto, señoría! Solo resta que le ponga las palabras en la boca.

El magistrado respiró hondo.

—De acuerdo. La fiscalía formulará preguntas concretas y permitirá que el testigo responda sin atosigarle.

Por el gesto de su cara, Pérez parecía no estar conforme con la actitud del magistrado presidente. En todo caso, asintió.

—En la época en que trabajaron juntos, ¿tenía Torino algún arma huérfana, chungu, no declarada, ilegal o como usted quiera llamarlas?

—Es posible...

—Eso sí que son ruidos de lata, inspector. En este caso, las únicas respuestas válidas son sí o no.

Suspiró un par de veces.

—La respuesta es sí, se quedaba con alguna de las que encontrábamos, en vez de entregarlas a la sección de pruebas.

La algarabía, que empezaba a tomar cuerpo, fue cortada de raíz por el magistrado.

—¿Cuántas, inspector?

Palau levantó las manos en señal de protesta. A aquellas alturas, el flequillo se le había escapado de la gomina y se había puesto en pie como si fueran

escarpías.

—¿Pero qué pregunta es esa?—chilló.

—No me mire así: no le estoy pidiendo que nos revele el color de sus calzoncillos —le azuzó Pérez.

—¡Protesto, señoría! El señor fiscal se está pasando...

El magistrado iba a intervenir cuando el testigo se puso en pie.

—¡Blancos! —aulló.

—¿Cómo dice?

—¡Que mi ropa interior es blanca!

—Me parece estupendo: se lava con más facilidad y se puede usar lejía. Pero quiero que conteste a mi pregunta: ¿con cuántas armas de las que usted tenga noticia se quedó el acusado?

—No lo sé... Quizás un par de ellas, puede que tres.

—En su opinión, ¿para qué las quería?

Se mostró tan incómodo que no respondió. De nuevo, obligó a intervenir al presidente.

—No lo sé, supongo que por protección.

—¿Su arma reglamentaria no le daba suficiente protección y necesitaba buscar otras no fichadas?

—Es posible.

—Sin embargo, usted ha declarado no tener más armas que la reglamentaria, aunque trabajaban juntos.

—Así es.

—Bien. Usted tenía un compañero que no deseaba, que a veces se comportaba violentamente y que se quedaba con algunas armas de las incautadas, «por si acaso». Perfecto, en ese contexto, tengo tres últimas preguntas, inspector. Primera: ¿trabajaría de nuevo con el inspector Torino?

—No.

—Ha sido categórico y rápido al contestar. Se lo agradezco. Segunda pregunta: ¿cree que Torino es un corrupto? Le pido su opinión, esa seguro que la tiene.

—¡Protesto! Señoría, esto es un ultraje.

A la queja del abogado defensor, se sumaron las de parte de la tribuna del público, que se sembró de voces. Por cuarta o quinta vez, el magistrado se sintió en la obligación de llamar al orden pero exigió al testigo que contestara. Palau tragó saliva, le miró de frente y respondió:

—Sí, en mi opinión lo es. Pero no es más que mi opinión.

Esta vez, el murmullo pasó de algarabía a tumulto. Policías contra policías. Un partidario de Torino lanzó un escupitajo a Palau y lo llamó traidor. Y no solo eso: se metió con su procedencia.

—¡Catalán tenías que ser, hijo de puta!

El alguacil acudió de inmediato y recibió un puñetazo. Luego, aquello fue una batalla campal. Muy desagradable, la verdad. Con buen criterio, el presidente decretó un receso de media hora y ordenó impedir el acceso a la sala a los alborotadores.

Paco y yo aprovechamos el descanso para irnos a la terraza de un bar cercano a tomar un café. En realidad, yo tomé café; él pidió café *cargado*, es decir, aguardiente manchado con café.

—La cosa va bien, ¿no? Parece que los rumores eran falsos.

Paco asintió y encendió otro cigarro. Puso cara de no tenerlas todas consigo, pero su actitud era muy distinta a la que exhibía por la mañana.

—Quizás nos libremos —masculló.

Estábamos hablando de esto cuando el móvil le avisó con un pitido estridente de que tenía correo nuevo. Lo abrió, lo leyó y sonriendo me explicó:

—Salomé estaba en lo cierto. La tía, me refiero a la jurado número dos, que, al parecer, anda siempre peleándose con los números rojos, ingresó el día de la apertura del juicio la friolera de dos mil quinientos euros. Está claro que han comprado su voluntad. Seguro que habrá un segundo plazo cuando todo esté resuelto. ¿Qué podemos hacer?

—Me temo que nada. Si pudiéramos probarlo, que no es el caso, y lo comunicásemos al juez, probablemente declarara nulo el juicio y habría que volver a empezar. Y estaríamos en las mismas. De modo que como si nada.

—¡Bueno, no nos preocupemos demasiado! Todavía queda el interrogatorio de la defensa, pero el inspector parece tener suficientes tablas.

—A ver qué pasa. Por cierto, Paco, ¿qué sabes de Salomé? Hace días que no la veo. Y no ha vuelto por casa de doña Emilia.

—Creo que ha alquilado un piso. Ya sabes, es una chica movida. Y anda con otro novio, un peluquero.

—¡Lo sabía! Iba demasiado a la peluquería. ¿Lo has visto, sabes qué tipo de persona es?

—Pues no. A mí, a primera vista, me pareció marica, pero está claro que no tengo buen ojo para esas cosas. A ver si esta vez acierta. La chica tiene mala suerte. Aunque, a veces, la suerte se busca.

Volvimos a la sala. El tiempo volaba.

—¿El ministerio público ha terminado?—preguntó García.

—No, señoría. Con la venia, quisiéramos formular una última pregunta.

—Adelante.

—Inspector, creo que usted es consciente de lo que se dirime en esta sala. En el auto que decretó la apertura de este juicio oral, se detallaba una larga lista de hechos enjuiciables. De alguno de ellos tiene usted gran conocimiento, puesto que trabaja en la prevención del blanqueo de capitales; sin embargo, entre ellos hay uno que sobresale: el asesinato. Se juzga al inspector Torino por haber asesinado, con toda suerte de agravantes, a un ciudadano. En esta sala se han aportado evidencias de que estuvo en la vivienda del finado alrededor de la hora en que se certifica su muerte; sabemos que la sangre de la víctima manchó su ropa y que algunas propiedades significativas del occiso aparecieron en la casa del acusado.

» Conocemos también que estuvo en la reyerta de donde procedía el arma con que Qiu fue asesinado. Asimismo, contamos con un perfil psicológico del acusado, que nos lo describe como un hombre violento, capaz de saltarse cualquier norma. La Brigada de Régimen Interior, Asuntos Internos para que se me entienda, tenía abierto un expediente de investigación sobre él antes de que los hechos juzgados se desarrollaran. En suma, todo apunta a que Torino es el autor de los hechos. Sin embargo, por si alguien tenía dudas al respecto, quisiera hacerle una pregunta comprometida y quisiera oír una respuesta.

—Adelante, pregunte.

—¿Cree usted que el acusado, el inspector Rafael Torino, es capaz de cometer un crimen como el que se le imputa?

—¡Protesto, señoría! El jurado no puede basarse en opiniones sino en hechos. Este interrogatorio los está confundiendo.

Pérez se recolocó el flequillo mientras replicaba:

—Señoría, pese a lo que diga mi colega, hemos de entender que los jurados no son menores de edad, sino personas capaces de separar la paja del trigo.

—Yo también lo creo. El testigo responderá a la pregunta formulada: ¿cree capaz al acusado de cometer el crimen que se le imputa?

El inspector miró de frente al juez y respondió:

—Sí, señoría, le creo capaz.

Se escucharon exclamaciones de todo tipo. Observé al jurado: tenían los ojos clavados en Palau. Cris mascullaba alguna cosa con cara de mal genio.

—Gracias. No haré más preguntas.

De inmediato, fijé la vista en el banco de la defensa. Fulano se había incorporado después del receso, pero estaba claro que le habían puesto al día y que acababa de escuchar la última pregunta del ministerio público. Conocía que el Catalán era un testigo de reputación intachable, difícil de desacreditar, pero su última intervención pedía a gritos una réplica. No podían formularse tres o cuatro preguntas de relleno, dejarlo correr y rezar para que los miembros del jurado

olvidaran cuanto antes su testimonio. Había que intervenir o su edificio caería como un castillo de naipes.

—Con la venia. Inspector, no querría cansarle, lleva usted toda la mañana declarando, pero necesito pedirle unas aclaraciones. La primera es muy sencilla: ¿cree usted en la presunción de inocencia?

—Naturalmente, es uno de los pilares del Estado de Derecho.

—¡Ah, me alegro! Porque yo también. La respeto, porque lo marca la ley, pero es que, además, creo en ella. Y por eso sé que, mientras no se demuestre lo contrario, mi cliente es inocente. El fiscal debe probar que disparó esa arma que no hemos visto, ni siquiera en pintura. Bien, veamos, basándose en el conocimiento que usted tiene de mi cliente, con el que trabajó por espacio de tres años y al que, por cierto, no ve desde hace casi una década, acaba de afirmar que, en su opinión, es capaz de asesinar. Bueno, esa es su opinión y es muy respetable. Por nuestra parte, podríamos traer a muchos testigos, colegas actuales del inspector, que declararían exactamente lo contrario. De hecho, citaremos a uno de ellos en la sesión de mañana. Sin embargo, nada de eso es importante. ¿Y sabe por qué? Porque cada uno de nosotros, si se nos somete a circunstancias extremas, seríamos capaces de disparar un arma. La cuestión fundamental es si Torino disparó esa arma fantasma o no. ¿Puede asegurarnos si mi cliente disparó?

—Obviamente, no.

—Obviamente, no: respuesta correcta. Porque el hecho es que nadie puede probar que lo hizo: eso es lo que ocurre. Otra pregunta, inspector: quisiera que, basándose en su experiencia, nos aclarara un extremo. Sabe que en el domicilio de mi cliente hallaron una gran cantidad de dinero y también drogas. Él siempre ha sostenido que alguien lo puso allí, que le tendieron una trampa. A usted, ¿cómo le suena?

Paco se irguió en cuanto escuchó la pregunta de Fulano. Me sujetó el brazo. Apretaba con fuerza.

—¡Protesto, señoría! —señaló Pérez—. Como acaba de apuntar la defensa, el inspector Palau no estuvo allí.

Fulano movió varias veces la cabeza, en un movimiento estudiado. Y luego miró directamente a los ojos al magistrado presidente.

—Señoría, el inspector Palau ha sido llamado como testigo de la acusación aunque hace diez años que no ve a mi cliente. ¿No cree que, al menos, merezco este margen?

—Sí, lo creo. Denegada. El testigo responderá.

Palau empleó unos instantes en contestar.

—Mire, abogado, como dice, no estuve allí y no pude verlo, pero si me pide mi opinión diré que solo un idiota guarda una cantidad tal de dinero y drogas en casa. Habían pasado cinco días desde que Liu fue asesinado: era tiempo más que suficiente para haber escondido el botín.

—De modo que, en su opinión, pudo ser un montaje.

—No, no he dicho eso. He dicho que es una actitud estúpida y que no tengo a Torino por estúpido. Pero, como bien ha comentado usted antes, llevamos mucho tiempo sin veros. Además, era, según tengo entendido, más de medio millón. ¿Quién querría perder una fortuna para enviar a Torino a la cárcel? Al fin y al cabo, no es un tipo importantísimo, solo un inspector entre muchos; carece de sentido.

Fulano negó con la cabeza.

—Me permito discrepar: cualquier narcotraficante querría perder de vista a mi cliente. Y, para ello, medio millón de euros es un buen precio. Ya lo han oído, señores del jurado: guardar esas cantidades de dinero y drogas en casa es una idiotez y mi cliente, que tiene mucha experiencia, no es idiota. ¿Nos hace falta más? Una mujer sorda, una cámara que no capta suficiente, una sangre que puede haber procedido de una herida olvidada... En fin, esto es un completo montaje...

—¡Protesto, señoría! La defensa debería dejar su alegato para el final.

—Se acepta. Si no tiene más preguntas directas, pasaremos al jurado. Si tienen ustedes alguna cuestión que formular al testigo, el alguacil las recogerá.

En efecto, las había. Cris, de nuevo Cris. El presidente la leyó en voz alta.

—Inspector, una jurado quiere que haga usted dos precisiones. Su primera pregunta es esta: que el acusado se quedara con armas huérfanas en el pasado ¿implica que robara la que mató al señor Qiu?

—Lo siento, esa pregunta no es de mi incumbencia. El fiscal, y no yo, es quien debe sacar conclusiones.

—De acuerdo, segunda pregunta: ¿ha cobrado usted algún soborno alguna vez? ¿De dónde saca el dinero para vestir así?

El fiscal se puso en pie.

—¡Señoría, debo protestar con toda contundencia! Somos la defensa y la acusación quienes interrogamos a los testigos o peritos. El jurado juzga, pero no interroga, ni indaga ni investiga. A lo sumo, sus preguntas van dirigidas a aclarar alguna frase que no ha quedado suficientemente explicada. Sin embargo, en las preguntas que está formulando el jurado número dos a lo largo de este juicio, y que usted está admitiendo, hay un proceso interrogatorio. No es lo que marca la ley.

—Es de la competencia de esta presidencia, señor fiscal, decidir si admito esas preguntas o no.

—Es cierto, es de su competencia, pero tanto usted como yo debemos atenernos a las normas del proceso. Y ellas separan nitidamente el rol del interrogador del juzgador. Por ello, reclamo tanto que no se admita la pregunta en cuestión como que mi protesta figure en el acta.

García se lo pensó unos instantes. Quizás pensando en un recurso posterior,

quizás en su mujer, bajó la cabeza y añadió:

—La pregunta no resulta pertinente. El testigo puede retirarse.

El sol picaba con rabia cuando salimos de la Audiencia. Después de la larga sesión de la mañana, el magistrado García, compadecido del jurado, que parecía extenuado, extendió el receso más allá de lo habitual: hasta las cinco de la tarde.

Paco y yo no nos conocemos desde hace demasiado tiempo, y no estaba seguro de que pensáramos lo mismo. Por eso, cuando nos alejábamos del edificio, le interrogué:

—¿Y bien?

Se encogió de hombros y aprovechó que estábamos ya en un espacio abierto para encender su cigarrillo. No supe interpretar su gesto. ¿Quería decir que no había que preocuparse, que lo tenía todo bajo control? ¿Sugería que dejara de husmear, ya que él era el sabueso? ¿O, simplemente, reconocía que la vida era una auténtica mierda? Repetí la pregunta, pero se aferró a su silencio como al humo gris que le rodeaba y no conseguí sacarle palabra. De modo que hablé yo.

—Verás, Paco, yo no tengo tu experiencia en esto de la vigilancia, pero he leído algunos libros sobre el comportamiento de los jurados. Por eso, desde hace días, observo a Rodrigo y a Cris, que son, a mi entender, los dos miembros que pueden inclinar la balanza en un sentido o en otro. Puede que esté completamente equivocado, pero he llegado al convencimiento de que hemos perdido el juicio. Salvo que ocurra un milagro, y no está previsto, Torino se saldrá con la suya.

No respondió.

A la Audiencia se accede por una escalinata de piedra blanca, más desgastada por la parte central, que con el tiempo ha ido adquiriendo el color gris del ambiente. Hay papeleras arriba y abajo, a derecha e izquierda, pero siempre hay objetos desperdigados por el suelo; a veces, porque las papeleras rebosan; la mayoría, porque la comodidad de la gente no conoce límites. A mí, cuando las colocaron, me daba pena utilizarlas de lo bonitas que son —diseño de arquitecto caro con materiales aún más caros— y me guardaba los papeles en los bolsillos para tirarlos luego en casa. Pero ya han cogido la pátina y hasta la mugre que solo el tiempo confiere y eso ha dejado de importarme.

Paco tiró la colilla al suelo, en la cuarta escalera, y se detuvo a triturlarla con el pie. Yo también me detuve y cuando avanzó permanecí quieto, cruzado de

brazos.

—¿Qué pasa? —me preguntó, con ese acento suyo, de sorna contenida.

No dije nada. Me limité a mirar hacia abajo, donde el cadáver del cigarro aguardaba que alguien lo enterrara decentemente, junto a otros papeles de caramelos, chicles y hasta una lata de cerveza.

—¡Eres un tío raro, Efrén! —me echó en cara cuando se agachó para recoger la colilla—. Eres capaz de amañar un juicio y de tramar mil y una insidias, pero obligas a utilizar las papeleras. ¡La leche! Seguro que tienes antecedentes sicilianos.

Su comentario me enfadó muchísimo.

—¡Pues sí que tiene gracia la cosa! Mira cómo se escribe la historia: ¡me habéis maniatado, sin dejarme margen ni para respirar, y ahora soy yo el que trama insidias! Mira, Paco, el único error que he cometido ha sido ofrecer mi ayuda a Salomé. Lo hice porque era mi secretaria y porque lo necesitaba. Luego, me he ido enterando de las cosas, como quien dice, por las noticias. Y todas las nuevas que me contabais parecían subidas de impuestos: cosas que te machacan pero que no puedes evitar.

—Vale, lo retiro. Discutir no nos lleva a ningún sitio. En estos años he aprendido que hay preguntas que ni siquiera merece la pena formularse —añadió. No comprendí a qué se refería, pero le seguí la corriente—. Muévete: no voy a recoger los papeles de los demás, para eso están los barrenderos. Y cuéntame qué les pasa a los jurados.

No esperé a terminar de bajar la escalinata. Me puse a hablar de inmediato, estaba nervioso.

—Lo cierto es que lo sabes tan bien como yo: el jurado está contaminado. Teóricamente van a actuar con imparcialidad e independencia. En la práctica se dejarán llevar por el jurado dominante. En este caso, hay dos: Cris y Rodrigo. Como tú mismo has averiguado, la primera, comprada por la defensa, tiene unas cinco mil razones para liderar el grupo. Y tiene capacidad de persuasión e incluso de manipulación: ya has visto que se pasa el día preguntando y que los demás jurados asienten cuando lo hace. Hasta ahora, el segundo, Rodrigo, le llevaba la contraria, por lo que se erigía en nuestro héroe y en nuestra esperanza. Pero ya has visto lo ocurrido hoy.

Sacudió la cabeza.

—Mira, Efrén, no he dormido muy bien y ando un poco despistado. Vamos, que no tengo ni idea de lo que hablas. A ver si te explicas para que yo te entienda.

Me fijé en su cara. Tenía, en efecto, un aspecto poco zalamero.

—Como te decía, desde que esto empezó, observo a Rodrigo. Hoy hasta lo he cronometrado: en veintinueve minutos no ha levantado una sola vez los ojos; estoy seguro de que andaba trajinando con el móvil. Tiene el máximo interés en que el juicio acabe cuanto antes porque necesita regresar a su mundo. Y para

lograrlo solo hay una salida: dejar que Cris se salga con la suya. Además, y esto es lo más preocupante, ha bajado la vista ante el fiscal por primera vez en esta larga semana. Eso solo tiene una lectura: no va a librar batalla. Se ha divertido retando a Cris, pero Wall Street le espera. Y si Rodrigo no está con nosotros, los demás jurados seguirán a esa arpía, comprada por la defensa... Por eso creo que las cosas se están yendo de las manos. Y que deberíamos hablarlo...

—Llamaré a Salomé, ella también se juega el culo. ¿Nos vemos en tu casa? No tengo ganas de ruidos de loza ni de gentes bufando y metiendo ruido.

Asentí.

—De acuerdo, pero tendréis que traerlos el almuerzo: solo me queda una pechuga. Esta noche pensaba ir al supermercado —me disculpé, aunque no hacía ninguna falta. Era mi despensa.

—Danos media hora.

Regresé buscando la sombra. Sentía una oscura tristeza, un profundo y doloroso agujero en el estómago. No podía dejar de pensar qué hacía yo, un insignificante hombre de bien, metido en un lío que me excedía en magnitud y dureza.

Ustedes no me conocen, pero puedo asegurarles que nunca he tomado drogas, robado, blasfemado o hecho daño a nadie a sabiendas. He sido un buen estudiante y creía en la justicia. Pero desde que Salomé entró en mi vida (o, para ser justos, desde que Igor entró en la suya) iba de mal en peor. Para empezar, me las había tenido que ver con un cadáver y un ladronzuelo pintado de tatuajes. Había recibido puñetazos y amenazas; casi me muero de una sobredosis y, para rematar la jugada, y desoyendo mis quejas, me habían obligado a delinquir. Pero incluso eso se había quedado corto. Tal y como se desarrollaban los hechos, tendríamos que dar un paso más.

Con la angustia subiéndome por las orejas, telefoneé a Chantal. Respondió enseguida.

—Te hemos echado de menos en la sala, doctora. El presidente ha preguntado por qué no había venido esa chica tan guapa de apellido impronunciable, y a sabes, la que calza un treinta y cuatro.

Utilicé el plural para que no se sintiera incómoda ni presionada. Ella se echó a reír ante mi ocurrencia y empleó la misma estrategia.

—Me alegra que hayáis pensado en mí. Hoy he tenido mal día y no he podido escaparme. ¿Cómo ha ido la cosa?

—De infarto. Ha intervenido un antiguo colega de Torino: le ha puesto a caer de un burro. Casi nos salpica la sangre...

—¿De modo que ya está, el jurado parece decidido?

—Me temo que no es tan fácil. Han quedado algunos cabos sueltos. Y esta tarde la defensa empieza a llamar a sus testigos. A ver a quién cree el jurado... Pero dejemos eso. Me preguntaba si te apetecería ir a tomar una cervecita a

última hora, cuando acabes. Me ofrezco a ponerte al día personalmente.

—No sé si podré. Estoy de guardia. ¿Por qué no nos llamamos a eso de las siete y vemos cómo ando de trabajo?

—Muy bien. Te llamo yo. ¿Puedo preguntarte si has tomado alguna decisión sobre tu dilema?

Me respondió con voz cortante.

—Todavía no. Espero tu llamada...

Aceleré el paso. Quería almorzar antes de que llegaran. Lo importante de un régimen es comer con calma. Además, no me gusta pensar con un plato delante.

La pechuga no me supo a nada, pero me quitó el hambre, que era de lo que se trataba.

Paco y Salomé llegaron cuando estaba terminando de fregar la sartén: como es antiadherente la trato con sumo cuidado. Me sorprendió el aspecto de la secretaria. Llevaba el pelo pintado con mechas color fresa, algo, simplemente, grotesco, que me abstuve de comentar.

Se sentaron en la cocina, ambos abrazados a un inmenso bocadillo de jamón con tomate comprado en un bar cercano. Cedió a Paco mi silla del respaldo pero antes le advertí de que no se sorprendiera porque produce un extraño crujido cuando te mueves. Sin embargo, curiosamente, con Paco no crujió. Me estuve fijando un rato hasta descubrir así otra de las dolorosas verdades de la vida: he perdido casi cuarenta kilos, pero, según mi silla, continúo estando gordo.

—¿Tan mal está la cosa?—preguntó Salomé.

—Paco y yo diferimos, Salomé. Yo digo que pinta muy mal y él solo lo ve gris oscuro. En cualquier caso, no está claro que lo condenen. Además, debes saber que Paco ha descubierto que tus intuiciones eran certeras: a Cris la han comprado. Barata, por cierto: dos mil quinientos euros, de momento. Apelará a la puñetera duda razonable y la cagaremos —me desahogué.

—Pero, Paco, ¿y el medio millón? ¿Y las drogas? ¡Cuando me desprendí de ellas para que las pusieras en su casa me aseguraste que así le pillaríamos!

—Y lo hemos hecho: le están juzgando, pero, al parecer, no es suficiente. Sin el arma, siempre hay una duda razonable.

—¿Y no puedes encontrar otra parecida y ponerla en su casa o en algún otro sitio donde la encuentren?—argumentó.

Paco negó con la cabeza.

—Verás, Salomé, cuando disparan, las armas dejan marcas específicas, como si contaran con su propio DNI, que no se puede falsificar. Necesitaríamos la original, pero ese cabrón ya se habrá encargado de lanzarla a algún pozo negro o al mar. No daremos con ella. No hay nada que hacer.

—A ver si me aclaro, ¿el diagnóstico es que vamos a perder?—insistió Salomé.

Paco se levantó y se puso a fumar junto a la ventana.

—Efrén está convencido. Yo solo puedo certificar, porque lo he visto con mis

propios ojos, a varios jurados intercambiando señas y teléfonos mientras se dirigían a almorzar. Eso significa que el tema está a punto de caramelo: la mayoría de los jurados, capitaneados por Cris, llegará a la conclusión de que resulta imposible probar que Torino haya empuñado el arma que arrancó la vida a Liu... —Paco aplastó la colilla en el cenicero—. Y así las cosas, chicos, quizás fuera prudente empezar a planificar un largo viaje lejos de aquí. Una temporada fuera. ¿Tenéis algún pariente en Latinoamérica?

Escuchar su descorazonador comentario, medio en broma medio en serio, me desató el miedo. Estábamos como al principio. Pillados por los mismísimos cojones. A mí, que soy cagueta por naturaleza, no me costó ni un instante imaginar a Torino obligándome a gustar su peculiar medicina. El dolor de las costillas se materializó de nuevo y se me revolvió el estómago hasta obligarme a acudir al baño: vomité la pechuga al completo, incluyendo el aceite y el romero. Cuando regresé, el detective me palmeó varias veces la espalda y Salomé me tendió un vaso de agua.

—Hay que jugar fuerte. No quedan más opciones —me susurró mi secretaria.

Sin poder reprimir mi rabia, lancé el vaso contra la pared, que se hizo añicos. Las cosas no debían haber salido así. Salomé ocultó la cara entre las manos y se puso a llorar. Entre hipos, consiguió decir:

—Ese tipo es un asesino. Se carga a cualquiera que se interponga en su camino y nosotros estamos justo en medio. ¿De qué serviría marcharse? ¡Nos localizará: tiene acceso a todas las bases de datos! Además, yo no tengo ni un duro, ¿cómo podría irme?

Lo que decía me extrañó y pregunté:

—¿Y la parte del dinero del botín que te quedaste?

—Se lo he prestado a Michael, para que pudiera renovar la peluquería... ¡Oh, Dios, otra vez la he vuelto a cagar! —chilló con desesperación.

Supongo que, hasta ese momento, no se había dado cuenta de que había sido timada por enésima vez. Empezó a sollozar. Lo hizo sobre el bocata, intacto, como si aquel amargo aliño sirviera para algo. Curiosamente, sus lágrimas y sus gritos me apaciguaron. Me incliné y susurré a Paco, que había vuelto a sentarse en la silla estridente:

—Tío, tengo que hablar contigo. Rápido. Tú verás si quieres que lo oiga Salomé o no. Y lo de los micrófonos...

—Vayamos fuera —susurró. Después, incrementó el tono de voz—. Salomé, guapa, aquí tu socio y yo vamos al patio a echar un cigarrillo, sin que pongas mala cara. Termina el bocadillo.

Recuerdo que había un gato en la puerta que, al vernos, desfiló como alma que lleva el diablo. Era un gato callejero. Hay muchos por la zona, pero a este no lo conocía. Blanco, muy grande, más parecía un cordero que un gato. Antes de huir, me miró. Tenía unos terribles ojos de gato que parecían decirme que, antes o después, nos encontraríamos de nuevo. Me recordó a Lupo, y sentí cómo el estómago se me contraía.

Gracias al cielo, el olor del tabaco de Paco me hizo regresar al mundo real. Encendió el cigarrillo en la entrada del patio, donde caía un sol de justicia. Le dio una calada tan honda que casi le arranca el alma. No le permití dar la segunda. Le sujeté por los hombros con ambas manos y le obligué a mirarme. Tenía el color amarillento propio de quienes padecen de problemas de hígado, y aquel día la nariz parecía sobresalirle más que de costumbre.

—Necesito que me cuentes qué ocurre con Fulano. Es asunto de vida o muerte, y por una vez la frase es cierta.

Acercó el cigarrillo a la pared, quitó la punta ardiente y se lo guardó en el bolsillo de la camisa.

—¿Para qué? ¿Qué pretendes hacer?

—No lo sé con exactitud pero no quiero ocultarte que estoy dispuesto a todo.

—¿Y qué es todo? ¿Vas a atreverte a empuñar un arma, a pegar a una mujer, a robar a una vieja? ¿Qué es todo?

Instintivamente, retrocedí. Un paso atrás era decir mucho, o no decir nada. Me sobrepuse y respondí con toda la firmeza que mi voz permitió:

—Estoy dispuesto a vivir, y si para ello debo traicionar todo aquello en lo que he creído de niño, lo haré. Puedo prescindir de la honradez, la honestidad, la justicia y hasta la verdad...

—De acuerdo, pongamos que te creo. Ahora dime qué te propones hacer.

—Es fácil. Si lo que has descubierto es lo suficientemente importante para Fulano, voy a utilizarlo.

—¿Y mi conciencia?

Me eché a reír.

—Tú no tienes conciencia.

—¡Lo dirás tú! Por supuesto que la tengo. No es legal, estrictamente hablando, pero distingue el bien del mal, lo correcto de lo incorrecto. Según mi preciosa conciencia, no hay problema en saltarse algunas normas, si es que se trata de proteger un bien mayor como es vuestra vida, pero...

A lo lejos, se había escuchado un maullido feroz. Como si alguien hubiera dado caza a ese enorme gato que rondaba mi casa. Paco se detuvo. No se escucharon más sonidos.

—Pero ¿qué?

—Mira, Efrén, veo cómo te enardeces cada vez que menciono su nombre, cada vez que le ves entrar en la sala del juicio, cada vez que se levanta para machacar a un testigo. Eso no me gusta. Parece una venganza personal y esas actitudes son muy peligrosas. E incontrolables. Dime, ¿por qué le odias tanto? ¿Porque te despidió?

Lo pensé unos instantes. En realidad, sabía que no era el trabajo de toda una vida. Y había sido el empujón que necesitaba para ponerme por mi cuenta. No, el despido no me había importado tanto. Finalmente, confesé lo que ardía en mi corazón.

—Me despidió justo el día en que murió mi padre y ni siquiera se dignó darme el pésame. Él es el que me odia, aunque no sé por qué.

—Yo sí —me aseguró. Me quedé de piedra y le miré fijamente—. ¿No se te ha ocurrido pensar que la culpa pudiera haber sido de tu padre?

—¿De mi padre? ¡Pero qué dices! Era un bendito, un ser incapaz de hacer daño a nadie...

Sacó la colilla de la camisa y la encendió de nuevo.

—Verás, Efrén, es muy posible... No, rectifico: es seguro que tu padre chantajeó a Fulano a fin de que te admitiera en su bufete. No es extraño que te odie, ya que no puede odiarle a él.

Nunca lo había pensado de aquella manera. Y, como en un flash, me imaginé a mi padre el día en que terminé la carrera en la universidad, yéndose a ver a Fulano a su despacho forrado de madera y con vistas a la avenida. ¿Chantajearlo? Es posible que Paco tuviera razón, pero ¿con qué?

—Dime con qué lo chantajeó.

Me echó un vistazo rápido, con el ceño fruncido.

—Necesito un trago —fue lo que me contestó.

—Yo también. ¡A la mierda con el régimen!

Metí la cabeza por la puerta de mi casa y chillé lo suficientemente alto para que Salomé me oyera.

—Voy a tomar algo con Paco. Nos vemos en la Audiencia, ¿vale? Recuerda que la sesión empieza hoy a las cinco. Tienes tiempo de echarte una buena siesta. Y también de buscar una gorra o un pañuelo: tu pelo llama mucho la atención, y eso no nos conviene en absoluto.

Me llevó de nuevo a la zona turística, a una terraza. «Es por los micros», justificó.

Con casi cuarenta grados a la sombra, en el lugar no había un alma. Nos sentamos en una esquina, donde amagaba un poco la sombra. Aunque eso de amagar es mucho decir: de cubrirme con gorro de piel de foca y calzarme con botas de borreguillo no hubiera sudado tanto.

Paco pidió un gin-tonic; yo, un cubata, con la Coca light, para no pecar más que levemente. El detective se lo terminó de un viaje, llamó al camarero y, con un gesto, pidió otro. Me dio un disgusto: estaba claro que pagaba yo y que el hostelero se iba a resarcir con nosotros de no tener más clientes.

—Anda, Paco, no te hagas de rogar más: cuéntamelo antes de que me dé una insolación.

Suspiró. Un suspiro hondo, intenso, preocupado.

—De acuerdo, allá voy: tu antiguo jefe no es abogado.

Me eché a reír.

—¡Venga, tío, no me tomes el pelo! Lo he visto con mis propios ojos: hay un título que cuelga flamante enmarcado de la pared de su despacho. ¡Pero si hasta ha ampliado estudios en Harvard!

—Precisamente...

Aquello era demasiado. Esta vez fui yo el que hizo un gesto al camarero. Lo mismo para los dos.

—Verás, Efrén, conseguí hacerme con su expediente. No directamente, claro, no me lo hubieran dado. Pero, en fin, uno tiene sus contactos. El caso es que eché un vistazo a sus notas...

Le detuve.

—¡Un momento, no tan deprisa! ¿Por qué miraste su expediente, qué se te había perdido allí?

—A mí nada, solo seguía el rastro de tu padre. Antes de ser portero en el Teatro Real, trabajó de ordenanza en una universidad de Madrid, supongo que lo sabes.

—Naturalmente, en la facultad de Derecho.

—La misma facultad en la que Fulano se graduó. Había un punto de contacto, un hilo del que tirar, y lo seguí, eso es todo. Me hice con todos los datos que pude conseguir, uno de ellos, su expediente. Lo miré por si le habían amonestado, o si figuraba algún detalle que se me escapara. Me picó la curiosidad y eché un vistazo. No es que fuera un lince: aprobados, algún notable y bastantes cates arreglados en convocatorias extraordinarias. Una de las asignaturas —Derecho Procesal, concretamente— había sido aprobada el curso en que terminó los estudios, en cuarta convocatoria. El examen se celebró el 13 de septiembre, para ser exactos. Pero según los datos de su visado y del título que le confirió la Universidad de Harvard, nuestro hombre había entrado en los Estados Unidos el día 28 de agosto y no regresó hasta el mes de mayo. Eso hacía imposible que se hubiera podido examinar el día 13. En fin, que el dato desentonaba y llamé mi atención, de modo que localicé las actas originales del profesor de la asignatura. Eran de hace mil siglos, pero lo logré: la asignatura figura con la calificación de suspenso.

—De modo que logró falsificar el expediente y que le expidieran el título, pero olvidó modificar el acta original.

—Exactamente.

Aquello era un bombazo en toda regla. No sería la primera vez ni probablemente la última en que la prensa recogiera una noticia de ese tipo. Yo mismo había leído una denuncia a un eminente cirujano, catedrático en alguna universidad de la capital, de quien alguien había averiguado algo similar. Sin embargo, había algo que no me cuadraba.

—Todo eso está muy bien: es una noticia excelente para mis propósitos, pero no entiendo cómo pudo enterarse mi padre de ello.

Se sonrió maliciosamente.

—Eso es lo más divertido de todo. Que las grandes figuras de mundo no se dan cuenta de que están rodeadas de humildes servidores que todo lo ven y todo lo oyen. Los organismos más peligrosos son microscópicos. ¡Es fascinante!

—Por supuesto, fascinante. Pero explicámelos que no lo entiendo.

—Mira, tú habrás visto tus calificaciones en alguna página web, pero entonces se empleaba el sistema de papeletas. El profesor las rellenaba y se las entregaba al ordenanza, que las distribuía entre los estudiantes, a petición. Se producían largas colas ante sus garitas, con exclamaciones de alegría o lloros, según los casos. ¿No has encontrado una papeleta de Fulano en casa de tu padre?

—Entre sus papeles no, la verdad. Pero no he buscado a fondo. Además, ¿por qué habría de tenerla mi padre?

Otro cigarro. El cuarto gin-tonic. Paco tenía la lengua suelta y yo el bolsillo temblando.

—La composición de lugar que yo me he hecho es esta: en aquella convocatoria extraordinaria del mes de septiembre, el profesor de Derecho

Procesal entregó a tu padre su taco de papeletas. Todos los estudiantes fueron a recogerlas, menos Fulano, que estaba en los Estados Unidos. Tu padre le conocía: vivían en la misma ciudad; seguro que habían charlado de ella en varias ocasiones. Tu padre se la guardó para entregársela en persona; calificación: *No presentado*. Pero cuando se fue de vacaciones, se enteró de los chismes que circulaban, entre ellos, que Fulano había finalizado brillantemente sus estudios y se había ido a ampliar horizontes a los Estados Unidos. En su mano tenía la prueba de que aquello era falso. Es muy posible que Fulano no dijera nada en casa, y que pagara a algún administrativo de la universidad para que cambiara aquel «detalle», o puede que fuera su familia quien lo arreglara. El caso es que tu padre lo sabía. No dijo una palabra a nadie: cuando terminaste, fue a verle, le mostró esa papeleta y le exigió que te admitiera. Un chantaje a baja escala, elegante. A Fulano no le quedó más remedio que hacer lo que le pedían. Y, por las mismas, te despidió el día en que él murió.

Recordé cómo le abandonó el color cuando, el día de su funeral, le dije que mi padre había dejado un sobre para él. En aquel instante, entendí los porqués.

—¡Tengo que encontrar esa papeleta! —chillé.

—¿Por qué? ¿Para qué? No hace ninguna falta: con que él crea que la prueba está en tu poder es suficiente. Lo que tienes que pensar bien es qué quieres hacer. Si lo haces público, vas a echar por tierra la honorabilidad de una familia completa, amén de anular todas las causas en las que haya intervenido. De acuerdo, Fulano y sus hijos no son un dechado de virtudes, pero, desde mi punto de vista, tu padre tampoco lo era. Es como para pensárselo. Hasta ahora solo reaccionábamos a sus puñaladas, pero ahora..., esto es ya de malas personas.

—¿Reaccionábamos? ¡Le preparaste una escena en su propia casa! —chillé.

—Eso es reaccionar. Tú, en este momento, te estás extralimitando...

No pude contraatacar: a mi compañero de cogerza le sonó el móvil. Era un número oculto. Al verlo, el color se le fue de la cara.

—¿Qué ocurre, Paco?

—Nada bueno.

—¿No vas a contestar?

Se levantó y se marchó. Regresó en un par de minutos, blanco como una tiza. Llamó al camarero y pidió que le trajeran la botella de whisky y un vaso limpio, con hielos.

—¿Me puedes decir qué ocurre?

Ocultó la cara entre las manos y empezó a sollozar.

—¿Me puedes decir qué pasa? ¿Se te ha muerto alguien, hemos perdido el juicio?

Negó con la cabeza.

—¡Saben que estoy en el ajo, Efrén, lo saben!

—¿Quién? ¿En qué ajo? ¡No te entiendo, y me estás poniendo nervioso! —

exclamé.

—Estos días he andado indagando aquí y allí. Fui a La ballena azul, que es donde el Gordo (así es como llaman al compañero de Torino) se pasa las horas. No estaba, pero hablé con el Peluche, el camarero, que es una especie de enlace de unos y otros. Es el que me acaba de llamar.

—¿Desde una identidad oculta?

—Precisamente. Por eso conserva su puesto desde hace tanto tiempo. Me ha dicho que una mujer morena, gorda y de buenas tetas (no me ha dado más señas) ha dejado un sobre urgente para mí de parte de nuestro « común amigo », que no puede ser otro que Torino.

—¿Torino? ¿Un sobre para ti? ¿Y qué es lo que contiene?

Volvió a sollozar.

—¡Una bala, tío, una bala! Tengo que llamar a mi mujer y decirle que deje todo y se vaya lo más lejos que pueda. Aunque ya sé qué va a contestar...

Me quedé petrificado. No pensaba que pudiera llegar tan lejos.

—No sabes cómo lo siento, Paco. Te lo digo de verdad.

—Más lo siento yo. Y ahora que ya estamos todos en el mismo barco, dime, ¿cómo vamos a utilizar a tu antiguo jefe?

—¿Pero no decías que no te parecía ético?

—Se ve que me faltaba nivel de whisky en sangre. Anda, pensemos cómo arreglar este galimatías.

Lo pensé apenas un instante.

—Tienes razón ahora y tenías razón antes, es decir, que es cierto que tenemos que salvar el culo, pero también que hemos de hacerlo con el mínimo daño posible. Creo que soy capaz de poner en marcha un plan que solvete ambos problemas de una vez—afirmé categórico.

—No te sigo, compañero.

—Pues no es difícil. Tú, que decías tener conciencia, pusiste en casa de Torino pruebas falsas y empleaste a un confidente para que avisara de ello a los del maletín. En dos platos, que tendisteis un cebo y los de Asuntos Internos picaron. Solo nos queda dar otra vuelta de tuerca: utilizar a su abogado para que tire del mismo sedal.

Se frotó los ojos, y me miró de nuevo.

—Ni pajolera idea de lo que dices, chaval. Nada, que no te alcanzo. Se ve que hacerte abstemio te está afectando el cerebro. O que yo empiezo a estar como una cuba.

—Estoy estupendamente. Y, con un poco de suerte, terminaremos con bien lo que empezamos y brindaremos con champán. Observa.

Cogí el móvil y, desde la misma terraza donde, bajo un sol impenitente, Paco y yo bebíamos sin piedad, marqué el número del despacho de Fulano. Amén de un pelín de sueño, los cubatas me habían proporcionado esa chispa de valentía que suele faltarme en el obrar.

—Soy Efrén Porcina, necesito hablar con Fulano. Es urgente.

—Don Fulano no está en este momento, ha salido a almorzar —me respondió su secretaria, apretando mucho al pronunciar el don—. Le dejaré tu recado —concluyó, utilizando el tuteo.

Me lancé como un kamikaze.

—Carmen, si no me pasas directamente con el móvil del viejo —así le llamaban en la oficina, cuando no estaba presente—, ten por seguro que esta misma tarde estás inscribiéndote en las oficinas del Inem. Lo que tengo que decirte es de vida o muerte para su cliente y para él. Pero tú verás, guapa.

Como una malva.

—Un momento, por favor, voy a intentar pasarle al móvil —respondió, tratándome de usted.

Y lo hizo.

—Porcina, ¿qué se te ofrece?

—Tenemos que quedar.

—Lo siento, pero las vieiras se enfrían, y están deliciosas.

—Pues déjalas. Necesito verte. Es urgente.

—¿Desde cuándo nos tuteamos? —me recriminó.

—Desde que sé que no eres abogado. En veinte minutos te quiero en mi bufete. Solo y con las orejas limpias. Supongo que ya sabes dónde está mi guarida.

Tras un breve y expresivo silencio, accedió.

—Allí estaré.

Colgué.

—¡Con un par de cojones, tío, sí, señor! ¡Lo celebramos con la última? — espetó mientras tintineaban los cubitos de hielo de su vaso vacío.

—Ni hablar. ¡Camarero, dos cafés dobles con hielo! Y nos los tomamos rapidito, que tenemos que correr.

Paco apuró la bebida. Mientras le miraba, me pregunté por qué a todos los policías les ponían motes sus colegas. Y recordé que el detective también había formado parte del cuerpo.

—Oye, Paco, ¿cómo te llamaban a ti, cuando llevabas uniforme?

—¡Pues cómo me iban a llamar: por mi nombre!

—¿No tenías apodo?

—No. Paco es un buen apodo.

Tenía razón.

Lo vi venir, andando por el medio de la calle, escoltado por su fiel y oscuro chófer, y me quedé observándolo, oculto tras las contraventanas de madera.

Fulano de Tal. El gran Fulano de Tal.

Perfectamente rasurado, con sus andares de siempre. A aquella distancia casi podía oler su colonia cara. Su traje parecía recién salido de la tintorería, o mejor, del taller de un sastre a medida, caro y elegante. Sin embargo, a diferencia de lo que había visto en la sala del juicio, le noté mayor. Las bolsas bajo sus ojos evidenciaban su cansancio. Envejecía. ¿Sesenta y cinco? ¿Sesenta y ocho? Sí, rondaría esa edad.

Sonó el timbre. Por la mirilla pude constatar su palidez. Su rostro hacía juego con su camisa blanca recién estrenada y tenía la frente perlada de sudor. Yo no estaba mucho mejor: la idea de enfrentarme a él me ponía muy nervioso. Aunque las tornas habían cambiado: ya no era el inocente y joven abogado que sale en defensa de la justicia. Iba a convertirme, desgraciadamente, en el calco de mi padre.

—¿Puedo pasar, Porcina?

Ese fue su saludo, en un tono que se me antojó conciliador, y me dije, con ingenua certeza, que aquello no solo saldría bien sino que sería fácil. Me retiré para dejarle pasar, pero cuando su chófer intentó acceder a mi bendito suelo se topó con mi humanidad adelgazada pero, aun así, grande. Le señalé con el dedo el patio, y le pedí que esperara allí, no sin antes advertirle de que se sentara donde quisiera menos en la silla de espadaña que tenía dueño y, por tanto, estaba reservada.

Cuando me volví, Fulano llevaba media sonrisa en la cara y pensé, de nuevo erróneamente, que iba a comportarse con la discreción y prudencia que la situación requería. Le había hecho saber que contaba con un arma tan mortífera que podía destruir para siempre su flamante castillo. Me pareció lógico que soportara con cintura la humillación de recibir convocatoria forzosa y verse obligado a reunirse conmigo y en mi terreno. Pero no fue así. Nada más entrar, lo que hizo con suma parsimonia, mostró cierta sorpresa forzada y sacó a relucir la calidad de mi mobiliario.

—De modo que este es tu cuartel general, abogado. Muy bonito, sí, señor. Doy por sentado que se habrán hecho desparasitar muebles y enseres tras adquirirlos en el mercadillo de los gitanos. Me molestaría sobremanera estar en contacto con las pulgas, ya que soy alérgico a sus picaduras, lo mismo que a los tábanos y demás bichitos inmundos.

—Me alegro de que te guste —repliqué.

Con un gesto le señalé el sofá y le indiqué que tomara asiento. Salomé estaba ya sentada en una de las esquinas. No se había dignado levantarse cuando él llegó. Su presencia no pareció despertar interés en Fulano, que, sin embargo, no desaprovechó la ocasión de hacerme sufrir. O, al menos, de intentarlo. Con un gesto brusco, se arrancó el pañuelo del bolsillo de la americana, el único toque frívolo en su vestimenta gris, y lo colocó, extendido, sobre el sofá de rayas.

—¿Te he dicho ya que me encanta el ambiente? Es el propio del cuarto de estar de un obrero de la construcción que acaba de emigrar a nuestro país procedente de una zona deprimida del mundo.

He escuchado varias veces lo mismo. De hecho era una constante en sus discursos. Lo repitió en las dos cenas de Navidad a las que me invitaron y en las dos barbacoas *week-end teams* a las que nos obligaban a acudir. Las organizaban para fidelizar a los agotados y mal pagados asociados, que ansiaban un puesto de socio más que una patera a la deriva la visión de una patrullera española. Según coreó en todos esos actos, un bufete que no te permitiera disfrutar de una amplia casa en la playa, un apartamento en la montaña y un despacho de más de cien metros, naturalmente en un edificio con ascensor en pleno centro, no merecía ese título. Alguien que capitaneara un despacho que no cumpliera esas exigencias mínimas no podía llamarse abogado sino picapleitos con autoempleo, y resultaban dignos de todo desprecio porque eran una plaga para la profesión.

Sonreí. Era posible que el mobiliario barato, el aspecto de mi secretaria, el propio edificio le inspiraran repugnancia, pero había acudido a mi llamada como un perro faldero y apaleado.

—Te lo agradezco, Fulano. Puedo darte el teléfono del tapicero. Si le llamo te hará un buen descuento, aunque siempre factura con IVA. En esa sala de espera verde, digna de la consulta del mismísimo Sigmund Freud, quedaría bien. Evitaría las malas vibraciones.

Me dijeron luego que hizo pintar todo su bufete de color beis (cálido, como dijo Salomé). De momento, se apeó del burro y dejó mi mobiliario. Aunque no lo demás.

Ya sentado sobre su pañuelo de colores, empezó el segundo asalto.

—Me vendría bien un vaso de agua —pidió.

Salomé desdobló la pierna y se puso en pie. Fulano levantó el mentón y pareció reparar en ella. Estoy seguro de que se había fijado desde el momento en que cruzó el umbral, pero se hizo el sorprendido.

—A ti te conozco. Sí, claro, trabajaste en mi bufete. Eres la de las tetas de vaca y el culo gordo. Flirteabas con todo el que se moviera. Te despedimos por puta, ¿no?

Mi socia no se inmutó. Se acercó a la cocina y volvió con lo pedido. Cuando dejó el vaso sobre la mesa, humeaba. Había abierto el grifo del agua caliente. Aquel gesto silenció unos instantes a mi antiguo jefe, pero no le amilanó. Cogió el vaso, que, conociendo a Salomé, estoy seguro de que quemaba, y se lo bebió de un tirón. Apuró la bebida hasta la última gota. Luego, con un gesto de desdén, lo dejó sobre la mesa.

—¿Era mineral?

—Naturalmente —respondí.

Pasados los prolegómenos, por fin, logramos entrar en materia. Supe que había llegado el momento, porque Fulano cruzó la pierna y nos mostró su blanqueada dentadura, con aire de superioridad. Desde mi posición, pude observar que había perdido mucho pelo. Empezaba a quedarse calvo. De hecho, su coronilla estaba a la vista, como una tonsura forzada.

—Bien. Mi cuenta corriente es lo suficientemente potente para aguantar los estragos de un chantajista, hijo de chantajista. Dime cuánto quieres. Te extenderé un cheque.

Se desabrochó la americana y, del bolsillo interior, extrajo un talonario azul de piel.

—No quiero tu dinero, de momento.

Su verborrea se detuvo de inmediato y me miró con auténtica sorpresa.

—¿Ah, no? Entonces, ¿qué quieres?

—Llegaremos a ese punto enseguida, pero antes necesito preguntarte algo y que me respondas con la verdad, aunque no estés acostumbrado. La jurado número dos, esa tal Cris, ¿cómo habéis quedado con ella?

Intentó poner cara de póquer, pero no le dimos tiempo de reaccionar.

—¿Cómo te has...?

—No te hace falta conocer los detalles. En su cuenta corriente hay un ingreso de dos mil quinientos euros. ¿Cuánto le prometiste al acabar?

—El doble.

—No lo vale —señaló Salomé—. Por mil euros hasta te hubiera hecho un trabajito.

Miré a Paco, que sonreía, y a Salomé, que tenía una extraña expresión en la mirada. Aquello no nos llevaba a ningún sitio, de modo que lo corté.

—De acuerdo, quiero que te pongas en contacto con ella ahora, en la forma en que tengas costumbre, y le digas que se ponga enferma. Un ataque de apendicitis, por ejemplo. Sí, eso estaría bien. Que vaya al médico diciendo que le duele mucho el lado derecho: asegúrate que permanezca ingresada, en observación, veinticuatro horas, hasta que le digan que es una falsa alarma. De no hacerlo así, adviértele que no verá un duro más, ¿de acuerdo?

Asintió.

—¿Algo más?

Mi cabeza pensaba a toda velocidad.

—Sí, hay algo más. Quiero saber cuánto has cobrado a Torino.

Carraspeó.

—Lo de costumbre.

—No te preocupes, no se lo vamos a soplar a los de Hacienda. Dímelo, quiero la cifra.

—Cien mil euros por anticipado, sea cual sea el veredicto, y tres mil euros por día de juicio.

Silbé.

—¡No está nada mal, enhorabuena! ¿Cómo te los ha pagado? ¿En efectivo?

Se echó a reír.

—¡Por supuesto que no! Nos hizo una transferencia.

—Desde el extranjero, supongo...

Fulano me miró fijamente y sonrió.

—Eres listo. Podías haber hecho carrera...

—Dame tiempo, quizás te desbanque. Por ahora, quiero copia de esa transferencia.

Negó moviendo la cabeza muy despacio.

—No puedo hacer eso, es completamente inmoral.

—¿Estás seguro? Ya sabes lo que te juegas. Deja de hacerte el buenecito, llama a Carmen y que lo envíe a mi fax.

—De verdad, no puedo. Aquello fue una chiquillada. Estaba en Estados Unidos y no podía volver. Ni me enteré, Porcina. Lo arreglaron. Mis padres lo sospechaban, es verdad, pero hasta que el cabrón de tu padre vino a verme, pensé que estaba a salvo. Pero eso pasó hace mucho tiempo. Ya no puedo solventarlo.

—Tu familia, mi padre... Es cierto, fueron ellos los que abrieron la vía de agua, pero ahora nos estamos inundando y tenemos que detenerla.

Empezó a sudar por primera vez.

—Volveré a admitirte. Te daré un puesto de asociado con sueldo. Tienes que comprender que vivo de mi honor...

—Lo sé, un hombre como tú puede sobrevivir en el infortunio o en la fortuna, pero no en el deshonor. Cuando te expulsen del Colegio de Abogados y a tu dulce esposa dejen de invitarla a las fiestas; cuando te nieguen la entrada en el club de golf y los clientes te chupen la sangre como sanguijuelas hambrientas, estarás acabado. Pero, al menos, estarás vivo. Sin embargo, nosotros nadamos al borde del abismo y nos jugamos la vida. Ese es el matiz.

—¿Y qué vas a hacer?

—Lo que haga falta. Verás, quizás no termines de ser consciente de lo que te

digo y, por ello, voy a repetírtelo: a nosotros nos va el cuello en esto. Intentaré que no salgas perjudicado, si puedo evitarlo, pero es lo que hay.

Hizo la llamada.

—¿Algo más?

—Sí. Necesito que me envíes antes de media hora las transcripciones del sumario, completo. Y quiero que alargues tus interrogatorios, que los enlentezcas. O, casi mejor, que pidas la tarde libre. Di que tu testigo se ha intoxicado por algún alimento o cosa por el estilo.

—De acuerdo. Ahora mismo llamaré a su señoría.

Ya se marchaba cuando añadió:

—No es probable, pero si posible, que necesitemos que Torino vuelva al estrado.

—No se dejará.

—Pues convéncele. Tienes buena labia. Sigue con el juicio como estaba previsto. Pero, si te lo pido, lo subirás al estrado. De no lograr un veredicto de culpabilidad, necesitaré un juicio nulo y tu pequeño secreto nos lo asegura. Lo siento también por tu amigo el político, que caerá en el mismo intento: dos por el precio de uno, por no hablar de todos los antiguos casos que hayas ganado.

—¡Eres peor que tu padre!

Sonreí. Pero esa frase se me clavó en lo más profundo del corazón.

Las cajas, en número de ocho y llenas hasta los bordes, llegaron una hora después con un mensajero. Y, si bien no sabía qué debía buscar, me enfraqué en la lectura de inmediato. Ingenuamente, di por supuesto que el dato, de alguna manera, me localizaría a mí. Un grave error. A la media hora estaba rodeado de papeles y sin saber cómo proceder.

Me hallaba solo en casa. Salomé se había marchado inmediatamente después de Fulano, sin mentar palabra. Paco había ido en busca de un tipo que, a su vez, conocía a otro que era amigo personal del Gordo (no sé si lo he dicho ya, pero es el apodo por el que se conoce a Fidel Jaramillo, el compañero de Torino).

Sin plan ni estrategia, me pasé el resto de la tarde leyendo declaración tras declaración, según habían sido almacenadas. A ratos, el sopor resultaba insufrible, el sueño me vencía y caía medio dormido sobre los papeles. Entonces, me levantaba, me mojaba la cara y regresaba al trabajo. Estaba tan concentrado que perdí la noción del tiempo. Cuando quise telefonar a Chantal, habían dado las nueve.

—¡No sabes cómo lo siento! —le dije cuando respondió a mi llamada—. Estoy leyendo un inmenso sumario y se me ha ido el santo al cielo. Perdóname. Y tú, ¿qué tal la guardia?

—Densa y espesa. Por eso me alegra escuchar una voz que no narre problemas y más problemas.

« ¡Si tú supieras!» , pensé. Pero no fue eso lo que dije.

—Espero que, al menos, tu noche sea tranquila.

—Hay un tipo en una celda a disposición judicial que se empeña en autolesionarse y culpar a los guardias. A ver si los medicamentos le duermen y conseguimos que se calme. Luego, mi vida será más fácil. ¿Quieres que tomemos un café cuando acabe?

No contaba con que ella tomara la iniciativa. Maldije a Justiniano, a sus digestos y a todos los jurisconsultos a su servicio que me impedían acudir a esa cita tan ansiada. Y, con mucha pena, respondí:

—Hoy me va a ser imposible. De hecho, creo que no podré siquiera acostarme: ¡me falta muchísimo! ¿Lo intentamos mañana?

No me hizo preguntas. Solo esperó a que le diera una razón con más peso. Como no lo hice, se limitó a asegurar que lo comprendía, pero su desagrado resultó evidente a mis oídos. Sin embargo, nada podía hacer: luchábamos contra el tiempo y estábamos en la cuerda floja. No había otro remedio.

Aún estaba despidiéndome de Chantal cuando apareció Paco. Llevaba un palillo entre los dientes, en vez de un cigarrillo, algo raro en él, y un repertorio de seis latas de cerveza en la mano. En el mejor de los casos, diré que olía a barril... Mejor no mencionar lo peor.

—¿Tu novia? —preguntó, cuando vio que colgaba.

—Solo una amiga. ¿Cómo ha ido la cosa?

Se sentó en el sofá, abrió una de las latas de cerveza, bebió la mitad de su contenido y dijo:

—Interesante; sí, creo que ha sido interesante. ¡Anda, siéntate y tómate una cerveza conmigo! Están fresquitas y hay suficiente para los dos.

—No, gracias. Iré a por una Coca-Cola y cuando regrese me contarás con pelos y señales eso que resulta tan interesante.

Traté de mostrar calma, pero era casi imposible. Solo rogaba para que la cogorza que Paco llevaba puesta no le aniquilara la consciencia antes de hablar conmigo.

—Verás, amigo, llevo días intentando dar con el Gordo, sin resultado. No acudía a ninguno de los bares que habitualmente frecuenta, ni aparecía por el trabajo porque, al parecer, se ha tomado unos meses de permiso sin sueldo. Empecé a pensar que lo habían retirado del mercado para que nadie pudiera dar con él. Pero no era esa la razón. El tío estaba de viaje: nada menos que en los Estados Unidos...

Empecé a perder la paciencia. ¿Qué nos importaba a nosotros si el policía estaba en tal o cual sitio?

—Vale, de viaje por las Américas. ¿Qué tiene eso que ver con nosotros?

—Pues mucho. Está allí porque su esposa está enferma. Tiene un cáncer avanzado y muy agresivo. Desahuciada por el hospital Central, se la ha llevado a una clínica yanqui, creo que se llama el Monte Sinaí o algo así, donde ofrecen un tratamiento experimental que parece estar dando bastantes buenos resultados. Les inyectan no sé qué cosas y luego los operan. O quizás sea al revés, no me he enterado bien.

Creo que cualquiera, menos Paco, podría haber visto el humo saliéndome por las orejas.

—Es una pena. Lo siento por él y por su esposa, Paco, pero a nosotros ni nos va ni...

Levantó la mano para hacerme callar.

—¡Eh, abogado, no te embales! Que me cortas el discurso antes de que llegue lo bueno. Escucha bien: supongo que te imaginas que el tratamiento en cuestión

vale un huevo. Intervención, estancia, inyecciones y esas cosas. ¿A que no adivinas quién lo paga?

En ese momento, se me encendió la luz. ¡Ahí teníamos las pruebas! ¿Cómo un policía que cobra sueldos de risa puede permitirse tratamientos experimentales en Nueva York?

—¡Tengo que buscar su declaración! —exclamé—. Allí hablará de sus finanzas. Había medio millón sobre la mesa, algo tuvo que decir, ¿no?

—Sí, tendrás que buscarlo. Pero hay algo más importante en lo que debemos pensar.

—¿Ah sí, en qué?

—En encontrar la forma de que el fiscal y el jurado se enteren de estos hechos. Tenemos la copia de una transferencia donde se detalla un número de cuenta, pero no su titular: nosotros y Fulano sabemos que es de Torino, pero no podemos probarlo. Podemos hacernos con las facturas de ese hospital, que sabemos que las ha pagado Torino, pero tampoco podemos probarlo. En dos platos, que de nada sirve que lo sepamos tú o yo si el fiscal y el jurado lo desconocen. Por eso, he...

—¿Has qué?

Paco se lamió el brazo. Perseguía unas gotas de cerveza que habían resbalado por él. Aquella era la última lata.

—¡No me hagas trabajar más, abogado! Este detective lo tiene todo previsto, pero está tan borracho que no puede ni hablar. Me voy a tumbar un ratito, si no te importa. Cuando se me pase, te lo cuento. Tú mientras ve mirando qué encuentras en esas cajas, ¿vale?

Paco casi no ronca, pero cien veces hubiera preferido escuchar sus peores gruñidos que oler sus pies. Cuando se despojó de los zapatos, toda la habitación se impregnó de aquel olor nauseabundo, como a orín macerado. Todavía hoy tengo lavanda diseminada por las esquinas para combatir el recuerdo.

—¿No tendrás hongos, verdad? —le pregunté. Evidentemente, no me respondió. Estaba en el limbo de los borrachos con hígado graso. Porque graso debía de tenerlo a tenor de lo que bebía. Paco *Esponja* debería llamarse de lo mucho que absorbe.

Rebusqué en el armario del cuarto de baño el bote de polvos desodorantes que solía poner a mi padre, que en algún momento padeció un problema similar. El tratamiento exige, para empezar, quitar los calcetines y lavar los pies, pero me dio tanto asco que se lo espolvoreé tal como estaban. Al menos, olería a Peusek. Luego, me zambullí en las cajas.

Fisgonear en aquel ingente montón de papeles me produjo una cierta turbación: me sentía como si estuviera abriendo los cajones de una cómoda de dormitorio sin avisar. Por eso, comencé casi de puntillas. Pero pronto esos reparos iniciales se transformaron en puro aburrimiento. La tarea era más bien anodina (una palabra tras otra, todas similares; mil conversaciones sobre un mismo asunto) y la probabilidad de que mis pesquisas tuvieran fruto, bajísima. Era como buscar una aguja en un pajar; sin embargo, continué: a la vista no había otras posibilidades.

Paco dejó de roncar de pronto. Y el silencio —solo rasgado por los crujidos del papel— comenzó a desplazarse por entre archivadores y cajas, como si buscara un sitio donde asentarse definitivamente.

Encendí la lámpara. La tarde, demasiado calurosa, había derivado en un viento fuerte, preludio de la tormenta que se avecinaba, y se había comido por entero la luz. Paco ni se movió.

Ya casi lo daba por perdido, cuando lo vi. Tenía el folio delante, pero no me había dado cuenta. Me quedé paralizado. Tratando de recuperarme de la sorpresa, releí lo escrito y comprobé que, para mi alegría, y para la tristeza de Torino, la prueba estaba allí. Chillé llamando al detective, que no se inmutó. Me

arrodillé ante el sofá, me incliné sobre Paco y le grité cerca de la oreja. Parecía en coma.

A la tercera, abrió los ojos y me miró con una expresión mitad borracha mitad seria.

—Lo tengo —le dije.

—¿Qué?

—La prueba.

Pareció regresar temporalmente al mundo de los vivos. Lo sé porque le brillaron los ojos del entusiasmo. Pero fue apenas un segundo, porque la expresión se le borró de inmediato. Como si fuera un perro y tuviera delante la agradable esquina de un muro, Paco levantó la pierna derecha: una pierna flaca y relamida, de yonqui. Luego, la bajó a toda prisa y se puso de pie. Su piel adquirió un tono macilento oscuro. En ese instante, supe lo que ocurría.

—¡Aguanta, no me hagas esa faena!

Le sujeté por el brazo y le arrastré hasta el baño. El acceso de tos llegó en la puerta: vomitó sobre ella y sobre la pared. Y terminó por salpicarme.

—¡La vida es grande, amigo! —chilló, antes de localizar la tapa y vomitar de nuevo.

—¡Mierda, Paco! —susurré, hablando para mí mismo—. Si sigues más tiempo por aquí voy a tener que cambiarme de casa.

Regresó del baño tambaleante, dejando la puerta cerrada tras de sí. No dio ningún rodeo: pasó justo por encima de su repugnante vomitona.

—¡Lo siento muchísimo, tío! Te pagaré el tinte. ¿Por qué no haces café y traes una sábana?

—¿Para qué quieres la sábana?

—Para tapar esto. Llamaré a mi socia para que venga a limpiarlo.

—¡No me jodas! ¿La tratas así?

—No es lo que tú piensas, es que ella tiene costumbre y lo hace mejor. Anda, dame una taza de café y unas aspirinas para que pueda entender lo que vas a leerme. Oye, tío, ¿qué me ha pasado en los pies? Los tengo blancos...

No quise explicarme. No quise decirle que sus pies desprendían el olor del infierno, que me molestaba que vomitara en mi baño y me dejara sus olores en el salón. No quise advertirle que todo en él me fastidiaba. Porque lo que hubiera querido decir es que estaba harto de aquella historia, y que quería volver a ser un tío normal, abogado, gordito, buena persona, con padre honorable, y no un cabrón dispuesto a tirarme a la yugular de un abogado de corbata, siguiendo la estela de mi progenitor. Quizás y o también hubiera debido beber.

Paco llamó a su mujer y solicitó que viniera al cuarto duplicado « con todo ». Ella no pidió aclaraciones, de modo que intuí que sabía lo que pedía y que lo que acababa de ocurrir no era excepcional. Luego, volvió a sentarse en el sofá.

—Cuéntame qué has encontrado. Hacemos un plan y me voy a mi casa.

Quiero darme una ducha...

Abrí las contraventanas. El aire estaba cargado, y la habitación desprendía un olor agrio, desagradable. Luego, me senté frente a él. Traté de serenarme y de olvidar mi repugnancia, concentrándome en la explicación.

—Lo interrogaron...

—¿A quién? —me interrumpió.

—A Fidel Jaramillo, ¿a quién va a ser?

—Te refieres al Gordo. Vale, sigue...

—Dijo que él y Torino eran compañeros, y que entre compañeros siempre se crean lazos de afecto, pero que él era muy capaz de ser objetivo. Le preguntaron sobre esa supuesta objetividad. Eludió lo mejor que supo la mayoría de las preguntas, pero algunas otras tuvo que contestarlas. Entre ellas figuran dos cuestiones económicas: aseguró que nunca había visto a Torino nadar en la abundancia y que a él jamás le había prestado más de cien euros. Según los datos que hemos recabado, ambas cosas son falsas. Si logramos que el fiscal se entere de estos extremos...

Paco sonrió. Y me explicó un plan, bastante ingenioso, por cierto, y no exento de riesgo. En cuanto lo acepté, avisamos a Salomé, ya que ella también debía participar.

Veinte minutos después, mi casa estaba limpia. Olía a limón, a bicarbonato y a agua oxigenada. Cualquier cosa mejor que el olor a Paco.

Paco y su mujer se marcharon y me quedé solo. Al rato, escuché unos golpes en la puerta (la esposa del detective había olvidado el bolso). Luego, volvió el silencio y lo llenó todo definitivamente. Maquinalmente, me lavé las manos y la cara y me dispuse a preparar la cena. El contacto con el agua fría no causó el efecto esperado: me asfixiaba. Abrí las ventanas, pese a la lluvia.

Me gusta el silencio. Sin lugar a dudas, lo prefiero al ruido. Salvo cuando duermo la siesta, me irrita el eco de fondo. Pero, en ese instante, hubiera preferido tener la casa llena de gente, que Salomé me torturara con el sonido estridente de sus tacones sobre el terrazo, o que algún infortunado viniera a contarme su aciago destino de parado de larga duración.

Pero el mutismo se empecinó y no pude dejar de prestarle oído. Y ponerme a pensar.

Cuando tenemos el ánimo ocupado en un asunto, todo lo que nos rodea se vuelca sobre él. Yo aquella noche me la pasé divagando sobre los genes. El miedo (la imagen de Torino apareciendo en la puerta del cuatro duplicado y molíendome las costillas a puñetazos) había dejado paso a otro tipo de angustia, la del mito que se desmorona, la del destino al que le quiebran las alas.

Dicen que cada cual es autor de su propia biografía. Permítanme que lo dude, al menos en parte. No pretendo negar la libertad humana. Llevamos las riendas; empuñamos la pluma con nuestro hacer y nuestro deshacer. Pero la vida es como un disparo a larga distancia. Hay tantas circunstancias externas, tantos elementos que afectan a la trayectoria de la bala que acertar en la diana de la felicidad parece un milagro o pura casualidad. Y uno de los más importantes factores es, sin duda, la genética. Muchos maltratadores son hijos de maltratadores y ellos mismos han sufrido maltrato en sus propias carnes. Paco, probablemente, engendrará hijos borrachos.

Y yo tengo padre.

¡Dios, cómo cambió mi vida enterarme de aquel detalle! En mi mente, su imagen de guerrero intrépido, que no se detiene ni ante los silbidos de las flechas, perdió de un plumazo su barniz. El sabio de ancha frente, capaz de escudriñar las entrañas del mundo y los límites del universo, se transformó en un monstruo. Lo

había tenido por un hombre sereno y bienintencionado, humilde para encajar los golpes de la vida, y soberbio para hacerlo sin bajar los ojos, sin cólera, con una sonrisa. Lo había tildado de trabajador, de piadoso, de amigo de sus amigos, de buen marido, buen padre y buena persona... Todo eso acababa de saltar por los aires. Él ya estaba muerto. Pero me había dejado su herencia: un bajo en el cuatro duplicado, unos ahorros... y sus malditos genes.

En aquel momento, me empeciné en recordar a aquella mujer enigmática, elegante y silenciosa que había acudido a su funeral. ¿Quién era? ¿Desde cuándo se conocían? ¿Acaso mi padre había sido capaz de engañar a mi madre sin que ella se enterase? O quizás ella sí tuviera noticia de la segunda. Sí, quizás lo supiera y no había dicho nada. Acaso, por eso, al enfermar murió tan pronto. Quien es capaz de extorsionar con tanta alevosía es capaz de engañar a su mujer.

La duda corrosiva, como la leña verde arrojada a la hoguera joven, desprendía sonidos de alarma. Ya nada estaba en su sitio. Otra vez bajo el fuego. Lo respetaba, ¿saben? Veneraba a mi padre y su forma de enfocar la vida. Por eso me había comportado tantas veces como el idiota del colegio, aunque no tengo un pelo de idiota (o eso creía); como el bueno y el tonto de la película. Pero aquella noche viví en mi interior una auténtica y definitiva insurrección. Fue como si el fantasma de mi padre, con un rictus burlón en los labios, hubiera convocado a todos mis enemigos, a los antiguos y a los nuevos, para jactarse del hijo tonto, del « inocente gordo », y me gritara: « ¡Por fin, Efrén, bienvenido al mundo real, el de todo vale, el de sálvese quien pueda! » .

Y eso fue lo que hice: acepté sin reservas el plan propuesto por Paco y me tomé un par de pastillas para dormir. Pero, antes, envié un mensaje a Fulano, el que iniciaba la partida, el peón que abría el juego: « Necesito que, mañana por la tarde, tu testigo, el inspector Jaramillo, declare con un par de horas de retraso. Informa al juez, textualmente, de que su mujer está enferma de cáncer. Que están llegando de los Estados Unidos, donde la tratan, y que el avión se ha retrasado » .

No hace falta que les cuente que di vueltas y más vueltas en la cama aquella noche. Tenía los ojos cerrados, pero vi pasar las horas sin dejarme ninguna; por mi cabeza desfilaron, como perro por su casa, viejas historias e imágenes recientes. Podría repetir las una a una: se ve que, cuando tienes un motivo para estar despierto, ni siquiera la farmacopea lo remedia.

A la mañana siguiente, me levanté temprano. Me afeité con detenimiento, me puse el traje gris (el que las costureras ucranianas me han reducido tres tallas) y la corbata azulona, y desayuné café y dos tostadas pintadas de mermelada light: necesitaba cuanta energía pudiera conseguir. Antes de partir en dirección a la Audiencia, me miré en el espejo y recordé los tiempos en los que trabajaba en el bufete de Fulano. Entonces debía seguir un estricto código de vestimenta, llamado a aparentar valer cada céntimo de los muchos euros que facturarían por tu trabajo: traje oscuro obligatorio (americana y pantalón diferentes estaban prohibidos); camisa blanca; corbata elegante (de seda, pero sin estridencias ni marcas a la vista), calcetines negros y zapatos clásicos bien lustrados. Entonces me parecía una exageración; aquel día no me pareció tan extremo. No era más que un uniforme, como el del bombero, la enfermera o la toga del juez. Con ese uniforme parecía un abogado (un abogado casi delgado): y eso era precisamente lo que necesitaba.

La luz llenaba el cielo limpio de nubes cuando pisé la calle. La tormenta del día anterior había enjuagado el aire, y daba gusto respirar. Pese a que ascendería mucho y pronto, en aquel momento la temperatura resultaba agradable. Eché a andar.

A dos calles de mi casa, en dirección a la Audiencia, hay un pequeño quiosco. Recibe todos los diarios nacionales y también algunos internacionales. La dueña se llama Sonsoles, y es una mujer muy dinámica, pese a que tiene un montón de años. Viste una bata de manga corta de flores naranjas, llena de bolsillos, y desde las cinco de la madrugada está al pie del cañón. Tiene la garita empapelada de revistas que rozan lo pornográfico porque asegura que es bueno para el negocio. En su peculiar filosofía, argumenta que ese tipo de revistas producen dos efectos contrarios, ambos beneficiosos para ella: a quienes les molesta adquieren los

periódicos a toda prisa y pagan casi sin mirar el cambio. Incluso si les das dos en vez de uno, lo aceptan. A quienes no les disgusta, pero no se atreven a adquirirlas por si alguien los ve con los ojos clavados en la portada de *Interviú*, les das la ocasión de tener lo que quieren y no perder las apariencias.

Yo pertenezco al primer grupo. Me disgusta y, por eso, voy a todo correr. Pero aquel día me detuve. No fue por la portada de las revistas, sabrosas, desde luego, sino por lo extraño de la circunstancia. Fue porque lo que tenía delante no tenía que estar allí. Ni probablemente yo tampoco.

Creo que, de nuevo, me he enredado con las palabras. Hablo de la portada de *Abc*, edición regional, que dormía junto al número de *Interviú*. El titular rezaba: «Corrupción policial: el inspector jefe Rafael Torino, miembro destacado de la policía nacional, que está siendo juzgado por sendos delitos de asesinato, tráfico de drogas y blanqueo de dinero, podría tener una cuenta en Suiza».

Di un respingo.

—¿Te lo llevas, Efrén? ¿Se te ofrece alguna cosa más?—escuché a mi vera.

Asentí y, a toda prisa, preparé el importe exacto: tenía la sensación de que, de no hacerlo, Sonsoles me confundiría con el segundo tipo de clientes, y me metería algo X por debajo del diario conservador.

Me alejé un par de pasos y telefoneé a Paco.

—¿Has visto los periódicos de hoy?

—Aún no, pero me los imagino.

De piedra, así es como me quedé.

—¿Cómo que te lo imaginas? ¿Pero es que tú tienes algo que ver con esto?

—Mira, estoy en el bar que está frente a la Audiencia, el de la esquina, tomándome un café solo. Vente para acá, y charlamos.

Mil palabras aturulladas se agolparon en mi boca, pero no conseguí sacar más que dos.

—¿Cómo has...?

—Acuérdate de lo que te digo siempre: los teléfonos son solo para dar los buenos días o avisar de que llegas tarde a cenar. Ven, te espero—repetió.

Colgué y me dispuse a cruzar la calle en dirección a la Audiencia.

—¡Ten cuidado, no tropieces al cruzar, que hoy vas muy elegante! —me advirtió Sonsoles mientras recogía las monedas que le tendía y las guardaba, según su valor, en los bolsillos de su bata de poliéster—. Probablemente, lo hayan pillado anoche. Los de la limpieza no llegan hasta las diez.

Como resultaba evidente que no entendía de qué me hablaba, me sujetó del brazo y me hizo girar. A mi izquierda, estaba el gato blanco, más oveja que gato, que había visitado mi puerta la tarde anterior. Tenía marcas negras de ruedas sobre su estómago y su cabeza. Su pelaje no parecía tan blanco como la primera vez que lo vi ni sus ojos, abiertos y ya fríos, tan inteligentes. Un potente escalofrío recorrió mi espalda hasta la mismísima rabadilla. Me re Coloqué la corbata y salí

de allí corriendo, dando un rodeo por la callejuela que lleva a la catedral.

Encontré a Paco sentado en la terraza, en una de las mesitas pequeñas. Las sillas de paja y acero estaban aún sujetas con cadena al tronco de la mesa. Lo observé desde la distancia. Pese a que los signos externos de una buena borrachera tardan en desaparecer, tenía buen aspecto. Aunque el aspecto era lo de menos. Lo más importante era que estaba sobrio. Es más, tengo la certeza de que lo que el detective tenía delante era simplemente café. Eso me alegró muchísimo porque con Paco da gusto hablar cuando está sobrio: parece fabricado con alguna aleación confiable.

Tras pelearme un poco con la silla, que se resistía a separarse de la mesa, conseguí sentarme a su lado. Había poca gente todavía, pero a la terraza llegaban olores a tostada de verdad (las mías son integrales y de bolsa) y sentí una punzada de envidia, de la que logré sobreponerme con un poco de esfuerzo. Pedí café.

—¡Chiquillo, ponme *un triste!* —pedí a gritos al camarero, guiñándole un ojo.

Un triste es un café con leche desnatada y sacarina. No me compadezcan: no es el peor que sirven. Esa posición la ocupa *el desgraciado*, que, además, es descafeinado.

Dejé caer el periódico sobre la mesa.

—Bueno, Paco, ya me tienes aquí. Ahora explicámelo —exigí.

—Te lo explico, pero antes... En fin...

—Si vas a hablar de lo de ayer, olvídalo. Me gustó conocer a tu parienta. Ahora, dame los detalles.

Apuré el café. Apartó la taza y se inclinó sobre mí.

—Ayer, antes de ir a tu casa, me pasé por el Tres sietes...

—¡Tío, podrías publicar una guía de los tugurios de la ciudad! —le interrumpí —. Eres todo un experto, no me extraña que te las cojas de esa manera...

—No es ningún tugurio —me aseguró—. Es el hotel donde están alojados los de la prensa; ya sabes, uno de esos modernos que tienen maderas negras, paredes blancas y cosas raras colgando de las paredes. No tenía preferencias, me bastaba cualquier periodista joven, pero en el bar del *lobby* me topé con aquella chica, la de cara de manzana y tetas relamidas. —Como le miraba perplejo, añadió—: ¡Sí, hombre, la que te preguntó si había un tablón de anuncios para periodistas en el juzgado! ¿No te acuerdas?

Caí de inmediato.

—La novata, sí, me acuerdo de ella.

—Como bien dices, era novata y, ¿qué quieres?, aproveché. Me senté a su lado vestido de fuente confidencial y anónima y la entré sin avisar: «¿Quieres una exclusiva?». Se le pusieron los ojos como platos. Le conté la historia. Me preguntó por mi fuente y le enseñé el fax que Fulano nos envió. Le dije que no podía quedárselo, pero le permití sacar una fotografía con el móvil. Tuve la

precaución de tapar con el dedo los dos últimos números. Es decir, que lo tenía todo, pero no tenía nada. Pero, ya ves: lo han publicado. Y, por lo que dices, en portada.

Sopesé lo que narraba. Habría sido una buena jugada si todos los miembros del jurado y el ministerio fiscal lo hubieran leído, cosa extraña en un lugar donde no se leen ni los carteles.

—¿Crees que esto altera nuestros planes?

Me miró como quien mira a un niño que pregunta por qué los bebés no vienen de Nueva York, en vez de París, y así traen el inglés puesto.

—¡Pues claro que no! Solo nos refuerza. En cuanto acabe la declaración del primer testigo, ve a por el fiscal.

Rebañó con el dedo una gota de aceite de oliva que había quedado en el plato (él sí había tomado una tostada) y se levantó:

—¿Nos vamos? No quiero perderme un detalle.

Cuando llegamos a la sala del juicio, había ya bastante gente en el interior. Fuimos, como siempre, al fondo de la sala. Al pasar, vi a la madre de Liu en primera fila, tan callada y tan triste como el resto de los días. El caballero de la Embajada, como señalé, no había hecho acto de presencia.

El magistrado presidente dio los buenos días al jurado, explicó que la jurado número dos había sufrido un ataque agudo de apendicitis, como atestiguaba el certificado médico que acababa de recibir y que, por ello, sería sustituida por el jurado suplente número uno. Le deseó una pronta recuperación y, sin más comentarios, ordenó llamar al testigo que abría el turno de la defensa. Tras el preceptivo juramento, su señoría se interesó por su salud. Algo azorado, el experto contestó que estaba estupendamente, dadas las circunstancias. A saber qué quiso decir con eso.

Era su primer testigo, y Fulano se empleó en demostrar que se trataba de todo un experto. Para ello, leyó su curriculum completo, sin omitir una coma: doctorado, estancias en universidades prestigiosas, publicaciones científicas, conferencias divulgativas y un largo etcétera. En la sala, el aire acondicionado funcionaba a plena potencia: un alivio, ya que fuera la temperatura subía con rapidez. La televisión había advertido que alcanzaríamos los treinta y cuatro.

El experto señor Nooto vestía como un aprendiz de dandi miope y daltónico. Llevaba un traje cruzado gris, de raya ancha, corbata morada con pañuelo a juego y camisa amarillenta. Estaba prácticamente calvo, pero el pelo que le quedaba en la nuca lo llevaba bastante largo, lo mismo que sus patillas. Sus dedos, cortos como salchichas de cóctel, estaban llenos de anillos. La forma oblicua de los ojos y el tono cerúleo de la piel hablaban de sus genes orientales, pero no su acento, casi perfecto (más tarde, me enteré de que llevaba quince años residiendo en nuestro país).

Fulano le tuvo hablando cerca de media hora sobre la historia y evolución de las triadas chinas, de cómo se distinguían de las occidentales y del objeto de sus negocios ilegales. Nooto aseguró que, además del tráfico de personas para talleres clandestinos, la trata de blancas, la falsificación de tarjetas de crédito o las clínicas ilegales, las triadas cada vez se dedicaban más a las muertes por

encargo y al tráfico de drogas, procedentes de Tailandia y Laos.

Después de la extensa introducción, el experto nos expuso su sistema de organización interna, en forma de células, y recalcó su férrea disciplina. Al parecer, crean grupos de tres personas, en los que solo una de ellas estaba en contacto con la célula superior, de forma que resulta difícil seguir el rastro de su jerarquía. Certificó también que cualquiera de sus miembros temía más a sus jefes que a la ley, y a que les hacían presenciar lo que eran capaces de hacer con los que les traicionaban. Para finalizar, confirmó que, si bien había en España muchos ciudadanos chinos honrados y trabajadores, casi ninguno dejaba de estar en contacto con las mafias, a quienes consultaban cuanto hacían.

Como los detalles de las reprobaciones a los discolos fueron espeluznantes, la sala terminó llenándose de un silencio de cementerio. Fulano dio por cumplida su misión y se sentó, dejando el turno a Pérez.

—Doctor Nooto, la defensa le ha pedido que expusiera sus doctos conocimientos sobre las mafias chinas y su intrínseca relación con el tráfico de drogas, cosa que ha hecho usted magistralmente. Le felicito.

—Gracias —respondió, al tiempo que inclinaba la cabeza. Sin embargo, se engañaba: no se lo iba a poner fácil.

—No obstante, señor, como este juicio se celebra y atañe al territorio nacional, voy a pedirle que retomemos el tema para ceñirnos al desarrollo de las mafias chinas en nuestro país. ¿Puede hacerlo, por favor?

—Estaría encantado, pero yo soy un teórico y España no entra dentro de mi especialidad. Sé que van extendiéndose, al tiempo que lo hacen sus negocios, pero soy incapaz de responder adecuadamente a su pregunta.

—La formularé de otra manera. ¿Cree que en España las mafias chinas están extendidas y bien asentadas?

Se quitó las gafas que cubrían sus ojos achinados, las levantó para mirarlas a la luz y luego, sin limpiarlas, volvió a ponérselas.

—Yo diría, señor fiscal, que todavía no, pero estoy seguro de que en el futuro...

Pérez le interrumpió con un gesto de la mano.

—A este tribunal, doctor, no le interesa el futuro, únicamente el presente. ¿El jurado puede entender que su respuesta es no?

—Así es. No están tan asentadas como en otros lugares que he estudiado.

—Señoría, no haré más preguntas.

—En ese caso, señores, suspenderemos este juicio hasta las siete de la tarde. El inspector Jaramillo, convocado como testigo de la defensa, viene en un avión desde los Estados Unidos, donde atienden a su mujer enferma. Su abogado me informa de que su vuelo ha sufrido un retraso. Creo que a todos nos vendrá bien disponer de media tarde libre. Descansen, pero les ruego que sean puntuales.

Como habíamos establecido, en cuanto el magistrado presidente dio por concluida la sesión matutina, me dispuse a seguir al fiscal. Nos habíamos dividido los papeles y a mí me había correspondido Pérez.

Mientras le pisaba los talones y me esforzaba por parecer un hombre corriente que, concluida una agotadora mañana, regresaba cansado a su casa, mi cabeza resonaba de dudas y prevenciones. Los intentos de aparentar calma me habían puesto mucho más tenso de lo habitual. No había manera de reducir los latidos de mi corazón. Si Pérez se daba la vuelta, me descubriría y todo saltaría por los aires.

Por otro lado, no sabíamos a dónde se dirigía. Sin tiempo para que Paco investigara sus hábitos y costumbres, no disponíamos de muchas más opciones que seguirle y cruzar los dedos. Si teníamos suerte y era de esos seres que no saben cocinar y a los que la casa se les cae encima cuando están solos, podríamos poner en práctica nuestro plan. No obstante, teníamos las mismas posibilidades de estar gafados. De encontrarse Pérez entre los que odian los bares (algo bastante probable, con tanto catedrático en la familia) regresaría con las manos vacías.

El fiscal caminaba despacio. Acarreaba su pesada cartera con la espalda encorvada y arrastraba ligeramente los pies. En lontananza, pude darme cuenta de que mostraba un semblante reconcentrado y derrotado. El gesto me hizo sonreír. Conocía el sentimiento que emanaba de su cara porque era el mismo que yo sentía en aquel momento: frustración; el malestar de haber hecho lo necesario y adivinar que, pese a todo, no resultaba suficiente.

—¡Venga, hombre, tómate una cervecita! —susurré, cuando bajó el ritmo y empezó a girar la vista hacia la derecha, donde destacaban escaparates y terrazas.

Gracias al cielo, me hizo caso. Tras una caminata de cerca de quince minutos, entró en un local con aire acondicionado.

Era una cafetería de sillas estrafalarias y olor a buen café, donde servían platos combinados. En ese momento, estaba medio vacía, apenas una docena de personas. Había muchas plazas libres, pero Pérez se dirigió al fondo del local, a

una pequeña mesa cuadrada alejada de la puerta y apoyada en un ventanal. Intuí que, como yo, el fiscal Pérez es hombre de costumbres y de *sitios fijos*. El dueño del local, atento a todo lo que ocurría a su alrededor, identificó a su cliente habitual (lo sé por la forma en que lo trató) y se apresuró a satisfacer sus requerimientos y a limpiar la mesa de migas y marcas de vasos.

Pérez depositó su voluminosa cartera en el suelo, cogió un menú y se entretuvo leyéndolo.

En ese momento entré y, decidido, me coloqué en la mesa contigua, de espaldas a él. A los cinco minutos, llegó Paco, tomó posiciones en la barra y pidió una cerveza. Mientras se la servían, simuló ir en busca de los cuartos de baño. Estaban en la otra punta del local, pero una equivocación la tiene cualquiera. Al acercarse al rincón donde Pérez se había sentado tropezó con su cartera. Esta se abrió y parte de su contenido se volcó sobre el suelo. Paco permaneció de rodillas y se llevó la mano a la frente, como si el golpe fuera a ocasionarle un buen chichón. El fiscal se levantó sobresaltado. Encima de la mesa había una pequeña bandeja laqueada en negro, estilo chino, que contenía un salero, un pimentero y una botellita de aceite de oliva. En su impulso, la tiró. La sal cayó sobre la ropa de Paco y el aceite sobre los documentos. Confundido, sin saber cómo reaccionar, Pérez permaneció quieto, casi sin respirar. Supongo que su voluntad se hallaba dividida entre sus importantes papeles y el hombre herido. Finalmente, se dedicó a este último dándome ocasión de intervenir.

Aproveché la circunstancia que Paco me ponía en bandeja. Me agaché y pacientemente me dediqué a recoger los documentos desperdigados por el suelo y a limpiar el aceite derramado en alguno de ellos con servilletas de papel. El hombre me miraba de reojo, y yo lo sabía, de modo que los recolecté con sumo cuidado y sin siquiera echarles un vistazo. Luego, me incorporé y se los entregué. Paco aprovechó el momento para asegurar que se encontraba bien y escabullirse.

—Gracias, eres muy amable —me aseguró Pérez—. Tendría que haber dejado la cartera sobre la silla para evitar que alguien tropezara.

—Los destrozos no parecen graves. Además, dicen que el aceite de oliva es bueno para la salud —bromeé.

Le debí caer en gracia. O estaba más solo que la una, porque a los quince segundos me invitó a su mesa. Al minuto, trasladados mi plato combinado —pechuga de pollo y ensalada mixta— y mi agua mineral, estábamos compartiendo mesa y mantel.

Dedicamos un rato a departir sobre carteras (lo pesadas que resultan, lo rápido que se estropea la piel, la facilidad con que se desajustan los cierres...) sin que, en un solo momento, Pérez diera muestras de suspicacia, algo que me sorprendió. Parecía más un chaval recién salido de la facultad, con la inocencia cargando todas sus pilas, que un fiscal por oposición.

Finalmente, cuando calculé que había transcurrido tiempo suficiente, y en medio de una conversación sobre ordenadores, exclamé:

—Perdona, ahora que me fijo, te pareces bastante al fiscal Pérez, ¿lo conoces?

—No es que lo conozca, es que soy yo. ¿Tú eres del gremio?

Me llevé las manos a la cabeza.

—¡Vaya casualidad, nada menos que el fiscal Pérez! Yo soy abogado en ejercicio, pero tengo buenos amigos en los juzgados y me mantienen al día —le dije. Le tendí la mano y añadí—: Efrén Porcina. Sé que es un apellido horrible, pero alguien tenía que llevarlo.

Se echó a reír.

—Bueno, al menos tienes personalidad. ¿Sabes cuál es mi segundo apellido? Rodríguez

Esta vez, el que río fui yo.

—Eres nuevo en la plaza, ¿no?

—Recién llegado de Santiago de Compostela: mi nombre de pila es Diego... Perdona, pero antes de continuar, me veo en la obligación de hacerte una pregunta obvia. Nada importante, solo para quedarme tranquilo: ¿no trabajarás para la defensa de Torino, verdad?

Sonreí. Sus reservas eran completamente lógicas, dadas las circunstancias.

—¡Por supuesto que no! Estate tranquilo. Yo dedico la mayor parte de mi tiempo al Derecho Laboral. Por principio, no acepto Penal ni Matrimonial. ¡Ya ves, tan raro como mi apellido!

Durante unos minutos charlamos amigable y distendidamente sobre divorcios, asesinatos y de casos curiosos con los que nos habíamos encontrado en nuestra cortísima vida profesional.

En un preciso momento, dejé caer que a mí lo que realmente me gusta es el Derecho Mercantil.

—Sobre todo el duro: opas hostiles y esas cosas. Sí, lo de las opas me tiene fascinado. Sin embargo, estoy siguiendo con gran interés el caso de Torino... —añadí, como de pasada.

—¿Ah sí? ¿Y por qué?

Llevaba la mentira preparada, pero no miento bien y empecé a sudar. Creí que el nerviosismo me delataría, pero Pérez no pareció darse cuenta.

—Verás, aunque vivo de lo que produce mi despacho (que no es mucho, pero que para mí solo resulta más que suficiente), me gusta la docencia. Resulta un buen complemento de la práctica profesional. Te obliga a mantenerte al día, a aprender a explicarte. El caso es que me he propuesto escribir una tesis doctoral. El tema ronda los delitos económicos que tratan los tribunales con jurado. Por ese motivo, sigo el caso del que hablamos; me interesa especialmente el tema de blanqueo. He asistido a la mayor parte de las sesiones, pero como me siento en la parte de atrás, no había podido verte bien la cara. Ya está casi a punto, ¿no?

Picó enseguida el cebo.

—Así es, mal que me pese. Acabo de sacar la oposición, Efrén, y este es mi primer juicio. ¡Me había propuesto ganarlo fuera como fuese, por goleada incluso: veredicto unánime, pero mucho me temo que lo voy a perder! El abogado defensor es muy hábil y cuenta con muchos medios. A mí, sin embargo, me faltan tablas, y no he sido capaz de ganarme la confianza de los jurados. Me siento completamente frustrado, sobre todo porque creo que hay carga probatoria más que suficiente. Pero la defensa ha presentado la presunción de inocencia como una cuestión casi existencial y, ahora, los jurados creen que si no ven el arma no pueden declararle culpable. Y, salvo un milagro que no esperamos, el arma no va a aparecer.

—Fulano es un defensor muy hábil, en eso tienes razón. Yo he perdido ya

algunas causas por su culpa. Pero aún queda juicio y supongo que tendrás bazas importantes esperando —susurré.

Se encogió de hombros.

—Importantes no, si te soy sincero. Ahora, la batuta la tiene la defensa, y va a llamar a uno de los colegas de Torino, que declarará lo buenísima persona que es, el gran policía que se perdería la sociedad y cosas por el estilo. Llevan años de compañeros.

Aquella última afirmación me produjo un subidón de adrenalina. Llegaba el momento. Retiré el plato, donde todavía se veía un poco de ensalada, me terminé el vaso de agua y pedí un café solo, descafeinado. Pérez me imitó.

Abrí la boca, como si fuera a decir algo, pero, en el último momento, moví la cabeza y cambié de opinión.

—¿Qué ibas a decir?

Sacudí un par de veces la cabeza.

—Nada importante, Diego. No soy más que un abogaducho de provincias. Sería petulante expresar opiniones personales ante todo un fiscal por oposición —aseguré. Estuve a punto de decir que la había sacado con el número uno, como me contó mi amigo el secretario, pero, gracias al cielo, supe morderme la lengua a tiempo.

—¡Pero qué tontería dices, cuéntamelo! Te quedaría muy agradecido. Cualquier ayuda es buena, venga de donde venga.

Había aceptado mi ofrecimiento tan deprisa y en un tono tan franco y sincero, con tanta humildad, que me desconcertó y reaccioné torpemente: fui directo al grano.

—Pues verás, como te decía, soy un ferviente seguidor de los casos de delitos económicos. Por eso me ha llamado la atención que despreciaras ese punto.

Se encogió de hombros y con elegante paciencia me avisó.

—Es un juicio por asesinato, Efrén, por el que solicitamos veintidós años de cárcel. En ese contexto, los demás delitos resultan menores.

Asentí con vehemencia.

—¡Por supuesto! Tienes toda la razón, pero los jurados terminan haciendo una valoración conjunta de las pruebas mostradas y estas cosas minan la credibilidad de los acusados. Por no mencionar que a Al Capone le echaron el guante por evasión de impuestos —añadí, guiñando un ojo.

—Ya veo por dónde vas, pero no sé cómo podríamos proceder...

—¿Por qué? No es tan complicado.

Mientras me confesaba las verdaderas razones de su reticencia, reparé en que se había ruborizado.

—La economía no es para la gente como yo. Me cuesta entender los números, todos. La única asignatura de la carrera en la que no saqué sobresaliente fue en Economía Política. ¡A decir verdad, nunca logré

comprender esas malditas curvas!

La conversación estaba alejándose de mi objetivo más de lo prudente. Si seguía por ese camino, se me escaparía, de modo que me lancé a la desesperada.

—Tampoco es que yo sea un experto, pero, si me permites que sea directo, Diego, te diré que creo que despreciando la economía te pierdes la mitad de la escena. Poderoso caballero es don dinero: es lo que mueve al corrupto y, por lo que he podido escuchar, el acusado lo es. Por el vil metal uno pierde sus principios y se convierte en gente carente de dignidad y lealtad.

—Centrarse en el dinero quizás sea interesante. De hecho, inicialmente, fue una de nuestras líneas de investigación. Pero se descartó. Las indagaciones preliminares no dieron fruto alguno: no se encontró que Torino fuera titular de propiedades u otros bienes valiosos. Ni, que yo recuerde, había datos en el sumario sobre ese punto.

—¡Hombre, por lo que he escuchado en el juicio, al acusado lo han pillado con medio millón de euros! ¿Te parece poca prueba? Si estuviera en tu pellejo, sin duda, seguiría el rastro del dinero. Hay algunos delincuentes estúpidos que en cuanto se hacen con unos miles de euros se compran un Mercedes inmenso y lo aparkan en la puerta de su casa. A esos se les pilla enseñada.

Me interrumpió.

—Este no es de esos: como te digo, lo investigamos. Ni coches, ni barcos, ni apartamentos en la playa...

—Cierto, los hay más hábiles y que se esconden mejor. Pero el dinero es como el chocolate: si lo tocas, te manchas. O manchas a los de al lado. Yo miraría las declaraciones preliminares; indagaría en sus gastos personales y en los de su colega directo. Si verdaderamente Torino es un corrupto, su compañero lo sabe. Tiene que saberlo. Si no lo dice, es porque es igual que él o porque Torino compra su silencio. ¿Qué sabes del policía que testifica hoy?

Permaneció unos instantes con la mirada fija en un punto del horizonte. «Hace memoria», me dije. La segunda opción, que empezara a dudar de mí, me ponía muy nervioso. Finalmente, volvió a la tierra.

—El compañero parece un tipo inofensivo, muy distinto a Torino. ¿Sabes que lo llaman Lupo? Dicen que es por el exceso de vello corporal, pero, en todo caso, produce escalofríos. Su compañero no es así. Tiene a su mujer enferma, de cáncer o algo similar. Tengo entendido que es muy grave.

—Sí. El presidente ha explicado que se retrasaba la sesión porque llegaban hoy de los Estados Unidos, donde sigue un tratamiento... ¡Vaya! Me pregunto cómo...

Guardé silencio intencionadamente y traté de mostrarme tranquilo. No tardó en azuzarme.

—Te preguntas ¿qué?

—Quizás sea una tontería, pero me preguntaba cómo puede un policía, con los sueldos que se cobran en España, costearse un tratamiento en los Estados Unidos. Ahí no hay sanidad libre y gratuita...

—Sí, eso es cierto. Tienes mucha razón.

Otra vez me guardé las palabras cuando las iba a pronunciar. Pero esta vez recapacité y las pronuncié muy despacio.

—Se ve que estoy muy contaminado por mi tesis doctoral, pero si ese inspector es de verdad corrupto, tiene que haber más dinero, mucho más, y debe haberlo escondido en alguna parte. ¿Dónde lo tendrá? En casa seguro que no, ni tampoco en una cuenta corriente de un banco nacional, porque tarde o temprano le pillarían. Debe de tenerlo en algún paraíso fiscal o en Suiza. Sí, yo apostaría a que lo tiene en Suiza.

—¿Sugieres pedir una comisión rogatoria? A estas alturas de juicio me temo que es casi imposible.

—Eso es cierto, pero se puede buscar algún pago realizado. Cosas que haya comprado. Viajes, transferencias, regalos. El de Fulano, por ejemplo, es el despacho más caro de la región. He oído que cobra cien mil euros solo por aceptar un caso. Torino tendrá que sacarlo de algún sitio.

El cebo estaba echado y yo debía largarme antes de estropear la pesca. Miré el reloj.

—¡Vaya, se me ha hecho tardísimo y tengo que marcharme! Perdona por haberte aburrido con mis obsesiones. Créeme que lo siento, Diego. —Le entregué una tarjeta—. Mis datos: estaré encantado de ayudarte con los números si algún día lo necesitas. O de charlar cuando te apetezca. Si eres nuevo aquí, puedo enseñarte un par de sitios estupendos.

La cogió y me dedicó una sonrisa de despedida. Pagué en la barra y me marché.

Cuando salí del local, respiré hondo. Había resultado más fácil de lo que estaba previsto. Y no había hecho nada ilegal. Pero, ya fuera, recordé que había olvidado lo fundamental.

Entré otra vez, con prisas. Pérez seguía como le había dejado: pensando.

—Perdona una pregunta tonta, ¿has leído el periódico esta mañana?

Negó con la cabeza.

—Pues deberías. Es noticia de portada en *Abc*. Tu nombre sale en las páginas interiores. ¡Adiós, me van a matar si llego tarde!

Regresé a casa caminando. Lo hice tan despacio que empleé tres cuartos de hora en recorrer un trayecto en el que una persona de andares normales invertiría quince minutos.

Lo cierto es que imaginaba que Paco y Salomé estarían ya en Romani y asociados y no tenía ganas de enfrentarme a ellos. Mi misión había sido todo un éxito. Cuando le dejé, el virus de la duda anidaba en el inocente fiscal Pérez. Inocularlo había sido relativamente sencillo. Estaba seguro de que, de poder verle, me lo encontraría buceando por Internet intentando atar cabos, leyendo periódicos y buscando la forma de introducir ese nuevo elemento en el juicio.

« Cuando alguien que no está acostumbrado a manejar dinero recibe una fuerte inyección de fondos, se suelta la coleta: esa es casi una ley física, Diego », le había asegurado ya con el café. « Hay quienes se compran el coche con el que tantas veces han soñado; los hay que se van de putas y se emborrachan con champán francés; algunos más pacíficos compran un barquito y un amarre o les da por viajar alrededor del mundo. Basta con descubrir cuál es la preferencia de cada uno porque, a pesar de que no siempre resulte evidente, esas conductas dejan rastros: por ellos empiezan los investigadores cuando trabajan en blanqueo de capitales. Por ejemplo, si viajas al extranjero, hay visados, pasajes, alquileres de coches y estancias en hoteles que se pueden rastrear », añadí.

Esto último no lo tenía preparado. Fue como un flash. Mientras hablaba, recordé las descripciones del piso de Torino que Paco había compartido con nosotros. (No sé si lo he dicho ya, pero, antes de sembrar la escena, el detective había entrado un par de veces de extranjería en su casa y se la había estudiado a conciencia para decidir el lugar exacto). En ellas, había comentado que tenía una pared llena de postales de sitios lejanos y exóticos. Era probable que le gustara disfrutar del dinero fuera de la vista de aquellos que pudieran identificarle.

Pérez había asentido muy despacio. Estaba procesando la información sin caer en la cuenta de que estaba hablando con un desconocido. Sí, había sido un triunfo, pero no me había deparado ningún placer. Muy al contrario, me había hecho sentir fatal. Me estaba saltando los límites de la decencia. Y, sin decencia, ¿de qué vive un abogado?

Salomé salió a recibirme en cuanto escuchó el ruido de la llave en la cerradura.

—¿Cómo ha ido?

No me dio ocasión de responderle. Mucho antes de que abriera la boca ya estaba ella contándome su papel en la historia. El júbilo se le escapaba por los poros.

—¡Rodrigo entró al trapo como si fuera un miura, Efrén! Como dijiste, conocía los misterios del dinero, porque en cuanto mencioné el nombre del banco, se le pusieron los ojos como platos.

—Lo pronunciaste bien, ¿verdad?

La cara se le torció por el disgusto.

—¡Qué poco me valoras, jefe! Me estudié todo lo que decía la web: «Fundado en Ginebra en 1805, Pictet es hoy uno de los mayores bancos privados de Suiza, con activos bajo administración y custodia de un total de 357 mil millones de euros a finales de junio de 2012» —expuso como un loro—. ¿Quieres más datos?

—Siento haber dudado de ti, Salomé. Déjame que me siente y cuéntame lo ocurrido paso a paso, sin olvidar nada.

Me dirigió una mirada asesina, pero hizo lo que le pedí. Ella se sentó también. Había un par de platos y un vaso sobre la mesa. Me levanté para llevarlos a la cocina. Me desagrada la suciedad.

—Pues verás, como dijisteis me fui al bar que, según había averiguado Paco, Rodrigo frecuenta y me senté en la barra. Te cogí tu cartera de documentos, espero que no te importe, porque quería aparentar que venía de trabajar. En fin, que pedí una copa y esperé. Él llegó unos veinte minutos después, pidió una cerveza y terminamos charlando...

—¿Y cómo hiciste para...?

Me interrumpió sujetándome el brazo. Esta vez, lo que asomó en su cara fue una mirada socarrona.

—¿Cómo? ¡Efrén, por todos los demonios, mírame!

Lo hice. De hecho, lo había hecho al entrar, y así se lo confesé. Con el vestido azul marino, de escote y largura justas, los zapatos salón y el pelo liso en un color castaño claro, se me antojó otra persona. Una mujer misteriosamente atractiva.

—Desde luego, parecés toda una señora.

Se tomó mi comentario con evidente placer. Y en ese momento me vino a la cabeza, con pena, el pensamiento de que, de haber salido las cosas de otra manera, Salomé podría haber empleado el dinero de Igor en convertirse en la señora que no era, y arrancar de su vida a esa panda de aprovechados malolientes y violentos con los que tenía la costumbre de juntarse.

—Quiso invitarme a la copa, pero le aseguré ofendida que no acostumbraba aceptar invitaciones de desconocidos. Sin embargo, añadí que no tenía

inconveniente en pagar la suya, si le parecía bien. Se echó a reír y charlamos. No tardó en preguntarme a qué me dedicaba. Le aseguré que era secretaria de dirección en un gran bufete de abogados, y que teníamos mucho trabajo porque llevábamos dos juicios con jurado simultáneamente. Sabía perfectamente a quién me refería. Y una cosa llevó a la otra...

—¿No querrás decir que te...?

—¡Eres idiota! No me acosté con él, si eso es lo que preguntas. Solo charlamos.

Me excusé lo mejor que pude.

—Lo siento. Es que, con todo esto, tengo los nervios a flor de piel... ¿Te dijo él que era jurado en el caso Torino?

—No, ni una palabra de eso. En cambio, me tiró de la lengua. Y yo, haciendo como si el alcohol me estuviera afectando, hablé más de la cuenta. Le dije que, en mi opinión, un policía con un sueldo *mileurista* que paga cien mil euros de anticipo a su abogado no puede ser trigo limpio. Después me puse a protestar por lo tarde que salía del despacho, a cuenta del caso del policía, y de las complicaciones que eso me producía. Con el tercer Martini, como de pasada, le conté entre susurros los problemas que estaba teniendo con las transferencias que Torino hacía desde su banco en Suiza. Entonces, abrí la cartera e hice asomar el documento. Se lo mostré apenas un instante, pero te aseguro que fue suficiente: lo leí en sus ojos. Pagué las copas y le aseguré que tenía que marcharme porque mi prometido me esperaba. ¡No podéis imaginar la cara de decepción! Muy divertido, la verdad. Creo que voy a ponerme este vestido mucho más a menudo.

Mientras Salomé seguía narrando detalles de su hazaña, hubo un momento en que desconecté. Estaba indeciso, preocupado. No podía dejar de repasar los hechos en busca de algún cabo que hubiéramos podido dejar suelto. Paco, que no había abierto la boca hasta ese momento, se pasó muy despacio la mano por su cabello grasiento y se dirigió a mí:

—No te empeñes en darle al coco: la suerte está echada. Hemos hecho todo lo que hemos podido. De una u otra forma, se acabó.

El resto de la tarde (hasta las siete no se reanudaba el juicio) se deslizó por Romani y asociados con la exasperante lentitud de una manada de caracoles viejos.

Al principio, permanecí en la sala de estar, junto a Salomé y Paco, que, sentados en el sofá de rayas, mataban el tiempo a su manera, es decir: viendo la televisión. De cuando en cuando intercambiaba con ellos una mirada de súplica, que a lo sumo era correspondida con una sonrisa forzada. Finalmente, desistí y me trasladé a mi habitación.

No tengo nada en contra de su método, el protocolo contra el miedo es muy personal, pero escuchar a víboras lanzando veneno a otras víboras todas sentadas en el mismo plató no es mi forma de enfrentar una situación como la que teníamos delante. Por eso, me encerré en mi dormitorio, me tapé los oídos con pelotas de algodón e intenté dormir un rato.

Lo intenté con todas mis fuerzas, esa es la verdad, pero no lo conseguí. Y para matar el tiempo, me puse a pensar cómo discurriría la tarde para Pérez y Fulano. Imaginé al pobre fiscal, con una jarra de café sobre la mesa, luchando contra el reloj. En poco más de tres horas debía localizar las pistas desperdigadas por el sumario, leer los detalles ofrecidos por el periódico y entrevistarse por enésima vez con el equipo de policía científica que había investigado a Torino, a fin de discernir cuáles de aquellas informaciones podían tener visos de verosimilitud. Y, si eso fuera poco, estaban las réplicas que aquella portada estaba provocando en Internet. Las primeras noticias sobre la supuesta cuenta suiza de Lupo habían llenado la red. El foro de policías echaba humo. Los relatos a favor y en contra del inspector y de la prensa se sucedían. Circulaban nuevos datos sobre tropelias policiales y falsedades periodísticas, y sobre la independencia de la justicia. De boca en boca, de *e-mail* en *e-mail* se transmitían detalles sobre la vida y costumbres de lujo, imágenes furtivas tomadas quién sabe por quién. Leyendo aquel foro, más de una vez sentí el impulso de entrar con un nombre ficticio e informar al mundo de que disponía de los números que la fotografía de la joven becaria del diario no había captado. Sin embargo, no sé por qué, no lo hice.

Mi mente dedicó menos tiempo a Fulano. Debo reconocer que fue pensando

en él cuando sufrí instantes de pánico. Le habíamos dado tiempo de reacción, y eso, en un tiburón, podía resultar muy peligroso.

De la habitación contigua llegaban risas enlatadas y música que los improvisados tapones solo lograban mitigar. Empezaba a ponerme muy nervioso. Sabía que solo había una cosa capaz de calmarme. Segundos después, estaba llamando a Chantal, pero no era mi día de suerte: salió el buzón de voz. Escuché el clic, pero no dejé ningún mensaje. Tendría que pensar cómo arreglar aquello, pero sería más tarde. Me di una larga ducha. Volví a afeitarme. No veía el momento de salir de allí. Finalmente, a las seis, mucho antes de lo previsto, no pude soportarlo más y avisé a Paco y a Salomé de que me marchaba.

—Nos vemos en la Audiencia. Cerrad las ventanas antes de salir, por favor.

Paco arrugó la nariz, pero no desprendió los ojos de la pantalla. Salomé me hizo un gesto con la mano, mientras sentenciaba:

—¡Mira que eres rarito, Efrén! Hace un calor que te mueres, ¿por qué te vas, con lo bien que se está aquí?

No contesté. Salí. Tenía el estómago revuelto, y las náuseas me oprimían el estómago. Fui directo a la heladería.

—Póngame el helado más pequeño que tenga. De chocolate, por favor.

—¿Está seguro de que prefiere el pequeño? El grande trae más a cuenta —me respondió la joven heladera.

—Estoy seguro, sí.

Pagué.

—Le deseo mucha suerte, señor —recibí como respuesta.

—¡Dios te oiga! —murmuré mientras me alejaba.

Cada país, cada territorio, posee una habilidad, una suerte de arte característico. Existe un abanico no pequeño de colores donde enmarcarlo, pero creo no confundirme si digo que aquí se domina, como en ninguna otra parte, el arte de la socarronería. Si ustedes hubieran estado en la sala dos de la Audiencia Provincial aquella tarde, me darían la razón.

Cuando el magistrado presidente, el García más relajado de los que habíamos conocido hasta aquel momento, pidió la presencia del segundo testigo de la defensa y Fidel Jaramillo, alias el Gordo, entró en la sala, tuve que hacer verdaderos esfuerzos para no soltar una carcajada. El mote le iba que ni pintado. Era la viva imagen de un espárrago triguero, con cuello de jirafa y menos carne sobre la osamenta que la que queda de un pollo asado en un comedor de beneficencia.

El recién llegado —cabello plateado, rostro anguloso y boca pequeña— rondaba los cincuenta, y contaba con el aire triste de quien ha perdido definitivamente la esperanza.

—Lamentamos haberle hecho abandonar a su esposa enferma, inspector, pero el juicio tenía que continuar. Esperamos que se recupere pronto —le dijo García, quien, por una vez, se expresó como un experto, con ideas claras y concisas, muy de agradecer en un tema en el que podía haberse encasquillado con facilidad—. Sé que viene de un largo viaje. Si prefiere, puede usted sentarse y declarar en esa posición.

Jaramillo, sudando por los ojos y por los sobacos, lo agradeció con un gesto. Juró y ocupó la silla.

Comenzó la defensa, encabezada por Fulano, que, en ningún momento, giró la cabeza hacia el fondo de la sala donde Paco, Salomé y yo nos habíamos sentado.

—Con la venia. Le doy las gracias por acudir hoy a esta sala, inspector. Como sabe, este tribunal juzga a su compañero Rafael Torino por delitos muy graves. Varios testigos que convivieron con él en un pasado lejano o que le han tratado de refilón han especulado ante este jurado sobre su personalidad, lo que era o no era capaz de hacer, o si es honrado o no lo es. Sin embargo, todos esos testimonios son, de alguna manera, visiones lejanas o miopes de mi defendido. Ese es el

motivo por el que comparece usted hoy aquí: ¿quién mejor para hablarnos del verdadero Rafael Torino que su compañero? Si no me equivoco llevan seis años trabajando juntos, codo con codo, y día tras día.

—Así es, seis años y seis meses.

Su voz sonaba fuerte, pero se quebraba con facilidad. Aquel hombre tenía los nervios destrozados. Sería un buen testigo, si es que Pérez había logrado atar cabos.

—Eso es bastante tiempo. Suficiente para que nos cuente quién es. Pero antes le recuerdo que está usted bajo juramento. Y, en ese contexto, quisiera preguntarle si declara usted con libertad. Es decir, si, de alguna manera, su relación con mi defendido le obliga a decir cosas que, de no existir esa dependencia, usted no declararía.

Jaramillo sopesó la pregunta. Me di cuenta de que miraba de refilón a Torino, que permanecía impassible, con la espalda muy recta, y el gesto mayestático.

—Verá, es mi compañero. Le aprecio. Es más, le quiero como a un hermano. Me ha sacado con bien de circunstancias comprometidas, lo mismo que yo he hecho con él, pero eso no me ata la lengua, en absoluto. Me siento libre para declarar, si es a eso a lo que se refiere.

—Sí, exactamente, gracias. Inspector Jaramillo, solo voy a formularle dos preguntas. Serán muy sencillas, y quisiera que me las contestara también con sencillez. La primera es esta: se ha puesto en entredicho la fiabilidad y honorabilidad de mi defendido. Dígame, según su opinión, ¿es el inspector Torino una persona de fiar? Si tuviera que confiarle su vida, ¿lo haría? ¿Cree que le dejaría en la estacada por cualquier motivo; por ejemplo, por dinero?

Su respuesta salió tan rápida de su boca como la bala del cañón de su arma.

—¡Naturalmente que es de fiar! Puede creerme: lo sé, me lo ha demostrado en multitud de ocasiones. Torino nunca dejaría tirado a un compañero por dinero o por otras cosas.

—Gracias. Respuestas simples y contundentes, eso es lo que el jurado espera. Sin embargo, en el registro que la policía efectuó en su domicilio, se localizaron una cierta cantidad de dinero y otro montante de droga. ¿Cómo explica eso?

Esbozó un gesto de disgusto y luego empezó a menear la cabeza a un lado y al otro.

—Es evidente que alguien ha preparado esa escena. Pondría la mano en el fuego y no me quemaría: nunca, jamás, Torino haría una cosa así.

Fulano se detuvo un instante, haciendo que el jurado ansiara que continuara. Lo hizo con gran aplomo.

—Si bien mi segunda pregunta no se aleja del tema que nos ocupa, resulta algo más comprometida. Tómese el tiempo que necesite para responder, pero sea preciso, se lo ruego. Verá, se juzga a su compañero por asesinato. En esta sala no hemos visto el arma, ya que no ha aparecido. Las evidencias son

endebles y están plagadas de imprecisiones. De modo que una duda fundamental sigue rondando esta sala: ¿es o no es mi cliente capaz de matar a un delincuente a sangre fría? En la lista de testigos de la defensa figura un psiquiatra. Es posible que, dado el estado del juicio, no sea preciso subirle al estrado, pero tengo por cierto que nos explicaría que comportamientos sanguinarios como dar muerte a otro a sangre fría, a excepción de la defensa propia, no se improvisan: se deben a la acumulación de hechos similares o cercanos, de extrema violencia, de desprecio de la ley y un largo etcétera. Dígame, señor Jaramillo, en su opinión, ¿mi defendido cuadra con ese perfil, es un hombre capaz de sacar un arma y disparar a otro ser humano a sangre fría para robarle? ¿Posee los signos característicos de un asesino?

—No necesito tiempo para pensar, señor abogado. Mi respuesta es inmediata y tajante: no, no lo es. Torino no lo haría nunca. Es imposible.

—Gracias, inspector. Señoría, he terminado. No tengo más preguntas.

Fulano se sentó. El magistrado presidente se volvió hacia Pérez.

—¿Formulará la fiscalía preguntas?

Pérez se puso en pie y proyectó una sonrisa.

—Con su venia, lo haremos.

Clavé los ojos en él. Presentaba mal aspecto. Ojeras. Su cara reflejaba cansancio, pero no de desesperación. Aquello me animó. Me cercioré de que había avanzado en el tema, investigado, indagado y, en el mejor de los casos, hallado. De ser así, el interrogatorio que escucharíamos sería del todo desagradable. De no serlo, estaríamos muertos.

—Inspector Jaramillo, según mis notas, su nombre de pila es Fidel, ¿me equivoco?

El Gordo se encogió de hombros y, a la defensiva, respondió.

—No se equivoca. Me llamo Fidel.

—Es un gran nombre. Procede del latín, como sabrá, y significa «fiel», «digno de confianza». En sus recientes declaraciones ha hecho honor al mismo: se ha mostrado como un hombre fiel a su compañero; una actitud muy loable, por cierto. No obstante, a este tribunal lo que le compete es calibrar los hechos, no los sentimientos ni las amistades ni los afectos. El jurado debe evaluar en quién confiar para dictar su veredicto. Y se le presentan dos opciones claras, dos historias meridianamente distintas: por una parte, está la versión que cuenta la defensa, a quien usted apoya. Esa versión sostiene que el acusado es incapaz de hacer lo que se le achaca. Como, según el principio de presunción de inocencia, no tiene que defenderse, y el arma no ha aparecido, sus abogados exigen que el inspector Torino sea puesto en libertad. En el otro lado de la balanza están las pruebas: se miren por donde se miren, todas apuntan hacia él como el autor del crimen; los análisis forenses, las huellas dactilares, su presencia en la escena, el dinero, las drogas y un largo etcétera. Un antiguo compañero del acusado, y los agentes de Asuntos Internos que lo investigaron, creen, y así lo han manifestado, que es un inspector corrupto y que es capaz de hacer cualquier cosa por lograr sus fines. Usted dice que no, que Torino nunca apretaría el gatillo: ese es el dilema que se le plantea al jurado, a quién creer. No obstante, antes de entrar en esa materia, quiero empezar este interrogatorio preguntándole por una de las pruebas, la que daría razón y motivo al asesinato y que, me temo, hemos dejado un poco de lado: me refiero al dinero. Como bien sabe, en casa de su compañero apareció una enorme bolsa que contenía nada menos que medio millón de euros en billetes pequeños...

En cuanto la palabra maldita fue mencionada, Jaramillo dio un respingo y empezó a sudar. El aire estaba muy fuerte aquella tarde. A excepción del presidente del tribunal, todos lo habíamos notado. Quienes no se habían anudado los botones, se habían echado la chaqueta por los hombros. Fidel Jaramillo vestía

pantalón de tergal y americana de algodón. No tenía por qué transpirar, pero sacó un pañuelo y se limpió la frente.

—Veamos, inspector Jaramillo, en la fase de instrucción usted realizó unas declaraciones que quisiera refrescar hoy para que me las confirmara. No nos llevará mucho tiempo, pero es importante concretar los detalles y que usted se ratifique o desdiga con claridad. En las citadas declaraciones, usted aseguró que Torino era tan pobre como usted. ¿Es eso cierto?

—Sí, lo es.

—¿Se tiene usted por una persona pobre?

El policía cambió de posición mientras asentía.

—Si viera mi nómina se echaría a llorar.

—Sí, eso es lo que nos ocurre a los que servimos al Estado: cobramos poco y encima nos quitan las pagas extras.

—¡Ni que lo diga! —coreó, más relajado.

—En la fase de instrucción, inspector, como acaba de corroborar a preguntas de la defensa, usted aseveró que no debía dinero ni favores de ningún tipo al inspector Torino, a excepción, naturalmente, de los mutuos servicios obvios entre compañeros. ¿Es eso cierto, se corrobora en lo dicho?

—¡Protesto! Señoría, no se juzga al inspector Jaramillo: es un testigo. Esas preguntas están dirigidas...

El fiscal saltó como un muelle.

—Señoría, pese a mis protestas, cuando el abogado de la defensa interrogó a la doctora Pernas, la médico forense responsable de la autopsia, usted le permitió continuar. Le pido el mismo margen: le aseguro que sé a dónde voy y que es importante para asegurar la credibilidad del testigo.

—Denegada. Responda, por favor.

Jaramillo se frotó las manos y susurró algo así como que no había comprendido la pregunta.

—No se preocupe, se la repito: ¿debe usted algo al inspector Torino que sea motivo suficiente para que afecte a sus libres revelaciones? ¿Declara usted coaccionado o guarda información valiosa por algún tipo de acuerdo entre ustedes?

—¡Señoría, por favor, está llamando perjuro a mi testigo!

El inspector se sobrepuso. Y con un tono de voz fuerte, pero tembloroso, respondió:

—No, no le debo nada.

—No le debe nada. Bien, me alegro. ¿Cómo se encuentra su mujer, señor Jaramillo?

Fulano cumplió con su papel a la perfección. Se puso en pie y golpeó con los puños la mesa, preñado de indignación. Sin duda, es un gran actor.

—¡Por favor, señoría, esto es el colmo!

García empezó con sus tics.

—Fiscal, abogado, acérquense. Quiero hablar con ustedes.

Antes de acercarse, Pérez pasó por la mesa y recogió un recorte de periódico, que entregó al juez. García lo leyó de cabo a rabo. Luego, debatieron durante unos minutos. Hablaban en susurros, de modo que no pudimos oír lo que decían, pero a mí no me hizo falta. Poseo imaginación suficiente. Supongo que Pérez informaría a García y a Fulano de las noticias del periódico, que probablemente ellos no habían visto, y luego añadiría que tenía sospechas más que fundadas de que el tratamiento de la esposa de Jaramillo era pagado por Torino a través de esa misma cuenta suiza. Si eso era así, Jaramillo había faltado a la verdad en sus declaraciones iniciales. De pronto, García se puso como un basilisco: eso no nos hizo falta imaginarlo. Su «joder, joder, joder» fue escuchado por todos los que estábamos en la sala. Tras la vistilla, cada parte volvió a sus feudos, y el magistrado presidente tomó la palabra:

—Señoras y señores jurados, acabo de recibir determinada información excepcional, y por ello me veo obligado a tomar medidas excepcionales. Normalmente, hasta que no llega el momento de la deliberación, que debe hacerse a puerta cerrada, sin comunicación con el exterior, ustedes pueden continuar con su vida normal, regresar a dormir a sus casas o emplear sus horas libres como mejor les plazca. No obstante, dadas las circunstancias, desde este momento, y hasta que ustedes alcancen un veredicto, permanecerán incomunicados. —Se escucharon protestas del jurado, que el magistrado presidente cortó en seco—. ¿Cuántos de ustedes han leído la prensa esta mañana?

Solo Rodrigo levantó la mano.

—Muy bien. Quiero que se guarde esa noticia para usted y no la comparta con sus compañeros. Son informaciones periodísticas, no hechos del juicio. A partir de ahora y hasta que esto acabe, no quiero que vean ningún periódico. Por ello, cerraré sus accesos a Internet y les confiscaré temporalmente los móviles. En cuanto terminen su trabajo, les serán devueltos. Si tienen que avisar a sus familias, a la salida de esta sesión hablen con el oficial. Él lo hará por ustedes.

Rodrigo volvió a elevar el brazo.

—Señoría, ¿no cree que los demás tienen derecho a conocer esas informaciones?

—En absoluto. Que esté publicado no significa que se atenga a la verdad y a las normas de la justicia. No obstante, en atención a las circunstancias, permitiremos al fiscal un cierto margen, en relación con las declaraciones en la fase sumarial. El ministerio público podrá hacer referencia a ellas en su interrogatorio.

—Gracias, señoría. Inspector Jaramillo, no quiero que ni usted ni los miembros del jurado me tomen por un ser insensible, pero la búsqueda de la justicia me impele a indagar en cuestiones personales y desagradables. Por ello,

me veo obligado a preguntarle por el estado de salud de su esposa. Según mis datos, padece un cáncer en estado avanzado. En nuestro país, no se aplican más que tratamientos paliativos, ¿es eso cierto?

Con la voz rota, Jaramillo respondió.

—Sí, nos dijeron que, en el estadio en el que se encuentra, no podían hacer nada por ella.

—Por eso optaron por llevarla a los Estados Unidos, donde hay tratamientos experimentales que ofrecen alguna esperanza, ¿es así?

El inspector asintió.

—Una actitud muy comprensible. Me solidarizo con su situación. Imagino lo mal que lo están pasando, pero, dicho esto, me veo en la obligación de formularle una pregunta, y le pido que la responda conforme a la verdad: ¿quién paga ese tratamiento, los vuelos, las estancias, los visados y demás gastos? Lleva usted meses sin trabajar. ¿De dónde sale el dinero?

Se echó a llorar. Era una escena difícil de tragar ver cómo aquel hombre, deshecho en lágrimas, pedía perdón a Torino antes de afirmar:

—Mi compañero se hizo cargo. Es un gran hombre: él lo paga todo.

Pérez respiró hondo un par de veces.

—Sin duda es una acción conmovedora y loable. Pero es una acción cara. Por el tiempo que usted y su mujer llevan en América, un cálculo aproximado nos da una cifra no inferior a los cien mil euros, más lo que falte por pagar. La pregunta no gira en torno a la generosidad del señor Torino; la verdadera cuestión es de dónde obtiene el acusado tanto dinero, y a que no ha declarado propiedades significativas. ¿Cómo de menos de dos mil euros saca uno esas astronómicas cantidades? Es, sencillamente, imposible. Hace falta otra fuente abundante de fondos. ¿Conoce usted, inspector Jaramillo, alguna otra fuente de fondos? De ser así, le agradeceríamos mucho que la compartiera con nosotros.

No respondió. Pérez le azuzó.

—Inspector, necesito una contestación. En otro caso, todos recordaremos ese medio millón de euros, localizado en una bolsa de plástico negro...

—¡Protesto! —chilló Fulano, sin demasiada convicción.

Antes de permitir que su abogado expusiera las razones de su queja, Lupo se puso en pie. Tenía la cara roja y el gesto contraído.

—¡Y no he sido yo! ¡No he matado a nadie! Cuando me fui de su casa, estaba vivo. ¡Y tampoco le robé: lo juro por Dios! ¡Lo juro por mi madre que en paz descanse! Tienen que creerme: ¡han sido ellos! —exclamó.

Había girado el cuerpo y su índice extendido señalaba hacia nuestra posición. Estábamos disimulados en la última fila; nadie nos conocía, pero casi me muero. Fulano y sus asociados trataron de sujetarlo, sin lograrlo. Lupo continuó jurando.

—¡De acuerdo: he cogido un poco de dinero de aquí y de allá, pero nunca he matado a nadie! Juro que no conocía a ese chino: ¿por qué querría matarlo? Era

como un gallo de pelea: solo le golpeé para bajarle los humos. Eso fue todo. Lo demás es cosa de ellos, de esos malditos abogados...

García llamó al orden.

—¡Sujete a su cliente, abogado, o le expulsaré de la sala! Tiene que hacerle entender que esas declaraciones le dañan. Si quiere subirlo al estrado, puede hacerlo, pero así no.

Fulano se inclinó y habló al oído a Torino. Su conversación fue breve, apenas un minuto.

—Mi cliente pide disculpas al tribunal, señoría. No lo llamaremos a declarar. Hemos terminado.

El presidente suspiró aliviado.

—Pues en ese caso, y ya que el inspector Jaramillo era el último testigo de la defensa, entramos en la fase final del juicio. Resta que las partes, en un tiempo prudencial, presenten sus conclusiones finales y que luego, ustedes, los jurados, se retiren a deliberar y entreguen un veredicto. Pero eso será mañana. Por hoy, hemos trabajado bastante. Se levanta la sesión: nos veremos a las nueve. Les ruego que sigan al oficial hasta la sala donde aguardarán a que su hotel esté dispuesto. Que pasen una buena noche. Y cumplan a rajatabla mis órdenes.

Desconozco cómo durmieron los jurados, pero puedo decirles que yo, aquella noche, me desperté cuando aún no había amanecido. Estaba aterrorizado. El ventilador había funcionado toda la noche, pero tenía la ropa empapada de sudor y un sabor agrídulce en la garganta.

Fue por el sueño. No es que aconteciera en él nada extraordinario. Quiero decir que no me perseguían vampiros, ni me caía por un abismo sin fondo. Simplemente, deambulaba por una ciudad desconocida y en una calle desierta. Allí me topaba con Chantal, que caminaba sobre unas enormes plataformas. Se detenía al verme. Al fijarse en mí, sus ojos se abrían de manera desmesurada, se llevaba las manos a la boca para ahogar un grito y salía corriendo. No comprendiendo lo que ocurría, buscaba un espejo donde mirarme y, al ver mi imagen reflejada, también chillaba: era un monstruo.

El corazón bombeaba con tanta fuerza que parecía dispuesto a escaparse de mi pecho. Me levanté, me acerqué a la cocina y, bebiendo directamente de la botella, vacié de una vez la mitad de su contenido. Luego, me metí debajo de la ducha y permanecí allí unos minutos. El agua fría me ayudó a tranquilizarme. Me vestí y me senté a pensar. Era evidente que no podría volver a dormirme: seguía viéndome en el espejo con aquella expresión astuta y cínica; los ojos, inyectados en sangre. No tenía orejas puntiagudas, ni morro de animal, pero un intenso vello negro se me asomaba por las mangas y por el cuello: era yo, pero era Lupo.

Volví al cuarto de baño y me miré al espejo. Ya no tengo doble papada, como cuando esto empezó y pesaba cuarenta kilos más, pero sigo teniendo cara de pan y, aunque el gesto aniñado —el del gordito del colegio— ha cedido, se me sigue notando que no he alcanzado los treinta.

—¿Cómo he llegado a esto?—chillé allí mismo.

Había sido una buena idea, pero, al mismo tiempo, era demencial. Era propia de Lupo, pero la había tenido yo. Hasta que marqué el teléfono de Fulano no era completamente responsable de nada. Las pruebas fabricadas para incriminar a Torino las habían colocado Salomé y Paco en contra de mi voluntad. Pero a mi antiguo jefe le había extorsionado yo. Cierto es que le había permitido decidir y

acabar de una vez con haber ido a ver al juez hubiera sido suficiente, pero sabía que no lo haría. Y la idea de la apendicitis de Cris había sido completamente mía. De acuerdo, la chica tampoco era inocente, había cobrado por su voto por anticipado, pero la habíamos utilizado como víctima propiciatoria al dios de la justicia, sin siquiera haberle dado una opción de salida.

—¡Por Dios, el sueño tiene razón, me estoy convirtiendo en él! —chillé.

Las lágrimas brotaban ajenas a mi voluntad, como de un grifo mal cerrado. En ese instante, el silencio y la negrura que lo envolvían todo se me echaron encima y me sobrecogieron. Y, a modo de rayo inesperado, la idea de que mi padre pudiera verme atravesó mi mente. Y entonces lloré mis propias lágrimas, porque su imagen y, con ella, la imagen del bien, de lo correcto, de la propia justicia se habían perdido para siempre.

—¿Por qué fuiste a chantajearle? ¡Hubiera podido buscar un puesto por mí mismo! Quizás, hubiera preparado oposiciones y, en este momento, sería un fiscal o un juez. ¡No era necesario! ¿No lo ves? —vociferé como si pudiera oírme—. Sí, eras consciente, ¿verdad? Sabías que no soy tonto. Pero quisiste darte ese gustazo, ¿no es así? ¡El gran Fulano doblegado por el portero del Teatro Real! El abogado puesto de rodillas por el conserje. ¿Sabes qué te digo? ¡Que me avergüenzo de llevar tus genes! Todos estos meses he odiado a Fulano. ¡Y resulta que a quien debía odiar era a ti! Él mintió, rehizo un expediente, pero tú le chantajeaste sin necesidad. ¡Sin necesidad!

De pronto, sentí que debía salir cuanto antes de entre aquellas paredes en las que había convivido con él. Abrí la puerta y me adentré en la noche.

La ciudad dormía. Caminé sin rumbo. No se veían más que luces aisladas: la de la recepción del hostel Carmen; las de neón de la farmacia anunciando algún producto; la del dormitorio del compositor del número nueve, un tipo raro que nunca duerme...

No sabía qué hacer: necesitaba hablar con alguien, pedir que me miraran a la cara y me dijeran qué veían. Pero ¿a quién? Pensé en Salomé, pero enseguida deseché la idea: estaría en brazos de su nuevo amante, el famoso peluquero. Paco estaría durmiendo, abrazado a esa mujer suya que tan bien empleaba el amoniaco. Y a Chantal no me atrevía a molestarla. Estaba claro: no tenía a nadie. Tenía que decidir solo; todavía podía ir al juez y confesar. Intenté contener mi impaciencia andando deprisa y respirando despacio y hondo.

En la plaza con nombre de torero florido que hay junto a mi casa, han construido dos bancos corridos. En ellos, sobre sendas mantas idénticas con el logo del Ayuntamiento, y tapados por ropas indefinidas del mismo olor nauseabundo, descansaban un par de mendigos. A la luz de la farola no se percibían bien sus rostros, pero uno de ellos, más menudo, parecía de mujer. Me esquiné a la izquierda para pasar lo más lejos que podía de ellos. Cuando casi lo había logrado, me llegó una voz femenina. Me asustó: la tía no había movido ni

un músculo.

—¿Tienes algo de comer?

Me quedé petrificado y respondí con voz estúpida.

—No, lo siento.

—¿Tienes dinero? La cafetería de Peter está abierta toda la noche. Podrías comprarme algo. No como desde anteayer y el estómago me duele del hambre que tengo.

—No conozco esa cafetería.

—Está a dos manzanas: puedo guiarte.

—¡Ya! Y en cuanto me dé la vuelta, sacas un pincho y me lo clavas...

—¡Pero qué dices! Yo no soy así. Nunca he hecho daño a nadie, salvo para defenderme, y eso desde que duermo en la calle. La calle es dura, ¿sabes?

Estúpidamente, sopesé unos instantes su oferta. Ella ya se había levantado. Recogía su manta y los demás enseres.

—Veamos, te voy a dar todo el dinero que llevo. —Saqué los billetes de la cartera y rebusqué, después, en los bolsillos—. Veintidós euros con cuarenta y cinco céntimos. Toma, todo para ti. Tú vas delante y luego pagas el desayuno. Mi reloj es de plástico y no llevo nada más que pueda servirte, de modo que no hay razón para hacerme daño, ¿de acuerdo?

—¡De cine! —exclamó.

No dijo «de coña», ni «cojonudo», ni ninguna otra de las expresiones que esperaba. Pero, a cambio, preguntó y me hizo volver a la vida real:

—¿Qué quieres a cambio? Porque debes saber que lo único que voy a darte son las gracias.

—Con eso y un desayuno de media hora es suficiente, vamos.

Caminé detrás de ella, a cierta distancia. Olía mal, a orín, y aunque tengo por seguro que fue un producto de mi imaginación, vi saltar piojos en su cabeza. Sin embargo, su conversación no era la propia de una mendiga loca, de alguien desquiciada por una vida caótica. Hablaba como una persona normal, pero en un idioma chocante para mí.

—¿No habías estado antes aquí? —me preguntó.

Mi primer impulso fue contestar que no, aunque era raro, ya que la cafetería quedaba muy cerca de mi domicilio, pero me sujeté a tiempo: es una imprudencia dar pistas personales a un indigente que acabas de conocer.

—No, nunca. Pero está bien.

No era cierto: era un local inmundo, con un dueño nauseabundo, aunque el café no era malo del todo. Nosotros éramos su única clientela.

Me conformé con una taza de café (sin azúcar, por no tener que usar la cuchara) y dejé que ella empleara el dinero a su antojo. Curiosamente, no pidió cerveza ni vino, pero se zampó un plato de huevos fritos, salchichas prefabricadas, patatas fritas, jamón serrano y pan. Escondió el resto del dinero en alguna de sus múltiples faltriqueras.

Por cierto que, hasta que llegamos a Peter, no había visto otra cosa que una mendiga con maneras educadas. Cuando comenzó a quitarse andrajos, empecé a vislumbrar a la mujer. En el local, había un cartel escrito a mano que reservaba el aseo a quienes pagaran una consumición. Como era el caso, ella se ausentó y volvió un rato después con la cara lavada y el pelo chorreando. Entonces, me percaté de que no era una jovencita, pero que tampoco era mayor. Y tenía bonitas facciones.

—Si vas a preguntarme qué hago durmiendo en el parque, te aseguro que no lo sé. Fue todo rodado. Me echaron del trabajo porque cerraron el negocio. El paro se acabó pronto, y no pudimos pagar el alquiler, ni los recibos. A los dos meses, nos pusieron en la calle. Mis compañeras de piso volvieron con sus familias, pero yo no tengo familia. Cáritas me ayudaba, pero entonces vi el anuncio del periódico: ofrecían trabajo en esta ciudad. Cogí mis bártulos y vine. Pero no era lo que prometían. Y acabé donde me has visto. Hay gente a quien le gusta vivir así, a mí no. ¡Ni te imaginas lo que he visto en estas tres semanas!

—¿Y el hombre que dormía a tu lado?

—Un viejo que me encontré. Estoy guardando pan y huevos para llevarle un bocadillo. No habla, pero me defendió de un asqueroso, y me permitió dormir a su lado. A él ya no le quedan casi dientes. Yo me las arreglo para lavármelos tres

veces al día. Me obsesiona perder los dientes: es mi último signo de humanidad.

Podía estar metiéndome una trola, pero no sé por qué sus palabras me sonaron sinceras. No parecía una borracha, ni hablaba de cosas extrañas, ni responsabilizaba al mundo de su desgracia.

—¿Y en qué trabajabas?

—Era secretaria. Pero sin idiomas: si hubiera espabilado con el inglés, seguro que habría encontrado algo.

—¿Puedo saber tu nombre?—indagué.

—¡Claro, no es ningún secreto! Me llamo Salomé.

—¡Anda ya!

—¿Por qué me miras de ese modo? Ese es mi nombre. Es bastante común.

Una señal, aquello era una señal. Me encogí de hombros.

—Es que tengo una amiga que se llama así. También es secretaria, y tiene dificultades con el inglés.

—¿Y trabaja?—dijo. Mientras hablaba, había empezado a preparar el bocadillo para su compañero. Lo envolvió en una servilleta de papel.

—Sí, de momento sí. ¿Puedo preguntarte otra cosa?

—Adelante.

—Hace un momento, cuando nos encontramos en el parque, dijiste que nunca habías hecho daño a nadie, salvo para defenderte. ¿Te importaría contarme a qué te referías?

—¿Eres una especie de psicólogo? ¿Estás escribiendo un libro?

—Algo así.

Se lo pensó unos instantes.

—Mira, la calle es una especie de jungla, con sus propias normas. A veces, para sobrevivir, tienes que hacer cosas que no harías en situaciones normales.

—¿Y no te entra después un terrible cargo de conciencia?

—Sí. Una vez herí a un hombre con un trozo de hierro que uso como cuchillo. Iba a hacerme daño. Lo sentí muchísimo, pero mi amigo, el viejo del parque, me aseguró que los malos son los que empiezan las peleas, no los que salen de ellas como pueden. Yo intento no hacer más daño que el necesario. Y siempre digo la verdad: eso es esencial para no perder tu identidad. Eso y la dentadura. Ahora, si tengo que pasar mucho más tiempo en la calle, no sé cómo acabaré. ¿Va bien esa respuesta para tu libro?

—Perfecto. ¿Cuánto hace que no tienes casa?

—Nueve semanas.

—Venga, coge el bocadillo y paga. Me has dejado seco. Te voy a llevar a un sitio...

—Mira, tío, te agradezco lo que haces por mí, pero no vas a conseguir...

—No quiero meterte mano ni nada parecido. Solo voy a ayudarte. Digamos que me recuerdas a mi hermana, aunque soy hijo único... Hay un hostel donde

me conocen. Pagaré dos meses: alojamiento y pensión, y te daré cincuenta euros para que te vistas y compres algo contra los piojos. Pero tienes que prometerme que, en ese tiempo, harás lo imposible para encontrar algo, lo que sea. Ya no me verás más, ¿lo entiendes?

Se le saltaron las lágrimas.

—¿Por qué haces esto? ¿Intentas compensar algo que has hecho mal?

—Más o menos.

—¿Quieres hablar de ello?

—Creo que no. Como bien has dicho, estamos en la jungla y hay que hacer cualquier cosa para sobrevivir.

Dejé a la segunda Salomé en la puerta del hostel, y a Carmen, la mujer que lo regenta, con la boca abierta. Luego, puse rumbo a casa.

Lo que no pude dejar atrás fue el contenido de la conversación. En el camino, intenté ahuyentar esas palabras malditas —« Yo siempre digo la verdad, eso es esencial»—, pero cuanto más me empeñaba en olvidarlas más tenaces se mostraban. De tan tercas decidí coger el toro por los cuernos. Di media vuelta.

En poco más de diez minutos, estaba ante la puerta del Instituto Anatómico Forense. Todavía era temprano, pero sabía por la prensa que los funcionarios habían comenzado con eso que llaman «horario de verano» y entraban a trabajar a las ocho. Faltaba poco para esa hora. Chantal tendría que pasar por allí. Seguramente, estaba al llegar: tenía aspecto de puntual.

Yo era el único ser parado junto al edificio. Todos me miraban al pasar con cierta suspicacia, como intentando adivinar mis propósitos. De haber llevado un cigarrillo encendido en la mano, un montón de carpetas o un vasito de plástico marrón, de los de máquina de café (así lo denominan: café), nadie se hubiera fijado. De haber presentado aspecto lloroso y estado acompañado de familiares o amigos, tampoco. Pero estaba solo, absorto en mis pensamientos, con las manos en los bolsillos y sin más ocupación que esperar: es decir, el prototipo de un malvado terrorista o de un loco con planes suicidas.

La vi llegar, cartera en mano. Andaba deprisa. Su pequeño bolso, blanco y negro esta vez, se contoneaba a juego con el balanceo de sus tacones. Me dedicó una sonrisa enigmática. Quizás no lo fuera, quizás solo estaba cansado y no supe lo que vi.

—Veo que no has dormido mucho, abogado. —Ese fue su saludo. Parecía sorprendida, pero no demasiado. Como si llevara tiempo esperando mi visita.

—El maldito sumario —susurré. No tenía ganas de dar explicaciones. Al escuchar el término, su sonrisa se cerró como la concha de la almeja al sentir una presencia cercana—. ¿Tienes tiempo para un café? O un vasito de aguardiente, si prefieres. O de formol —bromeé.

—¡Claro! —aseguró tras sopesar mi oferta unos instantes—. Deja que entre y me deshaga de esta cartera: pesa. ¿Me esperas aquí?

Lo hice. El sol ya estaba en su sitio y la ciudad despertaba. Lo ocurrido durante la madrugada empezaba a parecerme un sueño o, mejor, una estupidez. ¿A mí qué me iba o qué me venía aquella chica de mala fortuna, llena de piojos? ¿Qué me iba o qué me venía la justicia o la verdad? Porque ¿qué es la verdad? Como ella, había intentado sobrevivir, lograr un tiempo de calma. Al menos, poder cumplir unos años más.

Aun cuando fuera declarado culpable de todos los cargos, con buena conducta y sin antecedentes previos, en menos de cinco años Torino obtendría el tercer grado. Y yo sería, sin duda, la primera persona que visitaría para reincidir.

En la calle se palpaba la normalidad. Es un hedor agradable el de la normalidad. Huele simultáneamente a sopa y a muerto, y a libreta de ahorros, que es lo que parece que más cuenta. Huele a panceta fresca y a noticias caducas, medio verdaderas, medio falsas; mediopensionistas. Huele a todo y a nada, como en un Anatómico Forense.

Se había pintado los labios. Al entrar no los llevaba rojos; al salir, sí. Me pareció una buena señal y me hizo dudar de nuevo. Quizás no fuera buena idea confesar tan pronto. Quizás fuera mejor dejar las cosas como estaban y ensayar una nueva vida: « ¿Qué tal todo? », « ¡Ah, bien, nada de particular! ».

—¿De veras te gusta ese trabajo, siempre rodeado de muertos? —le pregunté, mientras caminábamos hacia la cafetería cercana.

Le saco una cabeza. Ella tuvo que alzar la cara para responderme. El sol le iluminó los ojos y tuve que hacer esfuerzos para no caer allí mismo de rodillas a sus pies. ¡Es preciosa! Pero, enseguida, se impuso la cordura. « ¡Que la vas a joder, Efrén, contento! », me dije.

—Bueno, es un trabajo. Y para tu conocimiento, la mayoría de mis clientes están vivos, aunque magullados. Y a ti, ¿te gusta vivir entre sumarios?

—Preferiría una buena opa, pero no me quejo.

Empujé la puerta de la cafetería y escuché música de cascabeles. Tan bonito me resultó el sonido que cerré y volví a abrir. Chantal se echó a reír con aquella risa primigenia que había logrado cautivarme.

—¿Qué? ¡Es una buena forma de empezar el día! ¿Lo tomas con leche?

—Sí, y con tostadas: no he desayunado.

Me acerqué a la barra y pedí dos desayunos completos. Amagué una sonrisa cuando me senté ante ella. Eso fue todo. Las palabras no me salían. Aunque durante la espera había ensayado varias entradas, se me habían quedado atascadas en la garganta. Se ve que la noche había sido demasiado larga, o demasiado extraña.

—¿Qué ocurre, Efrén? Tienes el aspecto de quien se ha encontrado con un fantasma.

Asentí. ¡Si solo hubiera un fantasma!

—El café te entonará. Además, nos ha tocado un día precioso. Hay que

animarse, ¿no? —Asentí de nuevo, pero ella no me vio. Al instante siguiente, me estaba preguntando por qué me tomaba la tostada a palo seco.

—El régimen —aseveré. Y me sentí fenomenal, porque aquellas dos palabras se habían abierto paso con la espontaneidad de siempre.

—Pues yo, con todo. ¡Me encanta la de naranjas amargas!

Dedicamos los siguientes minutos a hablar acerca de las mermeladas. Pero, de pronto, sin solución de continuidad, dejó los cubiertos y me miró fijamente a los ojos.

—Oye, Efrén, le he estado dando vueltas a la conversación que mantuvimos el otro día. Muchas. Quizás demasiadas, y, en fin... Te pareceré una persona sin corazón o sin moral, pero he llegado a la conclusión de que bastantes sapos tienen los días de cada día para tragarse además los del pasado, o los que corresponden a otros. No puedo dejar que se me enreden en la garganta, no puedo respirar, ¿me comprendes?

En sus frases sueltas se palpaba aún un punto triste, de desasosiego. Se frotaba las manos, probablemente le resultaría más fácil si pudiera rodearse de humo. Pero estábamos en sitio cerrado, donde la norma prohibía fumar.

—Te comprendo perfectamente —respondí.

Y con eso, lo dije todo.

No puedo negarlo. Prefiero la verdad a la mentira; lo transparente a lo opaco. Pero, si tenía que escoger, optaba por la felicidad, aunque tuviera que taparme la nariz, aunque me viera obligado a olvidar hasta mi propio nombre, como pretendía hacer con el de mi padre.

De tal palo...

—Perdona, te he liado con mis cosas. Supongo que tú venías a decirme algo, ¿no?

En ese instante, vino a mi memoria el poema de Goethe: «Así ha de ser: no puedes escapar de ti mismo», y dije con una gran sonrisa:

—Sí, quiero invitarte el sábado al teatro. ¿Te gusta el teatro?

—Me encanta.

—¡Estupendo! Pasaré a buscarte. Ahora debo volver a esa maldita sala de juicio.

Cerré el cuaderno y guardé el bolígrafo: mis confesiones habían concluido. No tenía nada más que contar. Solo esperar: mi destino y el de mis socios de fortuna se dirimía en el interior de la sala que tenía enfrente. Sus puertas estaban cerradas a cal y canto. Los nueve jurados deliberaban; y o, el décimo, muy a mi pesar, esperaba. Salomé y Paco se habían ido.

Nueve horas, doce minutos y cuarenta segundos: ese era el tiempo que llevaba allí sentado. Tenía el trasero con forma de silla anatómica y el estómago resentido, por decirlo con palabras bonitas. Una hora y media antes, un restaurante de la zona les había traído pizzas y más refrescos. Solo refrescos: el magistrado presidente había vetado el alcohol. Ni cerveza ni vino: únicamente agua y refrescos. Después, de eso haría más o menos veinte minutos, el mismo camarero había aparecido con una bandeja llena de tazas y platos blancos de loza y tres jarras-termo. Supuse que contendrían café, leche y agua; aunque podría ser chocolate o leche desnatada. Eso no podía saberlo. También habían traído tarta de manzana partida en trocitos pequeños. Me hubiera comido uno de habérmelo ofrecido, pero no fue así.

Desde entonces, no hubo novedad. Estaba cayendo la tarde. Recuerdo que pensé que no tardarían mucho más, porque debían de estar cansados y deseando volver a casa. El problema era si alcanzaban el consenso suficiente. De no hacerlo, habría que volver a empezar.

Empecé a sentir sueño. Un sopor pesado, lánguido, difícil de superar, y, finalmente, me quedé dormido.

Un ruido, como de loza, me sobresaltó. Al abrir los ojos, vi que la puerta de la sala donde el jurado había estado deliberando estaba abierta. Me levanté tan deprisa que tropecé con las patas de la silla y caí al suelo. Me incorporé torpemente y entré: no quedaba dentro más que el camarero que recogía el servicio de café.

« Me he dejado vencer por el sueño: ¡mierda! Un día entero sufriendo en el paritorio y me pierdo el alumbramiento », pensé. El empleado debió de ver mi azoramiento porque, mientras me indicaba por dónde habían ido, agregó que no me preocupara porque acababan de salir. Si me apresuraba aún podía

alcanzarlos.

Lo hice: volé hasta la sala número dos para escuchar mi sentencia. Por el camino me di cuenta de que no jadeaba como antes y también de que la suerte estaba echada.

Si lo soltaban, estaba muerto.

Si lo condenaban, me mataría el remordimiento.

Porque ya no me queda duda: había ideado la jugada y movido los hilos, era el protervo jurado número diez.

Entré como una exhalación. El chirrido del manillar hizo que todos los presentes girasen la cabeza. Aunque me teñí de rojo cangrejo, no hice caso de los gestos de desagrado. Me dirigí al fondo, hacia mi sitio, que estaba vacío, justo en el momento en que el magistrado presidente preguntaba al portavoz del jurado, nuestro querido Rodrigo, si habían alcanzado un veredicto con el consenso suficiente. El hombre se puso en pie y afirmó con aplomo que lo habían hecho por unanimidad. Los miré uno a uno. El agotamiento se leía en sus caras. Y también la tristeza. Y entonces caí en la cuenta de que su veredicto sería de culpabilidad: siempre resulta triste enviar a un hombre a la cárcel, aunque sea un asesino.

Rodrigo le entregó el folio al oficial y este, sin mirarlo, lo acercó a la mesa del magistrado, quien lo desdobló y lo leyó. Luego, levantó el rostro, por primera vez en el juicio, impertérrito.

—Póngase en pie el acusado.

Lupo se incorporó. La cara de Fulano era un poema; la del procesado no puede describirse con palabras. Se dio la vuelta y miró en la dirección en la que me encontraba y, moviendo muy despacio los labios, me dirigió una frase sin palabras: « No he sido yo » .

La voz de García le hizo girarse.

—Rafael Torino, escuchados los testimonios y calibradas las pruebas presentadas, el jurado popular convocado al efecto ha dictado veredicto de culpabilidad en relación con todos los delitos de los que se le acusa: el asesinato con agravantes de Qiu Liu, tráfico de drogas, blanqueo de dinero...

» Este tribunal dictará sentencia en los próximos días. Será notificada como indica la ley, pero, como le explicará su abogado, no será firme, ya que cabe recurso de apelación ante el Tribunal Superior de Justicia y, frente a la sentencia de este, el de casación ante la sala segunda del Tribunal Supremo. Gracias, señores del jurado, por su tiempo y dedicación, especialmente en estos últimos días. El jurado queda disuelto.

Oculté la cara entre las manos y sollocé, del miedo y la tensión. Y entonces escuché el mismo mensaje, esta vez de viva voz:

—¡No he sido yo, lo juro, no he sido yo!

No levanté la cara. Me prometí que, a la primera ocasión, me tomaría un

helado de chocolate muy grande. Solo. Me dirigí en busca de las entradas para el teatro, pero antes levanté la vista al cielo y susurré:

—Papá, espero que estés contento: he salido a ti. La pena es que no me siento orgulloso.

TERCERA PARTE

Estimado fiscal Pérez:

Junto a esta carta le envío un cuaderno de notas y unos folios sueltos. Ambos versan sobre los hechos que rodearon el asesinato del ciudadano chino Qiu Liu, supuestamente cometido por el inspector Rafael Torino, en cuyo juicio usted intervino en representación del ministerio público. En ellos hallará respuesta a aspectos que, tengo por seguro, en su día le resultaron confusos. Probablemente los tuvo por flecos propios de una instrucción compleja. Al leer lo que adjunto verá que son mucho más que eso.

Escribí el cuaderno durante el juicio, uno bastante distinto del que usted vivió, a modo de seguro de vida. Los folios... los folios sueltos los he escrito hoy, a la luz de los últimos acontecimientos, y a modo de confesión: créame que lo siento de todo corazón. Si pudiera hacer algo, lo que fuera, para enmendar el error, lo haría. Pero no se me ocurre otra cosa que hacerle llegar esta confesión.

Cómo deba usted proceder es asunto suyo, pero, en este momento, escribir es el único antídoto contra mi vergüenza y mi dolor: son tan intensos que hasta respirar me resulta difícil. Tratar con el pasado no parece sensato en ninguna circunstancia: se marchó sin remedio. Hacerlo en una situación como esta, que solo puede acarrearle penas, podría parecer obra de un loco. No tema por eso: lo hago con plena consciencia. En este momento, pedir perdón es una necesidad imperiosa para mí. Sé que, si no le envío estas páginas, nadie conocerá lo sucedido y yo no sufriré las consecuencias. Pero de no enviarlas, la historia seguiría siendo provisional, y mi existencia también.

Por supuesto que preferiría no hablar de ello, callar, disimular y, de ser viable, olvidar, borrarlo todo de un plumazo. Pero no es posible. Algunas cargas deben pensarse o te comen el alma. Por ese motivo tengo la certeza de estar haciendo lo correcto. Vivir en paz (vivir, en suma) resulta de más valor que mantener mi libertad, mi título de abogado o una impoluta colección de antecedentes. Hablar me hace albergar esperanzas de recuperar una vida normal, cuando sea. Hablar, finalmente, me permite restañar la grieta que mi soberbia causó a la justicia.

Le he pasado el problema, amigo mío: lo sé. Pero en este momento, usted, y no yo, encarna el espíritu de la justicia, que no ha resultado tan sorda ni tan ciega como me contaron. Lo que ha ocurrido nunca debió ocurrir, yo no lo busqué ni lo quise; no tomé sesudas decisiones ni dibujé estrategias de combate: sencillamente, los hechos me arrastraron y no me quedó más remedio que formar parte de ellos...

Me doy cuenta de que estas frases saben a excusa. No digo que no. El miedo es siempre un atenuante y, en ese sentido, debo decir que sentí un miedo feroz, negro, experimentado: tanto mi secretaria como yo hemos sufrido en primera persona las palizas y vejaciones de Torino. Le juro por lo más sagrado que estaba vencido de que, si salía libre, él nos mataría.

Mi comportamiento innoce estuvo, sin duda, forzado por el miedo. Mi error no fue tanto padecerlo e intentar evitarlo cuanto utilizar la soberbia para combatirlo. En vez de acudir a usted, que desde el principio me pareció de fiar, decidí actuar por mi cuenta. Me creí superior al sistema, capaz de encontrar por mí mismo una salida de emergencia.

Me equivoqué: la justicia no conoce atajos.

Es cierto que hubo algunos comportamientos que me inclinaron hacia esta decisión. Supongo que de no haber concurrido, en este momento estaría redactando algún testamento en vez de confesando mis faltas. Recuerde que quien me extorsionaba, amenazaba y vejaba hasta hacerme temer por mi vida pertenecía al cuerpo cuya misión era protegerme. La primera idea que a uno se le viene a la cabeza ante un problema similar es acudir a la policía: yo no podía hacerlo. La actitud poco honesta del abogado de Torino, capaz, entre otras acciones, de comprar a un jurado, tampoco nos ofrecía ningún ejemplo edificante: sabía que jugábamos con alguien que empleaba dados trucados...

Sin embargo, cada uno debe ser responsable de sus propios actos. Al menos, los míos fueron llevados a cabo trabajando de paisano y no como abogado. Sé (ahora lo sé) que me faltó altura de miras para pasar por encima de los juegos de artificios y recordar el tacto sutil de los códigos, siempre frescos; el peso de una toga o la voz de la conciencia.

De niño, tenía una panda de tres amigos. Uno ambicionaba ser médico y siempre andaba diseccionando los bichos que recogíamos en el bosque; otro soñaba con levantar edificios inmensos, mirando al sol. El tercero quería ser bombero: era fuerte y valiente. Solía hacernos subir a un árbol para luego rescatarnos: haciéndolo conmigo, que estaba bastante gordo, se rompió un brazo. «¿Y tú que serás de mayor, Efrén?», me preguntó mientras le escayolaban. «Yo seré abogado», le dije, «y llevaré una capa negra de justiciero para proteger a los que no pueden hacerlo solos». Eso es lo que he hecho en esta ocasión: ejercer de justiciero. Lo malo es que, desde que entré

en la facultad, he sabido que la profesión de abogado es opuesta a la de justiciero. En ella, la violencia no es indicio de valor; ni la mentira te termina dando la razón.

He aprendido mucho en estos meses. Cosas sobre mí mismo y cosas sobre la justicia. Cuando esto empezó era un pimpollo inocente, amante de la ley y del orden. Un amante de libro. Como verá, he perdido la inocencia. Sin embargo, ahora creo más en la justicia. Por eso, me duele verme obligado a dejar mi profesión. La justicia, como cualquier nombre conjugado en humano, no es perfecta. Ni lo pretende. Pero, sin ella, este mundo sería mucho peor.

Puede que no lo crea, pero es la pura verdad: lo siento. Estoy avergonzado. Usted estaba en lo cierto y yo equivocado.

Queda a su disposición su más ferviente servidor, que hubiera querido ser un buen abogado.

Efrén Porcina

Como prometí, lo primero que hice al día siguiente de sacudirme aquel juicio fue pasar por la heladería y disfrutar sin prisas, sin dolores ni cargos de conciencia de veinte minutos del mayor y más auténtico placer que la tierra haya dado al hombre: el chocolate. Regresé a casa, puse un CD de Amaral, me subí a la cinta y disolví el pecado corriendo durante una hora y cuarto: noventa y ocho kilos y trescientos gramos bien merecen un poco de sudor. Después, cansado pero satisfecho, recién duchado y oliendo a colonia, recuperé las páginas que, con tanto esmero, había llenado en la silla del pasillo de la Audiencia, las mismas que usted, querido fiscal, puede leer en el cuaderno adjunto y que, como dije, narran los hechos, maniobras y demás accidentes de aquel juicio con jurado.

Había ocultado el cuaderno en un clasificador amarillo de cartón, uno estándar, de gomas rojas, el modelo que empleamos en el despacho para archivar la documentación de los casos. Es una carpeta simplona y aburrida, como yo; tanto que ni siquiera hay que molestarla en camuflarla. Con ella bajo el brazo, puse rumbo a la avenida principal.

El trayecto es corto, apenas diez minutos, y el día resultaba agradable y tranquilo: el calor propio de la estación, matizado por una brisita fresca procedente de la sierra, que arrastraba olor a azahar. A aquella hora, los turistas estaban en plena faena, con sus cámaras, sus *shorts*, sus sombreros, sus botellas de agua y su cara de agotamiento. Me alegré de no ser turista y de llevar pantalones largos: lo de enseñar las canillas peludas siempre me ha parecido grotesco.

De camino, pasé por el hostel. Junto a su anuncio luminoso, patrocinado por Tío Pepe, me pregunté qué habría sido de la indigente de mala fortuna llamada Salomé. Estuve tentado de entrar y pedir noticias a Carmen, la mujer que lo regenta, pero resistí el señuelo de la curiosidad y continué andando. Bastantes líos llegan sin llamarlos, para encima ir en su busca. Además, tenía que llegar antes de que cerraran.

No iba a la avenida principal por gusto. Allí se alza un edificio barroco, con aspecto de pastel de boda de primera, que alberga la sede central de un banco. No soy cliente, pero en sus sótanos hay una cámara de seguridad y, en ella, se

esconde una caja, la número ciento treinta y dos, que Salomé y yo alquilamos el día en que Igor murió. Ya no la necesitábamos, pero no había tenido tiempo de darla de baja. Y ya puestos, había decidido emplearla para guardar mi crónica de aquel maldito juicio.

A la vista del resultado, hubiera debido quemar esas páginas. Sin embargo, no lo hice. Hubo algo en mi interior, una especie de resorte, que me lo impidió. Estaba contento, pero no tranquilo, ni del todo satisfecho. En vez de destruir el cuaderno, entré en el banco y pedí al empleado que abriera mi caja. Muy amable, me condujo por las escaleras enmoquetadas que llevan al sótano, insertó su llave en la ranura, esperó a que yo hiciera lo propio con la mía, extrajo la larga y estrecha gaveta metálica y se retiró discretamente a la habitación contigua dejándome solo.

Como suponía, el habitáculo estaba vacío. No había rastro de dinero. Las drogas también habían desaparecido. No pude menos que echarme a reír, una risa floja, nerviosa, porque lo cierto es que soy idiota: bobo de remate. Todo el mundo había sacado algo de aquel asunto: todos menos yo.

No digo que no asumiera un riesgo, incluso un riesgo considerable, porque lo hizo, pero por él Paco se había embolsado la friolera de cien mil euros, cantidad que le había permitido salir de la ciudad y disfrutar de un largo y confortable descanso. Salomé recibió algún guantazo y un buen susto, pero había conseguido, por fin, unas tetas de su talla, unos labios carnosos y unos miles para adquirir vestidos o comprar amores. Fulano, el no abogado, sigue ejerciendo y facturando sabrosas minutas por sus defensas ilegales. Y a Torino, a su salida, es decir, pronto, con el tercer grado, una succulenta cuenta estará esperándole en Suiza. En cambio yo, que casi me muero de una sobredosis y de una paliza de Lupo, solo había logrado dos fracturas en las costillas y una conciencia escocida.

Lo dicho: un completo idiota.

Traté de alojar la carpeta en la larga gaveta metálica. Ni doblándola cabía, de modo que tuve que sacar el cuaderno y guardarlo sin ella. En aquella superficie tan lisa y tan extensa, parecía tan insignificante e inofensivo que por un momento dudé si no habría soñado todo aquello. Palparme el pecho me sacó de dudas: seguía doliéndome. Avisé al empleado, que procedió a cerrar la taquilla con la misma diligencia y corrección con que la había abierto. Le di las gracias y, con la carpeta vacía bajo el brazo, subí las escaleras, dispuesto a someterme de nuevo a la liturgia de la vida.

Al abandonar el banco, debiera haberme sentido bien. No obstante, me embargaba una enorme tristeza. De haber podido, hubiera salido corriendo. Sé que mi estado de ánimo resulta ilógico: las historias que acaban bien deberían producir alegría, no abatimiento. Lo que acababa de hacer ponía el punto final al corrupto Torino, al camello Igor, al mafioso Liu, a la mordida del miedo y al alucine de la 2CB. Ponía fin al Efrén oscuro, al chantajista, al tipo de los genes

tocados, al hombre odiado que me salía de las tripas sin yo quererlo. Recuperar la libertad, ver retornar la esperanza y las ganas de vivir debería haberme hecho feliz. Sin embargo, no fue así: no deseaba más que olvidarlo, lo cual era imposible porque nuestra historia tenía el regusto de la guerra y del saqueo vergonzoso de los vencedores. Y se me antojó que lo que venía de hacer era enterrar al gordo e inocente Efrén Porcina, al auténtico yo.

Se me saltaron las lágrimas.

Cuando abandoné la entidad financiera empezó a llover. Lo interpreté como una señal y, desgraciadamente, di en la diana: el destino me esperaba en la esquina, y tenía prisa.

Lo recuerdo bien. Aquel día era miércoles. Tres miércoles después, por la tarde, regresé al banco y recuperé aquellas páginas para escribir mi confesión, la que ustedes están leyendo.

De momento, los días sin sorpresa retornaron a Romani y asociados. Mi ritmo cardiaco se normalizó; los despidos improcedentes, los testamentos y los contratos de arrendamiento ocuparon el hueco dejado por la sala dos de la Audiencia Provincial; y el pollo a la plancha y la ensalada volvieron a llenar una vida que nunca volvería a ser la misma. Yo no era el mismo, ni siquiera mi casa parecía la misma: el *affaire* Torino lo había trastocado todo.

El único punto de color lo ponía Chantal, una pequeña pero esencial diferencia, como la sal en el huevo frito: todo y nada. En dos semanas, nos vimos seis veces. Fuimos al cine y al teatro, salimos a cenar, nos reímos... No pasamos de ahí: los buenos guisos se cuecen en olla de barro y a fuego lento.

Como es lógico, se preguntarán ustedes por Salomé. Pues les diré que siguió con sus salvas, que cada vez resultaban más débiles. Lo mencionaba de cuando en cuando, como de pasada, como una retahíla, pero nunca dio muestras ciertas de estar buscando otro trabajo: velaba por los clientes de Romani y asociados, hacía la comida, hacía que limpiaba y, en los ratos libres, repasaba tratados de Criminalística. Sé que abandonó a su amante peluquero porque, de pronto, sus cabellos dejaron de teñirse de colores variopintos. Supe que había encontrado un sustituto en el mismo momento en que noté que cantaba por las mañanas, al preparar la jarra de café. Hace un par de tardes, en el patio, me enteré por doña Emilia de que había encontrado la felicidad junto a un carnicero enganchado a los gimnasios y, a tenor del volumen de sus músculos, hinchados como balones de playa, también a los esteroides.

Ni Chantal ni Salomé volvieron a mencionar a Torino. Y Paco, cuya presencia, sin querer, nos recordaba el episodio, empleó el dinero de Igor para adquirir dos pasajes de avión rumbo a algún lugar lejano, con sol y playa. Desaparecido este, todo se volvía, si cabe, más normal. Cogí el Código Penal, la Ley de Enjuiciamiento Criminal y la Ley del Jurado (este último texto sacado de Internet) y los guardé en un armario: no quería volver a verlos en lo que me restara de vida. Romani y asociados no lleva asuntos penales ni divorcios.

Estaba en ello cuando llamaron a la puerta. Un placer escuchar ese sonido en horas laborales. Equivalía a un potencial cliente, y las cosas estaban muy flojas

por aquel entonces. Salomé fue a abrir, y luego vino a informarme.

—Efrén, ha venido doña Emilia.

Me puse en pie.

—¡Anda, qué curioso! —exclamé. Solíamos vernos en el patio. Charlábamos un poco (mucho más que al principio pero, aun así, poco) y luego ella se dedicaba a su labor y yo a mis papeles—. Ya salgo.

—Es que dice que viene como clienta.

Eso no lo esperaba. Salí a recibirla.

—¡Qué alegría, doña Emilia! ¿Está usted bien?

—Muy bien, gracias a Dios. Vengo porque quiero consultarte algo.

—Pues adelante, siéntese. Usted dirá.

—Quiero saber si puedo cambiar mi testamento.

Sonreí. Lo había supuesto. No hace falta ser un lince: por la edad, estaba claro que mi vecina no tenía problemas laborales ni dificultades con sus proveedores; por su profesión, *sus labores*, resultaba evidente que no pretendía desbancar mediante una opa al accionista mayoritario o enfrentarse a una inspección de Hacienda. No podía ser otra cosa que un asunto testamentario. Mi prosaica vida...

—Por supuesto, doña Emilia: el testamento es suyo, puede modificarlo cuando le plazca y cuanto le plazca.

—¿Y se enterarán mis herederos?

—Si usted no quiere, no tienen por qué. —Acerqué mi silla a la suya. Me incliné hacia delante y le pregunté en confidencia—: Si me dice lo que le preocupa, la ayudaré mejor.

Ella también se inclinó y habló en voz queda, aunque estábamos solos.

—Verás, la única familia que me queda es un sobrino, hijo de una prima segunda. Nunca viene a verme, ni tampoco me llama. Casi no lo conozco y no quiero que se quede con mis cosas.

—Con ese grado de parentesco, no hay problema. Puede usted testar a favor de quien quiera. ¿Ha pensado ya en ello?

Asintió moviendo varias veces la cabeza arriba y abajo.

—Me gustaría dejar mis bienes en manos de una fundación que paga la carrera a los curas pobres del mundo: hay negros, chinos, sudamericanos..., parece el Domund. Es bastante rentable...

La miré extrañado.

—¿Rentable? Es un testamento, doña Emilia, ya no podrá usted disfrutar de los intereses.

Sonrió maliciosa.

—De esos sí: el curita que recibe la ayuda se compromete a celebrar misa diaria por su benefactor, hasta que muera. Es una buena rentabilidad eterna, ¿no crees?

Tuve que hacer esfuerzos para no echarme a reír. En vez de eso le dije:

—¡Usted no necesita misas, doña Emilia, ya es un ángel!

Me palmeó la pierna.

—¡Ay, Efrén, qué joven eres y qué poco ojo tienes! No voy a contarte mi vida, pero créeme si te digo que esas misas me vendrán como anillo al dedo. Pero no quiero que mi sobrino se entere, porque se pondría hecho un basilisco y eso me asusta. Además, necesito que ese cura lo ponga por escrito, y que si, por lo que sea, deja el sacerdocio, le sustituya otro. Con esas condiciones, les legaré mis bienes. ¿Podrías encargarte de redactar el contrato y de hablar con ellos?

—¡Naturalmente! Dígame cómo se llama esa fundación...

Me interrumpió.

—Un momento: antes hemos de hablar de los honorarios. ¿Cuánto me va a costar esto, Efrén?

—Tres misas, doña Emilia —bromeé.

Negó con la cabeza. Abrió el bolso y me tendió una cartilla. Levanté la vista y la miré con ojos inquisitivos.

—Ábrela, Efrén; esos son mis ahorros.

Consulté el saldo: había más de cuatrocientos mil euros.

—¿Pero de dónde ha...?

—Mi esposo tenía un buen seguro de vida y yo gasto poco. Te pido que me cobres lo que creas justo: ni más ni menos, ¿estás de acuerdo?

—Naturalmente, doña Emilia. Mañana mismo me pongo con ello: he quedado para cenar y...

—¿Una chica?

—Sí. Y muy mona: a ver si viene por aquí y se la presento.

—Me alegro mucho. Te mereces un poco de felicidad.

Felicidad, gran palabra. Pero ya se sabe que los sueños siempre son reales, mientras que la vida es metafórica. El martes por la noche, ya de madrugada, sonó el teléfono. Eran las dos y media. Naturalmente, el ruido me despertó. Del otro lado de la línea me llegaron los tonos de la voz de Chantal, más dura de lo habitual. Habíamos ido al cine aquella tarde. Nos habíamos reído de lo lindo viendo *Intocable*.

Ni siquiera se disculpó por lo intempestivo de la hora.

—Efrén, ha ocurrido algo que, creo, debes saber. Como te dije, esta semana estoy de guardia. Hace una hora me han llamado de la prisión para darme el aviso: han encontrado a Rafael Torino muerto en su celda. Al parecer, se ha suicidado. Hasta que no han hecho la ronda no se han dado cuenta. He avisado al juez. No es necesario pero, en casos como este, es preferible que venga y nos acompañe.

No supe qué responder: la noticia me había quitado el sueño de un plumazo y me había dejado de piedra.

—¿Sigues ahí?

Asentí varias veces, aunque, claro, ella no podía verme.

—Sí, sí. Es que..., en fin, que la noticia me ha pillado desprevenido... Quiero decir que de Torino no me lo esperaba. ¿Estás segura de que está muerto?

—Lo ha certificado el médico de la prisión; supongo que estará en lo cierto — señaló con acidez.

Por descontado, había sido una pregunta estúpida. Pero cuando a uno lo arrancan del sueño de esa manera no puede esperarse un comportamiento procedente y razonado.

—Me parece muy prudente que te hagas acompañar por el juez. Al fin y al cabo, Torino había sido policía y estaba en prisión.

—Así es. También he llamado a la doctora Pernas. Esta vez, las dos firmaremos un informe consensuado. Efrén...

—Dime.

—¿Te das cuenta de cómo los errores nos persiguen? Parece que tuvieran sombra.

No respondí. La animé lo mejor que pude y colgué. Luego, me arrojé con la colcha: estaba temblando. Me costó horas entrar en calor.

El fallecimiento del inspector Rafael Torino me mantuvo despierto el resto de la noche. No esperaba que hiciera tamaña tontería. Ni que la hiciera tan pronto. Ni siquiera había pasado un mes.

A alguno de sus colegas, según me narró Chantal, no les había sorprendido. Decían que entraba dentro de lo posible. Abrirse camino, sin armas ni placa, en un entorno hostil, en el que eres pieza frágil y vulnerable, no resulta sencillo y no todos lo consiguen. Psicológicamente hablando, insistían, pensar en treinta años de reclusión «entre viejos amigos» se veía como enfrentarse a una eternidad en el infierno.

No digo que no tuvieran razón. Ellos lo conocían mucho mejor que yo. Sin embargo, a mí no me cuadraba. Con Lupo no: la autodestrucción es obra de seres débiles, no de un miserable que se las ha visto con gente de todo pelaje y se las ha arreglado para salir ileso cuando no con el bolsillo lleno. Era posible, sí, pero improbable, que un chulo, un matón, el capo del barrio no lograra hacerse un hueco entre aquellas rejas.

—Una depresión. Esa es una de las explicaciones más plausibles —comentó Chantal al notar la extrañeza en mi voz. Me había telefoneado de nuevo por la mañana, al abandonar la cárcel—. Según nos dicen, últimamente se había mostrado silencioso y cabizbajo. Llevaba dos días sin probar bocado y no hablaba con nadie. Y parecía ido.

—¿Puedo saber cómo ha sido?

No sé por qué pregunté eso. Puede que fuera simple curiosidad, aunque, en realidad, creo que quería certificar que estaba completamente muerto.

—Sobredosis. Lo han encontrado los guardias en su celda, frío y con el rostro azulado. Ha debido de engullir unas cuantas pastillas idénticas a las que se encontraron en su casa. No sabré la cantidad hasta que no hagamos la autopsia, pero no habrán sido pocas: dos pastillas han aparecido junto al cadáver; otra, en la boca, a medio deshacer. Y como sé que me vas a preguntar, me anticipo: no me ha parecido ver marcas, contusiones u otras lesiones que indiquen que alguien le haya forzado a tragárselas. Además, la celda estaba cerrada. Ahora lo que investigan es cómo se las arregló para quedarse con parte de la droga,

introducirla en la cárcel y ocultarla entre sus cosas.

Al escuchar su comentario, la sangre me subió a la cabeza. Me golpeó las sienes con tal fuerza que me mareé. No podía creerlo. Torino no daba el perfil del suicida, ni del de un depresivo. Acaso se dejó llevar por un momento de angustia. Una locura transitoria. Pero no era lógico: con buena conducta, en pocos años obtendría el tercer grado y un montón de dinero le esperaría fuera. Era tal mi confusión, si es que se puede llamar así, que cuando vi la esquela en el periódico decidí asistir al sepelio.

Por lo que pude leer, la esquela era sufragada por el cuerpo de policía. No era un funeral al uso; quiero decir que no se mencionaba ninguna ceremonia religiosa o un lugar donde reunirse para hablar de las bondades del muerto. Se podría decir que era, simplemente, una esquela informativa: refería dónde tendría lugar la cremación del cuerpo y cuándo. Como digo, no tenía ninguna razón de peso para acudir; es más, ni siquiera hoy puedo dar razón de por qué lo hice, pero el caso es que me acerqué al garaje, me subí al coche y conduje hasta el lugar.

No hubo una muchedumbre en aquel acto. Ni siquiera podría hablarse de un nutrido grupo. Más bien, no hubo nadie: conté un total de quince personas, ninguna de uniforme (aunque, en su forma de desenvolverse, llevaban escrita su procedencia); de entre ellas, solo una mujer: una chica bastante joven de caderas muy anchas. No había padre ni madre, de lo que deduje que Torino debía de ser huérfano. Tampoco estaba el inspector Jaramillo: o era un desagradecido, o se había vuelto a los Estados Unidos. Quise pensar que la segunda opción era la correcta.

Lo sea o no, estaba claro que Torino se había ganado pocos amigos a lo largo de su vida. Aunque, tratándose de amigos, quince es una cifra más que respetable. Mientras pensaba en eso, medio oculto en el fondo de la sala, me vino a la cabeza que quizás aquella gente figurara entre sus enemigos y que, alguno de ellos, como yo, deseaba inconscientemente certificar que el agente Lupo había desaparecido para siempre.

Debíamos de estar a treinta o treinta y dos grados, y mi garganta anhelaba el contacto con el agua fría. El sitio tenía una máquina expendedora, con vasos de plástico, como en los gimnasios, pero resultaba tan desagradable que ni me acerqué. Oía mal. Sin pretenderlo, busqué entre la variedad de emociones posibles algo que sentir. No encontré nada adecuado, hasta que ocurrió: entonces el sentimiento de pena llegó solo.

Estoy hablando del empleado de las pompas fúnebres. Pasado un rato largo, en el que salí y entré de la sala un millón de veces, tuve ocasión de presenciar el acto final, una imagen de pobreza absoluta. Solo siete personas permanecimos al pie del cañón. Seis conversaban en voz queda; yo continuaba detrás. El operario salió sigilosamente de detrás de la cortina. Llevaba una urna en la mano. Se

colocó en el medio del grupo, pero nadie se acercó a recogerla. Miró a su alrededor, confuso. Ninguna de aquellas personas quería hacerse cargo. Avancé un poco. Miré sus rostros y escudriñé sus gestos: no parecían los de gente destrozada por la pérdida. Solo eran conocidos, que ya habían hecho suficiente.

Finalmente, la mujer de anchas caderas se abrió paso y extendió los brazos.

—Vale, y a lo haré y o. Dijo que al mar, ¿no?

Todos asintieron.

Mientras salían escuché un último comentario.

—Era un cabrón, pero no merecía terminar así. No, señor —señaló la mujer. Y luego me miró.

La culpabilidad se adueñó de mí de tal manera que salí de allí decidido a confesar. Busqué a la única persona a quien aquello podía interesar.

La invité a cenar. Escogí un restaurante indio, perdido en una callejuela estrecha, recta como un anillo, cercana al Ayuntamiento. Lo regenta un sevillano muy simpático que anda por los treinta, aunque tiene barriga de sesenta. En sus años *hippys* se echó una mochila al hombro y se marchó a la India a encontrar la paz universal o algo por el estilo. Lo que encontró fue a una mujer de armas tomar. Regresó con ella, un hijo y ganas de comer y dormir decentemente, algo que se hace mucho mejor en España que en la India, pese al buen karma, pese a Gandhi.

Le resolví un problema fiscal, con bastante éxito, ya que de nuestro escarceo con la Real Hacienda logró sacar lo suficiente para montar el restaurante. No suelo ir por allí (el régimen me tiene prohibido el arroz), pero aquella vez les pedí el favor. Era su día de descanso, de modo que estaríamos solos y, como estarían oficialmente cerrados, Chantal podría fumar a sus anchas.

Chantal vestía íntegramente de blanco, y estaba espectacular. Le había dado el sol y tenía las mejillas sonrosadas, lo que contrastaba con la luminosidad de la tela. Yo no recuerdo qué llevaba puesto, pero sí que, cuando entramos, Antonio, mi cliente, dormitaba sobre el periódico, mientras su mujer pasaba interesada las páginas de un número atrasado de la revista *¡Hola!*

Nuestra mesa estaba preparada: velas olorosas, palitos de incienso, flores y un cenicero de cristal. Nos sirvieron un poco de todo y no hablamos casi de nada, cosas sin importancia: política, fútbol, cine, su trabajo, mi bufete; cualquier cosa antes de hablar de Lupo, cuyo fantasma merodeaba a nuestro alrededor como un león rugiente. En un momento de silencio, entre plato y plato, aproveché para comunicarle mis dudas.

—Ese suicidio no tiene sentido, Chantal. Torino no daba el perfil.

Chantal negó con viveza, mientras metía su tenedor en mi plato. Está muy delgadita, pero come como una lima.

—Suicidarse es un acto sin sentido: no busques tres pies al gato. Está muerto. Punto. ¿Por qué le das tantas vueltas? Ni siquiera lo conocías personalmente — indagó.

No supe qué contestarle y lo dejé correr. A los postres, sin embargo, me

atreví a preguntarle cómo se encontraba. Me sonrió. Eso fue todo. Después sugirió que pidiéramos un té. Visto lo visto, decidí tomar las riendas. Torino estaba muerto pero yo no: de no arreglar pronto aquel asunto, terminaría minando mi relación con Chantal.

—Me gustaría contarte algo, pero estoy seguro de que no te va a gustar —afirmé—. Lo cierto es que a mí tampoco: quedo bastante mal.

—Pues si no me va a gustar, no me lo cuentes. A veces, la ignorancia es una buena medida —respondió.

—Tengo que hacerlo. En parte, tiene que ver contigo. O, más bien, con ese maldito caso. Voy a pedirte que me escuches, que intentes no juzgar a la ligera. Sí, cuando termine, no quieres volver a verme, lo comprenderé, aunque me dolerá muchísimo. Desde el día en que te vi en la sala de la Audiencia, cuando ocupaste mi lugar en la última fila, supe que eras la mujer de mi vida. No me hace mucha gracia imaginarte sacando y metiendo los intestinos a la gente, pero, con eso y con todo, lo aceptaré.

—No quiero oírlo —replicó tozuda.

La observé mientras me hablaba. Sostenía la taza de té entre las manos. El humo subía por sus mejillas morenas. En aquel momento, no era la misma que había conocido, le faltaba esa chispa, esa alegría que tanto llamó mi atención. Busqué la complicidad de su sonrisa acariciándole suavemente la mano, pero no obtuve respuesta. Entonces, volví a sentir miedo, como la otra vez, ante la puerta del Anatómico.

Y decidí guardar silencio.

—De acuerdo, como quieras. Pero creo que es un error...

Me cortó.

—¿Algún día me llevarás a bailar? Es lo que más me gustaría en este momento.

—Cuando quieras. Ahora mismo, si te apetece.

—Ahora no, estoy hecha polvo, pero podría ser el martes. Acaba mi guardia: ya no me molestarán.

—El martes entonces.

No pudo ser.

De nuevo, el destino nos fastidió el plan.

Podría decir, sin temor a exagerar, que el de aquel martes fue uno de los peores almuerzos de mi vida. No por las viandas (era mi día de legumbre, y estaba comiendo unas magníficas lentejas) sino por el maldito teléfono. Sonó cuando acababa de sentarme. Miré la pantalla. Era un número muy largo, que reconocí como extranjero. Me dio miedo responder y dejé que continuara taconeando. Una cucharada de lentejas después, recibí un mensaje: «Cógelo, soy yo. Es importante. Paco» .

Me paré a pensar por qué Paco querría hablar conmigo con tanta urgencia. Las conferencias desde la exótica playa donde se encontrase debían de salir caras. Además, el investigador solo podía ser portador de malas noticias o, al menos, de nuevas sobre un pasado que no sentía deseo alguno de evocar. Lo dejé correr y volví a centrarme en el almuerzo, que empezaba a quedarse frío.

Un minuto después, el aparato estaba de nuevo sonando. Lo ignoré. El ruido cesó, pero regresó unos instantes después. Me pasé la lengua por los dientes, donde pequeños trozos de cebolla se habían quedado alojados, y me di por vencido.

—¿Sí?

Mi tono daba a entender, con suficiente claridad, que aquella no era la conversación que quisiera estar manteniendo. Reconozco que mi brusquedad carecía de sentido. Paco no era más culpable que yo (ni más inocente tampoco); sin embargo, su nombre me hacía sentir mal, no sé: me ponía en evidencia.

—¡Por los pelos del bigote de mi suegra, Efrén! ¿Dónde andabas? ¡Te he llamado un millón de veces!

—Tenía el almuerzo en el fuego, y no podía responder. Dime, Paco, ¿estás bien? Porque no se me ocurre qué puede ser tan importante para que me llames desde tan lejos, salvo que sea por algún problema de salud. Nos va a costar un dineral a los dos, y yo no ando precisamente sobrado...

Me interrumpió.

—¡No, no, nada de salud! Es por Torino.

En ese momento, caí en la cuenta.

—Entiendo, supongo que acabas de enterarte. Lo cierto es que yo no lo

esperaba, pero algunos de sus amigos sí. Ya no hay remedio. Las forenses han dictaminado suicidio. No quisimos molestarte con la noticia estando de vacaciones...

—No llamo por eso. Del suicidio me enteré en su día, quizás antes que vosotros. Es otra cosa: ha ocurrido algo más.

Me detuve un instante a sopesar lo que decía, y a que no tenía sentido.

—¿Has dicho más? Está muerto, ¿qué más puede ocurrirle? ¿Acaso han profanado su tumba? No, espera: tampoco podría ser. Lo incineraron: yo estuve presente.

—Aunque te parezca mentira, ni siquiera la muerte es capaz de cerrar este caso. Hay algo más, algo importante que no puedo contarte por teléfono.

—Tío, te juro que estás poniéndome nervioso y...

Me interrumpió.

—Efrén, abre el *e-mail*. Te acabo de enviar los detalles por esa vía. Verás dos archivos: el más extenso incluye las declaraciones de Gómez-Nieve, un antiguo colega infiltrado en la banda latina de narcotraficantes; el segundo es un informe balístico. No hace falta que lo entiendas, solo mira las conclusiones. Si después de leerlos quieres que hablemos, llámame a este número. Tú verás si quieres hacer participe de esta información a Salomé. Es fuerte, no me cabe duda, pero también algo inestable, y quizás... No sé qué será mejor. Decide tú, es tu secretaria.

No terminé el plato de lentejas. Atacado por la curiosidad, corrí al despacho, introduje las claves en el ordenador y abrí el correo electrónico. Allí estaba lo prometido. Lo abrí. No venían acompañados de ningún texto, ni el mensaje estaba firmado, pero dos archivos con títulos *One* y *Two* habían sido adjuntados.

Descargué el primero. Constaba de doce páginas. Lo leí con prisas y transversalmente. Tengo que reconocer que el primer vistazo me dejó frío y que no entendí gran cosa. Como el detective había dicho, se trataba de un informe de balística, elaborado por el gabinete de investigación de la Dirección General de la Policía. Hablaba de agujas percutoras y de fulminantes del cartucho, de propelentes y gases, de la boca de fuego, de 9 milímetros corto y Parabellum, de la empresa Santa Bárbara y de otros fabricantes belgas y portugueses, y de cosas por el estilo. Recordé la advertencia de Paco y fui directamente a las conclusiones y al resumen final. Entonces lo comprendí: pedían a la citada unidad confirmar o desmentir si determinadas muertes podrían tener relación con los elementos balísticos aparecidos en otros dos casos. Contaban con un número determinado de balas 9 milímetros Parabellum extraídas de sendos cadáveres y de la escena de un tiroteo en la ciudad, y otras balas halladas en crímenes precedentes, y debían llegar a la conclusión de si todas ellas habían sido disparadas por una misma arma y si esa arma era o no la que posteriormente habían localizado.

Había leído en el periódico la noticia de ese tiroteo. En él habían fallecido cuatro hombres extranjeros, y una mujer asiática había sido herida de gravedad. Al parecer, todos ellos pertenecían a bandas de narcotraficantes que operaban en la ciudad. Les ahorro los detalles y voy a lo esencial: tras comparar las características de las balas halladas en los tres escenarios, los expertos establecían la uniprocedencia de las marcas, es decir, que habían sido producidas por la misma arma de fuego, la hallada en la última escena.

Con la curiosidad picándome cada poro, abrí el segundo informe. Constaba de veinte páginas y contenía un extracto de las declaraciones del agente Gómez-Nieve, infiltrado en una banda latina de narcotraficantes, y herido en el tiroteo que acabo de comentar. Tras leer las dos primeras líneas, hube de sentarme. Transcribo íntegramente lo que allí se decía. No tiene desperdicio. Luego, juzguen ustedes mismos.

Era una noche normal, típica. Estábamos en el bar, sin hacer nada, bebiendo tequila y escuchando música. Las chicas entraban y salían. Aparecieron de pronto. Bajaron de una furgoneta negra, de cristales tintados. Lo menos eran ocho, inconfundibles por sus rasgos asiáticos y por su forma de actuar. Iban armados hasta los dientes: pistolas y subfusiles. Vi hasta una granada. Uno de ellos, un tipo muy joven de corta estatura, llevaba la voz cantante. Empuñaba una pistola que movía a un lado y a otro mientras daba órdenes a gritos. En poco más de un minuto nos rodearon. Automáticamente, los latinos habían sacado también su artillería. Las mesas del bar nos proporcionaban escasa protección; aun así, nos situamos detrás, usándolas de parapeto.

Las fuerzas estaban tan equilibradas que aquello solo podía terminar de dos formas: o en un baño de sangre o en una negociación sin un solo tiro. No cabían más opciones. El chino jovencito levantó la mano. Todos sus compatriotas se pusieron en tensión y aguardaron expectantes. Con cautela, pero con el dedo en el gatillo. Uno de ellos se acercó a la furgoneta y abrió la puerta del copiloto. Los latinos no quitaban ojo.

Descendió del vehículo una mujer enjuta, no demasiado joven, pero tampoco vieja. Vestía como si estuviera en la China comunista y se sujetaba los cabellos en un moño bajo, como hacen los campesinos. Avanzó a pasos cortos hacia nosotros. Su rostro era mayestático. No iba armada: evidentemente, tenía sangre fría. Se puso delante de sus hombres. Los latinos se decepcionaron al verla. Y debo reconocer que yo también. Como todos, había oído hablar de La mā, pero me la había imaginado de forma muy distinta.

Al verla, don Rodrigo emergió de entre las mesas y se colocó enfrente de ella, a poco más de tres pasos. Contaban más o menos con la misma edad, pero, comparado con su pequeño cuerpo, la enorme panza del mexicano me hizo pensar en un león frente a un cordero. ¡Qué equivocado estaba! El rostro de la mujer no se inmutó. De hecho, no pareció experimentar la más leve agitación. Su única reacción fue estirarse las mangas de la chaqueta azul. Yo no paraba de rezar. En vista de la reacción, don Rodrigo sacó un puro habano del bolsillo de la chaqueta y lo encendió. Tras la primera calada, ordenó a sus hombres bajar las armas y

habló a la mujer con mucho respeto.

—Buenas noches, señora mǎ. Es un placer saludarla, ¿puedo ofrecerle alguna bebida? ¿Quiere sentarse? ¿Acaso se le ofrece otra cosa?

La mujer no se anduvo por las ramas.

—Han violado ustedes nuestro acuerdo. Han traspasado las fronteras de su territorio para entrar en el nuestro. Me deben medio millón de euros.

Su castellano era más que aceptable y su mensaje inequívoco. Los latinos volvieron a empuñar las armas. Con un gesto de la mano derecha, con la que sujetaba el puro, don Rodrigo les indicó que se tranquilizaran.

—No hay ningún acuerdo firmado, señora mǎ, y usted lo sabe —apuntó. Su sonrisa amable había desaparecido—. Pero siempre estamos dispuestos a negociar.

—No tiene usted nada con que negociar. Salió de su territorio y entró en el mío. Error. Me debe quinientos cincuenta mil euros.

—¡Hace un instante dijo medio millón! —protestó.

—En efecto. Los intereses son de cincuenta mil euros por minuto. Págueme y no le guardaré ningún rencor. Haga cualquier otra cosa y sepa que su suerte habrá acabado para siempre. Y con usted, la de su hija.

Don Rodrigo tardó un instante en recuperar el habla.

—¡Maldita china, como se te ocurra tocar a mi hija te sacaré las tripas! —chilló.

Había empezado a sudar y hablaba atropelladamente. Ella, por el contrario, mantenía al mismo tiempo la tranquilidad y la mirada acerada.

—Sepa, señor, que la señora mǎ ordenó la muerte de su propio hijo, mi hermano pequeño, Qiu Liu, quien insensatamente se atrevió a desobedecer las órdenes de la triada y decidió trabajar por su cuenta. Yo mismo lo ejecuté con esta arma. Si con él no tuvo piedad, con su hija mucho menos —escuchamos de boca del hombre que parecía capitanear aquellas tropas.

No sé si el discurso causó el efecto esperado o se trató de un simple acto de sentido común, pero don Rodrigo pareció recuperar la compostura y añadió:

—Pues le doy mi más sentido pésame, señora. Matar al hijo de tus entrañas no es fácil, yo también me vi obligado a hacerlo. Digo misas en su honor todos los días dieciocho del mes. Sin embargo, me gustaría dejar algo claro: matarnos unos a otros no va a hacernos ricos a ninguno de los dos. Si es cierto que mis chicos se excedieron, la compensaré, pero los suyos también han hecho de las suyas. A cambio de mi pago...

—Nada a cambio. Vámonos. Confío en no tener que volver.

De pronto, dentro del bar, se abrió una puerta lateral. El zumbido de la música llenó el espacio interior y salió a la calle. Una chica semidesnuda irrumpió en escena. No hizo nada, no dijo nada, pero, en la confusión, alguien la tuvo por un peligro y disparó. Luego, llegó el fin del mundo.

Recibí un balazo en la cadera y otro en el hombro. Cuando caí al suelo, me topé con el cadáver de don Rodrigo. La mujer estaba a su lado, herida pero impasible. En vista de lo ocurrido, repté por el suelo y me escondí en el interior del local. Primero llegó la policía municipal, luego la caballería. Sé que me recogió una ambulancia, que me administraron un tratamiento de urgencia y que luego, en el hospital, me operaron.

Me dijeron que únicamente rescataron cuatro cadáveres. Eso no refleja lo que ocurrió: puedo certificar que hubo más bajas por ambos lados. Supongo que, en la medida en que el tiempo y los medios lo permitieron, cada uno recogió a su gente. Me extraña que dejaran a la señora mā, salvo que su hijo pensara que había llegado su momento.

Sé que recuperaron varias armas, una la de ese cabecilla chino. Estoy convencido de que, con ellas, se podrán resolver muchos crímenes silenciados. Tanto unos como otros son unos sanguinarios. Me alegro de haber salido de ese mundo. No quiero regresar...

No era noche de espíritus, pero juro que me sentí como el primero de noviembre.

Leí cientos de veces esa confesión y llegó un momento en que, en cuanto cerraba los ojos, se apoderaba de mí la imagen de Torino, en la sala, mirando hacia atrás y chillándome que no había sido él, que era inocente.

Y lo era.

¡Maldita sea: lo era!

Rafael Torino, alias Lupo, era un capullo, pero era inocente. Nos había robado, había prostituido su profesión, me había maltratado con saña y encono, pero no había matado a Qiu Liu. Le habíamos colgado un asesinato que no había cometido. Y de pura desesperación se había suicidado.

Empecé a ahogarme: no podía respirar. Necesitaba que el aire entrara en mis pulmones. Salí al patio, vacío, y me senté en una de las sillas tapizadas en rayado azul. Me sentía como una auténtica mierda, digno hijo de su padre, y eso que él no había pasado de chantajista.

Oculté el rostro entre las manos y rompí a llorar.

No sé cuánto tiempo pasé en aquella posición, lo que sé es que, de pronto, sentí que alguien me acariciaba tímidamente la cabeza.

—¿Qué ocurre, Efrén? ¿Es por esa chica? —escuché. Era la voz de mi dulce vecina.

Negué con la cabeza y otra vez me pudo el llanto. Doña Emilia arrastró su silla de espadaña hasta colocarse a mi lado.

—Cuéntamelo. Te hará bien.

Y se lo conté. Estuvo unos instantes, no muchos, en silencio. Luego, me preguntó qué pensaba hacer.

—Voy a irme a mi casa, escribir una confesión y enviarla, junto con mi cuaderno de notas, al fiscal que llevó el caso Torino. Él sabrá qué hacer...

—¿Estás seguro de querer hacer eso? Yo no entiendo de leyes, pero imagino que, si confiesas, pueden meterte en la cárcel, algo que no resucitará a ese policía. Además, si lo piensas bien, Efrén, dadas las circunstancias, hiciste lo que pudiste...

—No, doña Emilia: entre cometer y padecer injusticia, un hombre de bien debe siempre escoger el papel de víctima; un abogado, con más razón. Yo elegí mal: por eso ahora debo rectificar.

Me sujetó la mano con cariño.

—Ya has rectificado: te has arrepentido. No puedes cambiar el pasado: ese policía corrupto está muerto.

Negué con la cabeza.

—Si hay una cosa que he aprendido en estos meses, doña Emilia, es que en el Derecho no hay salida de emergencia.

—¿Y qué crees que hará el fiscal?

—No me cabe duda de que hará su trabajo: tiene material de sobra. Me condenarán y me inhabilitarán durante el tiempo que dure la condena. El papel de Salomé está muy difuminado en la historia y no he dado pistas para que pueda identificar a Paco: no quería hacerles pagar por mí. El que, sin embargo, puede pasarlo mal es Fulano. El fiscal, sin duda, lo reconocerá. Pero, en fin, eso ocurrirá en el futuro. De momento, tengo que ponerme en marcha. El banco donde tengo escondido el cuaderno abre por las tardes. Acudiré ahora mismo y lo recuperaré. Luego iré a casa, prepararé esa carta y meteré ambas cosas en un paquete. Cuando Salomé regrese mañana por la mañana, le pediré que se acerque a correos y lo envíe certificado... Gracias, doña Emilia, por escucharme y por no haberse avergonzado de conocerme.

—En absoluto, Efrén. Me alegra mucho conocerte.

Pasé por el banco, regresé a casa, escribí la carta, me tragué dos pastillas para dormir y me metí en la cama. No logré pegar ojo.

Por la mañana, dejé mi vida en manos de un tipo apellidado Pérez, que sabía cuánto valía la justicia.

EPÍLOGO

Salomé salió de Romaní y asociados subida a sus zapatos de plataforma. Mascaba un chicle de menta y canturreaba al son de la música que salía de su iPod. Llevaba un paquete en la mano. Iba a correos, edificio que estaba a poco más de cinco minutos a pie de su lugar de trabajo.

Cuando llegó, en la misma puerta, se topó con alguien que conocía.

—¡Doña Emilia, qué sorpresa! Hace mucho que no coincidíamos. ¿Qué le trae por aquí, espera alguna carta?

—Algo así. ¿Y tú qué tal, Salomé, vienes por ese paquete?

—Pues sí. Es un encargo de Efrén: me ha pedido que lo envíe certificado. Debe de ser importante porque se ha puesto muy pesado insistiendo en que saliera cuanto antes.

Mientras hablaba, a la secretaria le sonó el móvil. Miró la pantalla y sonrió.

—Es mi novio, doña Emilia —explicó con voz melosa.

—¡Ah, pues tendrás que contestar! Por qué no lo hacemos de este modo: dame ese paquete y yo me encargo de enviarlo. Total, tengo que estar aquí. Así tú hablas tranquila.

—¿Haría eso por mí?

—Naturalmente. Lo enviaré certificado.

—Si es tan amable. Tenga: diez euros.

La anciana los cogió.

—Vete a casa, Salomé: te llevaré las vueltas cuando regrese.

Salomé asintió y, con voz melosa, respondió al teléfono. En cuanto la vio alejarse, doña Emilia asió férreamente el paquete y regresó a casa. Lo abrió y leyó la carta; luego, de cabo a rabo, el cuaderno.

Suspiró, mientras volvía a introducirlo en el sobre.

—¡Vaya a un lío en que te has metido, Efrén!

Estuvo unos instantes dudando, pero no fueron muchos. Se levantó, buscó en las Páginas Amarillas el número del Colegio de Abogados y les telefoneó. Respondió una señorita muy amable, a la que pidió el nombre y teléfono del mejor despacho penalista que hubiera en la capital. La joven le habló de los grandes profesionales de la provincia, empezando por Fulano, pero ella no cejó

hasta obtener lo que buscaba.

De inmediato, los telefoneó. Solo necesitó dos frases para que la atendiera un abogado, que la escuchó con suma atención. Consiguió resumir el caso en apenas cinco minutos.

—Ese es, más o menos, el problema. ¿Puede usted ayudarme?

—Verá, señora, en cuanto cuelgue hablaré con el socio que posee más experiencia en este tipo de asuntos y le llamaré para exponerle las posibles soluciones, pero, de entrada, debo rogarle que, bajo ningún concepto, envíe ese cuaderno: es un suicidio.

—Yo también lo creo, pero no voy a poder hacerle caso, joven. Debo respetar su voluntad: él desea confesar. Necesita confesar: está avergonzado y se siente como un bastardo.

—¡Por supuesto! Le ayudaremos, por eso no se preocupe. Pero hay muchas formas de hacer una confesión: lo propio de un abogado es ofrecer la mejor defensa posible a su cliente, incluso si este pretende confesar un delito.

—Lo sé, joven: pero, compréndame, no deseo perder su amistad.

—Lo entiendo. ¿Al menos podría hacer una copia del cuaderno y las notas?

La mujer dudó unos segundos.

—Creo que eso puedo hacerlo, sí.

—Querida señora, ¿y no podría usted utilizar esa labia que Dios le ha dado para convencer a su amigo de que hable con nosotros antes de enviar ese paquete? Le aseguro que no trataré de disuadirle. Pero podemos ayudarle a confesar sin suicidarse...

—Pues no lo sé, pero si quiere lo intento...

—Se lo agradecería mucho. Es usted una mujer muy persuasiva, estoy seguro de que lo logrará. La verdadera justicia no está reñida con el sentido común, ¿sabe? Espero su llamada...

Cuando doña Emilia colgó el teléfono, fue a la mesilla y recogió sus queridos folletos. Les dio un largo beso, suspiró y dijo en voz alta:

—¡Lo siento, curitas, creo que no os podré dar todo el dinero que había previsto! Tengo que ocuparme de un amigo...

AGRADECIMIENTOS

Disfruto escribiendo, por eso lo hago. No necesito excusas. Pero, en este caso, poseo una inapelable: me he criado rodeada de tomos de Aranzadi, con lomerías de piel; soy hija de jurista; una de mis hermanas es magistrada; otros dos, abogados, y una de mis hijas estudia Derecho. Tengo en mi haber que una juez ha protagonizado mis últimas cinco novelas; sin embargo, aún tenía una deuda con el fascinante mundo de los abogados, grandes desconocidos de la literatura española, hasta la llegada de este premio: me enorgullece formar parte de su historia y agradezco las atenciones de quienes, de una u otra manera, han tenido que ver con esta publicación, en especial a Carmen Fernández de Blas y a Javier Ponce.

Como el abogado por su cliente, yo siento un reverencial respeto por el lector. Por eso, repaso mil y una veces los textos, me pateo todos los escenarios y me rodeo de benditos y generosísimos amigos y asesores que pulen las aristas de mis ideas y suplen mis torpezas. Como la abogacía es una profesión compleja y llena de matices, fiel a mi costumbre, me puse en las expertas y afabilísimas manos de Juan Manuel Fernández, presidente del TSJ de Navarra; de Mercedes de Ávila y Eduardo Ruiz de Erenchun, del muy Ilustre Colegio de Abogados de Pamplona; de Fernando Valbuena, policía nacional; de Javier Urdiales, abogado y gerente de la facultad donde trabajo, y de Chus Buitrago, forense. Como siempre, he contado con la crítica certera de Juan Pastrana, que, desde hace veintiocho años, es el primer lector de mis manuscritos, y quien me brinda las más agudas propuestas para mejorarlo; la segunda es mi estupenda agente: Antonia Kerrigan. Me siento en deuda con todos ellos por muchos motivos; en especial, por su amistad. Sí, pese al esmero, resta algún error, sin duda me pertenece.

Hay dos actitudes ante la vida: el conformismo y la revolución. Nunca he sido conformista. Mi presente es *casi* idéntico al de cualquier otra mujer que haya cumplido cuarenta años más IVA, tenga la suerte de tener una familia grandísima (¡gracias, chicos, por estar ahí!) y una profesión atractiva. *Casi*, porque me paso las noches pariendo historias en las que afirmo ese carácter, porque, pese a todo, vivir, amar, trabajar, reír o soñar con un mundo más justo merece la pena. Espero que esta novela también contribuya a ese revolucionario

fin.

Respecto a mi madre, naturalmente, está dispuesta a absolverme aunque siga sin comprender cómo he podido aprender expresiones tan poco elegantes habiendo estudiado en un colegio de monjas.



REYES CALDERÓN compagina escritura y Academia. Doctora en Economía y Filosofía, es profesora en la Universidad de Navarra, de cuya facultad de Economía es decana desde 2008. Visitante en las universidades de Berkeley y La Sorbona, su firma es asidua en artículos y conferencias. *El jurado número 10* es su octava novela. Público y crítica aplaudieron su saga, protagonizada por la juez Lola MacHor, en los exitosos *Los crímenes del número primo*, *El expediente Canaima*, *El último paciente del doctor Wilson* o *La venganza del asesino par*, como sin duda harán con los personajes de esta, ante quienes es imposible permanecer indiferente.

Nota

[1] Pequeño Qiu. <<